



Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras

***LA VIDA EN LA SELVA: UNA APROXIMACIÓN A LA
ESTRUCTURACIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO EN EL EXTREMO
ORIENTAL DE CATAMARCA.***

Lic. Luciana Eguía

Tesis para optar al grado de Doctor de la Universidad de Buenos Aires.

Área Arqueología

Director: Dra. Inés Gordillo

Co-director: Dr. José María Vaquer

Consejero: Dra. Adriana Callegari

Buenos Aires, 2019

A mi familia
A los monos capuchinos
A Guayamba

AGRADECIMIENTOS

Por dónde empezar estos agradecimientos, si fueron tantas y tan queridas las personas que hicieron esto posible.....En primer lugar, mis directores, Inés y José. Agradezco su paciencia infinita, su calma, su consejo, su empujón, su abrazo, su sabiduría, su generosidad ¿Y si les digo que, además de todo esto, están ahí al pie del cañón para lo que necesites? Por eso los celebro y deseo ser, cada día, un poco más como ellos. Los quiero y admiro.

A mis compañeros de equipo, pero sobre todo amigos del alma, que fueron las manos laboriosas, las palabras exactas, los corazones abiertos en todos estos años de trabajo compartido. A Vero Zuccarelli por todo lo recorrido juntas, porque esa dicha dure toda la vida. A Laura Pey, nuestra optimista empedernida, gracias por impulsarme a ver lo bello de todo. A Nacho Gerola, por crecer juntos descubriendo secretos en Guayamba, somos un gran equipo. A Caro Prieto, mi compañera-mi mitad, por ser mi secuaz y mi compañía. A Seba Bocelli, mi amigo-confidente, por seguirnos en todas, siempre. A Jesi Carreras, por el aguante 24x7, desde donde esté (te extraño). A José Miguel Letelier, nuestro distinto, por seguir pensando nuevas formas, de todo. A Lili Milani, porque con su calidez implacable siempre aminora cualquier carga. A Héctor Buono, porque no dejé de extrañarlo en el ICA ningún día. A Facu Petit, por su mirada de águila a esta tesis cuando más lo necesitaba. A el equipo Gordillo como totalidad por estar plagado de amistad, dedicación y solidaridad. ¡Qué la vida nos encuentre siempre en la felicidad de las tesis terminadas!

También una enorme gratitud a aquellos que me acompañaron en el trabajo de campo y laboratorio tan solidaria y desinteresadamente: Euge Carranza, Carlitos Barot y Sara Ares. También al equipo Vaquer y equipo Ancasti por esos momentos de compañía y ayuda tan necesaria. Además, a todos los compañeros del Instituto de Arqueología y de cursada, que fueron piezas fundamentales para recorrer este camino.

A mi familia, mi Mamá, mi Papá, mis hermanos Paula y Nicolás y, mi amado hijo Francisco. Por hacer lo posible, lo imposible, y un poquito más, para ayudarme a cumplir este objetivo. Sin ustedes jamás hubiese logrado concretar este deseo, porque el deseo de conocer es más “nuestro” que mío. Gracias por el amor de familia. Especialmente gracias a Francisco, que ilumina mi mundo.

Gracias a Mariano, por su amor y compañía en estos años. También a mis amigas y amigos de la vida que siempre me alentaron a seguir y no bajar los brazos, aunque aún se rían de que no saben bien de que la va todo esto. ¡Los quiero!

A los pobladores de Guayamba, especialmente a la familia Bulacio y, sobretodo, a Mamerto y Gabriel, por compartir su sabiduría y abrirnos la puerta de su casa. A la Municipalidad de El Alto, la delegación de Guayamba y, principalmente, a Jorge Nardelli por brindar siempre su apoyo para llevar estas investigaciones adelante. A Guayamba por ser como es.

A la Universidad de Buenos Aires y el CONICET, por financiar esta investigación.

INDICE

CAPITULO I: Introducción	20
El problema	21
La sierra El Alto-Ancasti	23
El espacio doméstico	27
Objetivos e hipótesis de trabajo	28
Organización de la Tesis	30
CAPITULO II: Antecedentes de investigación	32
Resumen	32
Las Yungas	33
Las Yungas en Catamarca	39
Las Yungas en los estudios andinos	45
El Noroeste Argentino	50
La Sierra de El Alto-Ancasti	55
Primeras investigaciones	57
Trabajos actuales	59
Las Yungas o Bosque Montano	63
Los Algarrobales	64
Casa Pintada	65
Localidad de Oyola	65
Los Corpitos	71
Las Cumbres o Pastizales de Altura	73
Rodeo de los Indios, Tobaye y El Carrizal	74
Localidad El Taco	78
Hacia los llanos	81
Ampolla	82
El Cajón, Pozos Grandes y La Aguadita	84

CAPITULO III: Consideraciones teóricas	86
Resumen	86
Arqueologías del Paisaje	87
De espacios, lugares y paisajes	90
La experiencia y la percepción desde la perspectiva de la Fenomenología	92
La perspectiva de habitar	95
La temporalidad de los Paisajes	96
La Teoría de la Practica	98
El espacio doméstico	103
Espacio doméstico y materialidad	108
En síntesis	111
CAPITULO IV: Guayamba II y su entorno	112
Resumen	112
El sitio Guayamba II	112
Trabajos realizados	113
Prospecciones y relevamiento estructural	115
Las estructuras	116
Los alrededores	124
Arte rupestre	125
Casa Pintada	125
Otros sitios con arte	129
Morteros	132
Registro de áreas y estructuras de cultivo	135
Materiales en superficie y posibles fuentes de materias primas	137
En síntesis	138
CAPITULO V: Las excavaciones	139
Resumen	139

Sobre el cómo, el dónde y el por qué excavar	139
Las excavaciones	141
La Estructura 1	141
Cuadrícula N° 1	141
Nivel 1- Superficie	141
Nivel 2	142
Nivel 3	142
Nivel 4	142
Nivel 5	142
Nivel 6	142
Nivel 7	143
Síntesis	144
La Estructura 2	145
Cuadrícula N°2	145
Contexto 1	145
Contexto 2	145
Contexto 3	146
Contexto 4	147
Síntesis	148
La Estructura 3	149
<i>Excavación 2015</i>	149
Cuadrícula N°1	149
Contexto N°1	149
Contexto N° 6	149
Contexto N° 9	150
Contexto N° 12	151

Cuadrícula N°3	151
Contexto N°2	151
Contexto N° 5	151
Contexto N° 8	152
Contexto N° 11	153
Cuadrícula N°5	153
Contexto N°3	153
Contexto N°4	154
Contexto N°7	154
Contexto N°10	154
<i>Excavación 2016</i>	157
Cuadrícula N°1	158
Contexto N° 13	158
Contexto N° 20	158
Contexto N° 24	159
Cuadrícula N°3	159
Contexto N°14	160
Contexto N° 19	160
Contexto N° 23	160
Cuadrícula N°5	160
Contexto N°15	161
Contexto N°18	161
Contexto N°22	162
Contexto N°25	162
Contexto N°26	162
Cuadrícula N° 2	163

Contexto N° 29	163
Cuadrícula Nª 4	163
Contexto N° 27	163
Cuadrícula Nª 6	164
Contexto N° 30	164
Cuadrícula N°7	164
Superficie/ Contexto N°28	164
Contexto N°31	165
Cuadrícula N°8	165
Superficie/ Contexto N°16	165
Contexto N°21	166
Contexto N°32	166
Cuadrícula N°9	167
Superficie/ Contexto N°17	167
Contexto N°33	167
Contexto N°35	168
Contexto N°36	168
Contexto N°37	168
Contexto N°38	169
Extensión Cuadrícula 8-9	169
Contexto 34	169
<i>Excavación 2017</i>	170
Cuadrícula Nª 1	171
Contexto N° 43	172
Cuadrícula N°3	173
Contexto N°47	173

Cuadrícula N°5	173
Contexto N°54	173
Contexto N°55	173
Cuadrícula N°7	174
Contexto N°39	174
Contexto N°50	174
Cuadrícula N°8	176
Contexto N°40	176
Contexto N°49	176
Cuadrícula N°9	176
Contexto N°44	176
Contexto N° 45	177
Contexto N° 46	177
Trinchera - Dimensiones: 2m x 1m.	177
Superficie/ Contexto N° 41	177
Contexto N° 42	178
Contexto N° 48	178
Contexto N° 51	178
Contexto N° 53	179
Contexto N° 52	179
Síntesis estratigráfica de la estructura 3	179
Estratos horizontales	180
Estratos horizontales rellenos de pozos	184
Superficies interfaciales (pozos)	185
Síntesis estructura 3	185

CAPITULO VI: Análisis de materiales	188
Resumen	188
Herramientas metodológicas para el análisis de materiales	188
Metodología de análisis para material cerámico	188
Metodología para el análisis de material lítico	192
Metodología de análisis de restos faunísticos	193
Metodología de análisis arquitectónico y espacial	194
Metodología de análisis de restos arqueobotánicos	197
Estructura 1	197
Excavación, estratigrafía y materiales recuperados	197
La cerámica	198
Análisis de restos líticos	202
Restos faunísticos	203
Cronología radiocarbónica	204
Rasgos arquitectónicos	205
Estructura 2	207
La cerámica	207
Análisis de restos líticos	211
Rasgos arquitectónicos	213
Recolección superficial estructuras 3 y 4	214
Estructura 3	215
Excavación, estratigrafía y materiales recuperados	215
La cerámica	215
Distribución por estratos	217
Fragmentos diagnósticos de forma	221
Análisis de restos líticos	222

Instrumentos	225
Núcleos	228
Restos óseos faunísticos	229
Cronología radiocarbónica	232
Análisis arqueobotánicos	233
Artefactos de molienda	234
Mano de moler	235
Conana 1	236
Artefactos cerámicos	240
Fragmento cerámico (Cuadrícula 6, estrato A)	242
Fragmento cerámico (Contexto 52, estrato)	244
Fragmento cerámico (Contexto 28, estrato B, IC12)	245
Muestras sedimentos	247
Muestras perfil	248
Muestra de sedimento (Cuadrícula 8- Estrato G)	249
Rasgos arquitectónicos	250
CAPITULO VII: síntesis, discusión y conclusiones	252
Resumen	252
<i>Primera parte</i>	252
Una síntesis sobre Guayamba II	252
Estructura 1	253
Estructura 2	253
Estructura 3	254
Comparación entre estructuras	256
La cerámica de Guayamba	256
El material lítico de Guayamba	260
Los restos arqueobotánicos	263

Los restos óseos	265
La temporalidad	266
Las construcciones	267
Habitando Guayamba	269
El paisaje de Guayamba	273
<i>Segunda parte</i>	275
Discusiones sobre el espacio doméstico en la Sierra de El Alto-Ancasti	275
Las casas de la Yunga	275
Las casas de las cumbres	280
	282
La Sierra El Alto-Ancasti: una visión anclada en lo local	
El primer milenio D.C.	283
Conclusiones	285
Paisaje y prácticas domésticas	285
Sobre los objetivos e hipótesis propuestos	287
Perspectivas a futuro	291
Bibliografía citada	293

INDICE DE FIGURAS Y TABLAS

Figura 1.1. Vista desde un afloramiento rocoso en el camino hacia Guayamba II, año 2008.	21
Figura 1.2. Mapa de la provincia de Catamarca, ubicación de los departamentos de El Alto, Ancasti y La Paz.	22
Figura 1.3 Sitios presentes en la localidad de Guayamba y alrededores.	23
Figura 1.4. Mapa de la sierra de El Alto-Ancasti con los sitios marcados	25
Figura 2.1. Extensión de las Yungas dentro del territorio argentino	34
Figura 2.2. Provincias fitogeográficas, tomado de Cabrera (1976).	36
Figura 2.3 Distribución de las <i>Yungas</i> en el noroeste de Argentina. 1. <i>Yungas</i> en sentido estricto; 2. <i>Yungas</i> en transición; 3. Elementos de <i>Yungas</i> aislados; 4. <i>Yungas</i> transformadas en agricultura; 5. Chaco Serrano en Valles Intermontanos, tomado de Brown <i>et al.</i> (2002).	39
Figura 2.4. Ecorregiones de la provincia de Catamarca, tomado de Perea <i>et al.</i> (2007)	41
Figura 2.5. Distribución de las ecorregiones de la Yunga en la provincia de Catamarca, tomado de Perea <i>et al.</i> (2007).	43
Figura 2.6. Imagen satelital de la Sierra de El Alto-Ancasti, Catamarca.	57
Figura 2.7. Imagen satelital de los sitios registrados en el área por nuestro equipo	62
Figura 2.8. Vista de las Yungas, foto del equipo.	64
Figura 2.9. Vista de las cumbres, foto del equipo	74
Figura 2.10. Plano del sitio Rodeo de los Indios 3.	76
Figura 4.1. Sitios localizados en la localidad de Guayamba y alrededores.	113
Figura 4.2. Vano estructura 1	114
Figura 4.3. Plano estructuras 1 y 2	117
Figura 4.4. Imágenes estructura 1 y 2	117
Figura 4.5. Plano estructuras 3 y 4.	118
Figura 4.6. Estructura 3, año 2014	119
Figura 4.7. Estructura 3, año 2015	119
Figura 4.8. Estructura 3, año 2016	120
Figura 4.9. Estructura 3, año 2017	120

Figura 4.10. Imagen del recorrido entre las estructuras 1 y 2 hacia la estructura 3, año 2016.	121
Figura 4.11. Plano unificado de las estructuras	122
Figura 4.12. Conana 1	123
Figura 4.13. Mortero fijo en afloramiento rocoso.	123
Figura 4.14. Terraza de cultivo cercana a Guayamba	124
Figura 4.16. Distribución de sitios en la localidad de Guayamba. Imagen SPOT.	125
Figura 4.17. Vista del interior del alero. Cuadrícula excavada	128
Figura 4.18. Arriba: motivos presentes en Casa Pintada. Abajo: vista desde el alero hacia Guayamba II.	129
Figura 4.19. A la derecha: motivo antropomorfo Guayamba 4. Arriba a la derecha: motivo antropomorfo Guayamba 4. Abajo a la derecha: Motivo de felino en Guayamba 7.	130
Figura 4.20. Arriba: Motivo de ofidio en Guayamba 9. Debajo desde izquierda a derecha: entrada a la cueva, mortero en el interior, formación rocosa fuera de Guayamba 9.	131
Figura 4.21. Distribución de sitios con morteros en la localidad de Guayamba.	133
Figura 4.22. Derecha sitio Guayamba 1. Izquierda: Guayamba 1B	134
Figura 4.23. Izquierda: sitio Guayamba 10. Derecha: Guayamba 16	134
Figura 4.24. Imágenes de estructuras de producción agrícola presentes en Guayamba	136
Figura 4.25. Estructuras de cultivo presentes en Guayamba	137
Figura 5.1. Plano de estructuras 1 y 2 con superficie excavadas.	143
Figura 5.2. Foto de excavación	144
Figura 5.3. Vista de las cuadrículas planteadas en estructura 2.	147
Figura 5.4. Vista de planta contexto n°3.	148
Figura 5.5 Plano estructura 3 con cuadrículas marcadas	155
Figura 5.6. Vista planta cuadrícula 1	156
Figura 5.7. Vista planta cuadrícula 5.	156
Figura 5.8. Vista planta cuadrículas 1-5	156
Figura 5.9. Plano estructura 3 con superficie excavada 2016.	157
Figura 5.10. Vista planta Cuadrícula 1.	159
Figura 5.11. Vista planta cuadrícula 5	163

Figura 5.12. Contexto N°16 – Cuadrícula 8- Posible derrumbe	166
Figura 5.13. Fin de excavación año 2016	170
Figura 5.14. Superficie excavada año 2017	171
Figura 5.15. Vista de la cuadrícula 7, raíces.	175
Figura 5.16. Vista de la cuadrícula 7 desde sur	175
Figura 5.17. Matriz estratigráfica estructura 3	181
Figura 6.1. Distribución por tipos cerámicos estructura 1	199
Figura 6.2. Distribución por tamaños cerámicos estructura 1.	200
Figura 6.3. Tipos cerámicos presentes en estructura 1.	200
Figura 6.4. Distribución por tipos cerámicos por nivel estructura 1.	201
Figura 6.5. Distribución por tamaños cerámicos por nivel estructura 1.	201
Figura 6.6. Distribución general de materias primas utilizadas en el sitio	202
Figura 6.7. Instrumentos líticos de la estructura 1. Arriba: artefactos de cuarzo. Abajo: instrumento de sílice. (a) cuchillo; (b) retoque sumario.	203
Figura 6.8. Fragmentos óseos provenientes de la estructura 1, la izquierda fragmento de hueso largo con marcas de corte y a la derecha hueso tarsiano de camélido completo.	204
Figura 6.9. Fechado radiocarbónico AMS sobre hueso de camélido, estructura 1.	205
Figura 6.10. Detalle de los muros estructura 1.	206
Figura 6.10. Distribución por tipos cerámicos estructura 2.	208
Figura 6.11. Distribución general por tamaños cerámicos estructura 2.	209
Figura 6.12. Fragmento de borde decorado, vista interna y externa.	209
Figura 6.13. Tipos cerámicos presentes en estructura 2.	209
Figura 6.14. Distribución por tipos cerámicos por contexto estructura 2.	210
Figura 6.15. Distribución por tipos tamaños por contexto estructura 2.	211
Figura 6.16. De izquierda a derecha: ficha de juego y fragmentos de torteros de estructura 2.	211
Figura 6.17. Frecuencia de instrumentos, núcleos y desechos de talla de la estructura 2.	212
Figura 6.18. Instrumentos líticos de la estructura 2	213
Figura 6.19. Distribución por tipos cerámicos recolección superficial estructuras 3 y 4.	214

Figura 6.20. Distribución por tamaños cerámicos recolección superficial.	215
Figura 6.21. Tipos cerámicos representados en estructura 3	216
Figura 6.22. Porcentajes de tamaños cerámicos estructura 3	217
Figura 6.23. Tipos cerámicos representados en estructura 3	217
Figura 6.24. Fragmentos cerámicos totales por estrato	218
Figura 6.25. Distribución por tamaño cerámicos por estrato	219
Figura 6. 26. Distribución de fragmentos de cerámica fina por estratos	220
Figura 6. 27. Distribución de fragmentos de cerámica fina por estratos	221
Figura 6.28. Dibujo perfil de vasija estructura 3 estrato B.	222
Figura 6.29. Piezas y porcentajes según clase tipológica en estructura 3.	223
Figura 6.30. Distinción de materiales y clases tipológicas por materia prima en estructura 3.	224
Figura 6.31. Porcentaje por tipos de desechos.	225
Figura 6.32. Fragmentos “gajos de naranja” (lascas bipolares).	225
Figura 6.33. (a)(b)(c) Inst. de retoque sumario; (d)(e) Raederas; (g) Raspador; (h) Cuchillo; (f) cuchillo bifacial; (i)(j) Núcleos.	227
Figura 6.34. Raedera/Raspador de Sílice gris estructura 3	227
Figura 6.35. Cuchillo bifacial de cuarzo translúcido estructura 3.	228
Figura 6.36 Distribución de NISP y NID por estratos.	231
Figura 6.37 Estadios de meteorización estructura 3	232
Figura 6.38. Fechado radiocarbónico AMS sobre hueso de camélido	233
Figura 6.39. Mano de moler partida	235
Figura 6.40. Conjunto de fitolitos recuperados: 1) tejido epidermis articulado. 2) Ruffle Top Rondel afín a <i>Zea Mays</i> sp. 3) globular equinado de hoja de arecácea –palmera-. 4) cruz panicoides. 5 y 6) posibles fitolitos afines a ciperáceas, barra 10 micras.	235
Figura 6.41. Foto conana 1.	237
Figura 6.42. Restos hallados en conana: 1) tejido no identificado. 2) placa perforada dicotiledónea. 3) globular facetado cucurbitacea. 4) wavy top rondel afín a <i>zea</i> sp. 5) globular facetado afín a cucurbitacea. 6 y 7) diatomea. 8) estructura silícea de ameba testácea. 9) cruz panicoide con tizne. 10) ruffle top rondel afín a <i>zea mays</i> sp.11) globular articulado afín a <i>canna edulis</i> sp. –achira-.	239
Figura 6.43. (a) Foto del fragmento con adherencias. (b) Imagen general de la muestra con material carbonizado.	240

Figura 6.44. Restos recuperados en tiesto: 1) traqueida. 2) tricoma afín a vaina de leguminosa. 3) almidon en luz polarizada y 4) luz clara, la flecha indica depresión central. Barra de 10 micras.	242
Figura 6.45. Derecha arriba: cruz dañada en cara interna del fragmento. Derecha inferior: espícula de esponja en cara externa. Barra 10 micras	243
Figura 6.46. Derecha: Ruffle top Rondel sp. afín a marlo de maíz.	244
Figura 6.47. Cruces panicoides (barra de 10 micras)	244
Figura 6.48. 1 y 2) Almidón afín a <i>Lupinus mutabilis</i> sp. campo claro y luz polarizada. 3) <i>Ruffle top rondel</i> afín a <i>Zea mays</i> sp. 4) <i>Wavy top rondel</i> afín a <i>Zea mays</i> sp. 6) Fitolito tabular facetado de dicotiledónea arbórea/arbustiva. 7) Fitolito afín a <i>Zea mays</i> sp tolito de fruto de ciperácea. 8) Tejido de células elongadas articuladas. 9) Diatomea deteriorada.	247
Figura 6.49. 1) Wavy top rondel afín a <i>Zea mays</i> sp. 2) Polen poácea. 3) Fitolito elongada correspondiente a epidermis de gramíneas	247
	249
Figura 6.50. Vista general muestra 7 con esporas visibles	250
Figura 6.51. Vista de muestra con abundancia de esporas, microcarbones y estructuras de dicotiledóneas.	255
Figura 7.1. Frecuencia de materiales estructura	258
Figura 7.2. Porcentajes de tipos cerámicos por estructuras	260
Figura 7.3. Distribución de tamaños por estructuras	191
Tabla 6.1. Tamaños expresados en mm tomado de Berardi (2004).	204
Tabla 6.2. Especímenes óseos faunísticos estructura 1	226
Tabla 6.3. Instrumentos por grupo tipológico.	228
Tabla 6.4. Cantidad de piezas y clase tipológica por contexto estratigráfico.	230
Tabla 6.5. Identificación anatómica de camélidos estructura 3	231
Tabla 6.6 Distribución de taxones por cuadrícula	236
Tabla 6.7 Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útiles.	239
Tabla 6.8. Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útil	239
Tabla 6.9. Caracteres morfológicos de almidón	240
Tabla 6.10. Tabla de conteo total de micro-restos	242
Tabla 6.11. Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útiles (izq.). Caracteres morfológicos de almidón (der.)	243
Tabla 6.12. Frecuencia total de micro-restos	244
Tabla 6.13. Frecuencias de micro-restos hallados	245
Tabla 6.14. Frecuencias de fitolitos en fragmento cerámico.	

Tabla 6.15. Frecuencia de fitolitos	246
Tabla 6.16. Tabla frecuencia de fitolitos	249
Tabla 6.17. Frecuencias de restos	250

“¿Qué es la selva? Cuando vas por el río lo sabes, porque lo que está viendo es exactamente lo mismo que no ves. O sólo es diferente porque bajo el sol pleno allá adentro es de noche. Pero el gran poder de la selva se te escapa: en sus troncos enormes, en sus árboles florecidos, en sus monos aulladores, en sus garzas, en sus serpientes del color del limo, con ojos blancos como si fueran ciegos, en sus troncos derribados donde caminan las escolopendrias azules de patas amarillas, lo que palpita es el secreto de la vida y la muerte, una cosa total e inaccesible. En vano intentaríamos nombrarla, enumerarla, porque esa es la clave de la diferencia entre aquel mundo y el nuestro: que en nuestro mundo todo puede ser accesible, todo puede ser gobernado por el lenguaje, pero esa selva existe porque nuestro lenguaje no puede abarcarla”.

(William Ospina. El País de la Canela. 2012: 138)

-CAPITULO I-

INTRODUCCION

*Mis compañeros encontraron este sitio un día cuando perdieron el rumbo volviendo desde Casa
Pintada.....no sería la última vez.*

En diciembre del año 2008, Inés Gordillo, acompañada de su equipo, fue a relevar el alero Piedra Pintada. Este alero se encuentra en los campos de la familia Bulacio, quienes habitan hace varias generaciones la localidad de Guayamba. Gabriel, el hermano mayor, fue quien en un encuentro ocasional nos contó sobre este sitio. Los Bulacio nos habían mencionado que conocían otros “lugares de indios” pero, en ese momento, no nos dieron demasiadas precisiones. Don Mamerto, el padre de la familia, guio al equipo hasta el alero Ese año la vegetación estaba muy frondosa y el camino no parecía del todo sencillo. Apenas llegaron al lugar, Don Mamerto decidió volver. Armados con su GPS, el equipo pensó que el retorno no sería problema.

Sin embargo, como dice el dicho, no todo es tan sencillo como parece. El GPS marcaba un camino que sugería atravesar una vegetación imposible (figura 1.1). En una de esas vueltas mis compañeros doblaron mal (¿o debo decir bien?) y perdiendo el rumbo para salir del campo se encontraron con la entrada a Guayamba II. El ojo agudo de Inés pudo divisar aquellos enormes muros que aparecían ocultos entre la vegetación.

A partir de ese día empezamos nuestros trabajos en Guayamba II. No sería ni la primera ni la última vez que nos perderíamos por sus recovecos o vagaríamos en círculos por los alrededores. Sin embargo, esos recorridos no fueron en vano ya que cada vez que esto sucedía nos obligaba a replantearnos muchas de nuestras ideas y, por sobre todo, a sentir otro Guayamba mas allá de la mirada, más llenos de olores, colores y sonidos. Fue un proceso que disfrutamos y que generó entretenidos y profundos debates. Hoy vemos en Guayamba una pequeña aldea.



Figura 1.1. Vista desde un afloramiento rocoso en el camino hacia Guayamba II, año 2008.

El problema

Esta tesis se desarrolla en un proyecto marco centrado en el estudio de los paisajes y tradiciones culturales de las poblaciones que habitaron el sector oriental de Catamarca. Nuestra área general de estudio corresponde a la porción nororiental de la sierra de El Alto-Ancasti. En esta tesis me ocupo, específicamente, del sector norte de la sierra –sobre la ladera oriental–. Desde la fitogeografía, esta área es conocida de diversas maneras, entre ellas *Yungas*, Selva tucumano-boliviana o Bosque serrano.

En esta región se han registrado un gran número de cuevas y aleros con representaciones pintadas o grabadas, sin embargo, son escasos los sitios que pueden ser considerados de habitación. En ese panorama, el objetivo general de esta tesis es caracterizar el espacio doméstico y/o de vivienda en el sector de *Yungas* de la ladera este de la Sierra de El Alto-Ancasti, focalizando el análisis en el sitio Guayamba II ubicado en la localidad homónima (Dpto. El Alto, Catamarca) (figura 1.2).

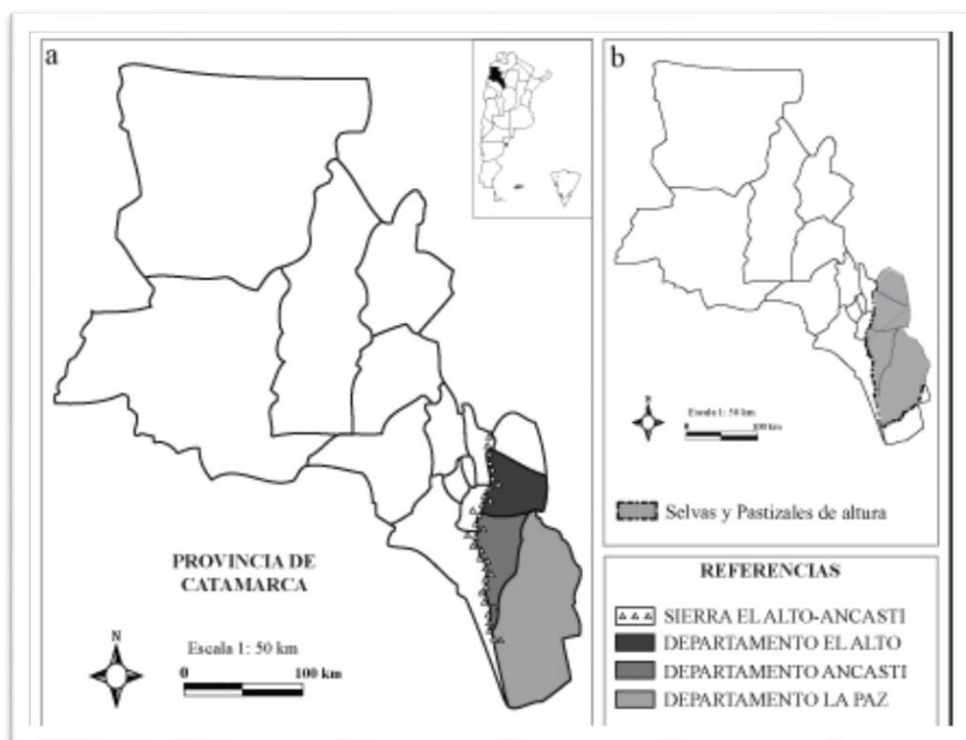


Figura 1.2. Mapa de la provincia de Catamarca, ubicación de los departamentos de El Alto, Ancasti y La Paz.

La elección de este asentamiento se debió, en primer lugar, a que aún son pocos los sitios con arquitectura trabajados en la zona de *yungas* y también a su cercanía con el alero Casa Pintada o Piedra Pintada (figura 1.3), que se encuentra a unos 175 m en línea recta hacia el norte. Es parte de un afloramiento rocoso, elevado, que se levanta en plena *yunga*, en medio de una gran cobertura arbórea, compuesta principalmente por cebiles. Este alero contiene representaciones rupestres figurativas, zoomorfas y antropomorfas (Gordillo y Calomino 2010).

Guayamba II se registró en el año 2008 (Gordillo *et al.* 2010), relevándose dos grandes recintos adosados, rectangulares, con paredes de piedras. Luego, al año siguiente, se realizó un sondeo en una de sus estructuras, del que se recuperó material óseo, cerámico y lítico. Posteriormente, en el año 2014, a aproximadamente a 50 m en dirección norte de estos recintos, detectamos otras dos estructuras, un recinto rectangular con uno semicircular adosado. También pudimos observar la presencia de elementos de molienda, dos conanas y un mortero fijo, cercanos a los recintos. En el área circundante también se registraron estructuras de producción agrícola. En la localidad de Guayamba, en general, hemos relevado un total de 59 sitios de diverso tipo, por ejemplo: morteros fijos múltiples y solitarios, cuevas y aleros con arte rupestre, estructuras de producción agrícola, sitio de vivienda, acumulaciones de materiales en superficie y posibles fuentes de materias primas.



Figura 1.3 Sitios presentes en la localidad de Guayamba y alrededores

En este trabajo, a través del estudio de un sitio de habitación, Guayamba II, y mediante el análisis de los materiales líticos, cerámicos, faunísticos y arqueobotánicos recuperados en excavación, me propongo contribuir a la caracterización de la estructuración del espacio doméstico. Consideramos que el estudio de los espacios domésticos resulta fundamental por dos motivos: en primer lugar, ya que es un lugar central en la producción y reproducción social (Bourdieu 1977) y, en segundo lugar, porque hasta el momento, son muy pocos los espacios de vivienda de este sector que han sido estudiados. A partir de los resultados obtenidos pensamos que, como se propone actualmente, las poblaciones que habitaron el área y sus procesos sociales tienen una trayectoria propia, distinta a la de áreas aledañas, que merece ser analizada desde una perspectiva local (Gordillo *et al.* 2017a).

La sierra El Alto-Ancasti

La Sierra del Alto-Ancasti se encuentra ubicada en el sector este de la Provincia de Catamarca y se extiende a través de los departamentos de El Alto, Ancasti y La Paz (figura 1.4). Las cuevas y aleros presentes a lo largo de toda esta sierra fueron un espacio constantemente utilizado por los pobladores prehispánicos para realizar sus representaciones. Es por esto que la mayoría de las investigaciones realizadas en el área se han centrado en el arte rupestre (González 1977; de la Fuente 1979). A su vez, se ha otorgado mayor atención a la región sur en los departamentos de Ancasti y La Paz, donde se

destacan La Tunita y La Candelaria (Llamazares 1997-1998; Nazar 2003). Los trabajos allí realizados han avanzado sobre las descripciones formales del arte y también sobre la sistematización cronológica-cultural, enfatizando el vínculo de las representaciones rupestres con Aguada (Segura 1970; Barrionuevo 1972; De la Fuente 1990; Llamazares 1997/98; Gordillo *et al* 2000; Nazar 2003).

Los antecedentes del sector norte son escasos y en su mayoría constituyen estudios descriptivos del arte rupestre (Gramajo de Martínez y Martínez Moreno 1978, 1982; Gramajo de Martínez 2001, etc.). Estos trabajos han generado información significativa sobre la ubicación de los sitios, pero no han desembocado en análisis continuos. Aquí el arte rupestre muestra claras diferencias con el del sector sur de la sierra. En la actualidad, los trabajos sobre representaciones rupestres en la zona han tomado un nuevo impulso, especialmente en la localidad de Oyola (Quesada y Gheco 2011; Gheco *et al.* 2013; entre otros) y Los Algarrobales (Calomino 2014). Nos interesa destacar la heterogeneidad cultural y temporal que se evidencia en la zona a partir de tales estudios. En el caso de Oyola 7, por ejemplo, se reconocen motivos rupestres que, en parte pueden asociarse al estilo Aguada. Sin embargo, a partir del análisis de la policronía del arte presente en la cueva, Quesada y Gheco (2015) encuentran no solo representaciones diferentes a Aguada sino también distintas ejecuciones a lo largo del tiempo.

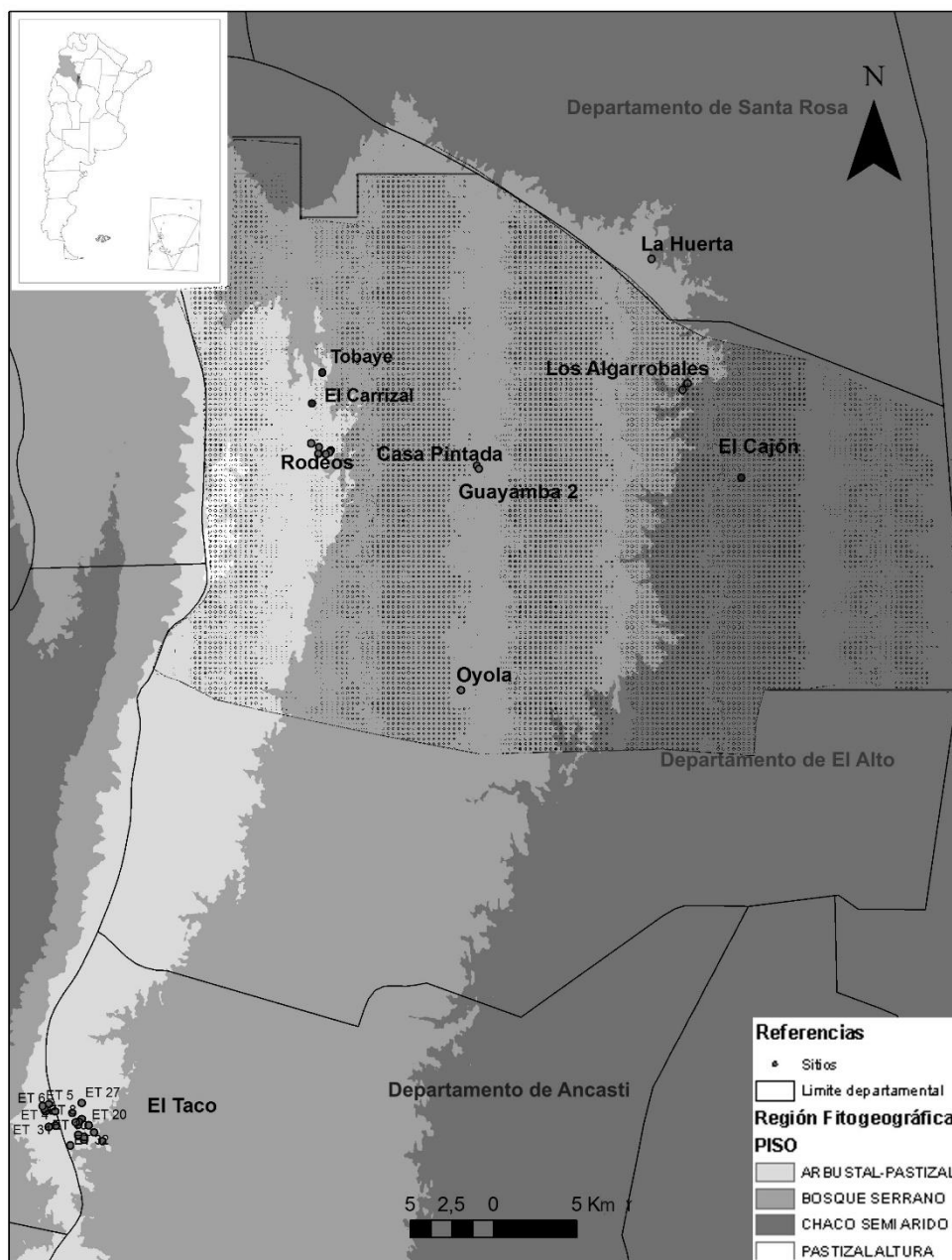


Figura 1.4. Mapa de la sierra de El Alto-Ancasti con los sitios marcados

La región de El Alto-Ancasti ha sido definida históricamente, en relación con las ocupaciones del Período Medio (siglos VII a XII d.C.), como un espacio fronterizo, marginal y de transición cultural, entre el área andina meridional y las tierras bajas orientales (González 1979; Núñez Regueiro y Tartusi 1990). En una primera instancia fue concebida, a partir de los modelos tradicionales, como una zona periférica habitada por grupos dependientes de las sociedades de mayor envergadura

ubicadas en los Andes Meridionales y la llanura chaco-santiagoña, manifestando un patrón de ocupaciones temporales cuya producción se encontraba enmarcada dentro de una economía de intercambio con las regiones adyacentes (González 1979; Núñez Regueiro y Tartusi 1990). La sierra de El Alto- Ancasti fue vista como una zona de pastoreo, caza y aprovisionamiento de materias primas exóticas, como el cebil. Particularmente, la arqueología pedemontana del NOA ha tenido un desarrollo menor en comparación con la del área valliserrana (Míguez y Caria 2015). Se promovía la idea de zonas satélites donde los señoríos de los valles realizaban una explotación de recursos (e.g. Núñez Regueiro y Tartusi 2003). Estos modelos propiciaban una visión tanto de la sierra como de las tierras bajas donde lo local se encontraba ausente (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2015b; Míguez y Caria 2015).

Como sucede con el arte rupestre, las investigaciones que actualmente se están realizando en la zona buscan anteponerse a la visión del área como periférica. Estas líneas de investigación proponen que, contrariamente a lo que se pensaba, la sierra de El Alto-Ancasti parece haber contado con una importante inversión en infraestructura agrícola, construcción de viviendas y la presencia de conjuntos aldeanos estables. A partir de la evidencia relevada en la zona de pastizales de altura (a partir de los 1400 m.s.n.m.), los investigadores proponen que la región fue ocupada de forma permanente por comunidades autosuficientes económicamente y políticamente autónomas de otros ámbitos de ocupación en los valles occidentales (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2010; Gordillo *et al.* 2015a; Gordillo *et al.* 2015b). Sin embargo, habrían tenido con estos últimos lazos de interacción durante la segunda mitad del Primer Milenio (Gordillo *et al.* 2013). Este es el caso del sitio Rodeo de los Indios 3 y el Taco 19 (Granizo 2012; Zuccarelli 2012; Moreno 2014). No puede entenderse –y en esto incluimos a las *Yungas*- solo como un espacio de acceso a recursos naturales, de prácticas rituales periódicas o de algún otro tipo de presencia esporádica. Por el contrario, todo indica que allí tuvieron lugar ocupaciones estables y autosuficientes durante varios siglos de nuestro pasado prehispánico (Gordillo *et al.* 2017).

Referido a los sitios de vivienda son, como ya mencioné, pocos los antecedentes de trabajo en el área y corresponden en su mayoría a la zona de pastizales de altura. A pocos kilómetros de estos sitios, en el sector de yungas, los lugares de vivienda son prácticamente desconocidos, a excepción de Los Corpitos (Dlugozs 2005), Guayamba II, y algunos sitios que se vienen estudiando en Oyola. El primero de estos sitios se encuentra ubicado en un área de gran vegetación y está compuesto por grandes estructuras rectangulares y sub-rectangulares de piedra, de las que se recuperó una gran variedad de materiales, entre los que abunda la cerámica. Debido a la presencia de algunos elementos

asignables a Aguada, como ser la cerámica Ambato tricolor (Dlugozs 2010) se propuso para este asentamiento una cronología correspondiente al Período Medio. Por otra parte, también debemos mencionar a los sitios de Oyola, donde se pudieron detectar diferentes tipos de estructura: viviendas, terrazas agrícolas, sitios con arte rupestre y morteros fijos (Gastaldi *et al.* 2016; Quesada *et al.* 2016). Se detectaron siete conjuntos arquitectónicos que pudieron ser identificados como viviendas en función de los materiales recuperados, Oyola 41, 42, 43, 44 y 50, 51.

El espacio doméstico

La vivienda y el espacio doméstico han tenido definiciones muy diferentes a lo largo de la historia de la Antropología y la Arqueología que se relacionan, principalmente, con las condiciones de conocimiento de cada época (Buchli 2010). Su rol tradicional ha sido el de unidad socioeconómica de producción y consumo medible, esencial para la reconstrucción de las sociedades del pasado (Allison 1999; Vaquer 2007). La idea de que las casas son un fenómeno relativamente estandarizado y constante ha permeado estos estudios. A partir de la década del 80 y 90 se comienza a abandonar la noción de unidad doméstica como “unidad social mínima” y se replantea su posición, considerándola como el lugar por excelencia reproductor de las estructuras fundamentales de la vida social (Vaquer 2007; Buchli 2010). Sin embargo, en muchos casos arqueológicos, se ha priorizado el aspecto arquitectónico del espacio doméstico dejando de lado la posibilidad de que quienes lo diseñaron, quienes lo construyeron y quienes lo habitan o habitaron puedan ser diferentes. Como señala Allison (1999), lo importante no son los lugares en sí sino las actividades de los habitantes en la estructuración de la vivienda como un espacio social (Allison 1999).

El espacio doméstico es *axis mundi* que expresa los principios de orden y clasificación propios de cada sociedad, es el primer agente de socialización (Carsten y Hugh-Jones 1995; Vaquer 2007). En palabras de Bourdieu: “*En una formación social donde la ausencia de las técnicas de conservación de los productos simbólicos asociadas con la escritura retarda la objetivación del capital simbólico y particularmente cultural, el espacio habitado – y sobre todo la casa – es el locus principal para la objetivación de los esquemas generativos; y a través de la mediación de las divisiones y jerarquías que establece entre cosas, personas y prácticas, este sistema de clasificación tangible continuamente inculca y refuerza los principios taxonómicos que subyacen a todas las divisiones de una cultura*” (Bourdieu 1977: 89).

Las personas implicadas en la práctica conocen el mundo con un conocimiento que no se instaura en una relación de exterioridad, sino que aprenden por el cuerpo. El orden social se inscribe en los cuerpos y la transmisión se produce a través de la práctica, del conocimiento práctico (Bourdieu 1999). Todo lo que queremos inculcar a nuestros niños mediante pedagogía explícita ha sido previamente inculcado a través de la cultura material y la práctica. La casa, como *opus operatum*, juega entonces un rol fundamental, ya que es el lugar donde se transmiten los esquemas de aprendizaje con el cuerpo, a través del habitar y vivir el espacio (Bourdieu 1977; Vaquer 2007). Esto garantiza una comprensión práctica del mundo absolutamente diferente del acto intencional de desciframiento consciente (Bourdieu 1999). La educación en el orden de la vida diaria acumula el poder de la reproducción social y educa a la gente en las expectativas y disposiciones de su sociedad. Este aprendizaje se produce mediante la práctica en ámbitos y productos sociales como proverbios, dichos, etc., y también con los objetos (Miller 2005).

El espacio doméstico se constituye entonces, no como un lugar físico específico sino como una serie de prácticas llevadas a cabo. Son, entonces, las prácticas mismas las que conforman una representación particular de lo doméstico. Esto es lo que permite reconocer en la casa una construcción específica de cada sociedad en un momento particular. Son estas prácticas las que generan la cultura material que es objeto de estudio de la Arqueología, prácticas concretas situadas en el espacio tiempo. Allí es donde es posible acceder a la lógica que las articula y las dota de sentido (Vaquer 2007).

Objetivos e hipótesis de trabajo

Como mencioné anteriormente, este plan de trabajo se inscribe dentro de un proyecto marco que aborda el estudio del sector oriental de Catamarca con una visión anclada en la zona. Dentro de ese contexto, el objetivo general de esta propuesta es caracterizar el espacio de vivienda en el sector de yungas de la ladera este de la sierra de El Alto-Ancasti, focalizando el análisis en el sitio Guayamba II (Dpto. El Alto, Catamarca). Para ello, se proponen también los siguientes objetivos particulares:

- 1- Definir las propiedades formales y espaciales del asentamiento, caracterizar la estructura de los recintos, su tecnología arquitectónica y el uso particular de los recursos constructivos.

- 2- Establecer su cronología y trayectoria temporal. Determinar las dimensiones temporales de la ocupación, en el marco de cronologías relativas y absolutas, y confrontar los resultados con la información procedente de otros sitios vinculados.
- 3- Caracterizar las prácticas sociales que allí tuvieron lugar, describiendo la variabilidad y características de los conjuntos artefactuales, evidencias zooarqueológicas, arqueobotánicas y los espacios arquitectónicos. Definir una lógica del espacio a partir de la organización y estructuración de las actividades realizadas en los recintos y alrededores.
- 4- Contextualizar la problemática particular integrando la información obtenida para otros sitios de diversas características en el área (sitios con arte rupestre, áreas de morteros múltiples, espacios de producción agrícola, sitios del sector de pastizales de altura, etc.). Reconocer nexos de interacción social y relaciones históricas de alcance regional y macroregional.

Hipótesis

Dentro del proyecto regional, en el cual se encuentra inserta esta investigación se han propuesto las siguientes **hipótesis generales**:

1. Durante el Período de Integración Regional se configuran una variedad de paisajes sociales relativos a la trayectoria propia de cada ámbito, que se posicionan de manera diferencial en la trama de relaciones intersocietarias, dando lugar a distintas trayectorias históricas con diferentes grados de continuidad y ruptura.
2. En concordancia con la formulación anterior, la sierra de El Alto-Ancasti fue habitada por poblaciones cuya lógica espacial y materialidades se asocian con Aguada, aunque manifiestan un perfil particular y, en relación con los distintos ambientes que componen el área, una estructuración diferenciada del paisaje que resulta de prácticas y construcciones sociales diversas y/o complementarias.
3. Los procesos sociales que tuvieron lugar en el extremo oriente de Catamarca a lo largo de toda la secuencia de ocupación se diferencian claramente de los ocurridos en las áreas aledañas, especialmente de aquellas ubicadas al este y al oeste, pero sin embargo estuvieron signados por una intensa interacción con las mismas.

4. El área considerada no constituyó únicamente una zona de tránsito, de fuentes de recursos naturales, de prácticas rituales periódicas ni de algún otro tipo de presencia ocasional, sino que allí tuvo lugar una ocupación continua que sostuvo tradiciones a largo plazo, así como transformaciones y rupturas en su historia desde los modos de vida formativos hasta la conquista hispana.

Tomando como punto de partida las hipótesis antes mencionadas se desprenden para este plan las siguientes **hipótesis específicas**, referidas particularmente Guayamba II y su entorno:

1. Las sociedades que habitaron Guayamba II durante el primer milenio d. C. fueron sociedades aldeanas estables con una producción de alimentos establecida de carácter agrícola y pastoril.
2. En el sitio Guayamba II se realizaron actividades vinculadas con la producción y reproducción social cotidiana de sus habitantes, como la preparación y consumo de alimentos, producción de artefactos líticos y cerámica, sociabilización y crianza de niños, entre otras.
3. El sitio Guayamba II formó parte de un paisaje social integrado por un conjunto de sitios (áreas de morteros fijos múltiples, arte rupestre, etc.) relacionados entre sí por las prácticas de sus habitantes.

Organización de la Tesis

Esta tesis se organiza en un total de 7 capítulos. Cada uno de ellos se inicia con un breve resumen de su contenido. El primero de ellos, el Capítulo I, consiste en la introducción general, la presentación del problema de investigación, los objetivos y las hipótesis de esta tesis. En el segundo, Capítulo II: Antecedentes de investigación, realizo una descripción de la zona de estudio explorando la perspectiva adoptada por diferentes disciplinas y presento los antecedentes de investigación que se han desarrollado hasta el momento para la sierra de El Alto-Ancasti, en general y el área de Yungas, en particular. En el Capítulo III explico y discuto las herramientas teóricas que serán empleadas en esta tesis, proveniente de la Arqueología del Paisaje y la Arqueología de la Práctica y me detengo principalmente en su relación con el espacio doméstico.

Quiero aclarar que esta tesis no posee un capítulo específico dedicado a las herramientas metodológicas, sino que su descripción se encuentra incorporada al principio de cada uno de los capítulos siguientes. El Capítulo IV, está dedicado a la descripción del sitio Guayamba II y su entorno. Aquí presento los trabajos de prospección realizados y los diferentes sitios que se encuentran en el área aledaña y que se están trabajando en el marco del proyecto general. En el Capítulo V, describo detalladamente las excavaciones que hemos realizado en cada uno de los recintos. Luego, en el Capítulo VI, desarrollo los resultados del análisis específico de cada uno de los materiales recuperados en excavación: cerámica, lítico, evidencia zooarqueológica y arqueobotánica, registro arquitectónico y espacial y los fechados radiocarbónicos AMS. Posteriormente, en el Capítulo VII, sintetizo y discuto el conjunto de datos que resultan de todas las instancias metodológicas expuestas en los capítulos IV, V y VI, haciendo énfasis en las relaciones al interior del sitio, entre las distintas estructuras. Luego, relaciono esta información con la disponible a nivel local y regional. Por último, expongo las conclusiones a las que he arribado y las perspectivas a futuro para mi investigación. Finalmente, se detallan las referencias bibliográficas. Las figuras, tablas y gráficos se presentan intercaladas en el texto y numeradas según orden de aparición.

-CAPITULO II-

ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

Resumen

En este capítulo presento los antecedentes de investigaciones, tanto arqueológicas como de otras disciplinas, que se han desarrollado sobre la temática que aborda esta tesis, especialmente sobre las Yungas o Selva tucumano-boliviana y la Sierra de El Alto-Ancasti, Catamarca. En primer lugar, describiré los trabajos desarrollados desde la Biogeografía y la Fitogeografía poniendo principal atención a la caracterización que han hecho de esta región. Mi interés no reside solamente en recolectar “información de base” sobre la cual sustentar mis afirmaciones sino por el peso que han tenido, y en muchos casos continúan teniendo, estas formas de entender el ambiente muy arraigadas en las investigaciones arqueológicas. Posteriormente, me centraré en la caracterización de las Yungas que se ha hecho desde la Arqueología, pero también en la contribución que algunas sociedades del pasado, como es el caso de los Incas, han realizado a este imaginario. Me interesa poder profundizar la manera en que se componen las narrativas arqueológicas sobre un paisaje. Por lo cual, considero estos trabajos no como meras descripciones sino como ejes sobre los cuales se han construido las narrativas arqueológicas pasadas y actuales, ajenas y propias. Especialmente aquellas que mostraban esas áreas como una tierra inhóspita, salvaje. En principio, me detendré brevemente en algunas de las nociones fundamentales sobre la periodificación del NOA. Teniendo en cuenta que podemos ubicar la ocupación de Guayamba II en el primer milenio de la Era, repasaré algunos de los conceptos sobre el Formativo y el Periodo Medio que conviven actualmente, ya que los datos por nosotros obtenidos probablemente tengan algo que aportar a esta discusión. A continuación, presentaré los trabajos realizados en la Sierra de El Alto-Ancasti, un punto focal de esta tesis. Aunque el sitio Guayamba II se localiza en el área de yungas, la cercanía con la sierra es un elemento ineludible. A su vez, en el norte de la misma venimos desarrollando nuestras investigaciones hace casi una década. En este caso, la presentación seguirá un orden cronológico, ya que podemos mencionar dos momentos bien diferenciados de curso de las investigaciones. Aquí, también, debido al gran peso que tuvieron en la Arqueología del NOA los modelos de centro-periferia, se pensó en un inicio en un espacio marginal, de frontera, casi deshabitado. El segundo impulso de las investigaciones en el área propone una historia diferente, donde lo local es su propio “centro”.

LAS YUNGAS

Los Bosques Andinos Yungueños o Bosques Nublados, también conocidos como nuboselvas, se ubican en las laderas orientales de las cadenas montañosas de los Andes, desde Colombia y Venezuela hasta Argentina. Estos Bosques presentan una gran diversidad biológica y volumen de los recursos hídricos (Lomáscolo *et al.* 2010). El límite sur de la distribución de los Bosques Nublados en América Latina se encuentra en el noroeste de Argentina y sur de Bolivia (departamentos de Tarija y Chuquisaca). En Argentina se las conoce, principalmente, con el nombre de *Yungas* o Selvas tucumano-boliviana. Ocupan una superficie actual de 5.2 millones de hectáreas atraviesan las actuales provincias de Salta, Jujuy, Tucumán y tienen su límite más austral al norte de la provincia de Catamarca, a los 29° de latitud sur (figura 2.1) (Brown *et al.* 2002; Grau 2005; Lomáscolo *et al.* 2010). Las laderas donde se localizan las *Yungas* se caracterizan por un fuerte gradiente altitudinal, con sequías y altas temperaturas en las partes bajas y altos niveles de humedad, heladas y nevadas invernales en las áreas más elevadas. Como consecuencia, la vegetación de las Yungas se presenta en pisos o franjas de vegetación con características diferentes (Cabrera 1976; Brown y Pacheco 2005; Lomáscolo *et al.* 2010). En Argentina concentran, junto con la Selva Paranaense, la mayor abundancia y diversidad de recursos faunísticos y vegetales del país, alrededor de un cincuenta por ciento. A su vez, poseen un fácil acceso a otras zonas ecológicas (Brown *et al.* 2002).

En la bibliografía, tanto arqueológica como de otras disciplinas, podemos relevar múltiples denominaciones para esta área: Selvas Occidentales, Selvas sub-tropicales de Montaña, Bosques Occidentales, *Yungas*, *Yungas* en transición, Selva tucumano-oranense, Tierras Bajas, Vertiente Oriental, Pedemonte o Piedemonte, entre otras (Cabrera 1976; Navarro 2002; Brown *et al.* 2002; Ventura y Ortiz 2003; Grau 2005; Apodaca *et al.* 2015). Las Yungas son ampliamente estudiadas desde el punto de vista biogeográfico y botánico (Brown *et al.* 2002). La biogeografía es la disciplina que se ocupa de la distribución geográfica de los seres vivos (Crisci *et al.* 2000; Apodaca *et al.* 2015). La regionalización biogeográfica representa una abstracción de la organización de la vida sobre la tierra, dando lugar a diversas interpretaciones (Apodaca *et al.* 2015). Por otra parte, estas caracterizaciones proveen un fundamento espacial a otras disciplinas, entre ellas la Arqueología. Algunos de los conceptos fundamentales de la biogeografía que son aplicados en nuestra disciplina son: las provincias fitogeográficas y las ecorregiones. Una provincia fitogeográfica es un área de endemismo, es decir una región con una fisonomía particular, un bioma, y una composición florística, taxones endémicos y característicos que la define (Crisci *et al.* 2000). A su vez, dentro de estas provincias, existe lo que se denominan ecorregiones, que son porciones más pequeñas donde pueden identificarse un conjunto geográficamente distinto de especies y de condiciones ambientales. Dentro

de cada provincia se reconocen diferentes ecorregiones (Crisci *et al.* 2000). A pesar de que no existe una caracterización indiscutida para las provincias fitogeográficas en Argentina la regionalización más difundida continua siendo la propuesta por Cabrera (1971; 1976) (figura 2.1), aunque se han realizado revisiones y actualizaciones (Brown y Pacheco 2005; Apodaca *et al.* 2015).



Figura 2.1. Extensión de las Yungas dentro del territorio argentino

Cabrera (1971, 1976) distingue, en orden inclusivo decreciente, entre: Regiones fitogeográficas, Dominios, Provincias y Distritos. En la República Argentina están representadas solamente tres regiones fitogeográficas, siendo la que ocupa mayor territorio la Neotropical. Dentro de esta región se encuentran presentes diversos dominios, el Dominio Amazónico, que incluye la Provincia de la

Selva Paranaense y la Provincia de las Yungas, y el Dominio Chaqueño, con la Provincia Chaqueña, Provincia del Espinal, Provincia de la Prepuna, Provincia del Monte y Provincia Pampeana. El total de provincias fitogeográficas en Argentina es doce. El Dominio Amazónico abarca una pequeña superficie de nuestro país y dentro de esa extensión la provincia de la Yunga se presenta como una estrecha faja, a lo largo de las laderas orientales de las montañas del noroeste de la Argentina, entre 500 a los 2500 m de altitud. Su extremo sur se encuentra en el norte de la provincia de Catamarca. El clima de esta zona es cálido y húmedo, con lluvias principalmente estivales. La vegetación predominante es la selva nublada, con árboles que pueden alcanzar los 30 metros de altura, abundantes lianas y epífitos, y un estrato inferior muy denso de arbustos e hierbas. También hay bosques de transición más xerófilos, bosques montanos caducifolios, praderas, etc.

Basándose principalmente en las diferencias altitudinales, Cabrera (1971) distingue tres distritos: Selvas de Transición, Selvas Montanas y Bosques Montanos. El primero de estos distritos, las Selvas de Transición, ocupa las llanuras al pie de las montañas y los cerros bajos limitando con la Provincia Chaqueña, de la que recibe aportes de florísticos. Aquí la comunidad climax es la selva de "palo blanco" y "palo amarillo" y es el sector menos lluvioso. Hacia el sur predomina la tipa Blanca (*Tipuana tipu*), pacará (*Enterolobium contortisiliquum*) y cebil colorado (*Anadenanthera macrocarpa*). El segundo de ellos, la Selva Montana, se extiende por las laderas de las montañas entre los 550 y los 1200 m aproximadamente y cubre las laderas de las primeras cadenas de montañas del noroeste de la Argentina. En general, se trata de zonas angostas, orientadas al este y frecuentemente interrumpidas por ingresiones de la Provincia Chaqueña. Este sector de las Yungas es el que presenta la vegetación más densa, impenetrable, con un ambiente interno muy húmedo y con poca luz. Posee centenares de especies vegetales que se distribuyen en cinco estratos, dos arbóreos, uno arbustivo, otro herbal y un quinto muscinal, correspondiente a las especies vegetales que crecen al ras del piso. Aquí la imagen de la selva es imponente, arboles enormes, lianas y enredaderas, grandes hierbas y el suelo cubierto de troncos y detritus vegetales. Por último, el Distrito de Bosque Montano, que ocupa las laderas elevadas, aproximadamente entre los 1000 y los 2500 metros de altura compuesto por bosques caducifolios, bosques de coníferas y praderas. Cabrera (1971) también distingue entre formaciones vegetales, los más frecuentes son las selvas y los bosques. La primera donde predominan los árboles de gran altura, con formaciones de distintos estratos y abundancia de lianas y epífitos. Se encuentran en la zona de nuestro país más húmedas y cálidas. En los Bosques también predominan los árboles, pero de mediana altura. En Argentina existen numerosos tipos de bosques, hacia el centro y norte del país hay bosques con especies xerófilas (Chaco y Espinal) y hacia el sudoeste hay bosques templados.

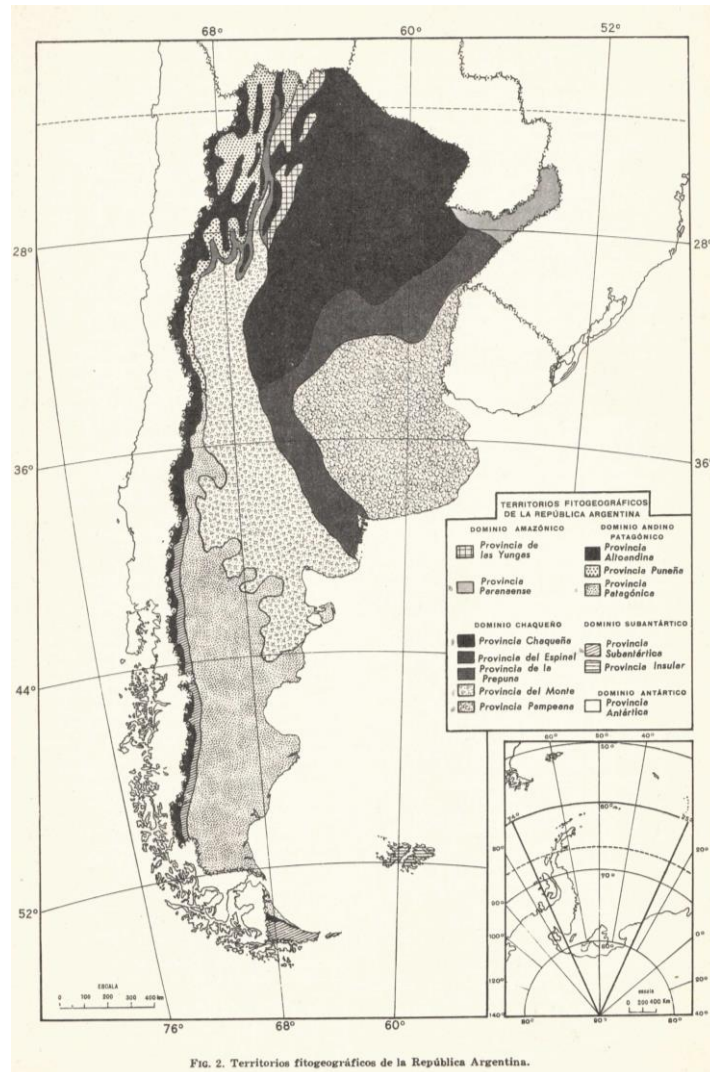


Figura 2.2. Provincias fitogeográficas, tomado de Cabrera (1976).

Los límites entre las provincias fitogeográficas, la mayoría de las veces, son difusos. Esto se debe a varios motivos, por ejemplo, los bosques húmedos subtropicales que se presentan de formas discontinuas entre los 23°S y 29°S, separadas entre sí por los bosques xerófilos chaqueños (Cabrera 1976). Esto responde a que los cordones montañosos en cuyas laderas se encuentran las *Yungas* se encuentran distribuidas de manera irregular, lo cual repercute en el patrón de distribución geográfica de la diversidad y de los endemismos (Brown *et al.* 2002). Por otro lado, no siempre hay acuerdo entre los investigadores y las disciplinas sobre cuáles son los criterios a aplicar para definir estas fronteras. A su vez, estas comunidades vegetales no son estáticas ahora, ni tampoco lo fueron en el pasado. Los cambios no corresponden solo a variables altitudinales o latitudinales, sino que la acción y presión humana sobre estos ecosistemas -sobre todo la ganadería y agricultura intensiva- producen constantes transformaciones que van cambiando su fisonomía.

Según Grau (2005), hasta mediados de la década del 80 se mantuvieron los estudios de las *Yungas* que realizan descripciones de los patrones de vegetación estáticos en el tiempo (Cabrera 1976, Brown *et al.* 1985). Este autor, propone que este paradigma solo enfatizaba la influencia de condiciones ambientales, que se suponían más constantes y se descartaba los cambios que podían sucederse por cuestiones temporales (disturbios, sucesión, cambio climático) y heterogeneidad espacial (disponibilidad de semillas, dispersión, dinámica de parches). Por este motivo, el esquema fitogeográfico de las *Yungas* se presentaba como grandes unidades de vegetación que se podían definir más que nada por su altitud y por diferencias microclimáticas relacionadas con la exposición de las laderas (Cabrera 1976). Por ejemplo, este autor señala la importancia que tiene la selva pedemontana para la agricultura. Debido a su localización en áreas de poca pendiente, con suelos ricos y con disponibilidad de fuentes de agua, esta región es la que ha sufrido mayor transformación antrópica para agricultura, asentándose en ella las producciones agrícolas del noroeste argentino (caña de azúcar, frutales tropicales y subtropicales, y hortalizas de invierno).

Sin abandonar lo propuesto por Cabrera (1976), se desarrollaron actualizaciones sobre los estudios de la *Yungas* que ponen el foco en su parte dinámica y en los aspectos que hacen a su conservación, dejando de lado el aspecto exclusivamente botánico (Brown *et al.* 2002; Brown y Pacheco 2005; Grau 2005). Brown *et al.* (2002) distingue áreas de las *Yungas* en relación con su vegetación, *Yungas en sentido estricto* y *Yungas en transición* (figura 2.3). La primera área se corresponde con áreas que tradicionalmente han sido ubicadas dentro de las selvas de montañas ó *Yungas*, y que poseen una vegetación densa y variable de acuerdo al gradiente altitudinal donde se ubica. Las *Yungas* en transición son sectores relativamente más secos y más simples estructuralmente, con menor diversidad. Esta área aparece formando ecotonos con ambientes de Chaco y Chaco Serrano. Estos autores también identifican lo que denominan *elementos de Yungas*, sectores por fuera del área de *Yungas*, pero con presencia de poblaciones uniespecíficas de árboles característicos de estos bosques. Debido al fuerte gradiente altitudinal de estos Bosques Andinos Yungueños, se producen cambios importantes en la composición de la vegetación dentro de estas áreas antes mencionadas, organizándose en pisos o franjas de vegetación de características fisonómico-florísticas bien diferenciables donde conviven especies de diferentes orígenes. En el primer sector, *Yungas en sentido estricto*, se distinguen: la Selva Pedemontana, con presencia de la selva de palo blanco y palo amarillo, y la selva de tipa y pacará; Selva Montana entre los 700 y 1500 m.s.n.m con predominancia de especies tropicales y Bosque Montano, arriba de los 1500 m.s.n.m con vegetación de bosque nublado. En las *Yungas* en transición se ubican especies típicas de la vegetación chaqueña (por ejemplo,

Chorisia insignis, *Prosopis* sp., *Aspidosperma*, etc.), y también se pueden encontrar cebil colorado (*Anadenanthera colubrina*), palo amarillo (*Phyllostylon rhamnoides*), guarapitá (*Ruprechtia laxiflora*), lapacho rosado (*Tabebuia impetiginosa*), propias de las áreas de Yungas.

Como mencioné anteriormente, las Yungas pueden ser consideradas una provincia fitogeográfica o una ecorregión, estas categorías no son excluyentes, lo que se modifica es, principalmente, la escala de análisis. Brown y Pacheco (2005) entienden las regiones ecológicas o ecorregiones como grandes áreas relativamente homogéneas, en las que hay diferentes comunidades naturales que tienen en común un gran número de especies y condiciones ambientales. Mantienen esta escala porque la idea es trabajar sobre procesos de conservación de la biodiversidad. Para estos autores (Brown y Pacheco 2005; Brown *et al* 2002) las ecorregiones son el nivel de organización biológica más apropiado para conservar la variabilidad de especies, de ecosistemas y de sus funciones. Otro dato importante es que, muchos de estos estudios, consideran que a nivel ecorregional se pueden encontrar características socioculturales propias, asociadas al desarrollo histórico de las sociedades con el medio natural en el que viven. En varios de los trabajos mencionados *supra* se plantea que es un espacio donde puede haberse dado una unidad sociocultural desde tiempos prehistóricos. En estos trabajos provenientes de disciplinas como la ecología y la biogeografía las ecorregiones son un gran paisaje que modela tanto las formas en lo que biológico evoluciona y lo humano, también.

Las Yungas han sufrido una enorme presión y explotación por parte del hombre, debido principalmente a la accesibilidad y abundante oferta de recursos de todo tipo. Las zonas bajas, especialmente la Selva Pedemontana, son las áreas que, históricamente, más ha sufrido la presión del hombre por la búsqueda de recursos naturales y se hallan en progresiva destrucción ante el avance de la agricultura. La selva es destruida y substituida por cultivos extensivos de caña de azúcar, tabaco y hortalizas y por la intensa explotación forestal o substitución por bosques artificiales. Como mencionaba al principio los límites que se establecen para la provincia de la Yunga no son homogéneos, lo cual responde a diversos motivos. Por un lado, sabemos que las diferentes características de las laderas montañosas generan discontinuidades o en parches en la vegetación y que, a su vez, es un lugar de transición hacia otras ecorregiones. Pero también, el estado actual de conservación de la misma juega un papel importante, ya que los intensos desmontes y la agricultura han dejado partes sin vegetación o la han cambiado radicalmente. Por ejemplo, el felino emblemático de la Yunga, el Yaguareté o Jaguar (*Panthera onca*), también está en peligro de extinción debido a la caza furtiva y a la reducción de su hábitat (Lomáscolo *et al.* 2010). Esto también presente un gran problema para la conservación y visibilidad de restos arqueológicos.

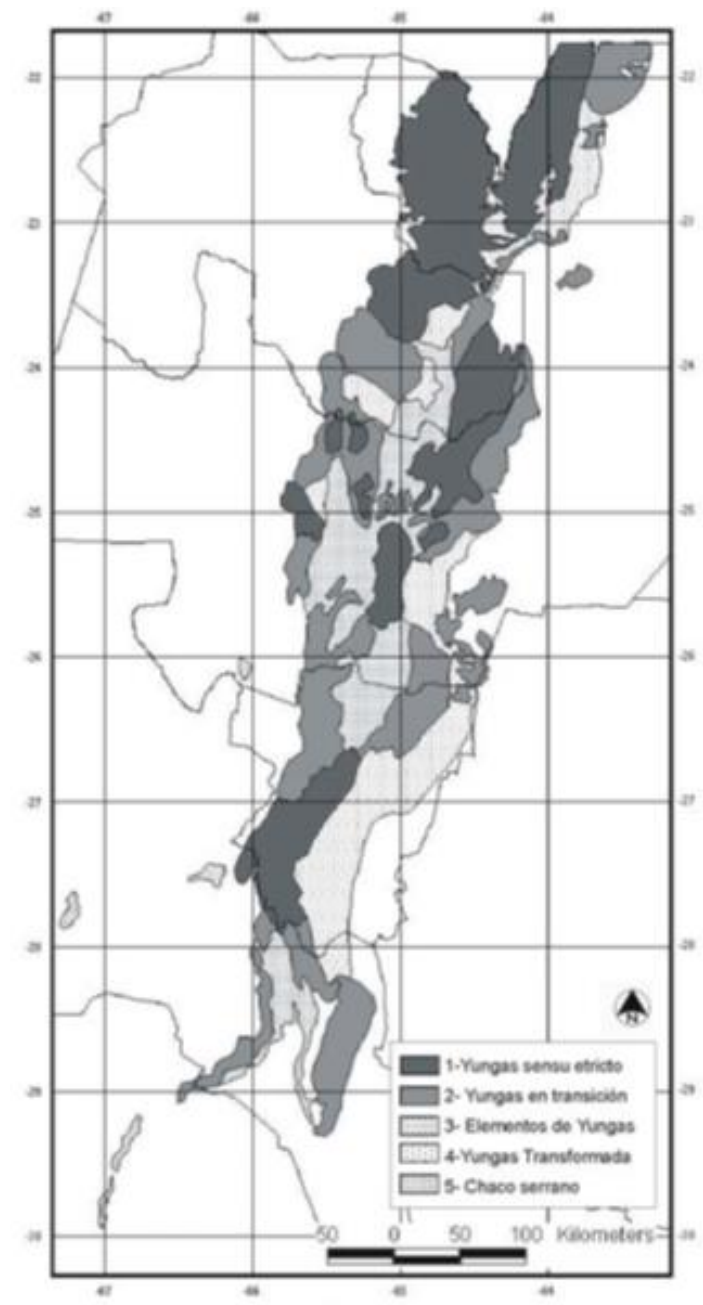
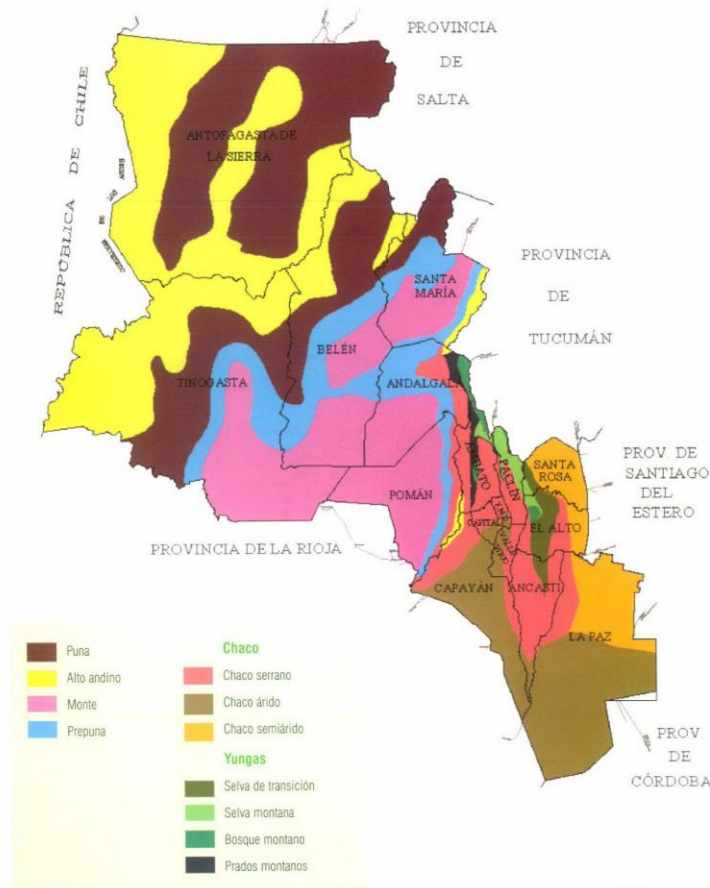


Figura 2.3 Distribución de las *Yungas* en el noroeste de Argentina. 1. *Yungas* en sentido estricto; 2. *Yungas* en transición; 3. Elementos de *Yungas* aislados; 4. *Yungas* transformadas en agricultura; 5. Chaco Serrano en Valles Intermontanos, tomado de Brown *et al.* (2002).

Las Yungas en Catamarca

En la provincia de Catamarca se encuentra la porción más austral de las *Yungas*. Teniendo en mente las descripciones anteriores sabemos que la porción de las Selvas Tucumano-boliviana del NOA es una estrecha franja, que se estrecha aún más hacia el sur. A medida que disminuye su superficie también lo hace la cantidad de especies vegetales y animales (Grau 2005). Aquí, la *Yunga*, se encuentra empobrecida, especialmente a medida que subimos, se puede observar como pierde continuidad y se interdigita con la provincia Chaqueña (figura 2.4). Aunque en la provincia de Catamarca se han utilizado los esquemas biogeográficos tradicionales, y al igual que estos, no hay un acuerdo sobre los “límites” de la Yunga. En las descripciones anteriores vimos que, según la mayoría de los autores, las selvas se extendían hasta los 29° (Brown; Cabrera; Grau; entre otros), sin embargo, otros plantean como límite los 28° (Morlans 1995). En Catamarca, hay gran diversidad de ambientes y se encuentran representadas siete provincias fitogeográficas (Puneña, Altoandina, Monte, Prepuneña, entre otras) aunque en la región que nos ocupa solo hay dos que limitan e interdigitan entre sí, la Chaqueña y la de *Yungas* (Cabrera 1971, Morlans 1995, Apodaca *et al.* 2015). En el caso de los autores que trabajan a escala de ecorregiones, dentro las *Yungas* solo hay una ecorregión, por eso se usan como sinónimos (Perea *et al.* 2007).

Las *Yungas* se ubican en los sistemas serranos del noreste de la provincia, entre los departamentos de Paclín, El Alto, Santa Rosa, Ancasti y Andalgalá con algunas discontinuidades en otros departamentos (Perea 2007; Atlas Catamarca EY). Se ubica en sectores montañosos de la Sierra de Aconquija (Dpto. De Andalgalá) de la Sierra de Narvaéz (Andalgalá y Ambato), de la Sierra de Humaya de la Cumbre del Medio y de Ambato, de la Sierra de Balcozna (Ambato y Paclín), de la Sierra de las de Higuierillas, de los Pinos de los Potrerillos, de los Llanos, de Talaguada y de Graciana (Dpto. de Paclín), de la Viña y de Sumampa (Dpto. de Paclín y Santa Rosa) y Sierra de Guayamba (Dptos. Paclín, El Alto y Santa Rosa). Son estas sierras las que forman una barrera orográfica que condensa las corrientes húmedas provenientes del anticiclón del Atlántico Sur que permite la existencia de una espesa cubierta vegetal (Perea *et al.* 2007). Las *Yungas*, se caracterizan por una vegetación de tipo selvático o selva nublada (Cabrera 1976) que se desarrolla en faldeos de montaña, valles, quebradas y áreas de piedemonte, motivo por el cual la altitud varía entre los 500 y los 2500 m,s,n,m. El clima es húmedo con precipitaciones anuales de 900 a 2500 mm, sobretudo estivales (Morlans 1995).



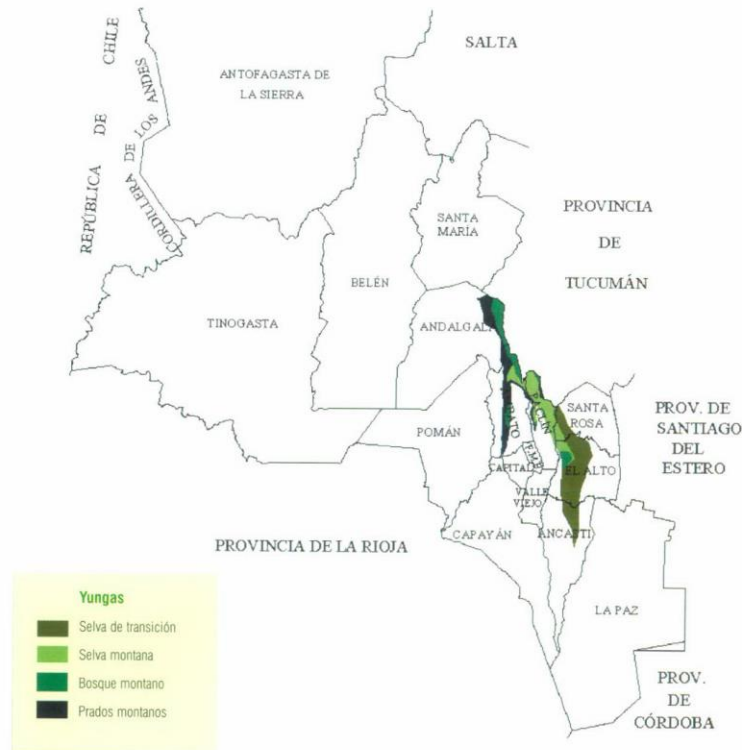
7 <<<<<

Figura 2.4. Ecorregiones de la provincia de Catamarca, tomado de Perea *et al.* (2007)

Como se mencionó previamente para las *Yungas* en general, aquí también las variaciones altitudinales generan diferentes pisos de vegetación. Morláns (1995), siguiendo lo propuesto por Cabrera (1976), identifica actualmente dos distritos presentes en Catamarca: el de las Selvas Montanas y el de los Bosques Montanos. El primero, más cercano al límite con la provincia de Tucumán, especialmente en la parte septentrional del Valle de Balcozna, en la Quebrada de Las Higueras, Casas Viejas, Los Alisos y en algunos sectores del Valle del Suncho. El segundo distrito, el de los Bosques Montanos, lo ubica en las quebradas de las sierras circundantes que bajan hacia el Valle del Suncho, así como en las quebradas de la falda oriental de la Sa. de Humaya y en las quebradas y valles de la Cumbre de Narváez, Silleta de Las Higueras y Cumbres de Balcozna. Pero a escala ecorregional, Perea *et al.* (2007), propone que este gradiente altitudinal genera diversas formaciones vegetales, pisos de vegetación que puede ser considerados sub-ecorregiones. Distingue

cuatro: Selva en transición o Cebilar, Selva Montana, Bosque Montano y Prados Montanos o Pastizales de Neblina (figura 2.5).

La **Selva en transición** o Cebilar se encuentra en las laderas más bajas entre los 500 y 800 m.s.n.m. y está caracterizada por la presencia de un bosque caducifolio donde la especie dominante es el cebil (*Anandenanthera colubrina*). Se extiende desde el norte del departamento de El Alto hasta el sur de Ancasti, límite sur de la eco-región de las *Yungas*. También hay palo borracho (*Ceiba Insignis*), orco cebil (*Parapiptaderia excelsa*), orco Quebracho (*Schinopsis haenkeana*). La **Selva Montana** se ubica en las laderas medias, entre los 800 y los 1400 m.s.n.m, aunque en muchos casos se interdigita con la Selva en transición, los pastizales y el Chaco Serrano. En este sector están presentes los cinco estratos vegetales que mencioné anteriormente, dos arbóreos, uno arbustivo, un herbáceo y uno muscinal, relacionados dinámicamente (Morlans 1995; Perea *et al.* 2007). Aunque, por la posición más austral, los arboles aquí presentes alcanzan una altura menor. Aquí la vegetación es muy densa, cubierta de manera casi permanente por nubes, por lo cual el ambiente es húmedo y sombrío. Entre los árboles más grandes se encuentran orco molle (*Blepharocalix gigantea*), laurel (*Phoebe porphyria*), nogal criollo (*Juglands australis*), mato (*Eugenia mato*), cedro (*Cedrela lilloi*), pacará (*Enterolobium contortisiliquum*), tipa (*Tipuana tipu*), palo San Antonio (***Rapanea laetevirens***), orco cebil (*Parapiptadenia excelsa*), entre otros. Algunos árboles de menor tamaño como el tala (*Celtis boliviensis*), coco (*Fagara coco*), chal-chal (*Allophyllus edulis*), guayacán (*Caesalpinia paraguariensis*). También se destaca la presencia de lianas, enredaderas y enormes hierbas y helechos. El suelo está cubierto de detritus vegetales y muchos troncos caídos, que junto con las rocas, son cubiertos de musgos y helechos. La sub-ecoregión de los **Bosques Montanos**, se despliega entre los 1400 y 2200 m.s.n.m., donde el clima es más frío. En esta comunidad boscosa se diferencian dos tipos de bosques, bosques de pinos (*Podocarpu*) y de alisos (*Alnus acuminatus*). Esta área se trata de un lugar de transición entre la selva y los pastizales. Por último, los **Prados Montanos o Pastizales de Neblina**, la parte más elevada de la *Yunga* catamarqueña.



8

Figura 2.5. Distribución de las ecorregiones de la Yunga en la provincia de Catamarca, tomado de Perea *et al.* (2007).

Los *Yungas* poseen muchas especies de alto valor forestal (Morlans 1995), siempre se ha destacado su importancia como lugar de extracción de recursos tanto en el pasado como en el presente. Por ejemplo, la presencia de un bosque de cebil. Esta planta ha tenido un significado muy particular para los pueblos del Noroeste argentino y del mundo andino por sus propiedades alucinógenas (Pérez Gollán y Gordillo 1993). El cebil colorado (*Anadenanthera colubrina*) se puede usar como madera y leña, pero, también se ha documentado su uso en el pasado como alucinógeno, consumido de diferentes maneras, las semillas tostadas y luego molidas, inhalado, fumado en pipa o como bebida. También en la localidad de Icaño se relevó un uso en los dobladillos de las prendas de los hombres puestos por las mujeres para evitar en embrujamiento (Perea *et al.* 2007). Pero muchos de los otros árboles antes mencionados tienen múltiples usos, como por ejemplo churqui (*Acacia caven*) que se usó para postes y sus cenizas para jabón o para teñir. Tienen también varios usos medicinales. La corteza se usa para hacer té para la ronquera, para el reumatismo, la gota o en gotas para la otitis y las hojas como cicatrizante. La tusca (*Acacia aroma*) mediante la cocción de la corteza raíces y tallos se obtiene una medicina que da resultados para el pie de atleta y las mordeduras de víboras. El tala

(*Celtis espinosa*) si se hierven sus hojas con leche de cabra sirve para alimentar a los niños pequeños y que no les caiga mal la leche y sus hojas machacadas para hacer un parche para las picaduras de insectos. El piquillin (*Condalia Buxifolia*), tiene una raíz que tiñe de color rojo y los frutos son muy ricos y sirven para elaborar arrope y bebidas alcohólicas. El molle de beber (*Lithraea molleoides*) para curar resfríos e hinchazones. Su fruto sirve para preparar una bebida prehispánica llamada aloja. Esto son algunos, de entre muchas otras especies y usos, que se pueden mencionar.

La fauna silvestre presente es diversa y comprende, entre los mamíferos, corzuela parda (*Mazama gouazoubira*), corzuela roja (*Mazama americana*), venado o taruca (*Hippocamelus antisensis*), pecarí de collar (*Pecari tajacu*), oso melero (*Tamandua tetradactyla*), chanco del monte (*Catagonus wagneri*), gato onza u ocelote (*Leopardus pardalis*), Mayuato (*Porcyon cancarivorus*) y murciélago escarchado (*Lasiurus cinereus*). También un considerable número de especies de aves, entre las cuales se puede mencionar: la macá común, macá grande (*Podiceps major*), garza blanca (*Ardea alba*), garza bruja (*Nycticorax nycticorax*), pava del monte (*Pénelope obscura*), urraca (*Cyanocorax chrysops*), Rey del bosque (*Pheuticus aureoventris*), pato barcino (*Anas flavirostris*), chiricote (*Aramides cajaneus*), tero (*Vanellus chilensis*), pitotoy grande (*Tringa melanoleuca*), Chororó (*Taraba major*), entre otras (Perea *et al.* 2007; Carma 2009).

La provincia de la *Yunga* limita con la provincia Chaqueña, el límite entre ambas es gradual. Siendo Catamarca el límite sur de las *Yungas*, aquí la misma se encuentra disminuida y la transición hacia el ambiente más seco del Chaco se va dando de manera progresiva y con intromisiones de una en otra. La provincia Chaqueña es la más grande del país y ocupa muchas provincias -Formosa, Chaco, Santiago del Estero, este de Salta, Jujuy, Tucumán y Catamarca, oeste de Corrientes, norte de Córdoba y Santa Fe, centro y este de La Rioja, un pequeño sector oriental en San Juan y el centro de la parte septentrional de San Luis- (Cabrera y Willink 1973). En Catamarca se encuentran representados el Chaco Occidental, el Serrano y el Chaco Árido (Morello y Adámoli 1974). Dentro del sector septentrional de la sierra El Alto-Ancasti podemos encontrar diversos ambientes correspondientes a la provincia fitogeográfica Chaqueña, específicamente a dos de sus distritos, el Chaco Serrano y el Chaco Semiárido. La transición entre ambos es paulatina y se produce a través de la denominada Llanura Aluvial de Piedemonte, que se extiende desde el límite con el piso forestal del Chaco Serrano hasta el límite interprovincial con Santiago del Estero.

El Chaco Serrano es, en Catamarca, el distrito más húmedo de la Provincia Chaqueña. Se ubica en la mitad occidental de los departamentos de El Alto y Ancasti, cubriendo la cima y los faldeos oriental y occidental de la sierra El Alto-Ancasti, hasta los 28° de latitud sur, donde en dirección norte comienza a limitar con la provincia de las *Yungas* (Morlans 1995). Aquí también el clima es cálido y

las precipitaciones son abundantes (1100-1200 mm anuales). La vegetación presenta similitudes y continuidades con la de la *Yungas* y también se distribuye en distintos “cinturones” o pisos en función de la latitud, la longitud y las situaciones microclimáticas (Morlans 1995; Nazar 2003a). Los pisos son: a) pastizales de altura, por sobre los 1400 msnm, donde la vegetación es una asociación entre gramíneas y herbáceas de distintos géneros; b) arbustal-pastizal, entre 1400 y 1900 msnm, con una base de gramíneas y especies arbustivas con algunas incursiones del Bosque Serrano; c) piso de Bosque Serrano: desde los 700-800 hasta los 1500-1600 msnm. Este último posee una abundante cobertura vegetal, entre las que se destacan las siguientes especies: algarrobo (*Prosopis alba* y *P. nigra*), orco quebracho (*Schinopsis haenkeana*), palo borracho (*Chorisia insignes*), viscote (*Acacia visco*), viraro (*Ruprechtia apetala*), quebracho blanco (*Aspidosperma quebracho-blanco*), *Schinus molle*, churqui (*Acacia caven*), molle de beber (*Lithraea ternifolia*), tusca (*Acacia aroma*), tala (*Celtis espinosa*), entre otros. En las laderas de exposición hacia el este y sur hay un microclima más húmedo con vegetación muy abundante y densa. Propias de la ladera occidental se encuentran el orco cebil (*Parapiptadenia excelsia*) y piquillín de la sierra (*Condalia montana*).

Las Yungas en los estudios andinos

En el acápite anterior realicé una descripción de la *Yunga* desde la perspectiva de la biogeografía y la ecología. Allí pudimos observar que las definiciones y los límites utilizados por estas disciplinas también distan de ser unívocos. En muchos casos corresponden a diferentes corrientes dentro de estas disciplinas, pero también a diversas escalas de análisis. En algunos casos hasta se llega a pensar estas unidades como “unidades sociales”. Me interesó retomar esta perspectiva, no solo porque aporta valiosa información sobre las particularidades, por ejemplo, florísticas, sino también por el peso que estas aproximaciones han tenido y tienen sobre la construcción de las narrativas que la Arqueología produce esta zona. Como afirma Crisci *et al.* (2000), la biorregionalización produce información de base para otras disciplinas, entre las cuales se encuentra también, la nuestra. El uso más frecuente de estas descripciones ambientales las propone como un contenedor para la acción de los grupos humanos (Tilley 1994). En este sentido, ha permitido reforzar la imagen de un espacio plagado de especies vegetales y animales, dando peso a la idea de que su función principal estuvo relacionada a la extracción de recursos. Sin embargo, como planteé al inicio de esta tesis, desde una perspectiva que no considera válida la dicotomía entre naturaleza y cultura, las personas y el ambiente construyen un mismo mundo (Tilley 1994; Ingold 2000). Por lo tanto, me interesa destacar el rol que estos saberes tienen en los enfoques arqueológicos y como han contribuido a la perpetuación de algunos de los “mitos” sobre las posibilidades para el trabajo arqueológico (Miguez y Caria 2015).

Las distinciones que mencioné antes se reflejan en la bibliografía arqueológica y se suman a otras propias. ■ “Vertiente oriental de los Andes”, “Yungas”, “Valles”, “Tierras Bajas”, “Pedemonte o Piedemonte”, “Selvas”, “Bosques”. En la Arqueología Argentina los más usuales son Selvas Occidentales, Bosques Occidentales o Sierras Subandinas, Area Pedemontana y Yungas (González 1977; Núñez Regueiro 1975; Ventura y Ortiz 2003). En cambio, en Bolivia se los denomina “valles” y se reserva el término Yungas para los bosques por encima de los 18° S (Oliveto y Ventura 2009). Tradicionalmente se planteó una dicotomía entre el “mundo andino” y el “mundo selvático”. La Vertiente Oriental de los Andes, o como proponen Ventura y Ortíz (2003), la mitad verde del mundo andino, fue caracterizada como ocupada por poblaciones periféricas, marginales. En la bibliografía arqueológica está presente la idea de “frontera”, “límite”, “periferia”, “espacio marginal” (Saignes 1985; Ventura y Ortiz 2003, García Moritán 2008; Kulemeyer 2009). ¿De dónde proviene esta idea?

El vocablo *yunga* tiene, posiblemente, su origen en el idioma *Runa Shimi* y significaba “valle cálido”. Así denominaban los incas a la región y así la conocieron los españoles a su llegada al Perú. Este término se utilizaba para referirse tanto al lugar, como a los hombres que lo habitaban y a la lengua que hablaban (Lomáscolo *et al.* 2010). De acuerdo con la Real Academia Española el término proviene del quechua *yunka* y posee tres significados, denomina a los valles cálidos a un lado y otro de los Andes, a los habitantes naturales de esos valles cálidos y a la antigua lengua del norte y centro de la costa peruana (Lomáscolo *et al.* 2010). Gil Montero (2009) propone que hemos heredado varias cosas del periodo colonial, entre ellas, la idea de que existe una dicotomía entre la selva –hábitat de los “salvajes”- y las áreas civilizadas, cercanas a los Andes, las “tierras altas”. La selva, al momento de la llegada de los españoles, era considerada un lugar de anarquía e insumisión, de supuestas guerras permanentes. Sin embargo, ella señala que esta visión no era originaria de los “conquistadores”, sino que la génesis de esta “frontera” puede remontarse a los *inkas* (Gil Montero 2009).

Zuidema (1989) propone algo semejante haciendo referencia a fuentes etnohistóricas y en relación a la oposición puma-jaguar. Él observa que los incas emplearon metáforas felínicas para caracterizar y distinguir entre los pueblos de la sierra y los de la floresta, identificados, respectivamente, con el puma y el jaguar. A través de su confrontación, analiza las oposiciones “dentro-fuera” así como las divisiones jerárquicas y espaciales del Estado Inca. Un conjunto coherente de significados opuestos se define en relación directa con el binomio felínico puma-jaguar: sierra-tierras bajas; sociedad establecida-salvajismo, entre otras. El jaguar es para los incas un epítome de lo salvaje, pero encuentra en otro felino -el puma- su expresión “socializada” tal vez, una suerte de analogía con los procesos sociales protagonizados por ellos y otros pueblos del mundo andino (Zuidema, 1989). Sendón (2010)

también rastrea en el registro mitológico de poblaciones *quechua*, el origen de los *chullpa*, antiguos pobladores anteriores a los incas, que fueron quemados con la primera salida del sol, y *ch'unchu*, aquellos que escaparon del cataclismo huyendo por los ríos hacia la selva. La percepción quechua sobre los *ch'unchu*, habitantes naturales de la ceja de la selva, es de pobreza, son poblaciones salvajes e incivilizadas. Las poblaciones selváticas del inhóspito *Antisuyu*, relacionado con la oscuridad y la noche, viven en una región que ocupa un límite para el avance del inca y que también es un límite social que demarca el universo *quechua*, rico y civilizado, del universo de la ceja de selva, pobre e incivilizado (Sendón 2010; Cruz 2013).

En diversos documentos españoles producidos desde los centros políticos, desde un punto de vista político y administrativo, los valles orientales eran presentados como una frontera, un confín. A pesar de que podría coincidir con un límite ecológico esta obviamente signada por las luchas y relaciones de poder (Oliveto y Ventura 2009). Durante el dominio incaico y **previamente**, las *yungas* están caracterizadas por la multiétnicidad y la movilidad (Oliveto y Ventura 2009; Kulemeyer 2009). En el Siglo XV, el imperio incaico, proveniente del Cuzco, se extiende sobre los valles de Bolivia y Argentina, atraídos por los abundantes recursos y la fertilidad de las tierras de la selva (García Moritán y Ventura 2007). Los espacios de frontera se volvieron un lugar de conflicto y los incas desarrollaron diferentes estrategias y mecanismos para mantenerlos. Por ejemplo, establecieron fortalezas de colonos (*mitmaqkuna*), población no local proveniente de lugares alejados como parte de una estrategia de defensa de los valles contra las poblaciones no sometidas, como los *chiriguano*s, con las cuales mantenía conflictos armados. También con el objetivo de extraer y garantizar el acceso a productos agrícolas y recursos de la selva y los bosques (Oliveto y Ventura 2009; García Moritán y Ventura 2007). En esta época se dio una intensa reubicación de poblaciones, con el establecimiento de enclaves estatales que modificaron la situación previa forzando a la convivencia de grupos étnicos de diferentes orígenes *carangas*, *chichas*, *churumatas*, *tomatas*, *juries* y *moyo-moyo*, *ossas*, *paypayas*, entre otros.

Estudios más recientes proponen repensar esta idea de “frontera” de selva, y la relación entre las tierras bajas y el papel de los Inkas (García Moritán y Ventura 2007; Gil Montero 2009). La idea de la selva como “mundo de afuera” estuvo marcada por una constante presión para conquistar su territorio y sus recursos que se inicia con la incursión del Imperio incaico y es continuada luego por los conquistadores españoles y el Estado, estableciendo con los pueblos que la habitaban una relación hostil y compleja (Gil Montero 2009). Sin embargo, esta “frontera oriental” no significó un límite entre modos antagónicos, un mundo andino dominado por incas y otro por los habitantes de las tierras

bajas (Saignes 1990). Desde las investigaciones arqueológicas e históricas se puede observar una realidad más compleja, marcada por una constante interacción, multietnicidad, movilidad e intercambio (Ventura y Ortiz 2003; Oliveto y Ventura 2009). Estas características se remontan al inicio del poblamiento de la región, donde antes del arribo de los Incas, se puede documentar un extenso circuito de circulación de objetos, personas y elementos simbólicos (Oliveto y Ventura 2009).

El interés por las *Yungas* se ha intensificado en los últimos años, dejando de lado el signo de sociedades periféricas a la luz de nuevos datos (Ventura y Ortiz 2003). Sin embargo, muchos de estos estudios continúan marcados por la idea de complementariedad ecológica. Aunque la evidencia sobre las poblaciones cazadores recolectores que habitaron la zona no es abundante, si se tiene registro en regiones vecinas, como la Puna jujeña, de la presencia de elementos provenientes de las *Yungas* – nueces, cañas, plumas, etc.- en contextos de 10.000 AP. (Aschero *et al* 1991; Ventura y Ortiz 2003). Esta presencia continuó y se acrecentaron los mecanismos de intercambio a larga distancia, luego de la domesticación de los camélidos. Estos intercambios muestran, para los investigadores, una complementariedad del uso espacio a lo largo de los siglos (García Moritán y Ventura 2007). El registro arqueológico muestra evidencia, también, de poblaciones agroalfareras tempranas en la *Yunga* jujeña, hace 2500 años (Ventura 1999). Hacia el 800 a.C. y el 400 d.C. poblaciones con economía agricultora, aunque no exclusivamente, estaban establecidas en el sur del Valle del río San Francisco, Jujuy y sus alrededores, también en Salta. Estas poblaciones corresponden a la denominada Cultura o Tradición San Francisco (Ventura 1979). Estas poblaciones, heterogéneas a lo largo del tiempo y el espacio, generaron vínculos e intercambios con los territorios de las tierras altas (puna y quebradas) incluso hasta el norte de Chile (Kulemeyer 2009). Actualmente esta región se encuentra con un número creciente de investigaciones a través de muchos autores y diferentes líneas de evidencia (ver Ortiz 2003; Echenique y Kulemeyer 2003, entre otro). Por otra parte, la “Cultura Candelaria”, sur de Salta y norte de Tucumán con una cronología entre los primeros siglos de la era y el 1000 AD, también se ha propuesto como una de las “culturas” tradicionales del área de *yungas* (Baffi *et al.* 2003).

Los estudios realizados sobre las *Yungas*, han tenido un desarrollo claramente menor respecto por ejemplo de otras áreas como ser la Puna y los Valles, siendo poco trabajado en sus particularidades. Como pudimos observar las investigaciones estuvieron marcadas por la imagen de frontera y por la idea de complementariedad económica-ecológica en sus diversos mecanismos: migración, transhumancia, intercambio, colonias (Ventura y Ortiz 2003). Muchas de las interpretaciones se basaban en datos extrapolados de otras regiones, sobre la base de hallazgos materiales considerados

como exógenos y que se supone provienen de los ambientes selváticos (Ventura y Ortíz 2003). Los modelos tradicionales hablaban de una región periférica habitada por grupos dependientes de otras sociedades de mayor envergadura ubicadas en los Andes Meridionales o en la llanura chaco-santiagueña, las ocupaciones eran efímeras, temporales, esporádicas. Marcadas por la idea de la complementariedad o exotismo; proponiendo un uso complementario de recursos de diversos ambientes, por ejemplo, expediciones destinadas al aprovisionamiento de materias primas exóticas, como el cebil (Kulermeyer 2009). Estos modelos propiciaban una visión de las tierras bajas donde lo local se encontraba ausente (Miguez y Caria 2015).

En el área pedemontana o de las tierras bajas las investigaciones arqueológicas también han tenido un desarrollo menor, esto se ve mayormente reflejado en el área tucumana y catamarqueña, donde las investigaciones fueron pocas y esporádicas. La falta de investigaciones que aqueja a esta área tiene que ver según, Miguez y Caria (2015), con algunos supuestos o “mitos” asumidos implícita o explícitamente por los investigadores. Estos “mitos” se relacionan con, en primer lugar, pensar al piedemonte como un área periférica a los centros ubicados en los altos valles andinos y en segundo lugar, a las condiciones ambientales que dificultarían y/o imposibilitarían el trabajo arqueológico - densa vegetación, escasa visibilización de restos arqueológicos, mala conservación, lluvias constantes, entre otros- (Miguez y Caria 2015).

En relación al primero de estos mitos, tiene su base en la amplia proliferación que han tenido nuestra disciplina los enfoques de centro-periferia, relacionado al modelo de áreas culturales (Quesada *et al.* 2012; Miguez y Caria 2015). Dentro del modelo tradicional estas áreas eran consideradas parte del área meridional, que forma parte de la macroárea andina, concebida como un espacio marginal respecto de los núcleos culturales de los Andes centrales y área circum-Titicaca (González 1977). El Noroeste Argentino, luego, también fue dividido en áreas, subáreas, regiones, culturas, puna, valles, selvas, y sus relaciones también eran explicadas en términos de centro y periferia. Los centros claramente estaban ubicados en los valles y las tierras bajas, selvas y llanura chaco-santiagueña, eran las periferias, lo marginal. Este tipo de pensamiento predominó en la arqueología en sus inicios y hasta entrados los años 70. A partir de la década del 80, esta visión se empieza a cuestionar, específicamente la idea de la influencia del área circum-Titicaca y se integra el piedemonte en esta nueva reconstrucción histórica de otra manera. Se propuso la importancia de los valles de Alamito, Ambato y Tafí, como centros políticos y ceremoniales que funcionaron como polos de desarrollo y que influenciaron vastos territorios (Núñez Regueiro y Tartusi 1990; Tartusi y Núñez Regueiro 1993; Pérez Gollán 1994; entre otros). Dentro de estos modelos el lugar otorgado a las sociedades del

pedemonte, fue un terreno de migraciones y ocupaciones de las culturas andinas y de las sociedades de la llanura chaco-santiagueña, y también un área que oficio de puente para la difusión de rasgos culturales de los Andes hacia oriente y de los segundos hacia occidente (Núñez Regueiro y Tartusi 1990, 2003). Aquí las poblaciones locales fueron invisibilizadas y sufrieron, según Miguez y Caria (2015), una doble marginación, una relación asimétrica con los señorios vallistos que relegó el pedemonte a la periferia y a sus habitantes a la marginalidad. Varios autores sostienen que durante el primer milenio D.C. estos lugares estaban ocupados por poblaciones de baja densidad o por satélites establecidos por la “cultura Aguada” para la explotación de diversos recursos (Núñez Regueiro 1990). Se puso, por estos motivos, muchos énfasis en los trabajos realizados en la identificación de elementos culturales considerados diagnósticos, cerámica y arte rupestre. Cuando se encontraron elementos asignables a Condorhuasi o Aguada fueron registrados como una adscripción directa a determinadas tradiciones valliserranas o chaco-santiagueñas (Núñez Regueiro y Tartusi 2003; Pantorrilla y Núñez Regueiro 2006; Gómez 2009). Un ambiente siempre sujeto a la colonización para la extracción de recursos como maderas -combustible para metalurgia- y cebil (Núñez Regueiro y Tartusi 2003; Miguez y Caria 2015).

En cuanto al segundo mito, que proponían Miguez y Caria (2015) y que señala el área pedemontana como “complicada” para el desarrollo de investigaciones arqueológicas, refiere a que hay ciertas características ambientales que funcionan como un limitante para el desarrollo de la disciplina, a saber: espesa vegetación, intensa sedimentación y formación de suelos, baja visibilidad de restos arqueológicos, elevada humedad y temperatura que atentan contra la preservación de material orgánico y que afectan otros materiales. También el intenso arrastre hídrico y la erosión que alteran la información contextual. Todas estas variables actuarían conspirando contra el trabajo arqueológico. Sin embargo, múltiples estudios demuestran que, sin negar las dificultades que imponen todas las variables antes citadas, hacer arqueología de las tierras bajas es posible y, agregaría yo, necesario. En los últimos años se han empezado a relevar estructuras, restos botánicos, faunísticos, etc. Simplemente, el trabajo en esta área demanda repensar parte de nuestras metodologías y diseños de investigación tradicionales, muchas veces ajustadas más a unos contextos que a otros.

EL NOROESTE ARGENTINO

En esta sección indagaré, a modo de introducción, sobre algunos conceptos básicos de la Arqueología del Noroeste Argentino, ya que como he mencionado antes, todos estos conceptos y su utilización implícita o explícita hacen a la configuración de las narrativas sobre el pasado. La región del Noroeste

Argentino ha sido siempre un punto clave en las investigaciones arqueológicas de nuestro país y aquí se han desarrollado múltiples secuencias cronológicas. Estas se han ido modificando a lo largo del tiempo, a medida que avanzaban las dataciones radiocarbónicas y también, a la luz de nuevas prácticas teóricas. Sin embargo, muchos de los componentes de estas periodificaciones siguen teniendo un rol determinante en las interpretaciones sobre ciertas áreas o procesos, en muchos casos con un tinte claramente evolucionista. A su vez, durante muchas décadas la cerámica, y principalmente su iconografía, ha tenido un peso fundamental como marcador cultural y temporal.

Las secuencias tradicionales proponen una distinción entre períodos que presentan algunas variaciones de denominación y temporalidad. Una de las periodificaciones tradicionales propone una secuencia para el desarrollo agroalfarero compuesta por cinco periodos: Período Temprano (600 a.C.-600 d.C.); Período Medio (600 d.C.-850 d.C.), Período Tardío (850 d.C.-1480 d.C.), Período Inca (1480 d.C.-1535 d.C.) y Período Colonial (1535 d.C.-1660 d.C.) (González y Pérez 1976), otros esquemas engloban el Período Temprano y Medio bajo el nombre de Formativo (con divisiones internas) y denominan al Período Tardío como Desarrollos Regionales (Núñez Regueiro 1975; Raffino 1988; Olivera 2001). En otros casos, se denomina al Periodo Medio como Período de Integración Regional en el Noroeste argentino –ca 600-1100 d.C.- (Pérez Gollán y Heredia 1990; Pérez Gollán 2000; Laguens 2002; Núñez Regueiro y Tartusi 2003). La mayoría de estos esquemas de periodización, sobre todo los más popularmente utilizados, tienen como punto en común que emplearon “unidades de semejanza cultural”, aunque las denominen “períodos”, es decir que por cumplir ciertos requisitos de semejanzas algo puede ser asignado a un determinado momento (Scattolín 2015). Para el caso de Núñez Regueiro (1975) la periodización se basa principalmente en indicar niveles de desarrollo, basados en los cambios en los modos y relaciones de producción o en el caso de Raffino (1988) en niveles de organización social (bandas, tribus, jefaturas, etc.).

Me interesa detenerme especialmente en el término Formativo, o como afirma Scattolin (2015), lo que los investigadores hacemos de él. Ella propone que este concepto depende más de los investigadores que están involucrados en su estudio que un sentido unívoco arqueológico ya que, actualmente, conviven muchas definiciones de Formativo. Entre los tópicos privilegiados en esta cuestión se encuentran la idea del inicio de la producción de alimentos, el establecimiento de comunidades sedentarias en el área andina previo a la formación de ciudades y estados. La idea de Formativo tiene una larga tradición en la disciplina en general y hace mención, aún hoy, a lo que Willey y Phillips (1955) proponían en la década del 50, presencia de agricultura o cualquier otra

economía de subsistencia de eficacia comparable, establecida en aldeas sedentarias. Su complejidad era más bien mínima y de un tamaño pequeño.

El uso del término en Argentina, ha variado, aunque hubo momentos donde existió una preocupación por dar una definición, especialmente en la segunda mitad del siglo XX cuando la cronología tenía un lugar más relevante en las investigaciones del Noroeste argentino (Scattolin 2015). Por ejemplo, para Raffino (1988; 1999), hacia el primer milenio antes de Cristo se produce un punto de inflexión con el inicio de la producción de alimentos, desarrollo de la agricultura y con la domesticación de los camélidos. Este período, que se ha conocido como Formativo, está caracterizado también por el advenimiento de la vida sedentaria. El mismo se ha dividido en dos partes, Formativo inferior (600 a.C. a 500 d.C) y Formativo Superior o Período Medio (500 d.C-800 d.C). Otra forma de verlo es que la propone, por ejemplo, Olivera (1988 2001) para quien esto no es un periodo o estadio cultural, sino que refiere a un tipo de sociedad, que posee un conjunto de estrategias adaptativas determinadas. No es entonces, para él, ya un momento histórico sino una estrategia, y una estrategia es “formativa” cuando la obtención de recursos implica un proceso de domesticación de animales y plantas, o sea incorpora el pastoreo de camélidos y la agricultura. Esta incorporación de la *opción productiva* no significa solamente cambios en la economía sino también en la organización social, con nuevos patrones de movilidad y uso del espacio. Estos procesos derivarán en un nuevo tipo de sociedad que, en general, se ha denominado Formativa (Olivera 2001).

Como identifica Scattolin (2015), el término *formativo* incluye tanto unidades de tiempo, como unidades de semejanza cultural y también estrategias adaptativas no temporales. Sin embargo, en la actualidad, los investigadores están interesados más que en dirimir o definir términos o límites temporales, en pensar las trayectorias de cambios en la apropiación de recursos, la construcción del paisaje, la estructura y organización de los asentamientos, los procesos de intensificación agraria, entre otros (Korstanje *et al.* 2015; Salazar y Franco Salvi 2015; Gordillo y Leiton 2015, entre otros). Algunas cuestiones como el inicio de la producción de alimentos siguen estando en el foco de la cuestión, aunque las perspectivas varíen. Korstanje *et al.* (2015) señalan que independientemente de que el componente de la agricultura era mencionado como fundamental y fundacional para el periodo Formativo, no tuvieron prácticamente en cuenta a la agricultura con estudios específicos, encontrándose ausente en las descripciones. Aunque en el caso de los enfoques *materialista* su participación en cuanto a modos de producción es revalorizada, no se condice con los estudios específicos.

Para el NOA, la agricultura del Primer Milenio de la Era había sido caracterizada como de baja extensión espacial, escaso desarrollo tecnológico y poca inversión de trabajo (Núñez Regueiro 1974; Olivera 2001). Estas propuestas estaban en consonancia con la idea de avances tecnológicos y evolutivos marcados por momentos comunes (Korstanje *et al.* 2015). Los enfoques actuales entienden a la agricultura en un sentido amplio, que incluye tanto las prácticas ligadas al cultivo de plantas, al terreno preparado, lo que sucede luego de la cosecha, tratamiento, procesamiento, etc., sin separarla de la producción ganadera con la cual estuvo estrechamente ligada (Korstanje *et al.* 2015). Esto traslada el eje a los procesos de larga duración por sobre las etapas marcadas por un avance tecnológico. A su vez, algunos elementos que no se creían posibles fueron identificados desde principios de la Era, como cultivo en terrazas, el riego artificial, rituales elaborados, uso de grandes extensiones de terreno, variedad de cultígenos y técnicas agrícolas sofisticadas (Korstanje y Quesada 2010), contradiciendo la idea de la baja escala espacial como elemento definitorio de la agricultura del Formativo. Korstanje *et al.* (2015) no pueden afirmar que esta práctica de la agricultura sea distintiva de este periodo, pero para ellos resulta claro que ciertas lógicas espaciales y laborales continuaron en el tiempo. Lo más importante es desestabilizar ideas neoevolucionista secuenciales en las que la intensificación de la agricultura habría desencadenado en una estratificación social y centralización política.

El periodo posterior, “Período de Integración Regional” o Periodo Medio, a veces también incluido dentro del Formativo, nos merece un comentario aparte (Pérez Gollán y Heredia 1990, Núñez Regueiro y Tartusi 1990, entre otros). El Período de Medio o Integración Regional en el Noroeste argentino –ca 600-1100 d.C- ha sido caracterizado como un momento de cambio hacia una nueva configuración social con un marcado incremento de la complejidad (Pérez Gollán 2000; Laguens 2002; Núñez Regueiro y Tartusi 2003). Dicho período está definido por la aparición de la denominada cultura arqueológica de La Aguada y tuvo como centro de desarrollo el Valle de Ambato. La cultura de la Aguada (600-800 d.C) es, según González, un jalón fundamental de la secuencia evolutiva del NOA. Sus características técnicas y estilísticas marcan una etapa bien definida, con una producción cerámica caracterizada por la presencia del motivo central del Felino y diferenciándola de una cultura anterior denominada Ciénaga. Su dispersión geográfica era muy amplia, abarcando desde el área de Belén y Londres hasta las Sierras de Andalgalá y hasta el Valle de Abaucán. Hacia el Sur, se extiende hasta La Rioja (Famatina, etc.) y al Este hasta el Valle de Catamarca (Ambato, Singuil, etc.) (González 1961-1964).

En 1990, Pérez Gollán y Heredia (1990) con sus estudios en el Valle de Ambato, empiezan a concebir a la cultura de la Aguada como un momento de unificación social e ideológica a nivel regional. Por su parte, Núñez Regueiro y Tartusi (1987) también plantean que Aguada no es una cultura sino la manifestación de una integración regional resultante de la interacción entre distintas culturas formativas. Esta integración se lleva a cabo en sociedades de distinto origen y que poseían elementos materiales que fueron conjugados en un nuevo orden. Por este motivo, los autores antes mencionados propusieron hablar de Período de Integración Regional en lugar de Período Medio. Para Núñez Regueiro y Tartusi, el Período Medio se va configurando con los cambios ocurridos al final del estadio anterior (Tartusi y Núñez Regueiro 1993). Para estos autores, el crecimiento y desarrollo de las sociedades agropastoriles del NOA parte desde los polos de desarrollo. Consideran que el antecedente directo del surgimiento de Aguada y la complejidad social fue Condorhuasi-Alamito en el Campo del Pucará, Catamarca (Núñez Regueiro y Tartusi 2003). Los sitios Alamito serían los centros ceremoniales Condorhuasi, hacia el Período Medio se producen cambios en su estructura, se abandonan y el polo se traslada hacia el valle de Ambato. La historia de las poblaciones agroalfareras del NOA se desarrolla marcando cambios significativos partiendo de los polos (Tartusi y Núñez Regueiro 1993).

Me interesa recalcar que cuando se menciona el Período Medio o de Integración Regional hay ciertos aspectos de la cultura material y de la forma de vida de los grupos que habitaron el NOA que se mencionan recurrentemente. Por ejemplo, un proceso de incremento de la diferenciación y la complejidad social que comenzó hacia el inicio de la Era Cristiana y se afianzó hacia el 600 d.C. en el Período Medio (Raffino 1999; Perez Gollán 2000; Laguens 2002; Gordillo 2004). Este momento es entendido como de cambio social hacia una mayor complejidad, con mayor densidad de población, con una producción de alimentos, agrícola y ganadera, establecida y con el desarrollo de manufacturas de excelente nivel técnico. Estas características son referidas en todos los esquemas, aunque los puntos de inflexión con la etapa anterior, el Formativo, y los criterios utilizados para monitorear dichos cambios difieren entre ellas.

En los últimos años, a la luz de nuevos enfoques, se ha realizado un replanteo de la Aguada y del Período Medio. Avances en dataciones radiocarbónicas y la producción de nuevos modelos han cambiado la forma de ver sus particularidades y sus persistencias formativas (Pérez Gollán 2000; Laguens 2002, 2006; Gordillo 2004, 2007; Gordillo y Ares 2005; Cruz 2006; Gordillo y Leiton 2015). Se ha atacado más directamente la temática de la complejidad y la desigualdad en la región donde el panorama homogéneo de distinciones jerárquicas se discute, por ejemplo, desde las evidencias

obtenidas en el espacio doméstico (Gordillo 2004, 2007; Calomino y Eguía 2014) y posturas que marcan la posibilidad de una sociedad heterogénea sin jerarquías institucionalizadas (Cruz 2006).

En otros casos para permanecer por fuera de estas tensiones se ha utilizado la frase “primer milenio d.C.”, lo cual permite hablar del período Formativo sin tener la carga de asignarle rasgos culturales o evolutivos, una forma de “desafilarse” (Scattolin 2006). Nosotros también, en relación con las dataciones obtenidas y los antecedentes presentados, estamos particularmente interesados por este momento. Coincidimos con varios de los autores antes señalados en que debemos intentar superar las secuencias cronológicas estáticas que enmascaran concepciones neoevolucionistas, pero sin dejar de lado las relaciones que puedan establecerse con otras áreas y otros tiempos (Gordillo *et al.* 2017a). Siempre conservando una visión anclada en la zona que apunte a interpretar los paisajes sociales en las diversas materialidades, prácticas y procesos que allí tuvieron lugar. Más allá de que lo antes expuesto consiste en una breve síntesis, me interesaba volver sobre estas ideas por la influencia que han tenido y tienen sobre los estudios arqueológicos del NOA y porque creo que esta tesis puede hacer una contribución en algunos de estos sentidos. Teniendo en cuenta el rango de las dataciones obtenidas nos interesa pensar sobre los procesos que tuvieron lugar en el Noroeste argentino en general y en el área del este de Catamarca en particular durante el Primer Milenio de la Era, sin dejar de atender el peso que la caracterización del Período de Integración Regional y las ideas actuales de Formativo tienen sobre nuestras investigaciones.

LA SIERRA DE EL ALTO-ANCASTI

Antes de continuar con los sitios de las Yungas catamarqueñas, quisiera remitirme nuevamente a nuestra área general de estudio, la sierra de El Alto- Ancasti (figura 2.6), más específicamente el norte de la sierra. Esta referencia resulta inevitable debido a que los antecedentes de investigación del área han sido trabajados, tanto para los sitios de pastizales como los de yungas, en relación a este eje.

La sierra de El Alto-Ancasti es un segmento de la vertiente oriental de los Andes en el Noroeste argentino. Este cordón montañoso se ubica en sector sureste de la provincia de Catamarca y constituye la porción este de las Sierras Pampeanas Noroccidentales (Cisterna 2003). Esta formación montañosa atraviesa principalmente los departamentos de El Alto, Ancasti y La Paz. Esta sierra corresponde geológicamente al período Terciario y se caracteriza por su bifrontismo o perfil asimétrico, lo cual quiere decir que existe una gran diferencia entre las pendientes oriental y occidental de la misma

(Aceñolaza *et al.* 1983). La ladera oriental posee una pendiente suave que se extiende hacia el este, hacia la llanura santiagueña. Esta particularidad también tiene consecuencias en la hidrografía y el régimen pluvial, que genera una concentración de las precipitaciones en la ladera este. En esta sierra confluyen ambientes marcadamente diferentes, dando lugar a diferentes elementos florísticos y faunísticos (Aceñolaza *et al.* 1983). Desde la fitogeografía se considera que aquí se encuentran representados distintos distritos de la provincia Chaqueña, el Serrano y el Chaco Semiárido (Morlans 1995). El primero de ellos se extiende por la cima y los faldeos de la sierra, hasta aproximadamente los 28° de latitud sur donde, en rumbo norte, comienza a contactar con la Provincia de la Yungas. El distrito del Chaco Serrano fue clasificado de acuerdo a pisos altitudinales que con las consecuentes variaciones de humedad e irradiación solar influyen la composición vegetal. Estos pisos son: a) Pastizales de Altura, por sobre los 1.400 msnm, donde la vegetación es una asociación entre gramíneas y herbáceas de distintos géneros; b) Piso del Arbustal-Pastizal, entre 1.400 y 1.900 msnm, con una base de gramíneas y especies arbustivas; aquí también se observan incursiones del Bosque Serrano característico de las zonas más bajas en las laderas orientales, más húmedas. Sobre la denominación del tercer piso de vegetación existen algunas discrepancias entre los autores en cuanto a las denominaciones y sus límites. Entre los 700 y 1.400 msnm se encuentra presente un bosque húmedo de mayor densidad caracterizado por una gran variedad de especies arbustivas y arbóreas (viscote, laurel, algarrobo, cebil, etc.), fue denominado Bosque Montano Inferior, Bosque Serrano y también Selva tucumano-boliviana o *Yungas* (Aceñolaza *et al.* 1981; Morlans 1995; Perea *et al.* 2007). En la ladera nororiental de la sierra podemos consignar como ambiente de *Yungas*, esta porción se correspondería con su parte más austral, su última estribación. Continuando hacia el este, se encuentran los arbustales del Chaco Semiárido. Toda esta transición es muy amplia y gradual.

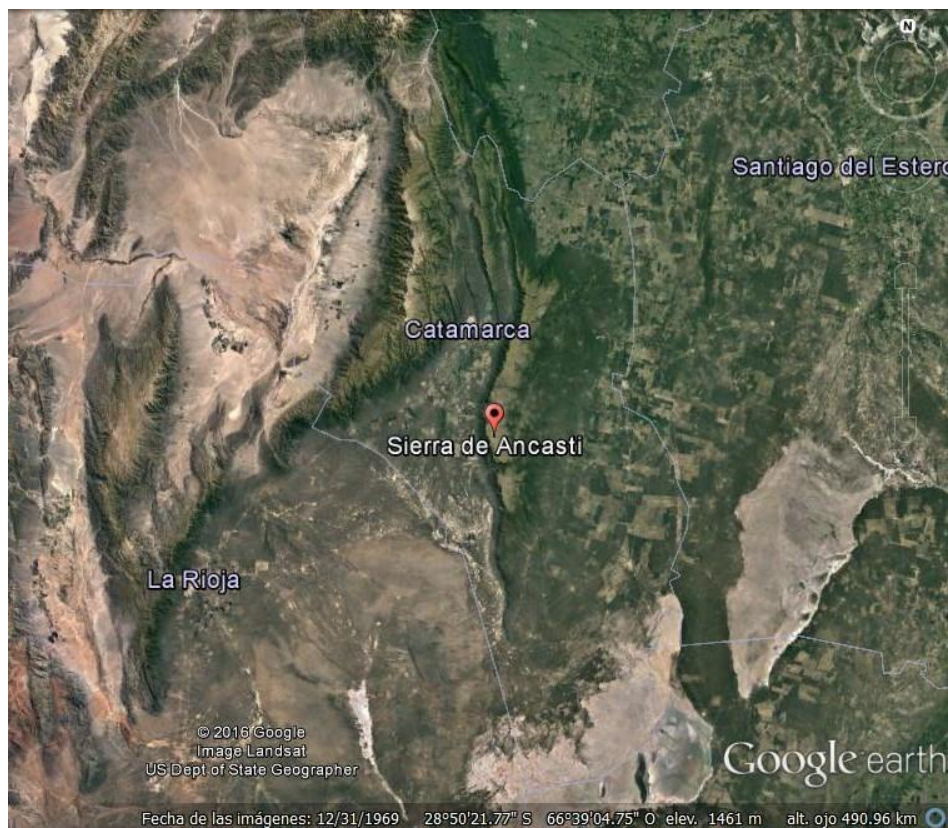


Figura 2.6. Imagen satelital de la Sierra de El Alto-Ancasti, Catamarca.

Primeras investigaciones

Una de las primeras menciones a la sierra de El Alto-Ancasti aparece en la bibliografía arqueológica en un trabajo de Difrieri (1943) en el cual se describen morteros. Luego, encontramos el trabajo de Ardissonne (1943) quien propone ampliar el límite del área de dispersión de los andenes, evidencia de prácticas agrícolas, porque los mismos llegaban hasta el Ancasti. La ampliación de este límite implicaba el crecimiento también del “mundo andino”. Sin embargo, la mayor parte de los estudios arqueológicos de la sierra corresponden a trabajos sobre el arte rupestre, que para el sector septentrional fueron casi excluyentes hasta hace una década (Gordillo *et al.* 2017a). Segura (1970) realiza uno de los primeros trabajos en el área identificando sitios como Ampolla y Los Algarrobales sobre los que volveremos más adelante. En el sector sur de la serranía sobresalían numerosas cuevas o aleros rocosos con gran cantidad y complejos motivos pintados y/o grabados, como La Tunita, La Toma y La Candelaria. Estos sitios fueron dados a conocer a partir de los trabajos de de la Fuente (de la Fuente 1979; de la Fuente y Díaz Romero 1974, Segura 1988, etc.) estudios que luego continuaron otros investigadores (González 1977 y 1998, Llamazares 1993 y 1997/98, Nazar 2003a, entre otros).

Nicolás de la Fuente, luego de dar a conocer el sitio de la Tunita posiciona el arte rupestre de la sierra como un objeto de interés (de la Fuente 1969). Su interpretación de este sitio era que había funcionado como un centro de iniciación shamánica donde se habrían realizado rituales, el acceso inmediato al bosque de cebil abogaba por esta idea (de la Fuente 1990). A su vez, basado en una comparación con la iconografía presente en las piezas cerámicas descritas por González (1961-1964) y asignadas a Aguada fueron vinculadas a ese momento y cultura, aspecto que se ve corroborado con los materiales cerámicos hallados en la zona (e.g. Aguada Portezuelo, Ambato Negro Grabado, Cortaderas y Hualfín Pintado) (Gordillo *et al.* 2000).

En el norte de la sierra lo antecedentes son mucho más escasos, pero allí también de la Fuente *et al.* (1983) registró varios sitios en el departamento de El Alto: El Lechico, Los Albarracines e Inasillo. Luego comenzarían los trabajos de Amalia Gramajo y Hugo Martínez Moreno (1978) quienes, aunque no eran arqueólogos, estaban muy dedicados a esta tarea. En primer lugar, se interesaron por las pinturas rupestres de la localidad de Oyola, localidad que retomaremos en detalle más adelante. Aquí también la temporalidad se adscribió a la cultura de La Aguada, aunque dejaron abierta la posibilidad de que algunos motivos sean anteriores.

Los antecedentes de estudios de sitios de vivienda son aún más escasos, pero debemos mencionar el trabajo de Barrionuevo (1972) que definió el “Área Cultural Nana Huasi” en la Sierra de Ancasti, este autor realizó prospecciones y algunos sondeos en el interior de un sitio con estructuras de piedra. En 1978, Mulvany (1996-1997) inicia una serie de prospecciones entre las regiones valliserrana y Chacosantiagueña, en los departamentos de Santa Rosa y El Alto, en la ladera oriental de la sierra El Alto-Ancasti y menciona la presencia de algunos sitios, entre ellos Los Corpitos. Según estos trabajos preliminares, estableció una cronología que se iniciaba en el Periodo Temprano y llegaba hasta el Tardío. En el análisis cerámico se pudieron identificar tipos nuevos y otros conocidos ya descriptos por otros autores. Estudió materiales provenientes de 3 localidades de las estribaciones orientales de la sierra, Las Cañas (Depto. Santa Rosa), Cortaderas (Depto. de Santa Rosa) y Albigasta (Depto. de El Alto). Los sitios donde se recolectaron los materiales corresponden a S.Cat.Ros3, en Las Cañas, un asentamiento multicomponente que se encontraba cubierto por una densa vegetación, lo cual dificultó la identificación de las estructuras, además el trazado de la ruta también ha cortado parte del sitio. Igualmente, sí pudo distinguir 5 sectores, una especie de montículo, concentraciones de piedras y de materiales. Entre los materiales recuperados se encuentran concentraciones de carbón, huesos, cascara de huevo de ñandú, cerámica, lascas de cuarcita y cuarzo. En las formas que pudieron ser identificadas se observa un semi-círculo de piedras, integrado por lajas grandes. En Cortaderas, se

detectaron otros 3 sitios, los cuales se encontraban muy afectados por el pisoteo y los caminos. Los materiales fueron organizados en Grupos Cerámicos que no tenían una connotación directa con las culturas o tradiciones ya definidas para el NOA. Se definieron 7 grupos basándose en la presencia de inclusiones, de acuerdo a su tamaño, también textura y tipo de fractura, luego dentro de estos grupos se establecieron subgrupos de acuerdo al tratamiento de superficie. Sin embargo, para los sitios de Las Cañas y Cortaderas, se identificaron restos de vasijas que se pueden adscribir a material Condorhuasi y donde releva la presencia de cerámica que denomina Cortaderas Polícromo, siguiendo a Serrano (1976). Las altas frecuencias de este último tipo la llevan a pensar que podría tratarse de una tradición local.

En la zona de pastizales de altura, en el sector suroeste del Depto de El Alto, Nazar (2003b) realizó prospecciones y relevamientos basados en la arqueología distribucional, destinada a medir densidades artefactuales, y registró diversos sitios. Caracterizó esta zona como un área marginal en relación a los desarrollos de Ambato y Catamarca y ocupada por puestos y corrales de manera dispersa y con baja intensidad. Nazar (2003b) registró que para los niveles positivos del terreno se registraban mayor cantidad de artefactos en superficie, en relación a esto propuso que la acumulación de sedimentos en los relieves negativos podía estar afectando la visibilidad o que la preferencia de la ubicación de viviendas podía tener su fundamento en la seguridad que brindan contra las corrientes de agua de lluvia.

Trabajos actuales

Como mencioné anteriormente, las primeras investigaciones llevadas a cabo en esta área correspondieron a descripciones del imponente arte rupestre, especialmente el localizado al sur de la sierra (Segura 1970; Gramajo de Martínez y Martínez Moreno 1978, 1982; De la Fuente y de Gómez 1989; Llamazares 1997-98). Estos primeros antecedentes significaron un avance en un área antes desconocida, sin embargo, priorizaron, casi exclusivamente, la descripción de motivos y la posibilidad de una adscripción cultural, especialmente su relación con la “Cultura Aguada”. Otros tipos de sitios, como poblados o áreas productivas, eran prácticamente desconocidos. Por este motivo, se propició un panorama donde la sierra de El Alto-Ancasti parecía ser una región prácticamente despoblada (Quesada 2017). Como dice de la Fuente: “la orfandad del registro arqueológico, excluido el arte rupestre, nos hace pensar, en la ausencia de grandes ocupaciones, en el uso de los aleros y cavernas en forma transitoria” (1990:7).

Hasta ese momento, la sierra de El Alto-Ancasti había sido considerada como un espacio que tuvo un rol crítico en la dinámica social del NOA, pero, al cual, se le prestaba poca atención en sus características particulares (Gordillo *et al.* 2017a). Desde los modelos tradicionales la región de El Alto-Ancasti, se presentaba como un espacio fronterizo, marginal y límite de un área geográfica y cultural, entre el área andina meridional y las tierras bajas orientales (Ardissone 1943; González 1979; Núñez Regueiro y Tartusi 1990). En un primer momento, se pensaba esta zona como ambiental y culturalmente periférica habitada por grupos dependientes de las sociedades de mayor envergadura ubicadas en los Andes Meridionales y la llanura chaco-santiagueña, manifestando un patrón de ocupaciones temporales o esporádicas cuya producción se encontraba enmarcada dentro de una economía de intercambio con las regiones adyacentes (González 1979). Luego, fue caracterizada como una zona de interacción y margen de los señoríos valliserranos del NOA (Pérez Gollán y Heredia 1987, entre otros). Según Núñez Regueiro y Tartusi (2003), en el primer milenio d.C. en valles como Alamito, Ambato y Santa María existieron centros políticos/ceremoniales que actuaron como polos de desarrollo que ejercieron sus influencias en un amplio territorio. Partiendo de esta base, la Sierra de El Alto-Ancasti fue vista como una zona de pastoreo, caza y aprovisionamiento de materias primas exóticas, fuente de recursos exóticos con alto valor simbólico, como el cebil (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2015).

Quesada *et al.* (2012) propone que la variabilidad ambiental presente en la región dió impulso a estos modelos de complementariedad económica y ecológica entre microambientes, tierras altas para el pastoreo, el piedemonte como espacio para la agricultura y recolección de recursos y los fondos de valle para la colecta y la caza (Pérez Gollán 1994; Kriscautzky 1996-1997). Aquí subyace una idea de geografía política que supone la articulación económica entre diferentes zonas. Esto, a su vez, acompañado por algún grado de centralización política que ejercía el control sobre estas actividades. Las tierras altas funcionarían como una especie de área aledaña, el límite del sistema gestionado por las cabeceras de las áreas pedemontanas, con las tierras cumbres especializadas en el pastoreo. El piedemonte oriental de la sierra de El Alto-Ancasti con sus bosques de cebil, planta alucinógena de empleo ritual, habría tenido un rol fundamental, un lugar donde concurrirían diferentes grupos étnicos entre los cuales se habrían establecido contactos e intercambios, articulando un espacio regional integrado en el sur de los Andes (Pérez Gollán 1994).

En relación con esto, Quesada *et al.* (2012), critican la presencia de dos supuestos de amplia difusión en nuestra arqueología, en primer lugar, la concepción de la naturaleza como ordenada de acuerdo a franjas altitudinales, dejando de lado cualquier posibilidad de que el ambiente sea una construcción

cultural e histórica. En segundo lugar, la idea de que la espacialidad de los procesos históricos se organiza políticamente en centros y periferias. Este enfoque tiene un fuerte anclaje en la arqueología del Noroeste argentino donde casi todas las relaciones entre las distintas áreas y subáreas eran explicadas, en mayor o menor medida, con esta base. Esto promovía la imagen de zonas satélites donde los señorios de los valles realizaban una explotación de recursos propiciando una visión de la sierra donde lo local se encontraba ausente (Quesada *et al.* 2012; Míguez y Caria 2015; Gordillo *et al.* 2017a).

A partir del año 2008, comenzamos nuestros trabajos sistemáticos en el área, bajo la dirección de la Dra. Inés Gordillo (Gordillo *et al.* 2010; Gordillo y Calomino 2010; Gordillo *et al.* 2015); ese mismo año también inician sus investigaciones el equipo de Marcos Quesada, esto trajo aparejado un cambio de enfoque y perspectiva. El inicio de prospecciones y excavaciones sistemáticas propuso un panorama más complejo (figura 2.7) (Gordillo *et al.* 2010, 2013, 2017b; Quesada *et al.* 2012, 2016). Los trabajos que se llevaron a cabo en los últimos años, contrariamente a lo que se esperaba, relevaron una construcción del espacio social, alejada de la idea de “periferia” (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2017b). Se registró una importante inversión en infraestructura agrícola, construcción de viviendas y la presencia de conjuntos aldeanos estables. Estas investigaciones, que describiremos en detalle más adelante, plantean la existencia de ocupaciones permanentes y autosuficientes en la región (Gordillo *et al.* 2010; Quesada *et al.* 2012; Zuccarelli 2012; Eguía *et al.* 2016; Gordillo *et al.* 2017a). Estas comunidades habrían desarrollado una economía diversificada que complementaba la producción agrícola con las actividades de caza y pastoreo, utilizando principalmente los recursos locales (Moreno y Quesada 2012; Moreno y Sentinelli 2014). El cambio de perspectiva implica, según Gordillo *et al.* (2017a), una visión anclada en la zona que apunta a interpretar los paisajes sociales en las diversas materialidades, prácticas y procesos que allí tuvieron lugar lo cual, paralelamente, permitirá reformular los procesos regionales e interregionales desde otro lugar. Como propone Quesada *et al.* (2012), lo local no solo como mera cuestión espacial sino como algo primariamente relacional y contextual.

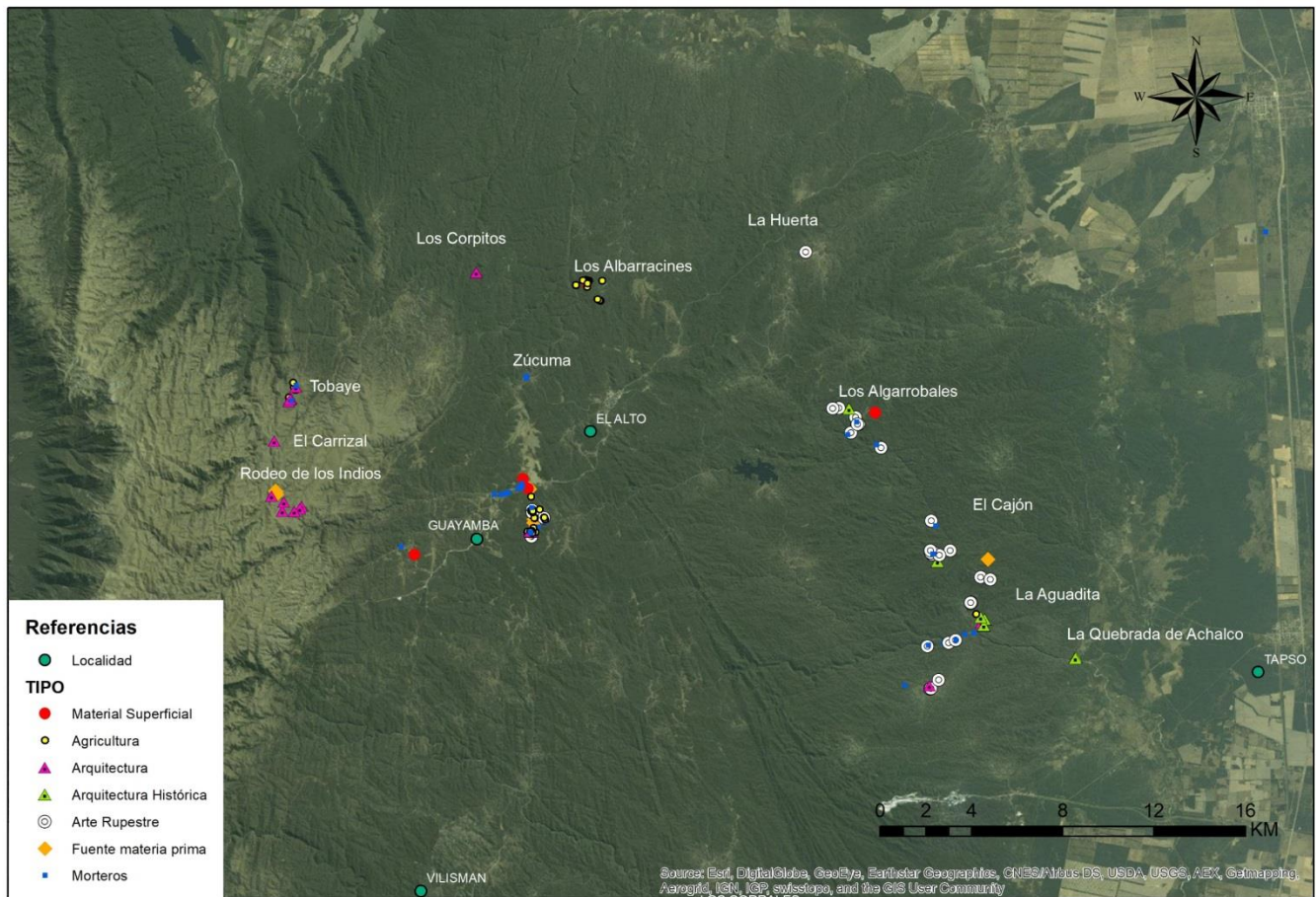


Figura 2.7. Imagen satelital de los sitios registrados en el área por nuestro equipo.

También se propusieron nuevos enfoques sintetizadores en relación al arte rupestre, entre ellos me interesa destacar el trabajo de Quesada y Gheco (2011), quienes proponen que a lo largo del área pueden reconocerse diferentes lógicas espaciales en la construcción de los entornos rupestres. Identifican cuatro modalidades o lógicas, tomando como dimensión fundamental la visualidad - variable que define la estructuración del espacio-, las posibilidades de visualización, agregación de personas y movimientos corporales que los entornos promueven o limitan, entre otras. Este enfoque tiene como novedoso dejar un poco de lado el análisis iconográfico e iconológico para pensar el arte rupestre en torno a sus prácticas. Los autores tuvieron en cuenta la disposición de los sitios en el paisaje, las condiciones de visualización del paisaje desde los sitios y la visualización de las figuras desde el exterior o interior de los bloques o cuevas y el acondicionamiento material del espacio en torno a las representaciones. La modalidad 1, representada por La Tunita, Oyola, Campo de las Piedras y La Toma, se relaciona con sitios de múltiples cuevas pintadas, con una separación espacial y/o visual de las áreas de producción y vivienda, con espacios de observación restringidos para pocas

personas, cuevas pequeñas que no permiten visualización externa de los motivos. Son espacios íntimos que generan proximidad corporal y actitud estática. La segunda modalidad (La Candelaria II o Cueva de la Salamanca, Casa Pintada de Guayamba, entre otras), se trata de una sola cueva integrada por proximidad a los sitios de vivienda, con mayor exhibición desde el exterior y que, a su vez, permite más agregación de personas. La modalidad 3, funciona sin restricción visual ya que se realiza sobre bloques horizontales y son grabados, en vez de pintados. Por último, la modalidad 4 corresponde a motivos denominados “marcas de ganado”, localizados en Oyola, pero que se distingue de la modalidad 1 porque se realizaron en cuevas más amplias y luminosas. En la modalidad 1 y 2 hay motivos vinculados a La Aguada, no así en las modalidades 3 y 4. Igualmente, ya que constituye una primera aproximación, requiere ser profundizado en el futuro para abarcar otras posibles modalidades.

En cuanto a las trayectorias y procesos temporales, a modo de hipótesis, creemos que los dos sectores que de la sierra que hemos trabajado, cumbres y *Yungas*, tienen diferentes trayectorias temporales e identidades socioculturales. Mientras que la ocupación humana en el primero de ellos se habría limitado al denominado Período de Integración Regional (PIR), el registro arqueológico del segundo sector parece generado en distintos momentos a lo largo de un lapso más prolongado (Gordillo *et al.* 2017a). A continuación, describiremos los sitios de la segunda de estas áreas que se han relevado en transcurso de investigaciones de nuestro equipo como de otros investigadores previamente mencionados.

Las Yungas o Bosque Montano

En el área de *Yungas* o Bosque Montano (figura 2.8) aparecen cuatro clases de sitios: cuevas y aleros con arte rupestre, recintos habitacionales, terrazas agrícolas y morteros fijos simples y múltiples (Quesada *et al.* 2016; Gordillo *et al.* 2017b). Estos últimos son frecuentes junto a los ríos y afluentes pero, en la mayoría de los casos, no se han relevado asociaciones con materiales o construcciones. El registro más abundante corresponde a pinturas parietales en aleros, cuevas y bloques graníticos o metamórficos. Se reconocen varios tipos de soporte en los que se emplazan los paneles con representaciones rupestres: grandes bloques graníticos que apoyan sobre afloramientos rocosos cuyas oquedades fueron labradas principalmente por el viento, y paredones, aleros y cuevas metamórficas cuya base está compuesta por sedimentos (Calomino 2010). Estos sitios presentan diversidad de estilos y motivos, entre los cuales se encuentran figuras zoomorfas (ave, ofidio, camélidos y reptiles), diseños geométricos (líneas, puntos y círculos), fitomorfos, antropomorfos y otros diseños (Gordillo y Calomino 2010; Gheco 2012, 2017). Además de la variedad también se pudo observar en varios

casos superposición de motivos, lo cual sugiere que se trata de lugares reutilizados por distintos grupos en diferentes momentos. A continuación, describiré los trabajos realizados en las localidades que poseen numerosos sitios con arte, Los Algarrobales y Oyola. Luego, describiré los trabajos realizados en los sitios de vivienda relevados en el área.



Figura2.8. Vista de las Yungas, foto del equipo.

Los Algarrobales

La localidad de Los Algarrobales, se ubica en el área de *Yungas* en el departamento de El Alto. Como mencioné anteriormente, el primer registro de estos sitios fue realizado por Segura (1971) y luego por Nicolás de la Fuente, que realizó una descripción del alero El Lechico (Gómez y de la Fuente 1989). Comparando las pinturas presentes con la iconografía de las piezas cerámicas Aguada, atribuyó las mismas a esta cultura. Luego, fueron visitadas por Gramajo de Martínez Moreno (2001). En esta localidad se documentaron ocho abrigos con arte rupestre, en su mayoría aleros (Gordillo *et al.* 2013). Estos se encuentran ubicados en los sectores medios y superiores de lomadas, en cuevas graníticas y en su mayoría poseen un gran tamaño, mayor a 20 mts. de largo. Por su ubicación, presentan

condiciones de buena visibilidad y posibilitan una buena visualización del entorno. En varios de ellos se hallan representados numerosos motivos, aunque también debemos mencionar la presencia de afloramientos que carecen de ellos. Se registraron exclusivamente pinturas y los colores presentes son rojo, blanco y negro. Los motivos representados son, principalmente, zoomorfos (camélidos, aves, serpientes) aunque también se registraron motivos geométricos, como círculos concéntricos y puntos alineados. Las figuras antropomorfas son muy escasas, a excepción de algunas mascararas antropomorfas. También se han registrado superposiciones y los motivos presentan características morfológicas y estilísticas diversas, que no poseen una vinculación directa con otras registradas en las secuencias tradicionales del NOA. No obstante presentan, como Oyola, similitudes con motivos rupestres de las Sierras centrales (Calomino 2016). Varias de estas cuevas contienen morteros excavados en rocas horizontales (Gordillo 2009). En esta área no se han registrado evidencias de viviendas u otro tipo de estructuras.

Casa Pintada

El alero Casa Pintada o Piedra Pintada, un afloramiento rocoso metamórfico, ubicado en la localidad de Guayamba, a 175 m del sitio Guayamba II. Aquí se reconocieron 14 motivos, de los cuales 6 fueron clasificados como figuras geométricas, una figura humana, tres zoomorfos –un ofidio, un ave y un cuadrúpedo–, una escena de un antropomorfo enlazando a un zoomorfo, posiblemente un camélido, ocho pisadas felínicas formando un rastro y dos figuras indeterminadas. Pintadas solo en pintura blanca y rojiza, hay un solo grabado (Calomino 2012; Gordillo y Calomino 2010). En este alero se ha realizado también un sondeo. Volveremos sobre este sitio en el capítulo IV. Debido a sus características este sitio fue clasificado por Quesada y Gheco (2011), como perteneciente a la modalidad 2.

Localidad de Oyola

En el departamento de El Alto se encuentra un batolito o Plutón de 2,5 km de largo, intrusión de rocas ígneas en el basamento metamórfico de la zona. Es un conjunto de grandes rocas de granito en las cuales la erosión generó cientos de cámaras u oquedades. Este sitio está conformado por muchas cuevas y aleros dispersos en un área de intensa vegetación que presentan pinturas y grabados rupestres desde tiempos prehispánicos. El primer registro de estos sitios lo realizó Gramajo y Martínez Moreno (1978, 1982), en el cual relevaron pinturas rupestres presentes en 7 abrigos. Desde 2009 en adelante, se han realizado múltiples e intensos trabajos de prospección y relevamiento en esta área a cargo

principalmente de Lucas Gheco y Marcos Quesada que han dado lugar a un significativo avance en el conocimiento de la zona (Quesada y Gheco 2010; Quesada *et al.* 2010; Quesada y Gheco 2011, 2015; Gheco 2012; Gheco y Quesada 2012; Gheco *et al.* 2015). En la actualidad se tiene registro de 38 cuevas, aleros y bloques rocosos con presencia de grabados y/o pinturas rupestres. Estos se encuentran dispersos en el área y los autores no descartan que sean aún más (Gheco 2017). La mayor parte de las pinturas se encuentran en los sectores medios y altos, donde la topografía es escarpada. En los sectores bajos se localizan estructuras agrícolas y de vivienda, sobre las cuales volveremos más adelante (Quesada *et al.* 2016). En el batolito, el paisaje aldeano se encuentra ausente, exceptuando el caso de dos recintos semicirculares a 50 m. en dirección noroeste de la cueva Oyola 7, conocidos como Oyola 31 (Gastaldi *et al.* 2016). Me remitiré a una descripción general de las figuras rupestres (para una descripción detallada de cada uno ver Gheco 2011; Gheco 2017). La mayor parte de los motivos de este sitio fueron pintados en tonalidades claras/blancas, y también hay otras pinturas en colores rojizos y negros. Las pinturas se localizan al interior de las oquedades, pudiendo ser vistas solamente desde dentro de los abrigos, este espacio interior suele ser de pequeño tamaño permitiendo la presencia en simultáneo de no más de 6 personas. En esta zona de densa vegetación las condiciones de visibilidad son de corta distancia. Varias de estas oquedades son inaccesibles visualmente desde donde probablemente se ubicaron los sitios de vivienda, los lugares más elevados, y por la densa vegetación (Gheco y Quesada 2012). Se observa una preferencia por localizar los diseños en espacios reducidos, es frecuente que las cuevas de mayores dimensiones no registren eventos de pintado y, excepto marcadas excepciones, los motivos no son visibles desde fuera de las cuevas. Según los autores, esto se trata de un tipo de racionalidad espacial que parece enfatizar la separación entre lo cotidiano y la movilidad como forma de observación de las pinturas.

Por cuestiones de espacio no es posible hacer una descripción detallada de los motivos presentes (para una descripción completa ver Gheco 2011, 2017). A manera de resumen, podemos decir que hay una gran diversidad de formas, colores y diseños, que pueden ser asociados a antropomorfos, camélidos, ofidios y felinos y un conjunto de figuras geométricas como círculos concéntricos, líneas, alineaciones de puntos, entre otros (Gheco 2017). No todas las cuevas poseen la misma cantidad de motivos y también se observan algunas que no poseen ninguno. En algunas ocasiones hay centenares de motivos que se presentan juntos y atiborrados. Sin embargo, a pesar del elevado número de motivos presentes en algunas cuevas, existen muy pocas superposiciones y en muchos casos pasan desapercibidas para el ojo no entrenado, son muy poco evidentes (Quesada y Gheco 2015). En La Cueva 7, una oquedad que posee dos accesos o bocas en sus extremos, se realizaron análisis químicos de las mezclas pigmentarias con las cuales se han realizado las pinturas (Gheco *et al.* 2012). De los

75 motivos presentes se pudieron identificar cuatro colores: blanco, rojo, negro y azul que presentaban diferencias cromáticas distinguiéndose dos blancos/cremas y dos rojos/naranjas. Los motivos rojos/naranjas se presentaban superpuestos a los blancos y los tonos más claros de blanco se situaban por debajo de los más oscuros. A través de los análisis químicos pudieron observar que las diferencias cromáticas observadas correspondían a mezclas u eventos de preparación pigmentarias diferentes, los análisis marcaron la existencia de como mínimo dos preparaciones de cada color (Gheco *et al.* 2012).

La hipótesis para este sitio es que estas cuevas pintadas son obras abiertas, son el resultado de **números** eventos de pintado, un proceso de múltiples agregados de motivos. Esto se sustenta en los diversos estudios de pigmentos, superposiciones, variabilidad de diseños morfológicos, entre otros (Quesada y Gheco 2011; Quesada y Gheco 2015). Estos autores, Quesada y Gheco (2011, 2015) proponen a Oyola como un montaje policrónico, entendiendo que existe la posibilidad de que diferentes autores hayan retomado y combinado motivos, rasgos y temas de diferentes soportes y temporalidades, destacando la voluntad de sucesivos actores de entrar en diálogo con sus pares más antiguos. En la escala que enfrenta el pintor con el panel, los pintores entablaban un diálogo reincorporando motivos y articulando escenas. Esto dio lugar a que se conformen escenas que continúan los temas propuestos inicialmente. También proponen que estos montajes se produjeron, probablemente, en el marco de diferentes estructuras políticas, sociales y económicas de escala regionales.

En relación a probable cronología de estas pinturas, teniendo en cuenta, que los primeros autores las relacionaban la iconografía del Periodo Medio, Gheco *et al.* (2012) no demuestran un particular interés por hacer una adscripción temporal de las pinturas, sino por la historia de las prácticas de pintado que dieron lugar a estos espacios rupestres (Gheco *et al.* 2012). No obstante, a través del estudio de las muestras pigmentarias y las superposiciones, los autores hipotetizan algunas nociones temporales, como ser: **que los camélidos con cuerpo de media luna podrían ser muy antiguos, quizás los primeros motivos de las cuevas del este catamarqueño, aunque su distribución se extiende hasta el norte de Córdoba y La Rioja** (Recalde y Pastor 2011; Quesada y Gheco 2015).

Habíamos mencionado anteriormente que varios de las cuevas de Oyola habían sido asignadas a la modalidad 1 (Quesada y Gheco 2011), porque no habrían estado vinculadas a las prácticas más o menos cotidianas vinculadas a las actividades domésticas o prácticas agrarias (Quesada *et al.* 2016). Ocupadas durante periodos largos de tiempo, pero para eventos de corta duración e intensidad. El principal argumento tenía que ver con la ausencia de estructuras ligadas a actividades domésticas y productivas. Sin embargo, a partir de nuevos trabajos de prospección y excavación se produjeron

algunos cambios significativos en la forma de ver este paisaje. En las prospecciones en los sectores bajos del cerro de Oyola, se recuperaron materiales arqueológicos que podrían deberse a la producción y reproducción doméstica. Debido a las características de la intensa vegetación que cubre el cerro y las tierras bajas del mismo, no fue posible aplicar técnicas de prospección por transectas. Igualmente, se pudieron detectar diferentes tipos de estructuras viviendas, terrazas agrícolas, sitios con arte rupestre y morteros fijos. Se detectaron siete conjuntos arquitectónicos que pudieron ser identificados como viviendas en función de los materiales recuperados, son Oyola 41, 42, 43, 44 y 50, 51.

Oyola 40 se sitúa en una explanada elevada y está compuesto por tramos de muros en el medio de un monte espinoso o bosquecillo que no permitió definir bien su forma de planta, se recuperaron en superficie tiestos y restos líticos. En Oyola 41 y 42 se observa una asociación con morteros móviles fragmentados y morteros fijos en afloramientos próximos. Aquí también se recuperó lítico y cerámica incluyendo algunos diseños grabados similares a cerámica Ambato negra- gris grabada y Ambato tricolor (Quesada *et al.* 2016). Oyola 43 se localiza en una explanada ubicada en la cabecera de una cañada con numerosas terrazas agrícolas, donde se pudieron observar alineaciones de lajas clavadas. Oyola 44 se observa en superficie una pequeña formación monticular con algunas rocas dispersas y hay abundante dispersión de los materiales arqueológicos. Los sitios de Oyola 50 y 51 son los mejor conservados. El 50 es un conjunto arquitectónico conformado por muros de roca, de hasta un metro de ancho. Se relevó un recinto cuadrangular y otras alineaciones de rocas. Hay gran cantidad de materiales líticos y cerámico en superficie, fragmentos afines a Ambato negro-gris grabado (Quesada *et al.* 2016). Hay un alto grado de inversión en la construcción de los muros, que son de dos paños con bloques seleccionados según su tamaño y se disponen dejando las caras planas hacia el interior del recinto. Hay dos técnicas, la primera que consiste en, los ángulos y luego a intervalos regulares, los mampuestos más pequeños fueran estabilizados con grandes piedras clavadas que actuaban como columnas. La segunda, en colocar bloques alargados atravesados al eje longitudinal del muro para que traben los dos paños. Se destaca la presencia mayoritaria de cerámicas estilo Aguada, Aguada grabados y pintados, entre ellos Portezuelo, Ambato negro-gris grabado, Tricolor (Alumbrera/Ambato/ Cortaderas). Oyola 51, un conjunto arquitectónico con un amplio recinto rectangular de 15x10 m, con muros de casi un metro de ancho. También posee al interior una serie de lajas en posición vertical, quizás una división interna. Como generalidades, estos autores (Quesada *et al.* 2016), afirman que las viviendas tienden a ubicarse en espacios topográficos elevados en relación a arroyos cercanos y también utilizan grandes lajas clavadas en posición vertical, ambas cuestiones fueron observadas en sitios de pastizales como El Taco y Rodeo de los Indios.

En cuanto a los morteros fijos, se detectaron dos vinculados a viviendas, relacionados con conanas y manos de moler y otros no vinculados a ninguna vivienda. Por otra parte, se registraron un total de 100 terrazas de cultivo en un radio de 3km. Son estructuras poco visibles y se trata de muros de piedra contruidos en el interior de quebradas, se disponen perpendicularmente a las bajadas de cauce, de extremo a extremo y apoyan sobre la roca madre. En muchos casos, se agrupan en conjuntos de hasta 12, de forma escalonada, aunque algunas se presentan aisladas. Puede tener hasta 15 metros de largo y aparecen asociadas a los sitios habitacionales (Quesada *et al.* 2016; Quesada y Zuccarelli 2017).

Para el caso del Cerro en sí, se observaron construcciones como muros de cerramiento que en algunos abrigos que limitan el ingreso y la visualización de motivos y muros de nivelación del terreno (Gheco 2017). Los artefactos de molienda son más variados que en las zonas bajas, distinguiéndose tres grupos: morteros someros pequeños, morteros de forma cilíndrica y conanas elaboradas en la superficie de rocas de granito, se observan superficies pulidas y ovals (Quesada *et al.* 2016). Aquí se relevó una única estructura de habitación con características diferentes, Oyola 31, ubicado en una explanada a 50 metros de Oyola 7. No presentan verdaderos muros sino hiladas simples, las cuales forman una especie de zócalo que tenían como función sostener postes. La técnica constructiva fue expeditiva y con alto porcentaje de material perecedero. Los autores consideran que es posible que haya habido varios eventos de construcción y, por lo tanto, que algunos bloques, y quizá postes, hayan sido reutilizados, lo cual implica la destrucción de las estructuras anteriores (Quesada *et al.* 2016). Igualmente, pudieron registrarse evidencia de diferentes actividades domésticas, como ser un fogón para preparación de alimentos y un pequeño pozo que contenía restos de un individuo perinato, restos óseos, líticos y cerámicos cuidadosamente ordenados en torno a una mano de moler. Un fechado ubica este sitio en el 1150 ± 30 años AP. Las cerámicas decoradas corresponden a piezas marrones pulidas, con abundante mica en la superficie y decoración incisa en surcos anchos y punteados rítmicos, similares a las que Serrano (1976[1958]) denominó “cerámicas de las sierras de Córdoba”. Aunque también hay presencia de algunos fragmentos que similares a Sunchituyo y al Tricolor (Alumbrera/Ambato/Cortaderas).

También se realizó una excavación al interior de una de las cuevas con arte antes mencionadas, Oyola 7. Allí Gastaldi *et al.* (2016) pudieron reconstruir una secuencia estratigráfica de cinco ciclos, aunque no la dan por finalizada aún. A través del análisis de la misma y de los diversos materiales recuperados, los autores proponen una gran diversidad de acciones y prácticas que tuvieron lugar en este alero. Dentro de este abrigo se localizaron dos morteros excavados en la misma roca: uno muy

pequeño y otro de gran tamaño. A nivel horizontal se identificaron depósitos de limpieza, rellenos de pozos, fogones y estratos cobertores. Principalmente, la muestra se compone de material lítico, cerámica y restos óseos. También se hallaron tres objetos de metal y varios fragmentos pequeños de cáscaras de huevo. Los materiales líticos son de manufactura simple y realizados casi exclusivamente en cuarzo, hay una punta de proyectil, raspadores, cortantes, raederas, muescas y desechos de talla vinculados a las etapas de formatización final de estos instrumentos. Se prepararon diversos filos lo que puede ser indicativo de que se realizaban variedad de actividades (Egea 2015). Los restos óseos son escasos y los identificados corresponden en su mayoría a cámelidos, la preservación es mala y muchos de ellos se encuentran termoalterados, quizás hayan participado de los eventos de fuego. La cerámica decorada es escasa, solo fragmentos muy pequeños decoración pintada. Las características de estos materiales son indicativas de actividades muy específicas, como la limpieza, y eventos de ocupación acotados, que no generaron gran densidad de materiales. Se obtuvieron dos fechados radiocarbónicos de restos de carbón: 1260 ± 90 años AP (LP-3183) y 1230 ± 70 años AP (LP-3181). En los estratos identificados se observa que un patrón recurrente de actividades, fundamentalmente asociadas a la ejecución de fogones, más bien restringidos, realizados en proximidades a las paredes del abrigo. En concordancia con la postura que considera los abrigos de arte como *obras abiertas*, resultado de un proceso de múltiples eventos de agregado de motivos, la evidencia resultante de la excavación aboga también por una historia extensa en términos cronológicos, con sucesivas ocupaciones de diferente intensidad.

Quesada y colaboradores (Quesada *et al.* 2016; Gastaldi *et al.* 2016; Gheco 2017) plantean que existen claras diferencias entre el Cerro de Oyola y las tierras adyacentes en la experiencia de habitar estos paisajes, por y para las que fueron construidos. Una de las diferencias claves es la ausencia de estructuras aterrazadas en el cerro, lo que los lleva a pensar que allí no se practicó la agricultura o, por lo menos, no de la misma forma y que este espacio tampoco parece haber sido destinado a la vivienda, o por lo menos, no con la misma intensidad (Quesada *et al.* 2016; Quesada y Zuccarelli 2017). En las otras áreas, se puede observar, por la inversión en técnicas constructivas más elaboradas y con muros más anchos, una intención de permanencia. En el cerro, con gran cantidad de materiales perecederos y construcción expeditiva se renuncia a esta durabilidad. La frecuencia de reconstrucción y reconfiguración, quizás pueda estar vinculado a un uso más eventual. En cuanto a los morteros, vemos mayor variedad en el Cerro de Oyola, así también en los sitios con arte rupestre que son muy escasos por fuera del mismo. En las áreas adyacentes vemos configurado un paisaje aldeano con arquitectura residencial y agrícola, con una demarcación clara del paisaje, visible. En el cerro el paisaje dirige la mirada hacia el interior de las cuevas, con una baja marcación, lo cual es coherente

con la casi ausencia de superposiciones, similitud cromática de los agregados y, en general, vinculaciones temáticas, disimulaban esa diacronía creando la sensación de un tiempo inmóvil, prístino, atemporal, en definitiva, modelo de tiempo toda vez que producen un sentido de ausencia, de primigenia, de inmovilidad (Quesada *et al.* 2016; Gheco 2017).

Los Corpitos

En lo que refiere a los sitios de habitación, hasta hace poco solo se tenía constancia de dos, Los Corpitos (Dlugosz 2005) y Guayamba II (Eguia *et al.* 2016). Los Corpitos se ubica en el departamento de El Alto y se encontraba cubierto por una densa vegetación. Gramajo Martínez de Moreno (2001) menciona algunos sitios de vivienda y, aunque los datos, son muy escuetos hace referencia a este sitio, que como dijimos ya había señalado Mulvany (1996-97) anteriormente. Allí destaca la presencia de estructuras pircadas rectangulares y circulares y observa una especie de canales que bajan por las laderas. También realiza una recolección de fragmentos cerámicos que identifica como básicos, de pasta micosa, color rojizo, alisada y grisada en su interior. Propone que, por su ubicación, su economía debió apoyarse en la recolección de cebil, utilizados como elemento de canje. En el 2005, Dlugosz (2005) retoma los estudios en el sitio y realiza un trabajo más exhaustivo. Divide el sitio en tres sectores, A, B y C. El sector A se compone de un patio central, de forma irregular, rodeado por otros recintos habitacionales de piedra que abarca una superficie de 640 m². La forma de estas estructuras varia, hay rectangulares, trapezoidales, cuadrangulares o circulares. La técnica constructiva corresponde a pirca seca o sin mortero, se observan muros de tipo doble, una doble hilera de lajas planas en posición horizontal. Este autor propone que las paredes debieron tener una altura superior a 1,50 m. De acuerdo con la evidencia recuperada de una de las estructuras los techos pueden haber sido a dos aguas, soportados por dos postes ubicados en el eje mayor del recinto, se registraron hoyos excavados en la roca madre dentro de los cuales había restos de troncos carbonizados. El Sector B se encuentra a 130 m del A en dirección NE, ubicado sobre la cima de un cerro de escasa altura, en él se encuentra un filón de cuarzo, junto a él y de manera perpendicular hay unos lineamientos de piedras, los cuales no conforman estructuras cerradas. Por este motivo Dlugosz (2010) los vincula a prácticas agrícolas. A 150 m al norte se encuentra el sector C, conformado por dos grandes recintos de piedra. Uno de ellos posee una planta irregular, de 6 lados, que quizás tenga que ver con su uso actual como corral.

Dlugosz (2005) realizó excavaciones en este sitio de los cuales recuperó diversos materiales: cerámica, lítico, restos óseos. La alfarería recuperada es fragmentaria y los tipos decorados son

escasos. Sin embargo, algunos fragmentos fueron asignados al estilo Ambato Tricolor (Alumbra Tricolor para los sitios de Alamito y Cortaderas para la llanura Chacosantiagueña), siendo este el único estilo que puede el autor adscribir a Aguada. El autor menciona que hay presencia de ciertos elementos que posiblemente tengan un origen local, que quizás se puedan rastrear para el Formativo de la región. También se recuperaron de dos de las estructuras vasijas casi completas que fueron remontadas pese a su alto grado de fragmentación, 5 piezas y 3 piezas. Sobre algunas de ellas se registraron fragmentos de vigas que formaban parte de la estructura que sostenía el techo de las unidades habitacionales. Se pudieron reconstruir varias formas entre ellas vasijas subglobulares restringidas de contorno complejo y de contorno inflexionado, vasijas subglobulares no restringidas de contorno simple y de contorno complejo con diferentes capacidades de almacenaje que oscilan entre los 5 a 50 litros (Dlugosz 2010). En cuanto a su funcionalidad el autor propone que están relacionadas con el conjunto de actividades domésticas que se realizaron al interior de estos recintos habitacionales. Estas tareas incluirían preparación, almacenaje y consumo de alimentos (Dlugosz 2005). También se recuperó material lítico que incluye desechos de talla y algunos artefactos tallados y pulidos (muescas, puntas de buril, núcleos, puntas entre muescas, etc.). Se encuentran representadas todas las actividades de la secuencia técnico-operativa de producción. Se registró un mortero excavado en la roca madre en cuyo interior se encontraba su mano, confeccionada en calcosilicato. Los restos óseos son muy escasos y en mal estado de conservación. Corresponden a restos de fauna, particularmente a mamíferos grandes y solo algunos de ellos pudieron ser asignados a camélidos, la mayoría presentan evidencias de alteración térmica (Dlugosz 2010).

Dlugosz (2005, 2010) propone que el patrón de asentamiento de los faldeos de la Sierra de El Alto-Ancasti muestra similitudes con los descriptos los pastizales de altura (Nazar 2003), para los del Valle de Ambato y para cierto tipo de recintos localizados en el Campo del Pucará. Entiende que estos sitios se relacionan con la ejecución y uso en función religiosa de las manifestaciones de cercanas de arte rupestre, habría formado parte de una extensa red de interacciones sociales que funcionó en el Noroeste argentino y donde se evidencia la presencia de Aguada. Con la evidencia hallada, más que nada cerámica, propone que el sitio fue ocupado en algún momento del período Medio (Dlugosz 2005).

Entre el área de transición entre Yungas y Cumbres también se encuentra el sitio Los Pedraza, departamento de El Alto (Dlugosz 2005). Un sitio caracterizado como de vivienda, compuesto por estructuras rectangulares de gran tamaño. Aquí las técnicas constructivas de las paredes son de dos tipos: lajas de piedras dispuestas horizontalmente y lajas clavadas en el terreno de manera vertical.

Cercanos a las estructuras se encuentran dos conjuntos de morteros múltiples fijos sobre afloramientos rocosos. Se recolectaron artefactos líticos, en su mayoría de cuarzo, aunque también un cuchillo de filita y una punta de proyectil de ópalo. También se recogieron restos óseos de camélidos y los restos de cerámica son en su mayoría del tipo ordinario o básico (Gramajo de Martínez Moreno 2001), aunque algunos podrían ser comparables al estilo Ambato tricolor y Ambato negro grabado.

Las Cumbres o Pastizales de Altura

Como mencioné anteriormente, nuestra propuesta para las cumbres de la sierra El Alto-Ancasti (figura 2.9), es que, durante la segunda mitad del primer milenio, allí habitaron comunidades estables, autosuficientes, económica y políticamente independientes de otros ámbitos de ocupación paralela en los valles occidentales con los cuales, sin embargo, habrían mantenido vínculos de interacción (Gordillo *et al.* 2017a). Estas comunidades habrían creado un paisaje que integraba tanto en el espacio como en las prácticas los lugares de habitación con los de producción agro-pastoril, ocupando para ello sectores óptimos en términos de productividad, comunicación y visibilidad (Zuccarelli 2012; Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2017a). En la misma línea, Quesada (2017) propone varias hipótesis para los pastizales de altura. Por un lado, que conformaron ámbitos con características propias resultantes de procesos locales. En segundo lugar, que estos desarrollos se estructuraban en relación a prácticas vinculadas a recursos materiales locales y una tercera, que implica que estos contextos lograron persistir porque involucraban materialidades duraderas en la conformación de los paisajes aldeanos. Las evidencias provenientes de las prospecciones sistemáticas y excavaciones de diversos sitios localizados en esta área que describiremos en mayor detalle a continuación desdibujan la idea de una región marginal dedicada exclusivamente al pastoreo. Los modelos que han enfatizado esa clase de relaciones no son consistentes con los resultados de las actuales investigaciones en El Alto-Ancasti, tanto en nuestra área de estudio como más al sur.



Figura 2.9. Vista de las cumbres, foto del equipo.

Rodeo de los Indios, Tobaye y El Carrizal

A partir de la cota de 1.400 msnm hemos localizado cinco sitios con recintos y algunas estructuras distribuidas en las cercanías, representadas por muros de variada conservación. Los primeros se denominan: Rodeo de los Indios o Rodeo 3, Rodeo 2, Rodeo 4, Tobaye y El Carrizal. Hasta el momento hemos excavado solo uno de ellos, pero en superficie se ha podido observar similitudes entre las técnicas constructivas, planta y en la distribución de todos ellos. Rodeo de los Indios 3, el sitio más grande, se ubica sobre una cumbre más elevada, y a dos kilómetros de este se ubican los sitios Rodeo 1, 2 y 4. El segundo, también se compone de unidades habitacionales relacionadas con estructuras agrícolas, una terraza con subdivisiones asentada sobre un afloramiento. Rodeo 1 es una estructura trapezoidal abierta con un muro de contención y Rodeo 4 se compone de dos estructuras de viviendas, un cuadro y unas terrazas lineales deterioradas prácticamente asentadas sobre un afloramiento rocoso (Gordillo *et al.* 2010; Zuccarelli 2012).

A 2,5 kilómetros al norte de Rodeo 3 se encuentra El Carrizal, el cual está atravesado por la huella del camino y en malas condiciones de preservación. Hasta el momento, identificamos 15 recintos concentrados en dos núcleos. El sitio Tobaye, que ya había sido mencionado por Gramajo de Martínez Moreno (2001), está a 1,5 kilómetros al noreste de El Carrizal y en superficie se pudieron visualizar diez recintos adosados y aislados, en su mayoría de planta cuadrangular y de distintas dimensiones. No se detectaron allí superficies aterrazadas en laderas o cauces, fuera de los sitios mencionados. Sólo fueron halladas dos estructuras aisladas en las proximidades de R1, R2 y R4 (Gordillo *et al.* 2017a).

Hasta el momento solo ha sido excavado Rodeo de los Indios 3 (figura 2.10), un sitio de amplias dimensiones compuesto por 18 recintos cuadrangulares mayormente concentrados en dos sectores separados por 107 m, que denominamos núcleos I y II, al sur y norte, respectivamente (Gordillo *et al.* 2010; Zuccarelli 2012). Estos núcleos poseen recintos adosados y espacios libres. A su vez hay, otras estructuras que por sus características constructivas y por la productividad del entorno fueron propuestas como estructuras de cultivo o corrales, la evidencia recolectada en 3 sondeos indica que las paredes son más bajas que la de las otras estructuras (Zuccarelli 2014). Los sondeos realizados en los que se consideraron espacios productivos de Rodeo 3 no fueron del todo concluyentes en relación a su función, sin embargo, no muestran más similitudes entre sí que con los espacios de habitación. También hay otros tipos de estructuras cuyo rol está aún en evaluación, que podrían ser patios, canchones o recintos aislados.



Figura2.10. Plano del sitio Rodeo de los Indios 3

Aquí se excavaron 3 estructuras y se observó que la construcción de los muros combina dos técnicas, lajas verticales y mampostería de rocas posicionadas de manera horizontal con refuerzo basal,

estos muros alcanzarían una altura superior a un metro. También se observaron posible preparación de pisos, el cual se encontraba nivelado con una preparación de textura arcillosa. En cuanto a los materiales recuperados se destaca la cerámica, siendo el más abundante en las tres estructuras. Se asignaron algunos fragmentos a los tipos Aguada negro grabado y Aguada Portezuelo (Gordillo *et al.* 2017a). En la estructura más grande -3b- se recuperaron algunas piezas enteras y en otra de las estructuras se halló una olla en el subpiso con trozos de cuarzo en su interior y restos de carbón en el exterior (Zuccarelli y Gordillo 2016). Sobre esta ollita se realizaron distintos análisis arqueobotánicos de microfósiles y se encontraron restos afines a *Phaseolus vulgaris* y *Zea Mays* y también algunos fitolitos de hojas termoalterados. Esto podría ser indicador de que esta olla fue utilizada para preparar esta clase de alimentos antes de ser enterrada de esa forma. Por otro lado, se observó un alto grado de erosión en las superficies de los tiestos, en el pulido y la pintura, lo cual relacionamos con el PH altamente ácido del suelo. Creemos que esto mismo puede estar interviniendo en la ausencia casi total de restos óseos. Dentro de estos contextos también se han registrado morteros, manos de moler y un objeto de metal. Los artefactos líticos recuperados fueron realizados utilizando en mayor medida el cuarzo y con una tecnología expeditiva. Las dataciones radiocarbónicas para este sitio son 1464 ± 36 AP (carbón vegetal; $\delta^{13}C = -24,3\text{‰}$) para el recinto 3b y 1305 ± 36 AP (carbón vegetal; $\delta^{13}C = -24,3\text{‰}$) para el recinto 6. Estas edades calibradas ubican la ocupación del sitio en ca. 570-770 AD.

Las excavaciones y prospecciones fueron complementadas con el estudio de la lógica locacional, a través del uso de sistemas geográficos informáticos (SIG) (Zuccarelli 2012; 2014). Los análisis locacionales realizados para los Rodeos dieron como resultado un modelo donde los sitios se encuentran emplazados en zonas de productividad óptima con contigüidad entre estructuras de vivienda y producción. En estos lugares, a su vez, la visibilidad es buena y se encuentran en nodos naturales de circulación. Aunque se observaron algunas sutiles diferencias entre sitios (para más detalle remitirse a Zuccarelli 2012). En cuanto a la productividad, tanto los sitios habitacionales como las estructuras aisladas, se encuentran en terrenos óptimos para la agricultura. Este paisaje agrario estructura una relación íntima con la reproducción económica y subsistencial de los grupos que lo habitaron, marcada por la proximidad entre ambos espacios. En cuanto a Tobaye y El Carrizal también se encuentran en zonas de productividad óptima pero aún no se han identificado estructuras productivas. Ambos sitios presentan baja visibilidad a corta distancia, y El Carrizal también a larga.

A la luz de todos los datos expuestos, la región de estudio que aquí nos ocupa presenta algunas afinidades con los asentamientos registrados al sur de la sierra de El Alto-Ancasti y, en menor medida,

con los conocidos para los valles occidentales. Pero también presenta rasgos particulares que la diferencian dentro de ese contexto. Como veremos a continuación las técnicas constructivas empleadas, las plantas y la forma de articulación de los espacios presentan similitudes con los descrito para la localidad de El Taco por Quesada *et al.* (2012). La diferencia fundamental es la ausencia en nuestra área de niveles aterrazados en las cañadas, aunque en ambas hay ausencia de canales, lo que indicaría una agricultura a secano. En cuanto a la visibilidad y conectividad resultan en ambos casos relevantes, aunque los sitios que hemos estado trabajando no resultan en todos los casos intervisibles entre sí, como si sucede en El Taco. A su vez, gracias a los análisis de conectividad podemos considerar que esta área ofrece claras posibilidades de tránsito y circulación en y entre regiones, aunque sería erróneo definirla exclusivamente en función de esos atributos. Por otra parte, la presencia de tipos cerámicos característicos del valle central de Catamarca y el valle de Ambato y propios de Periodo de Integración Regional, junto con la ausencia de evidencias de otros periodos, nos informa que existieron vínculos, aunque aún no sabemos cuál efectivamente fue el tipo de interacción. Por el momento, podemos concluir que las tierras altas de El Alto-Ancasti estuvieron habitadas en forma estable y autosuficiente durante este periodo.

Localidad El Taco

Me interesa destacar los trabajos realizados en la Localidad de El Taco, en la cuenca superior del río Albigasta (Quesada *et al.* 2012; Granizo 2012; Moreno y Sentinelli 2014, entre otros). El terreno es escarpado, con gran número de quebradas, pero también con explanadas elevadas, un espacio muy transformado por la ocupación humana del área. En los trabajos de prospección, se detectaron dos tipos de sitios: conjuntos habitacionales y áreas agrícolas. Del primero un total de 19, de variado tamaño y cantidad de recintos. Entre los más grandes se encuentran ET10, ET11 y ET19. Este último es el más grande con 27 recintos cuadrangulares de diferentes tamaños. Algunos recintos son más pequeños y se encuentran adosados formando conjuntos, pudiendo ser unidades de vivienda y otros mucho más grandes que pudieron funcionar como patios. Un poco más alejado aparecen los muros bajos y paralelos aterrazados que pudieron funcionar como estructuras agrícolas. Los conjuntos habitacionales más pequeños están conformados por un solo recinto o por dos recintos pequeños próximos, pero no adosados, o uno grande con un pequeño adosado entre otras opciones. La inclusión de los recintos solitarios entre las unidades habitacionales y no como corrales, a pesar de su forma, depende de que se encontraran contextos materiales vinculados a actividades domésticas. La mayor parte de las plantas son cuadrangulares y las viviendas solo fueron localizadas en las explanadas elevadas.

El Taco 19, el sitio más extenso, fue excavado en varias oportunidades (Quesada *et al.* 2012; Moreno y Sentinelli 2014). A partir de su excavación pudieron registrarse detalles de la forma de vida en estos conjuntos aldeanos. En cuanto a las técnicas constructivas, se pudo observar que los muros tienen dos cuerpos, uno inferior que consiste en una doble hilera de lajas de esquisto dispuestas de canto –la cual fue rellena con tierra- y un cuerpo superior de mampostería de rocas de forma y tamaño variable. Se pudieron observar similitudes con sitios del valle central y Ambato, como la preponderancia de plantas rectangulares, la importancia de los patios y las lajas dispuestas de manera que quede la cara más regular de la roca mirando hacia el exterior. Los fechados obtenidos ubican este sitio entre los siglos VII y siglos VII y VIII d.C. (1240 ± 50 [LP-2735; hueso]; 1390 ± 70 años AP [LP-2583; hueso]) (Quesada *et al.* 2012).

La cerámica recuperada en excavaciones es en su mayoría tosca, la cerámica decorada corresponde a los estilos Alumbra Tricolor, Ambato Tricolor o Cortaderas, Aguada Pintado (Marrón sobre Ante), Aguada Portezuelo, Aguada Gris Grabado y Rojo Grabado, y se deja abierta la posibilidad de que alguno de los fragmentos pueda ser de Las Mercedes (Granizo 2012). Por el momento podemos indicar que las cerámicas recuperadas en la excavación de ET19, cuyas características las vinculan al Periodo de Integración Regional, son comparables a las recolectadas en la superficie de los demás sitios, de los cuales no hay dataciones. Por otro lado, se observa una amplia variedad de formas y tamaños de las vasijas. Barot (2017) realiza una reconstrucción de las formas de las vasijas halladas en la excavación de uno de los recintos con el objetivo de aproximarse a las funciones que tenían y las prácticas en las que estuvieron involucradas. A pesar de que la cantidad de fragmentos no es demasiado abundante, pudo observar una gran variabilidad en la forma de hacer vasijas, entre los que se pueden definir 16 grupos o familias. También un gran repertorio de formas, entre las que se puede mencionar cuencos, pucos, pucos grandes, ollas y formas cerradas indiferenciadas. Sin hallarse prácticamente elementos modelados o apéndices y vasijas de forma compleja. Las actividades en las que estuvieron involucradas estas vasijas son múltiples y más allá de su forma también se relacionan con las características de pasta, gruesa o fina. Entre ellas podemos mencionar: cuencos, pucos y pucos grandes de pasta gruesa (habilitados para transferir tanto líquidos como sólidos, fríos o calientes); cuencos y pucos de pasta fina (habilitados para transferir líquidos o sólidos fríos); ollas de pasta gruesa (habilitadas para almacenar, procesar y transportar tanto sólidos como líquidos, fríos o calientes); vasijas cerradas indiferenciadas de pasta gruesa y fina (habilitadas para el transporte, almacenamiento y transferencia de sólidos o líquidos, fríos o calientes). Como una particularidad local, destaca el autor, la ausencia de vasijas de grandes volúmenes asociadas al almacenamiento. También se recuperaron algunos fragmentos de figurinas y de pipas.

En cuanto a la producción lítica realizada en El Taco 19, se evidencia que la materia prima predominante fue el cuarzo. Esta roca se encuentra disponible en las inmediaciones de los asentamientos y de forma abundante. Moreno y Sentinelli (2014) analizaron el material lítico, se registraron 48 instrumentos, la mayoría unifaciales, con microretoques con filos cortos en piezas de gran tamaño. Esto se relaciona con las posibilidades de talla que ofrece la materia prima utilizada. Se registraron seis categorías tecnológicas y funcionales: cortantes, raspadores, raederas, perforadores, puntas de proyectil y muescas. Las puntas de proyectil son bifaciales. Los estudios del material lítico (Moreno y Egea 2014; Moreno y Sentinelli 2014) enfatizan que las estrategias expeditivas conformaron el principal rasgo productivo. Esto implica un compromiso por parte de los habitantes con el paisaje local, es decir, un énfasis en el aprovechamiento de los recursos del entorno próximo, que podría estar relacionado con un largo período de ocupación del paisaje (Moreno 2014).

En cuanto al análisis de los restos faunísticos encontrados también parecen contradecir la hipótesis antes imperante (Ahumada y Moreno 2015-2016). Se recuperaron de la excavación de dos recintos habitación y un espacio externo de El Taco 19 restos faunísticos, donde taxonómicamente el más abundante es *Camelidae*, con una representación de partes esqueléticas bastante equilibrada. Esto podría estar indicando un sacrificio de los animales en algún lugar cercano, ya que no se puede observar una selección marcada. El perfil etario también se compone de individuos juveniles y adultos, por lo cual tampoco se puede dirimir entre una estrategia de aprovechamiento de lana y/o carne, sino que es más consistente con una ocupación aldeana estable donde ambas cosas eran aprovechadas. Se pudieron hacer mediciones osteométricas que permitieron distinguir especímenes asociados a llama, llama-guanaco y uno a vicuña. Lo cual nos hace pensar en que también se llevaron a cabo actividades de caza. También se registraron otras especies: aves, cérvidos y roedores, esto últimos llama la atención de los autores ya que no se registraron otros especímenes con marcas de estos, lo cual hace suponer que su inclusión no es intrusiva.

Otro aspecto fundamental del área de pastizales son los espacios productivos. En un gran número de las cañadas han sido acondicionadas para el cultivo (Quesada *et al.* 2012). Las terrazas son muros longitudinales de piedra dispuestos sobre las cañadas conformando sucesivos niveles aterrazados, su altura y separación varía según la inclinación del terreno, observándose pircados desde un metro de altura a alineaciones bajas de piedras. La cantidad de terrazas agrícolas es importante, hasta el momento detectaron 308 casos, pueden encontrarse de manera individual o esta una docena. También se observan pircas de hasta dos metros de alto en el interior de cárcavas a manera de dispositivos para

detener o aminorar la acción de procesos erosivos retrocedentes. Aunque algunas aparecen en las explanadas altas junto a las casas. La ausencia de canales hace pensar que se practicó una agricultura a secano.

Lo que expresamos anteriormente, más la ausencia de corrales no concuerda con lo esperado para una ocupación pastoril temporaria en las tierras altas de El Alto-Ancasti (Quesada *et al.* 2012; Quesada 2017; Moreno 2014; Granizo 2012; Ahumada y Moreno 2015-2016). Esta especialización ganadera vendría acompañada agricultura de importancia marginal y oportunista, y el panorama presentando dista mucho de eso, con una apropiación del espacio perdurable en el tiempo. Los sitios de arquitectura compleja y técnicas de construcción elaboradas y la existencia de los numerosos sitios agrícolas contradice dicho modelo. Igualmente, más allá de la importancia del componente agrícola, esto no significa que no haya habido un componente pastoril. Los materiales recuperados dan cuenta de una economía compleja que integraba la agricultura, el pastoreo y la caza.

El paisaje aldeano de las tierras altas estaba compuesto para los autores antes mencionados por los conjuntos habitacionales en las explanadas altas, las áreas agrícolas en las cañadas y quebradas y las sendas que podrían haber conectado estos espacios en tiempos prehispánicos (Quesada *et al.* 2012). A pesar de que la distribución de los sitios de habitación muestra un patrón disperso, esto no significa que no existiesen relaciones de vecindad entre las mismas, ya que estas relaciones no implican solamente cercanía sino la posibilidad de establecer instancias cotidianas de interacción e inmediatez propia de la vida aldeana. Por lo tanto, proponen imaginar que los espacios de producción pudieron ser lugares de concurrencia habitual conformando ámbitos de interacción en los cuales se producían y reproducían las escalas sociales. Por otra parte, más allá de las distancias la ubicación en las explanadas elevadas los hace intervisibles desde otros conjuntos.

HACIA LOS LLANOS

El sector ubicado al este de la provincia de Catamarca que abarca el departamento de Santa Rosa, contaba también con escasas investigaciones arqueológicas hasta hace algunos años, a excepción de recolección de fragmentos cerámicos hecha por Serrano (1952), los trabajos ya mencionados de Mulvany (1996/97) y una descripción del arte rupestre de Ampolla realizada por Segura (1968). Esta área se encuentra muy cercana al límite con las provincias de Santiago del Estero y Tucumán. Esta zona presenta un ambiente de transición entre el Chaco Semiárido y la Yunga, con presencia de un relieve bajo, pero con microenclaves de naturales con características naturales y ofertas particulares

de recursos propia y diferente a la de los valles, pero también a los de la llanura chacosantiagueña (Taboada 2012; Mercolli y Taboada 2016).

Ampolla

Actualmente aquí se encuentra trabajando Constanza Taboada y su equipo (Taboada 2011; 2012; Mercolli y Taboada 2016). Ella propone que este espacio constituye un área clave para el estudio de los procesos de articulación entre las regiones mencionadas, pero también habría funcionado como un área estratégica de asentamiento y explotación, no solo de transición como se propuso tradicionalmente. A pesar de haberse propuesto la hipótesis sobre la presencia de elementos santiagueños en los valles y viceversa, este espacio de conjunción de límites estaba muy poco estudiado. Actualmente toma más peso la evidencia de procesos locales propios dentro de los cuales se dieron estas interacciones (Mercolli y Taboada 2016). Taboada y su equipo han realizado prospecciones, sondeos y excavaciones en la zona y registraron más de 30 sitios de diferente cronología ubicados en los alrededores de las localidades de Bañado de Ovanta, Ampolla, Salauca, El Saltón, Las Cañas, Las Tunas, Alijilán, Cortaderas, Potropiana y La Huerta. Las evidencias más tempranas corresponden a Ampolla y Cortaderas.

El paraje Cortaderas se ubica casi en el límite con Santiago del Estero, en esta zona Serrano dio cuenta de una cerámica polícroma con motivos negros o grises bordeados de blanco sobre superficie ante o roja que denominó Cortaderas Polícromo (Serrano 1952), para la cual señaló su asociación con otra negra o gris grabada que Reichlen (1940) denominó Las Mercedes en Santiago del Estero. También se señalaron similitudes con los tipos Alumbra y Ambato Tricolor. Ambos tipos cerámicos quedaron incluidos en lo que Gómez (1966-2009) llamó Cultura Las Mercedes. Taboada (2017) identificó aquí varios sitios, aunque no se sabe si alguno de ellos corresponde con el mencionado por Serrano. La cerámica encontrada en superficie corresponde a fragmentos ordinarios, algunos pintados Condorhuasi Bicolor, otros no registrados bibliográficamente y el tipo Cortaderas polícromo solo se recolectó en uno solo, Cortaderas 4.

La localidad de Ampolla se encuentra a 15 km de Bañado de Ovanta. El paisaje circundante lo constituyen un conjunto de lomas con una espesa vegetación y se emplaza cercano a una quebrada con paredones sobre los cuales se encuentran pinturas rupestres. En los alrededores se registraron varios sitios asignables a diferentes épocas y aquí se ubica el sitio denominado “El Poblado de

Ampolla”, un sitio residencial conformado por aproximadamente 20 recintos (Taboada 2011, 2012; Taboada y Rodríguez Curletto 2016; Taboada *et al.* 2012).

Se caracteriza por la presencia de una serie de recintos simples, muros aislados, montículos pequeños cubiertos de piedra, montículos mayores de tierras, morteros y dos grandes rocas con una concentración de 19 morteros (Mercolli y Taboada 2016). La vegetación no ha permitido definir totalmente su forma y extensión, pero se ubica sobre el sector más alto de una lomada. Aquí se excavaron parcialmente tres estructuras, un montículo (Ampolla 10), una estructura pequeña con muros de piedra (Ampolla 2) y un recinto mayor también con muros de piedra (Ampolla 8). Ampolla 8 es un recinto semisubterráneo subcuadrangular con muros de piedra, algunos trabajados de forma más prolija con grandes rocas clavadas en la base. En excavación se identificó un piso de ocupación de vivienda con presencia de cerámica, restos de fauna y material lítico. Ampolla 10 es un montículo sin muros generado como producto de la acumulación de restos culturales sobre la cima de una lomada natural, por lo cual se estima que tuvo una función de descarte. La forma de Ampolla 2 no pudo ser determinada aún, presenta dos muros unidos en ángulo recto. En todos se recuperaron restos de cerámica, lítico y óseo. El material cerámico recuperado es similar en las tres, cerámica de tipo Condorhuasi Bicolor y Polícromo y Cortaderas Policromo. También se recuperaron tipos no asignables a casos bibliográficos, por ejemplo, algunos fragmentos incisos o grabados de color gris, pulidos y con diseños de líneas y puntos. En cuanto a los instrumentos líticos, las materias primas utilizadas son principalmente el cuarzo y sílice, ambas locales. Por su parte, la presencia de basalto sugiere que esta materia prima, o bien los artefactos terminados, fueron traídos de regiones distantes.

Mercolli y Taboada (2016) realizaron un análisis detallado de los restos arqueofaunísticos utilizados, detectando tanto la presencia de especies silvestres como domésticas. Entre ellas se destaca la fuerte presencia de caracoles, los cuales pudieron ser usados tanto para el consumo como la confección de objetos. Entre los mamíferos, los camélidos son los más abundantes, *Lagidium sp.* y en menor medida los roedores pequeños. También se encontraron placas de *Euhpractus sp* y fragmentos de cáscaras de huevo. Estas proporciones son similares entre las tres estructuras excavadas, aunque en el montículo se hallaron también restos de cérvidos. En relación a los camélidos, los cálculos osteométricos realizados sobre cinco primeras falanges (dos de Ampolla 10 y tres de Ampolla 8) dan cuenta de animales de tamaño mediano y grande, que corresponderían a llamas y eventualmente a un guanaco, evidencia consistente con la obtenida de análisis de dientes y una mandíbula. Aunque este sea uno de los recursos más importantes, no se puede saber cómo fue su manejo o si había crianza local. Por lo

tanto, los autores proponen que los pobladores del sitio optaron por una estrategia generalista en relación a la explotación de especies animales.

La ocupación de la aldea fue fechada radiocarbónicamente entre los 50-500 D.C. y adscripta al Periodo Temprano (Taboada 2011). Las características del sitio permiten pensar en una instalación de tipo permanente, donde se habrían desarrollado diversas actividades. Estos fechados que se encuentran en asociación con material Condorhuasi y Cortaderas conjuntamente, son iguales a los conocidos para Alamito (Angiorama 1998) y el Valle de Ambato (Bonín y Laguens 1997).

Este asentamiento se encuentra a 300 m al norte de un sitio con representaciones rupestres Ampolla 1 (Rodríguez Curletto 2009; Taboada 2012; Taboada *et al.* 2012). Un paredón de pegmatitas ubicado en la quebrada. Desde algunos sectores del emplazamiento es posible observar los paneles con arte, a pesar de la vegetación densa que dificulta la visibilidad. Ello podría dar cuenta de algún tipo de vinculación entre ambos sitios y una complementación entre distintos espacios distribuidos en el paisaje (Taboada 2011). Sobre el río se ubican cuarenta morteros. Los motivos representados tienen correspondencias con el estilo Aguada y un fechado efectuado por AMS resultó consistente con esta adscripción, ofreciendo un rango entre el 680 y 897 AD (Taboada y Rodríguez Curletto 2014). Aunque las autoras no descartan que puedan ser anterior, dada la relación de permeabilidad visual entre los sitios y la escasa separación. El otro sitio cercano es Ampolla 1 Alero, y se emplaza apenas unos 70 m aguas arriba del otro Ampolla 1 y tiene evidencias tardías (cerámica Averías) y cuenta con un fechado con un rango prehispánico tardío-pericolonial (Taboada 2011; Taboada *et al.* 2012). Como cierre Taboada (2011; 2012) propone que estos contextos nos llevan a pensar que el área jugó más que un papel intermedio y de tránsito, sino como un área de desarrollo local propio que mantuvo contacto de mayor o menor envergadura con otras áreas y poblaciones vecinas en distintos momentos. También nos alerta sobre la necesidad de rever ciertas categorías cerámicas y contextos definidos tradicionalmente, revisando su complejidad.

El Cajón, Pozos Grandes y La Aguadita

Por último, quiero mencionar que hacia el límite interprovincial con Santiago del Estero, se han iniciado investigaciones en tres zonas, El Cajón (Achalco), La Aguadita y Pozos Grandes (Bocelli 2016). La zona de El Cajón, que presenta baja visibilidad, está caracterizada por grandes afloramientos rocosos metamórficos y vegetación tupida. Hasta el momento, hemos relevado un conjunto de seis cuevas y aleros, con motivos zoomorfos, antropomorfos y geométricos, sin

alteraciones antrópicas, cuyo análisis se encuentra aún en las etapas iniciales (Gordillo *et al.* 2013). Para la zona de Pozos Grandes también se encuentran cuevas y aleros que exhiben una variedad de motivos geométricos, antropomorfos y predominancia de zoomorfos de diversas coloraciones, ubicándose en su mayoría cerca de recursos hídricos y algunos cuentan con morteros asociados (Gordillo *et al.* 2016). El área de La Aguadita, se trata de una zona que presenta baja visibilidad y accesibilidad, en donde se destacan grandes afloramientos rocosos de formación metamórfica que configuran cuevas y aleros muchos con representaciones rupestres, cercado por bosques nativos mixtos y heterogéneos (quebracho, algarrobo, mistol, cebil, etc.). El sitio La Aguadita se destaca por que presenta gran abundancia y variedad de representaciones pintadas mediante la utilización de diversos colores (negros y/o blanquecinos) (Bocelli 2016).

CAPITULO III

-CONSIDERACIONES TEÓRICAS-

“However, a cosmic order which places Man at the center of the universe requires that the character of humanity has an essence, as a rational animal: a biological creature to which has been added a mind, a soul, and a particular self-understanding as a unique being...” (Heidegger 1993:226)

Resumen

En este capítulo presento y discuto las herramientas teóricas que han guiado el curso de esta investigación. Comenzaré describiendo los postulados de la Arqueología del Paisaje. Me interesa destacar las críticas que esta perspectiva ha planteado hacia la visión moderna occidental del espacio y el paisaje. El paisaje no está “allá afuera”, sino que es el mundo como es conocido para aquellos que lo habitan (Ingold 2000). El paisaje está vivo y es un conjunto de relaciones, una serie de lugares a través de los cuales se enhebran la vida de los pueblos (Thomas 2001). Me detendré, brevemente, en la distinción entre espacio y lugar, que da paso a la noción de espacialidad. Luego, describiré el aporte clave de la fenomenología, que otorga relevancia a la forma en que las personas experimentan y entienden su mundo. También me referiré a la perspectiva de habitar, la cual retoma la importancia de la experiencia, pero superando las críticas sobre la imposición de lógicas occidentales de pensamiento.

Estas perspectivas del paisaje resaltan el rol fundamental de los agentes sociales. Como medio para la acción no existe por fuera de la praxis diaria de las personas en el mundo y está constituido por diferentes densidades de experiencia humana (Tilley 1994). En este sentido, considero esenciales los aportes de la Teoría de la Práctica, la cual remarca el valor de las prácticas de los agentes sociales contextualizadas en tiempo y espacio. Es en la práctica donde incorporamos el habitus, sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes, propias de nuestra sociedad. La incorporación se produce a través del cuerpo y de nuestra inmersión en el mundo material. Es aquí donde lo doméstico, adquiere un rol fundamental, ya que es el lugar por excelencia reproductor de las estructuras fundamentales de la vida social. Lo doméstico no es un lugar en sí, sino que son las prácticas las que lo configuran.

ARQUEOLOGÍAS DEL PAISAJE

Si nos propusiéramos rastrear los orígenes de la Arqueología del Paisaje podríamos retrotraernos a los años 70, más específicamente al surgimiento de la arqueología de patrones de asentamiento (Willey 1974; Binford 1983). El inicio de los trabajos distribucionales, de patrones de asentamiento y, luego, los de sistemas de asentamiento de la arqueología procesual provoca un cambio en nuestra disciplina, especialmente en lo que refiere a la noción de espacio (Anschuetz *et al.* 2001). Estos primeros enfoques comienzan a otorgarle a la dimensión espacial una prioridad lógica en la interpretación del pasado (Vaquer y Gordillo 2013). Sin embargo, en estas aproximaciones el paisaje constituye una entidad pasiva sobre la cual las sociedades del pasado han dejado una impronta que los arqueólogos deben interpretar (Tilley 1994).

Los conceptos de paisaje y espacio son esenciales para la Geografía y la Arqueología, y las trayectorias de una y otra se han ido nutriendo mutuamente. Hasta los años 60, estas disciplinas poseían un carácter fundamentalmente empirista, pero con el surgimiento de la Nueva Arqueología y Nueva Geografía este signo cambia hacia una concepción de la ciencia positivista y funcionalista (Tilley 1994). A partir de este momento, la Geografía se consolida como ciencia del espacio y la Arqueología como ciencia del pasado. Pero esta idea científica del espacio se encontraba desligada de lo humano, el paisaje era entonces una dimensión abstracta, un telón de fondo donde los humanos desarrollan sus actividades y eventos (Tilley 1994).

El término paisaje proviene del arte plástico y nace en Italia y Flandes en el siglo XV, es un estilo de pintura realista que colocaba al observador y al artista fuera del cuadro. La idea de paisaje occidental se inserta dentro de una concepción particular del mundo, propia de la modernidad (Thomas 2001). El afianzamiento de la razón instrumental, acompañada de la Revolución Industrial y la Ilustración, propician la separación entre naturaleza y cultura, entre ser humano y su entorno, pudiendo reconocerse una fractura ontológica entre los hombres y el resto del mundo (Thomas 1996). La Naturaleza es entendida como pasiva, compuesta por entidades que funcionan de manera comprensible y de acuerdo a leyes.

Una de las características principales del arte paisajístico es la mirada. El observador y el pintor están asociados a la razón y la cultura, y la naturaleza, es el objeto pasivo de contemplación. Según Thomas (2001), tanto el paisajismo como la ciencia empírica, son variaciones de una forma moderna de mirar

y pensar el mundo que es también una relación de poder. En este contexto, la tierra comienza a pensarse como algo para ser medido y vendido y las representaciones cartográficas la hacen divisible y maleable. Esto se va a convertir en uno de los mayores limitantes de la arqueología (Thomas 1996), la aceptación implícita de la visión cartesiana del mundo y de una serie de ideas filosóficas modernas, especialmente las distinciones categóricas que se establecen entre cuerpo y mente, cultura y naturaleza. Estos binomios dicotómicos generan un entendimiento del pasado atado a la concepción del humano como animal racional, opuesto a la naturaleza. La Arqueología del Paisaje será especialmente crítica sobre este punto. Como propone Ingold (2000) algo debe estar mal si nuestra única manera de entender el mundo implica salirnos de él.

Varios autores coinciden en ver en el pensamiento moderno, y su dicotomía entre naturaleza y cultura, el origen de este paisaje científico “deshumanizado” (Tilley 1994; Thomas 1996; Barret Criado Boado 1999; Ingold 2000, entre otros). Desde la Nueva Arqueología, como ciencia positiva, se propone a la sociedad como un sistema y al sujeto como opuesto a la naturaleza (Criado Boado 1999). Desde esta óptica el espacio no es más que una simple superficie universal para la acción, entendida principalmente como adaptación (Tilley 1994). Este espacio es de carácter objetivo, con existencia propia y puede ser medido en términos de una escala geométrica, por eso resulta externo e indiferente de los asuntos humanos (Tilley 1994). Espacios y actividades son entonces entendidos como separados uno del otro, conceptual y físicamente, esto le otorga una neutralidad que lo aleja de cualquier lucha de poder. Para Tilley (1994) el atractivo de pensar el espacio de esta manera reside en su simplicidad y pureza, donde todo puede ser cartografiado, medido y cuantificado.

A partir de los años 80 comienzan a surgir, desde la arqueología postprocesual, críticas a esta visión del espacio científico y abstracto y a la separación entre naturaleza y cultura. Uno de los primeros críticos fue Tilley (1994), quien abogó por una idea de espacio diferente, un espacio “humanizado”. Este espacio es socialmente producido, es contextual, subjetivo, relacional, temporal, interno, contradictorio. Es, fundamentalmente, un medio para la acción y no existe por fuera de los eventos y actividades que en él hay implicados ya que adquiere su forma como parte de la *práxis* diaria de las personas en el mundo. En este sentido, está constituido contextualmente por diferentes densidades de experiencia humana. Es medio pero también resultado de la acción, la constriñe y la posibilita; se reproduce pero igualmente se transforma y cambia. Por lo tanto, no es un espacio objetivo en sí mismo, sino que lo crean las relaciones entre las personas y los espacios.

Para Ingold (2000) los modelos ecológicos que tratan de la relación humano-ambiente dejan de lado lo más importante, que las acciones de los humanos están intencionalmente motivadas. El mundo no está “allá afuera”, los seres humanos construyen su entorno, crean el mundo. Al rechazar la división cartesiana entre mundos interiores y exteriores - mente y materia, significado y sustancia- no considera que pueda existir una distinción entre un ambiente real “natural”, independiente de los sentidos, y un ambiente percibido reconstruido en la mente ya que esto supone una separación imaginada entre el que percibe y el mundo. En muchas comunidades no occidentales no se tiene la sensación de estar alienado de la tierra (Thomas 2001).

Entonces, para Ingold, el paisaje no es “tierra”, no es “naturaleza”, y, no es “espacio”. Ya que mientras la tierra es cuantitativa y homogénea y el paisaje es cualitativo y heterogéneo. Tampoco es una pintura en la imaginación examinada por el ojo de la mente ni un sustrato extraño y sin forma; el paisaje es un *plenum*. El paisaje es el mundo como es conocido para aquellos que habitan en él, quienes recorren sus lugares y viajan a través de sus caminos conectándolos. Por ende, tampoco es espacio abstracto ya que un paisaje toma su carácter de las experiencias de los que lo habitan y depende del tipo de actividades que allí se desarrollan. Tanto para el arqueólogo como para el habitante nativo, el paisaje cuenta –o más bien es- una historia ya que abarca también las vidas y los tiempos de los antecesores (Ingold 2000). Desde la perspectiva del habitar, el paisaje está *con* nosotros pero no es menos real por eso, no se explica nos implica.

Para Thomas (2001) el paisaje es una red de sitios relacionados que han sido gradualmente revelados mediante las interacciones y actividades habituales de las personas, a través de la proximidad y la afinidad que han desarrollado con ciertos emplazamientos y por medio de los acontecimientos importantes –festivales, calamidades, sorpresas-. Un paisaje vivo es un conjunto de relaciones, una serie de lugares a través de los cuales se enhebran la vida de los pueblos. El concepto de paisaje pone énfasis en la forma, el mundo se presenta en forma de paisaje (Ingold 2000). Los paisajes siempre están esculpidos por la acción humana, están en una constante relación dialéctica y proceso de estructuración. Los paisajes son experimentados en la práctica, en la vida cotidiana (Tilley 1994; Thomas 1996; Ingold 2000).

En estas posturas se destaca el rol fundamental de los agentes en el paisaje. El paisaje vivo es entidad relacional constituida por personas en su compromiso con el mundo (Thomas 2001). De este énfasis se desprende que pueblos diferentes pueden entender y experimentar el mismo paisaje de maneras distintas (Thomas 2001). Como el paisaje se crea a través de las relaciones de las personas con los

lugares puede ser entendido de manera diferente por distintas personas de acuerdo a su edad, género, posición social, etc. Por eso Thomas (2001) afirma que los paisajes son múltiples y fragmentados (Thomas 2001). El espacio depende de quien lo experimenta y como, por eso son temporales ya que se construyen sobre otros pasados (Tilley 1994).

Pero no todas las posturas que se enmarcan dentro de la Arqueología del Paisaje son iguales, tal es el caso de Criado Boado (19993; 1999). Este autor considera el paisaje como un producto sociocultural, el cual es creado por la objetivación sobre el medio y, en términos espaciales, por la acción social, las prácticas, tanto de carácter material como imaginario. Los hombres son creadores de su entorno, característica básica de la humanidad. Sin embargo, propone que el estudio del paisaje debe realizarse a través de los tres elementos o dimensiones que lo constituyen. El primero es el espacio en cuanto entorno físico o matriz medioambiental de la acción humana. El segundo es en cuanto entorno social o medio construido por el ser humano sobre el que produce las relaciones entre individuos y grupos y, por último, el espacio en cuanto entorno pensado o medio simbólico que ofrece la base para desarrollar y comprender la apropiación humana de la naturaleza. Por lo tanto, aquí vemos aquí como la distinción entre ambiental, social y simbólico se sigue manteniendo.

De espacios, lugares y paisajes

Otro de los tópicos discutidos dentro de la Arqueología del Paisaje son los términos espacio y lugar. Acá debemos reconocer la influencia que han tenido los trabajos desarrollados en la Geografía Social Humanista, especialmente los trabajos de Tuan (2003) y Soja (2003). En este sentido las críticas también se dirigen hacia la noción científica del espacio (Tilley 1994; Tuan 2003). Hernando Gonzalo (1999) se opone a esta idea de espacio como una entidad palpable, con límites ya que considera que esta forma de entenderlo es propia y excluyente de nuestra cultura, confundiendo nuestro propio ordenamiento con una realidad en sí misma. Esta construcción nos provee de la seguridad dada por la capacidad de localizar una representación de nosotros mismos dentro de una representación metafórica de las relaciones espaciales, como un mapa. De esta manera homogeneizamos las categorías espaciales y los hechos de la experiencia, de manera que podemos reducir su representación a algo bidimensional. Soja (2003) también nos advierte sobre dos ilusiones presentes en la forma occidental de entender el espacio, la “ilusión de opacidad” que hace del espacio una materialidad superficial, susceptible de ser medida y descripta por la cartografía cartesiana y una ilusión de transparencia, que desmaterializa el espacio en pura idea y representación.

Tilley (1994) retoma la postura de Tuan (2003) sobre espacio y lugar, la cual que incorpora como punto fundamental datos de la experiencia humana. ¿Qué es lo que distingue un espacio de un lugar? Tuan responde: *“si consideramos al espacio como aquello que permite el movimiento, entonces el lugar es pausa; cada pausa hace posible que las locaciones se transformen en lugares”* (2003:6). Los lugares son, entonces, espacios constituidos como centro de significación humana, su singularidad se manifiesta y expresa en la experiencia diaria de las personas en su mundo. La experiencia humana es indivisible del lugar. Esta experiencia puede ser directa, mediante el uso de los sentidos, o indirecta y conceptual, mediada por símbolos. La experiencia se compone de sentimientos y pensamientos. Tuan (2003) sostiene que la experiencia se acumula a partir de la interacción de los sentidos con el ambiente. La distribución espacial de las diferentes sensaciones crea una estructura que confiere un sentido de espacio. Otro punto importante para la conciencia del espacio es el movimiento, ya que el centro se determina a partir del sujeto que se mueve. También la materialidad de los objetos es importante en la experiencia.

El espacio es una construcción mucho más abstracta que la de lugar. Esta provee un contexto situacional, aunque sin lugares no puede haber espacio. Tilley (1994) propone la existencia de varios niveles de espacio, a partir de los cuales, la identidad de los lugares es construida. Aunque considera que estas distinciones entre ellos son solo heurísticas menciona: el espacio somático, el perceptual, el existencial, el cognitivo y el arquitectónico. Me interesa destacar el caso del espacio arquitectónico, ya que constituye un espacio deliberadamente creado y construido y que, a su vez, impone límites marcados para la acción. El espacio solo puede existir como un set de relaciones entre las cosas y los lugares, ningún espacio es no relacional. Creado por relaciones sociales, el espacio, es una producción constitutiva y constituida. Los lugares se solapan y pueden ser conceptualizados a numerosos niveles espaciales. Los lugares son una parte irreductible de la experiencia humana, estar en un lugar es como estar en una cultura.

En este sentido, Soja (2003) propone dejar de considerar el espacio y comenzar a considerar la espacialidad, como un producto social pero también como una fuerza modeladora. Esta visión se complementa con una triple dialéctica entre el espacio, el tiempo y el ser social. Estas son las tres dimensiones abstractas que componen la existencia humana, las cuales cobran vida como construcciones sociales que moldean la realidad y son modelados por ella. El orden espacial de la existencia humana surge de la producción social del espacio, la construcción de geografías humanas que reflejan y configuran el Ser-en-el-Mundo, tema que retomaré más adelante.

La experiencia y la percepción desde la perspectiva de la Fenomenología

A partir de estos enfoques que propusieron humanizar el paisaje el rol de las personas se fue resignificando y revalorizando. Los aportes de la Geografía social permitieron la incorporación de los agentes especialmente mediante la percepción y la experiencia. Desde la perspectiva fenomenológica se comienza a avanzar hacia la deconstrucción de los paisajes de la modernidad burguesa (Vaquer y Gordillo 2013). Para Tilley (1994) la clave de la fenomenología es la forma como las personas experimentan y entienden su mundo. En estos enfoques resultan claves los conceptos de percepción, cuerpo y experiencia.

En la antropología, el humanismo todavía domina nuestro entendimiento, aplicando una distinción científica entre cuerpo y mente, entre sujeto observador y objeto observado, entre la cultura activa y una naturaleza pasiva sobre la que opera (Thomas 2002). Desde el cartesianismo se define la percepción como una representación interna de un mundo exterior de objetos dados, anclada en el dualismo objeto-sujeto (Crossley 1995). El cuerpo natural percibe y experimenta el mundo a través de los sentidos y le otorga significación a través del pensamiento (Merleau-Ponty 1993). La fenomenología desarrollada por Merleau-Ponty (1993) se opone al objetivismo empirista y la visión mecanicista del cuerpo, considerando al cuerpo como un instrumento de conocimiento y no como un obstáculo. El “cuerpo cosa” se opone al cuerpo habitado, abierto y adquiere una función de espectador con el mundo (Thomas 2002). Para Merleau-Ponty (1993) las personas no somos espectadores sino que estamos involucrados en el mundo.

Dentro de esta visión moderna la cultura opera como una adición al cuerpo, el cual posee una esencia que existe previamente y por fuera de la cultura, el lenguaje y la significación (Thomas 2002). La premisa de un cuerpo como un agente efectivo, donde todo cuerpo es social y todo lo social esta corporizado, es fundamental para el desarrollo de la fenomenología dentro de la antropología y arqueología (Bourdieu 2007; Crossley 1995; Salih 2006). La percepción, siguiendo a Crossley (1995), es sensacional y significativa, consiste en una configuración de sensaciones con significado. Asimismo, estas sensaciones pertenecen al cuerpo como un ser sensitivo.

Thomas (2002) propone abandonar, entonces, la idea de percepción como algo externo donde se recoge información y luego se la interioriza y se la utiliza para construir una imagen. Para él, otro

entendimiento es posible, uno donde no hay nada que intervenga entre nosotros y el mundo. Pensar no es algo que ocurre en un espacio exterior, es parte de nuestra inmersión corporal en el mundo. El campo perceptual, que es constitutivo del sujeto perceptor, se estrecha y extiende más allá de lo que el ojo puede ver (Crossley 1995). Este campo está fundado en la articulación entre el cuerpo y el mundo; la percepción es una experiencia corporalizada, un esquema cultural que no recibe pasivamente mensajes de afuera sino que activamente interroga al mundo (Crossley 1995). Esto implica que percibido y perceptor son seres relacionales. El mundo que habitamos no es solamente un conjunto de objetos físicos, es donde nos encontramos con las cosas del mundo y las aprehendemos como significados, no como dato objetivo de los sentidos (Thomas 2002).

La fenomenología en arqueología tuvo una clara influencia de los trabajos de Merleau-Ponty, especialmente en el trabajo de Tilley (1994) donde el énfasis está en la experiencia viva del paisaje desde un punto de vista corporal en el pasado y el presente. La Fenomenología se ocupa de los aspectos sensoriales de la experiencia humana pasada que no pueden ser recuperados con métodos tradicionales (Johnson 1999; Hamilton *et al.* 2006). El ensayo de esta disciplina no es explicar el mundo sino describirlo en la forma en la cual un ser humano lo experimenta, como se le presenta a la conciencia. La fenomenología es un método y no un set de doctrinas, una forma de ser en el mundo y de pensar opuesta la mirada empirista o positivista. En el fenómeno de la percepción el cuerpo humano provee el punto de mediación entre el pensamiento y el mundo. El mundo y el sujeto se reflejan y fluyen a través del cuerpo, vínculo vivo con el mundo. Estos son momentos dialecticos relacionados, soy un cuerpo en el mundo (Tilley 2004). Por este motivo, la cognición no puede ser opuesta a la realidad, son un todo en términos del hecho social de habitar.

Las actividades kinéticas -el movimiento- de los humanos en el mundo orientan la aprehensión del paisaje. El espacio es existencial y la existencia es espacial (Tilley 1994). El cuerpo vivo nos permite conocer que es cerca-lejos, arriba-abajo (Tilley 2004). La percepción se realiza con el cuerpo a través de los sentidos. Pero los sentidos tampoco estuvieron exentos de debates ya que la herencia aristotélica los divide en entidades finitas y distintas, los cinco sentidos conocidos actualmente (vista, oído, tacto, olfato y gusto). Pero, también impone una jerarquía entre ellos, elevando la visión autónoma a la posición más alta (Hamilakis 2011, 2013; Tilley 2004). Según Ingold (2000) la visión ha sido reducida a la facultad pura y desinteresada instalándola como el instrumento objetivo de conocimiento.

Desde la perspectiva fenomenológica la separación de sentidos es arbitraria e impracticable ya que la percepción involucra a todos los sentidos simultáneamente. Nuestra participación en el mundo es sinestésica, todos los sentidos operan al unísono. Los sentidos incluyen todas modalidades de la existencia corporal en el mundo. La percepción sinestésica y kinestésica es la regla, la experiencia sensorial es total (Hamilakis 2011; Thomas 2001).

Una de las críticas más importantes que ha recibido la fenomenología británica (Richards 1993; Tilley 1994; Thomas 1996) es que no han podido superar la idea de la visión como sentido primordial de la experiencia, a pesar de enunciarlo (Hamilton *et al.* 2006; Hamilakis 2011, 2013). En muchas de sus reconstrucciones fenomenológicas dan cuenta de un actor solitario, masculino, y lo primordial continua siendo la experiencia “visual”. Por otra parte, también se ha criticado la suposición de universalidad del cuerpo humano. Como mencionan Vaquer y Gordillo (2013) es de esta manera como trasladan al pasado las percepciones de los agentes actuales y así se reproduce la lógica que pretenden criticar y superar. Criado Boado (1999), agrega que esta visión de la fenomenología es no solo idealista sino subjetiva y subjetivizante, y sustituye la reconstrucción de la percepción del mundo por parte de los otros por la de nuestra propia percepción (Criado Boado 1999).

Desde la arqueología de los sentidos se ha problematizado varios de estos puntos (Hamilakis 2011, 2015; Feld 1996; Tarlow 2000). Proponen que la experiencia sensoria y sensitiva también es social e históricamente específica y nuestros cuerpos y modalidades son productos de nuestro momento histórico (Hamilakis 2013; 2015). Para Serres (2008) hay que invitar a poner el centro de atención en el cuerpo vivo, en movimiento y hacer espacio para otras modalidades sensoriales que no están cubiertas por la taxonomía occidental. Hamilakis (2013) advierte sobre que el humano individual, percibido como en el occidente moderno puede no ser la unidad de análisis más apropiada para una arqueología de los sentidos ya que las personas pueden ser conceptualizadas y corporalizadas en diversas maneras como indivisibles y autónomos, y en otros momentos como dividuos /fractales. Pero, sobre todo, porque la experiencia sensorial es activada al momento de un encuentro transcorporal, encuentro entre cuerpos humanos, entre humanos y cuerpos de otras cosas, objetos y ambientes.

A pesar de las críticas antes mencionadas me interesa destacar el valor que se le otorga, desde esta perspectiva, a los agentes como cuerpos vivos involucrados con el mundo a través de la experiencia. Considero que la perspectiva de habitar que desarrollaré a continuación retoma estos puntos fuertes, sin caer en la extrapolación de los modelos occidentales que desea discutir.

La perspectiva de habitar

Ingold (2000) desarrolla una nueva “ecología” y para hacerlo toma inspiración de tres fuentes: la biología, la psicología ecológica y la filosofía de Heidegger y Merleau-Ponty. Desde su perspectiva, la vida no es la revelación de una forma preexistente sino un proceso anclado en su propio lugar, el “ser-en-el-mundo”. Adoptar una “perspectiva de habitar” el paisaje se constituye como un registro – y testimonio- duradero de las vidas y las actividades de las generaciones que lo habitaron y, que al hacerlo dejaron en él algo de sí mismos.

Retoma la pregunta de Heidegger sobre el significado de construir y habitar y la relación entre ambas. La visión hegemónica de la modernidad occidental dice que ambas son separables pero complementarias, por ejemplo, construimos casas por eso vivimos en ella. Esto convierte el habitar en, simplemente, ocupar un espacio. ¿Pero que convierte una casa en un hogar? ¿Qué significa habitar? La palabra habitar en alemán tiene muchos significados, entre ellos se destacan los de construir y cultivar.

“El “ser en” dista tanto de mentar un espacial estar “uno en otro” entes “ante los ojos”, como dista “en” de significar primitivamente una relación espacial de la índole antes mencionada; “en” procede de “habitar en”, “detenerse en” y también significa “estoy habituado a”, “soy un habitual de”, “frecuento algo”, cultivo algo; tiene pues, la significación de colo en el sentido de habito y diligo. (Heidegger 1993:66-67)

El paisaje es, como mencionamos antes, el mundo como es conocido por los que habitan en él (Ingold 2000). Para él, cuerpo y paisaje son términos complementarios: uno implica al otro. Si el cuerpo es la forma en que una criatura está presente como un ser-en-el-mundo, entonces el mundo de su ser-en se presenta en la forma del paisaje. Esto se produce mediante un proceso de corporización, un movimiento de incorporación.

“Echarse a ciertas relaciones al mundo solo es posible porque el “ser ahí” es como es en cuanto “ser en el mundo” (Heidegger 1993:70).

Para Thomas (2001) la cuestión de ser-en-el-mundo no es solamente física, es una participación relacional de estar, residir, morar; implica un llevarse con las cosas, con nuestro entorno. El mundo

es un horizonte de inteligibilidad, un campo relacional que proporciona un contexto donde resulte comprensible cualquier cosa en la que nos fijemos, un fondo donde destacarse. Por este motivo, la manera en que las personas experimentan su mundo es fundamental, el espacio vivo es mucho más importante que el espacio geométrico. Por ejemplo, la sensación de estar cerca o lejos de algo no es solo una cuestión de localización física, es una acumulación de experiencia vital.

La perspectiva del habitar considera que los paisajes y los agentes se constituyen mutuamente, principalmente a través de la realización de actividades. El habitar implica realizar tareas, incluyendo todas las prácticas de la vida cotidiana. La gente construye su mundo en una relación contextual con sus prácticas involucradas con su entorno. Los lugares adquieren su significado mediante las prácticas, mediante habitarlos y cada lugar que compone el paisaje incorpora parte de los demás lugares, y de esta manera los relaciona. Las experiencias vividas por las personas que realizaron actividades y se involucraron perceptivamente le otorgan su particularidad y, a su vez, están permeados por diferentes temporalidades. Sin embargo, Ingold (2000) se opone a la distinción entre espacio y lugar de Tuan (2003), porque para él todos los espacios están cargados de significados, los lugares están conectados entre sí por experiencias y narrativas (Vaquer y Gordillo 2013).

Por otro lado, podemos considerar que existen dos lados de habitar un paisaje que ocurren de manera simultánea (Vaquer y Cámara 2017). Por una parte, el que mencionamos anteriormente que sería un habitar corporal o incorporado, producto de la interacción del cuerpo con el espacio, un modo que podríamos denominar no-discursivo o pre-discursivo. Por otra parte, un segundo componente el discursivo o narrativo, que surge a partir de las narraciones de las experiencias corporales incorporadas, por eso se deriva del primero. Para Vaquer y Cámara (2017) el habitar es un proceso interpretativo que ocurre al realizar actividades en el paisaje, el producto de habitar son las narrativas sobre el paisaje. Por este motivo, todo habitar resulta en narrativas, también nuestro trabajo de campo arqueológico

La temporalidad de los Paisajes

Otro tema íntimamente ligado al paisaje es el tiempo. El tiempo en arqueología se da habitualmente por sentado (Bradley 1991; 2002). Nuestra forma occidental de entender el espacio está relacionado con el tiempo, nuestro espacio es temporal (Hernando Gonzalo 1999). El tiempo de la modernidad es el tiempo del reloj, el cronológico, medible, acrítico. Esta forma de entender el tiempo, propia de la

modernidad, también ha sido criticada desde la Arqueología del Paisaje. Para Bradley (2002), el tiempo también está socialmente construido y por eso, es múltiple y superpuesto. Aunque un debate más profundo sobre el tema esté anclado en la filosofía (San Agustín 2007; Heidegger 2000; Husserl 2002, entre otros) nuestra disciplina no puede dejar de lado la pregunta por el tiempo (ver Bailey 2007; Shank y Tilley 1987; Gosden 1994; Lucas 2005; Thomas 1996, entre otros). Siguiendo a Bradley (2002) el tiempo en arqueología tiene que ser entendido en términos de las prácticas locales.

Como dice Ingold (2000) la vida humana implica el paso del tiempo. Pero esta temporalidad, contra cualquier tradición naturalista, no es ni cronología ni historia. No es cronología entendida como sistema regular de intervalos de tiempo fechado en el que se dice que los acontecimientos han tomado lugar y no es historia, entendida como una serie de acontecimientos que pueden ser fechados en el tiempo según su ocurrencia en uno u otro intervalo cronológico.

El proceso de la vida es también el proceso de formación de los paisajes que la gente habita. La formación del paisaje no implica transformar un terreno físico, neutral, preexistente, en un patrón de espacio y tiempo históricamente experimentados y constituidos. El paisaje nunca es completo: ni «construido» ni «sin construir», está perpetuamente en construcción. Desde la perspectiva del habitar, el paisaje es un testimonio de vidas y trabajos de las generaciones pasadas que habitaron en él y donde dejaron su huella. Percibir un paisaje es un acto de remembranza, es un compromiso perceptual con el entorno que está impregnado del pasado. El registro arqueológico es un palimpsesto de múltiples temporalidades, se encuentra compuesto por los rastros de múltiples actividades superpuestas de diferentes momentos (Lucas 2005). El paisaje se encuentra imbuido de diferentes temporalidades, allí confluyen y se re-significan. En este sentido, el paisaje es el producto de la sedimentación de las diferentes maneras de habitar que se desarrollaron históricamente (Vaquer 2013; Vaquer y Camera 2017).

La temporalidad es inseparable de las actividades, se encuentra estructurada y es estructurante de ellas. La estructura temporal de las actividades se encuentra íntimamente relacionada con la estructura de la percepción de las actividades (Lucas 2005). Desde la perspectiva de Ingold (2000) las tareas, entendidas como cualquier actividad práctica realizada por un agente como parte de su vida cotidiana, son actos constitutivos del habitar. Su concepto de *taskscape* hace referencia particularmente a los conjuntos de tareas y las relaciones que entre ellas se establecen. El *taskscape* está permeado por la temporalidad, entendida como temporalidad social.

El paisaje actual es un proceso histórico que incorpora múltiples temporalidades, esto nos lleva a pensar la manera en que las sociedades del pasado convivieron y entendieron su propio pasado. Podríamos decir que el pasado estuvo siempre contenido en el presente por eso todas las sociedades se encontraron con los rastros en el paisaje que los motivaron a hacer su propia arqueología (Bradley 2002; Barret 1999). Cada generación debe interpretar los restos materiales de las generaciones que la precedieron, creando de esta manera narrativas que desde nuestra mirada occidental y científica calificaríamos de “arqueológicas” (Vaquer 2017).

Como mencioné en el apartado anterior, la práctica de la arqueología es en sí misma una forma de habitar el paisaje (Ingold 2000; Vaquer y Camera 2017). Las narrativas sobre el paisaje son construidas por la síntesis de diferentes temporalidades. El habitar de un arqueólogo es una actividad que se da en el presente pero que se retrotrae hacia el pasado mediante objetos, prácticas y lugares. Como proponen Vaquer y Camera (2017) si habitar es una práctica que sintetiza pasado y presente y se proyecta hacia el futuro, las narrativas que construimos sobre el paisaje tienen consecuencias prácticas en el presente que no son inocentes y sobre las que debemos reflexionar, tanto sobre su producción como sus consecuencias (Vaquer 2015).

Desde la perspectiva de habitar y pensando en la temporalidad de los paisajes se revelan la importancia de las prácticas y actividades de los agentes involucrados comprometidos en su mundo. A continuación, presentaré las propuestas básicas de la denominada Teoría de la Práctica, son estos postulados los que nos permiten una articulación entre la forma en la que se estructuran los paisajes y su aplicación al registro arqueológico.

LA TEORIA DE LA PRACTICA

La configuración de una teoría de la práctica se debe a la influencia de las ideas de dos grandes teóricos, Pierre Bourdieu y Anthony Giddens. Desarrollare aquí brevemente algunas de las principales propuestas de estos autores para luego revisar cómo pueden articularse con una arqueología de la práctica y de los paisajes. Ambas propuestas tienen en común un rechazo a los enfoques objetivistas y subjetivistas en sociología. En el primer caso, le critican que caen en un determinismo de las leyes sociales, ya que priorizando la estructura dejan de lado el rol de los agentes como elemento de cambio social. En segundo lugar, critican las posiciones subjetivistas porque desconocen totalmente el papel de las estructuras. Para trascender estas posturas propias del pensamiento dualista moderno y

trascender la dicotomía agente-estructura surgen las propuestas de la Teoría de la Práctica que se inscribe dentro de la Teoría Social Crítica (Vaquer 2011).

Desde estas perspectivas la sociedad se construye *solo* por las prácticas sociales de sus agentes, desplazando el foco hacia que los agentes hacen, sus prácticas sociales contextualizadas en tiempo y espacio. Pero estas prácticas no ocurren en el vacío, sino que se relacionan con las estructuras de manera recursiva (Giddens 1995). Esto permite que al interpretar la estructuración de las prácticas sociales sea posible acceder a cómo se produce, reproduce o cuestiona el orden social (Vaquer 2011). Uno de los objetivos fundamentales de la Teoría Social es poder dar cuenta de la manera en que el mundo social cambia, uno de los problemas que la Teoría de la Práctica se propone resolver. Para hacerlo, profundizan la relación entre agencia y estructura, donde las prácticas son ese nexo que une ambas en la reproducción social. La diferencia entre ambos representantes reside en que Bourdieu (1977) coloca el énfasis en el *habitus* y Giddens (1995) lo hace en la potencia transformadora de los agentes (Vaquer 2012).

Para el objetivismo el mundo social es como un espectáculo, una representación donde las prácticas no son otra cosa que ejecución de papeles teatrales o partituras musicales (Bourdieu 2007). La teoría de la práctica nos alerta, contra el materialismo positivista, que los objetos de conocimiento son contruidos y no pasivamente registrados y contra el idealismo intelectualista que el principio de dicha construcción es el sistema de disposiciones estructuradas y estructurantes constituido en la práctica y orientado siempre hacia funciones prácticas (Bourdieu 2007). Bourdieu combate el realismo de la estructura del objetivismo que piensa a las relaciones sociales como objetivas y las trata como realidades fuera de la historia del individuo o el grupo, pero sin caer en el subjetivismo que resulta incapaz de dar cuenta del mundo social. Por ello, la necesidad de retornar a la práctica, que es el ámbito de la dialéctica entre *opus operatum* –regularidades estadísticas- y, *modus operandi* –principio de producción del orden social- de los productos objetivados y los productos incorporados de las estructuras y los *habitus*.

Para clarificar esta relación debemos definir algunos de los conceptos principales, como ser el de *habitus*:

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen habitus, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones...” “objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser para nada

el producto de la obediencia a determinadas reglas, y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta.” (Bourdieu 2007:86).

“Un sistema subjetivo pero no individual de estructuras internalizadas, esquemas de percepción, concepción y acción comunes a todos los miembros de un grupo o clase, constituyendo de esta manera la precondition de toda objetivación. La coordinación objetiva de las prácticas y el compartir una cosmovisión pueden ser fundados en la perfecta impersonalidad e intercambiabilidad de prácticas y visiones singulares” (Bourdieu 1977: 86).

El mundo práctico que se constituye en la relación con el *habitus* como sistema de estructuras cognitivas y motivadoras es, para Bourdieu (2007), un mundo de fines ya realizados y de objetos, herramientas o instituciones, dotados de un carácter teleológico. Esto se debe a que las regularidades arbitrarias se nos aparecen como necesarias, hasta incluso naturales, porque se encuentran en el principio de nuestros esquemas de percepción mediante los cuales son aprehendidas. Nuestras posibilidades e imposibilidades están, desde un inicio, inscritas en nuestras condiciones objetivas de vida.

De lo anterior se desprende que las estructuras constitutivas de un ambiente, como ser las condiciones materiales de existencia propias de una condición de clase producen *habitus*. Este esquema puede ser considerado como un sistema subjetivo, sin por ello ser individual, de estructuras internalizadas, esquemas de percepción, concepción y acción comunes a todos los miembros de un grupo o clase (Bourdieu 1977).

Para Bourdieu (2007) el *habitus* origina prácticas, es un principio generativo pero que, a su vez, crea constancia y permanencia a lo largo del tiempo. El *habitus* está ajustado a las regularidades inmanentes de las condiciones objetivas de su producción. Es producto de la historia y origina prácticas individuales y colectivas y por lo tanto, también genera historia. Es el *habitus* el que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas, que se registran bajo la forma de esquemas de percepción y acción. Está orientado a garantizar su constancia a través del tiempo, sin ser inmutable. La posibilidad para el cambio también reside en él mismo.

El *habitus* produce un mundo de “sentido común” que posee una objetividad asegurada por el consenso de los significados y las prácticas del mundo (Bourdieu 2007). La homogeneidad de los *habitus* que se observa por ejemplo en una clase, es lo que hace que las prácticas y las obras sean inteligibles y previsibles y por consiguiente percibidas como evidentes, significantes sin intención de

significar, las prácticas tienen una comprensión casi automática. Pero estas prácticas no se pueden deducir íntegramente ni de las condiciones presentes ni de las condiciones pasadas que produjeron el *habitus*, sino que es condición vincularla a los dos estados del mundo social, a las condiciones sociales en las que opera y con los que la ha engendrado.

Otro concepto importante que propone Bourdieu (2002) es el de campos sociales. Todas las sociedades se presentan como espacios sociales, estructuras de diferencias. El principio generador es la distribución de las formas de poder o tipos de capital del mundo social considerado. Para Bourdieu, el espacio social puede ser pensado como un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes y también un campo de lucha, en el cual se enfrentan con medios y fines diferenciados según su posición, contribuyendo a conservar o transformar la estructura. Los individuos o grupos existen en y por la diferencia, en tanto que ocupan posiciones relativas en un espacio de relaciones. Los campos sociales son producto de largos procesos de autonomización, son juegos en sí y no para sí, uno no entra en el juego nace en el juego, con el juego y la relación de creencia, de *illusio*, es de inversión total e incondicional en tanto se ignora como tal (Bourdieu 2007).

Otro aspecto que considero fundamental definir es la noción de incorporación. El *habitus* restituye al agente un poder generador y unificador y recuerda al mismo tiempo que esa capacidad para elaborar la realidad social, a su vez socialmente elaborada, no es la de un sujeto trascendente sino la de un cuerpo socializado (Bourdieu 1999). El agente implicado en la práctica conoce el mundo con un conocimiento que no se instaura en relación de exterioridad, aprendemos por el cuerpo. El orden social se inscribe en los cuerpos, las conminaciones sociales más serias no van dirigidas al intelecto sino al cuerpo. Naturalizando en la forma de división de los cuerpos las *hexis* corporales. El cuerpo está en el mundo social y el mundo social está en el cuerpo (Bourdieu 2007). La relación con el mundo es de presencia en el mundo, de estar, de pertenecer, por eso me resulta comprensible. El “yo” que comprende en la práctica el espacio físico y social no es necesariamente un sujeto sino más bien, un *habitus*. Estoy incluido materialmente en el mundo, incorporo las estructuras sociales en forma de estructuras de disposición, de posibilidades objetivas en forma de expectativas y anticipaciones, adquiero un conocimiento y dominio práctico del espacio circundante. Esto garantiza una comprensión práctica del mundo absolutamente diferente del acto intencional de desciframiento consciente (Bourdieu 1999). Para Bourdieu (1977) la *hexis* corporal es la mitología política realizada, incorporada, forma perdurable de estar, de hablar, de caminar y por ende de sentir y de pensar. La *hexis* corporal le habla de manera directa a la motricidad como esquema postural que es al mismo

tiempo singular y sistemático, solidario con un sistema de objetos y cargado con una multitud de significaciones y de valores sociales (Loren 2001).

El trabajo de Giddens (1995) presenta similitudes con algunos de los puntos antes mencionados. Sin embargo, hay aspecto de su teoría de la estructuración que son originales y que me interesa destacar. Para Giddens (1995) el dominio principal de la teoría de la estructuración y de las ciencias sociales no es ni la vivencia del actor individual, ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino las prácticas sociales ordenadas en un espacio y tiempo. La característica definitoria de estas actividades sociales es que se autoreproducen, son recursivas. Los actores sociales no le dan origen sino que las recrean continuamente a través de los medios mediante los cuales se expresan. A través de estas prácticas los agentes reproducen las condiciones que las hacen posibles.

Los tres conceptos fundamentales que componen el núcleo de la teoría de la estructuración son: estructura, sistema y dualidad de la estructura. La idea de estructura, para este autor, se relaciona con las propiedades articuladoras de un espacio-tiempo en los sistemas sociales, propiedades que hacen posible que prácticas sociales similares existan a lo largo del tiempo y espacio. La estructura es un orden virtual de relaciones transformativas, esto significa que las prácticas no tienen estructuras, sino que presentan propiedades estructurales. Una estructura existe solo en las actualizaciones de las prácticas y como huellas mnémicas que orientan la conducta de los agentes humanos. Las prácticas que poseen una gran extensión espacio-temporal se denominan instituciones. **Un sistema es comprendido como las relaciones reproducidas entre actores o colectividades organizadas como prácticas sociales regulares.**

Una de las hipótesis principales de estructuración es que las reglas y los recursos que se aplican a la producción y reproducción de una acción social son, también, los medios para su reproducción sistémica, he aquí la dualidad de la estructura. Esto quiere decir que cada vez un agente cumple una regla, sus actos reproducen las instituciones sociales. Las reglas de la vida social son procedimientos de una *práxis*, parte de las rutinas. Los tipos de reglas más significativos son aquellos que contribuyen a la reproducción de las prácticas institucionalizadas. Otro aspecto importante, es que la mayor parte de nuestro saber para Giddens (1995) es práctico, esto significa que es inherente a nuestra capacidad de “ser con” en las rutinas de la vida social.

EL ESPACIO DOMÉSTICO

La vivienda y el espacio doméstico han tenido definiciones bastante diferentes a lo largo de la historia de la antropología y la arqueología que se relacionan, principalmente, con las condiciones de conocimiento de cada época (Buchli 2010). Su rol tradicional ha sido el de unidad socioeconómica de producción y consumo, esencial para la reconstrucción de las sociedades del pasado (Allison 1999; Vaquer 2007). Sin embargo, estas ideas se empiezan a modificar a partir de la década del 80 y 90 (Allison 1999). Se comienza a abandonar la idea de unidad doméstica como “unidad social mínima” y se replantea su posición, considerándola como el lugar por excelencia reproductor de las estructuras fundamentales de la vida social (Vaquer 2007; Buchli 2010). Según Buchli (2010), es allí donde uno puede investigar los elementos claves de la condición humana.

El rol de la esfera doméstica se ha modificado a lo largo de la historia (Buchli 2010). A partir del siglo XVIII, se lo empieza a considerar un espacio separado, relacionado con lo privado, la crianza y la vida doméstica. Luego, en el siglo XIX, lo doméstico se vuelve significativo para entender la naturaleza y cultura del género humano. Sin embargo, la idea de que las casas son un fenómeno relativamente estandarizado y constante ha permeado estos estudios. Las investigaciones sobre las dinámicas internas y las interrelaciones entre las familias se han visto como insignificantes para comprender los patrones de comportamiento del pasado (Allison 1999).

Desde el marco de la arqueología procesual, el espacio doméstico adquirió determinadas características. Por ejemplo, el análisis de la unidad doméstica es una escala de análisis menor dentro de los estudios de patrón de asentamiento. El aspecto principal de estos estudios es el aspecto económico de la unidad doméstica, como la producción y consumo de alimentos, división del trabajo, etc. Por ejemplo, Wilk y Ratje (1992) remarcaban su importancia para la reconstrucción del pasado, proponiendo que las unidades domésticas son el puente necesario para entre las grandes teorías y el registro arqueológico, ya que al nivel de lo doméstico los grupos sociales articulan los procesos económicos y ecológicos. Lo doméstico sería informativo sobre la producción, reproducción, distribución y transmisión (McKee 1999). Blanton (1994) considera que una unidad doméstica corresponde a un grupo que coreside, comparte las actividades domésticas y la toma de decisiones. Lo fundamental para él es entender cómo los factores culturales sociales influyen en esta toma de decisiones sobre las casas que habitan. También se ha caracterizado lo doméstico como una manifestación material de los principios de la estructura social como parentesco, instituciones, status, etc. (Kent 1990; Rapoport 1990).

A partir de la década del 80 y 90, desde la arqueología post procesual, se comienza a criticar y abandonar la noción de unidad doméstica como “unidad social mínima” y se replantea su posición, considerándola como el lugar por excelencia productor y reproductor de las estructuras de la vida social (Vaquer 2007; Buchli 2010). Se coloca en el centro de la investigación el rol del espacio doméstico en tanto *axis mundi* que expresa los principios de orden y clasificación propios de cada sociedad (Vaquer 2007). Será el trabajo de Levi-Strauss uno de los primeros que llame la atención sobre el potencial teórico del significado de la casa, sobre la organización de las casas como institución social (Carsten y Hugh-Jones 1995). En este sentido, y sumada a la influencia de los trabajos de Bourdieu, se dará origen a una nueva forma de entender la vida doméstica y el habitar como un proceso (Buchli 2008;).

Los trabajos de Hodder (1990) le otorgan a lo doméstico un lugar primordial para entender el desarrollo de las sociedades humanas, enfatizando el rol de la domesticación como un proceso intelectual, político y sociológico. Desde la Arqueología Simbólica o Contextual, la dimensión cognitiva comienza a tener un rol preponderante por sobre los factores ambientales. Hodder propone el concepto de estructuras simbólicas y estructuras sociales, ambas íntimamente relacionadas. Lo simbólico refiere a los significados o connotaciones secundarias evocadas por las asociaciones primarias y los usos de un objeto. Las estructuras simbólicas son organizadas cognitivamente pero no se encuentran solo en la mente. Los sistemas simbólicos son estructuras públicas que poseen significados contextuales. Estas estructuras están en íntima relación con la estructura social (relaciones de parentesco, género, etc.) que pueden ser reorganizadas estratégicamente en los sistemas simbólicos. La manifestación de ambos sistemas ocurre al nivel de las prácticas de los individuos donde, por ejemplo, las casas -entre otras- son producidas en relación a la organización social, pero pueden estratégica y simbólicamente modificar esa organización. Para Vaquer (2007), aunque aquí la práctica comienza a incorporarse al marco interpretativo lo hace con una posición lógica secundaria ya que el rol principal lo tienen los sistemas que son generadores de las mismas.

Allison (1999) propone que la deconstrucción de las perspectivas procesuales debe partir de pensar la dinámica de las viviendas como un factor fundamental en lo social, político y económico. Su rol no es el de “unidad mínima” sino el de un sistema de miembros. Según Allison, en estos enfoques no se problematiza la casa como unidad de reproducción porque se la piensa como controlada por un jefe de familia que dirige todas las actividades de la unidad socioeconómica y esto le otorga unidad. Para entender su poder hay que mirar, por ejemplo, las acciones rituales y las creencias cosmológicas

que están involucradas en las acciones prácticas del día a día, esto nos otorga un panorama complejo y diverso. Lo importante, para ella, no son los lugares en sí, sino las actividades de los habitantes en la estructuración de la vivienda como un espacio social, donde los roles de todos los miembros estén contemplados.

Otros aspecto que destaca Allison (1999) sobre los trabajos que abordan el espacio doméstico es que priorizan habitualmente lo arquitectónico. Estos estudios toman el espacio construido como equivalente del comportamiento doméstico en el pasado. La arquitectura puede ser informativa de la manera en la que se hizo uso del espacio en el pasado pero no sobre la comprensión o la percepción de los que lo construyeron o habitaron, mucho menos sobre su comportamiento. Como sugiere Rapoport (1990) las personas que diseñaron el espacio, quienes lo construyeron y quienes lo habitan pueden no ser un grupo homogéneo. Las reacciones de los usuarios frente a un escenario son asociaciones contextuales. Las personas ocupan muchas veces viviendas construidas en un periodo anterior o utilizan estructuras de construcción que pueden haber sido impuestas por otro grupo. El espacio puede funcionar constriñendo el comportamiento pero esto no es algo que determine totalmente la acción. Además esta idea disminuye la importancia de las actividades de los habitantes en la estructuración de la vivienda como un espacio social (Barret 1994; Allison 1999). Cuando los arqueólogos realizan excavaciones, no excavan “unidades sociales” sino que recuperan los restos de cultura material, y la arquitectura es solo una parte de la misma (Allison 1999). Sin embargo, en muchos casos arqueológicos, se ha priorizado el aspecto arquitectónico del espacio doméstico dejando de lado la posibilidad de que quienes lo diseñaron, quienes lo construyeron y quienes lo habitan o habitaron puedan ser diferentes.

Como mencioné previamente los estudios sobre lo doméstico han tenido la influencia de la Teoría de la Práctica (Giddens 1993, 1995; Bourdieu 1977; 1999; 2007; entre otros). Desde la perspectiva de la Arqueología de la Práctica, corriente dentro de nuestra disciplina que incorpora los principios de las teorías mencionadas *supra*, Pauketat (2001) propone que uno de los primeros puntos que debemos atacar es reubicar el *locus* del cambio social para poder construir explicaciones más satisfactorias sobre el pasado que aquellas que han propuesto las corrientes evolucionistas, funcionalistas y procesuales. Esto requiere incorporar los postulados que indican que las acciones y representaciones de la gente -sus prácticas- son generativas. Las prácticas son el proceso, no su resultado estático. Estos procesos son históricos y fueron modelados por lo que estuvo antes, y darán forma a lo que continua. Esto representa un cambio significativo sobre lo que entiende la arqueología procesual como proceso cultural. Por eso, según Pauketat, debemos abandonar la búsqueda de explicaciones

causales, que resultan abstractas y reduccionistas. Esto requiere un cambio paradigmático, que traslade el foco de nuestras explicaciones y revise como entendemos las relaciones causa-efecto. Aunque Pauketat (2001) remarque que no existen recetas de cocina al respecto, una forma de clarificar estas ambigüedades teóricas es la incorporación de los postulados sobre prácticas y estructuración que proponen Giddens y Bourdieu.

¿Cuál es entonces la relevancia del espacio doméstico para una Arqueología de la Práctica? Bourdieu propone que el espacio habitado y, por sobre todo, la casa es el lugar principal donde se incorporan los esquemas sociales (Pauketat 2001; Barret 1994). La incorporación de estas disposiciones se produce a través de la práctica y aquí la cultura material tiene un rol fundamental. El espacio doméstico es *axis mundi* que expresa los principios de orden y clasificación propios de cada sociedad, es el primer agente de socialización (Parker Pearson y Richards 1994; Carsten y Hugh-Jones 1995; Giddens 1995; Vaquer 2007). En palabras de Bourdieu:

“En una formación social donde la ausencia de las técnicas de conservación de los productos simbólicos asociadas con la escritura retarda la objetivación del capital simbólico y particularmente cultural, el espacio habitado – y sobre todo la casa – es el locus principal para la objetivación de los esquemas generativos; y a través de la mediación de las divisiones y jerarquías que establece entre cosas, personas y prácticas, este sistema de clasificación tangible continuamente inculca y refuerza los principios taxonómicos que subyacen a todas las divisiones de una cultura (Bourdieu 1977: 89).”

Aquí se vuelve fundamental el concepto de *habitus* y de incorporación (Barret 1994; Vaquer 2007). Como mencioné anteriormente el agente implicado en la práctica conoce el mundo con un conocimiento que no se instaure en una relación de exterioridad, aprende por el cuerpo –incorpora-. El orden social se inscribe en los cuerpos y la transmisión se produce a través de la práctica, del conocimiento práctico del mundo (Bourdieu 1999). Por eso la casa y el cuerpo están íntimamente ligados, la casa puede ser considerada una extensión de las personas, un espacio que fija o expone, pero que también protege. Casa y cuerpo están en continua interacción; la arquitectura, los muebles, las convenciones sociales y las imágenes mentales de la casa permiten, proponen, moldean, informan y constriñen las actividades y las ideas (Carsten y Hugh-Jones 1995). Estoy incluido materialmente en el mundo, incorporo las estructuras sociales en forma de *habitus* -estructuras de disposición, de posibilidades objetivas en forma de expectativas y anticipaciones-, adquiero un conocimiento y dominio práctico del espacio circundante (Bourdieu 1999).

La educación en el orden de la vida diaria acumula el poder de la reproducción social y educa a la gente en las expectativas y disposiciones de su sociedad (Bourdieu 2001). Este aprendizaje se produce mediante la práctica en ámbitos y productos sociales como proverbios, dichos, canciones, juegos, etc., y también a través de los objetos. Todo lo que queremos inculcar a nuestros niños mediante pedagogía explícita ha sido previamente inculcado a través de la cultura material y la práctica. La casa, como *opus operatum*, juega entonces un rol fundamental, ya que es el lugar donde se transmiten los esquemas de aprendizaje con el cuerpo, a través del habitar y vivir el espacio (Ingold 2000; Bourdieu 2007; Vaquer 2007). Las casas son, frecuentemente, pensadas como un cuerpo, comparten su anatomía y poseen también una historia de vida. Si la gente construye su casa y lo hace a su propia imagen, también usan sus casas para construirse como individuos y grupos. Para Carsten y Hugh-Jones (1995), la noción de que las casas son personas es uno de los principios universales de la arquitectura; por ejemplo, los niños occidentales dibujan las casas como si fueran caras de personas.

“Es en la relación dialéctica entre el cuerpo y un espacio estructurado de acuerdo a las oposiciones mítico rituales donde uno encuentra la forma por excelencia de aprendizaje estructural que lleva a la incorporación de las estructuras del mundo.” (Bourdieu 1977:89). Cuando transito un espacio estructurado de acuerdo a principios mitológicos se integra el espacio corporal con el espacio cósmico, al representar en los mismos conceptos las relaciones entre el hombre y el mundo natural, entre hombre y mujeres. En su trabajo clásico sobre la casa *kabila* refleja como los roles del hombre y la mujer se configuran en una serie de oposiciones conceptuales (alto-bajo, afuera-adentro, entre otros). Estos esquemas operan en la práctica, y es a partir de la objetivación de las mismas y de las experiencias pasadas donde se construyen las representaciones culturales. Según Bourdieu, la lógica práctica las articula a partir de los esquemas generativos del *habitus*.

El espacio doméstico se constituye, desde esta perspectiva, como una serie de prácticas que son llevadas a cabo al interior del mismo, no un lugar físico específico, siendo las prácticas mismas las que conforman una representación particular de lo doméstico. Esto es lo que permite reconocer en la casa una construcción específica de cada sociedad en un momento particular (Bourdieu 1977, 2007). Son estas prácticas las que generan la cultura material que es objeto de estudio de la arqueología, prácticas concretas situadas en el espacio-tiempo. Allí es donde es posible acceder a la lógica que las articula y las dota de sentido (Vaquer 2007).

Este movimiento de ideas también tuvo su impacto en la arqueología del NOA, donde se ha incrementado el interés por el ámbito doméstico. Acompañando, en muchos casos, la crítica que se

desarrolla desde la arqueología postprocesual, dejando de conferirles un lugar secundario respecto por ejemplo, de los denominados espacios ceremoniales (Gordillo y Ares 2005; Nielsen 2006; Albeck y Zaburlín 2007; Gordillo 2007; Rivolta y Salazar 2007, entre otros). Estos trabajos resaltan las trayectorias particulares del ámbito doméstico, evidenciando muchas continuidades a través del tiempo (Gordillo y Ares 2005; Gordillo y Leiton 2015; Salazar y Franco Salvi 2015; Taboada 2017).

Espacio doméstico y materialidad

Como mencioné en el apartado anterior, el rol de la cultura material es fundamental para entender el espacio doméstico, ya que ambos son de suma importancia para la reproducción del orden social. Si la esfera doméstica es como propone Allison (1999), el lugar principal donde se consume la cultura material, su íntima relación es innegable. Por eso me interesa definir, en primer lugar, que entiendo por materialidad y cultura material.

Aunque muchas veces se los presente como sinónimos o términos equivalentes, materialidad y cultura material no significan lo mismo, la principal diferencia reside en la forma en la cual se definen las relaciones entre sujetos y objetos (Vaquer 2012). Según Hicks (2010) a partir de la década del 80 se produce “*the material-cultural turn*”. Con la influencia del estructuralismo levistrausiano se comienza a pensar la cultura material como un tipo de sistema de comunicación análogo, aunque no reductible, al lenguaje. La idea de los estudios de cultura material emerge con el deseo de unir lo estructural y el significado en un solo análisis. Sin embargo, según Buchli (2008) los primeros estudios estructuralistas priorizan algunos atributos a expensas de otros, reduciendo su significación. Para estos estudios el enfoque de Hodder (1982) va a ser de gran influencia. Este abordaje propone, como novedoso, que los objetos, antes que reflejos de una cultura o medios para la adaptación efectiva al ambiente, son activa y significativamente utilizados en la vida social. La cultura material no refleja sino que transforma y es, a su vez, significativamente constituida. Se opone y critica las oposiciones bilaterales entre lo ideal y lo material. La cultura material es entendida como un texto que podemos interpretar más que explicar (Buchli 2008).

Las críticas al concepto de “cultura material” se centran, principalmente, en tres dimensiones (Hicks 2010). En primer lugar, a la idea de “cultura” en particular, por su carácter esencialista, estático, sincrónico y normativo. Varios autores se han preocupado por la preponderancia que aún tienen en nuestra disciplina los binomios cartesianos que oponen naturaleza-cultura, ideal-material, entre otros (Ingold 2000). En segundo lugar, la imposibilidad y/o utilidad de una categoría separada de lo

“material”. Esta crítica se pregunta sobre si es posible que exista algo de la cultura que no sea materialmente representado (Miller 2005). En tercer lugar, las críticas que se preguntan por la relación y los límites que puedan establecerse entre ambos términos, entre objetos y sujetos (Latour 1999). El legado epistemológico que Hicks (2010) llama “*the material cultural turn*” ha reforzado en la práctica la distinción entre cultural y material, reproduciendo las divisiones cartesianas propias de la modernidad presentando al objeto como compuesto por dos componentes, su materialidad y el sistema simbólico que le dio origen (Olsen 2003; Jones 2007).

Para Miller (1987) debemos abandonar la idea de que el estudio de los objetos es inferior en relación al estudio del lenguaje. Desde la arqueología podemos reafirmar el potencial de lo material para brindar información sobre el pasado humano que no está disponible ni en la lingüística ni en las fuentes. Los enfoques basados en la materialidad no toman a los objetos como indicadores de otra cosa, sino que se proponen narrar historias a partir de los objetos mismos (Meskell 2004; Appadurai 1991; Vaquer 2012). Lo fundamental, desde esta perspectiva, es considerar la relación dialéctica entre las personas y los objetos. Esto nos lleva a tener que reconocer que la relación entre ambos es propia de cada cultura y momento en particular y que sujetos y objetos se constituyen mutuamente (Meskell 2004). Por este motivo es que desde esta aproximación se critica la división tajante entre sujetos activos y objetos pasivos, ya que la misma forma parte de la manera en que los occidentales modernos entendemos los objetos. Otro aspecto primordial es que el concepto de materialidad asume la fisicalidad de la práctica, la incorporación activa de los objetos en las prácticas sociales (Mills y Walker 2008).

Un concepto fundamental, que incorpora Miller (1987), dentro de los enfoques de la materialidad es el de objetificación, el cual retoma de Hegel y refiere a la relación entre objetos y sujetos. Todo lo que nosotros creamos tiene el potencial de aparecer ante nosotros como alienado a nosotros mismos, no lo reconocemos como el producto propio o de la historia. En la objetificación, se da un proceso en el cual el acto de crear forma crea conciencia o capacidad de transformar tanto la forma como la autoconciencia de lo cual somos conscientes (Miller 2005). Para Hicks (2010), esta definición refiere al proceso de externalización esencial para el desarrollo de un sujeto, en el cual el objeto material concreto es un potencial medio o vehículo. Esto refuerza la idea de que los sujetos humanos no pueden ser considerados por fuera del mundo material en el cual están inmersos y a través del cual son contruidos. Los estudios de cultura material deben ser diferentes de los modelos lingüísticos porque la fisicalidad de los objetos lo hacen mucho más rígidos que el lenguaje (Buchli 2008). Sin embargo, Buchli (2008) también nos señala la importancia de no convertir la cultura material en una “naturaleza

muerta”, estática y despojada de la experiencia multisensorial, advertencia que ya habíamos considerado en relación al espacio y el paisaje.

Miller (2005) también desarrolla el concepto de la “humildad de las cosas”, los objetos son importantes no porque sean evidentes y físicamente contrastantes sino, precisamente, porque uno no los ve. Cuando uno no está consciente de su presencia es cuando ellos, más poderosa y sigilosamente, pueden determinar nuestras expectativas, proponiendo un escenario de acción y asegurando un comportamiento normativo sin ser desafiados. Determinan, entonces, que prácticas pueden tener lugar y cuáles no, y nosotros no estamos conscientes de su capacidad de hacer eso. Esta perspectiva implica que parte de lo que somos no existe solo en nuestra conciencia o en nuestro cuerpo, sino también como un ambiente exterior que nos habitúa y limita. Algo similar ocurre con el espacio habitado, el cual está significativamente construido pero opera en una forma no discursiva (Bourdieu 2007). Esto refleja la importancia sobre el aprendizaje que realizamos nuestro involucramiento con las cosas u objetos de todos los días, medio primario por el cual la gente es socializada y se relaciona directamente con la noción de *habitus* (Bourdieu 2007). La cultura material no está compuesta solamente los artefactos sino con una red de órdenes homólogos que emergen como la fundación de más o menos todo lo que constituye una sociedad dada (Bourdieu 1999).

Entonces podemos observar que desde la perspectiva de la materialidad y la Teoría de la Práctica las relaciones entre sujetos y objetos comienzan a tener otro carácter, empiezan a ser considerados entidades activas involucradas en la producción del orden social (Preda 1999). Este tópico está íntimamente relacionado con lo doméstico, ambos se implican y complementan, pero no de cualquier manera, sino específicamente en la práctica. Mencionamos anteriormente que, en las sociedades donde no se lleva a cabo una educación estandarizada, la casa es el *locus* principal para la objetivación de los esquemas generativos, en el cual se inculcan y refuerzan los principios de una sociedad, este aprendizaje se realiza a través de la relación entre cosas, personas y prácticas (Bourdieu 1977). En mi opinión, creo que en todas las sociedades y por sobre todo en aquellas donde no existe un tipo de educación formal, la casa sigue conservando esta propiedad. Los objetos tienen un rol clave en esta incorporación: “*as knots of socially sanctioned knowledge, things shape the temporal structures, allowing for social order to be stabilized and reproduced*” (Preda 1999:2).

Como último punto me interesa retomar una de las advertencias que había planteado para los estudios de espacio doméstico, sobre todo aquellos que le otorgan una prioridad a la arquitectura de la vivienda, equiparándola al comportamiento “doméstico” (Allison 1999). Los arqueólogos excavamos

habitaciones y recuperamos artefactos domésticos, no excavamos “unidades sociales”. La arquitectura es solo una parte de la cultura material, que no puede responder por el todo (Allison 1999). Por lo tanto, otros aspectos materiales de las viviendas deben también ser valorados como informativos sobre las prácticas domésticas. Ambos, arquitectura y materialidad, se refuerzan y se complementan.

En síntesis

Finalmente, y a modo de síntesis, en esta tesis se adoptará una visión del paisaje vivo, relacional, que se crea y recrea a través de las actividades de los agentes en su compromiso con el mundo. Este paisaje está compuesto por diferentes densidades de experiencias, y toda experiencia es indivisible de las prácticas de los agentes sociales. Considero que las prácticas generan *habitus* y que es el espacio doméstico el lugar principal donde estos esquemas sociales se incorporan.

CAPITULO IV

-GUAYAMBA II Y SU ENTORNO-

Resumen

En este capítulo presento el sitio Guayamba II. Aquí me detendré en una descripción del sitio en sí, haciendo hincapié en las estructuras arquitectónicas que lo componen. Sin embargo, este sitio no es solo un conjunto de recintos, por eso incluiré todo aquello que lo integra -estructuras agrícolas, artefactos de molienda, entre otros-. También ampliaré la mirada hacia la localidad en general porque, aunque este sea el único sitio de vivienda, no es el único sitio. Por este motivo, recorreré todos los lugares arqueológicos que hemos registrado y relevado en las prospecciones desarrolladas en el proyecto marco. Para esta área hemos registrado diversos tipos de sitio: cuevas y aleros con arte rupestre, sitios de molienda –de morteros fijos múltiples o solitarios-, concentraciones de materiales en superficie, posibles fuentes de materias primas y estructuras de producción agrícola.

EL SITIO GUAYAMBA II

La localidad de Guayamba se encuentra ubicada en el departamento de El Alto, a 7 km de su cabecera y cuenta con una población de tan solo 370 habitantes. Actualmente, funciona como una villa turística –especialmente durante el verano– por su verde paisaje y porque allí cruza el río Guayamba formando varias ollas que permiten a los visitantes utilizarla como balneario. Las personas que viven en Guayamba conocen y han visitado varios de los sitios que mencioné en el capítulo II, sobre todo los que presenta pinturas rupestres.

Al interior de una estancia perteneciente a la familia Bulacio, con varias generaciones en esta localidad, se encuentra el sitio que es objeto de esta tesis: Guayamba II. Está ubicado próximo a la localidad de Guayamba, a los 28°21'47.57" latitud sur y 65°23'40.95" longitud oeste, a 993 m.s.n.m (figura 4.1). Llegamos al campo de la familia solicitando permiso para visitar Casa Pintada. Si bien el dueño del campo, Don Mamerto Bulacio, conocía el alero, no nos mencionó en ese momento ningún dato sobre los recintos. Aquí, a pesar de constituir la última estribación de la yunga, la vegetación es densa y variada. El camino que conduce desde la tranquera de entrada de la estancia familiar hasta los recintos está cubierto por numerosos de árboles de distintas especies –cebiles, talas, entre otros-. Esto implica que en las épocas húmedas haya una muy baja visibilidad. Aproximadamente a un kilómetro en dirección noreste del sitio se encuentra el río Guayamba, el

curso de agua más importante de la zona, que nace en la parte alta de las sierras y se extiende por casi 50 kilómetros. La zona también presenta muchos cauces temporarios y algunos permanentes. Específicamente, a escasos metros del sitio pendiente abajo, corre un arroyo. Dimos con los recintos que componen este sitio en el año 2008 en un trabajo de prospección y relevamiento, y es, hasta el momento, el único sitio de vivienda que hemos registrado. Sin embargo, no descartamos que puedan existir otros asentamientos de esta clase ya que esta ausencia puede relacionarse, en cierta medida, con la baja visibilidad y los intensos procesos de sedimentación, y no, necesariamente con la falta de ocupaciones permanentes. A continuación, presentaré los distintos trabajos que, junto con el equipo de investigación, hemos realizado en el sitio y su entorno.

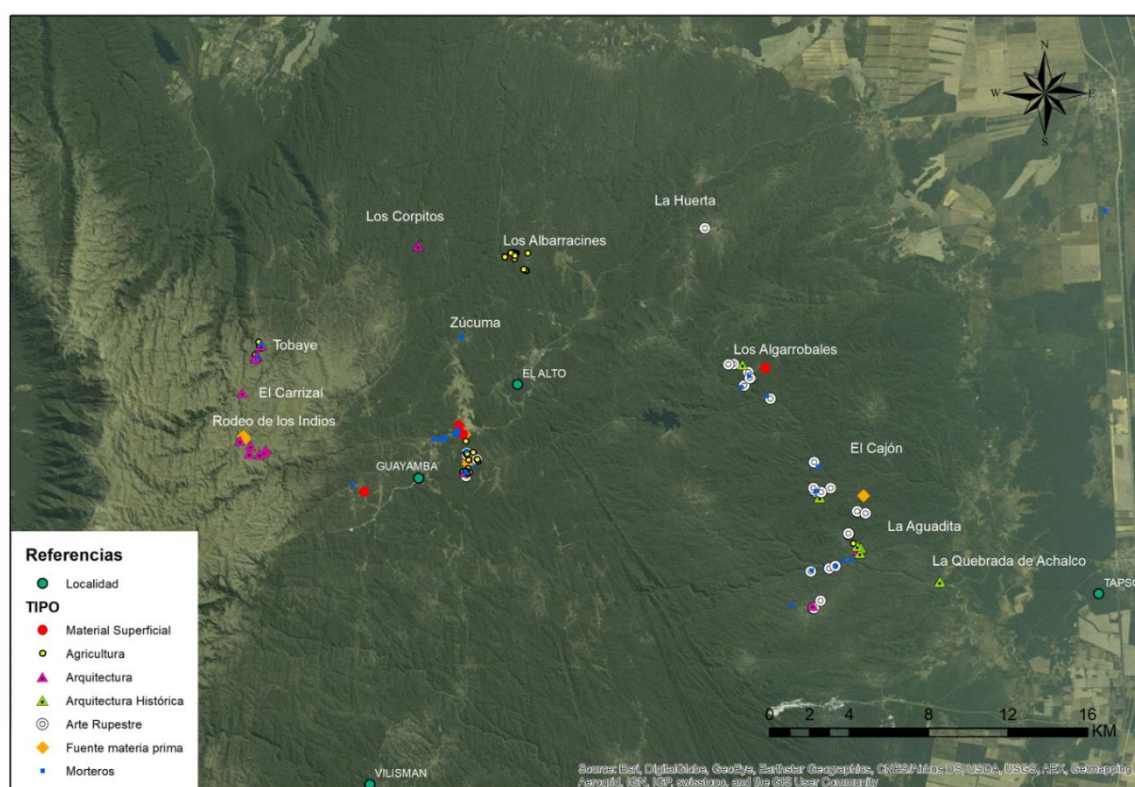


Figura 4.1. Sitios localizados en la localidad de Guayamba y alrededores.

Trabajos realizados

Nuestros trabajos en el departamento de El Alto comenzaron en el año 2008, y fue ese año cuando visitamos por primera vez la localidad de Guayamba. En el transcurso de más de diez años hemos realizado varios trabajos de campo que incluyeron tanto prospecciones como excavaciones. En esa primera etapa de reconocimiento general del área relevamos varios sitios. En algunos casos poseíamos registro bibliográfico al respecto y en otros, fuimos guiados por información brindada por

los pobladores. En el año 2009, durante un relevamiento del alero con representaciones rupestres Casa Pintada o Piedra Pintada, volviendo en dirección hacia el pueblo dimos con el sitio que llamaríamos Guayamba II.

En esa primera inspección visual detectamos dos estructuras rectangulares de gran tamaño, que denominamos 1 y 2 respectivamente y que, en una primera mirada, consideramos que podrían ser recintos de habitación (figura 4.2). En ese primer momento, se realizó un relevamiento planimétrico de ambas estructuras. En diciembre del año 2009, se realizó un sondeo en uno de sus recintos –la estructura 1– y los materiales recuperados fueron coherentes con la hipótesis planteada.

Comencé la investigación para esta tesis en el año 2014. Entre el año 2009 y ese año, no realizamos trabajos específicos en el sitio, excepto alguna visita esporádica. El diseño de investigación de esta tesis constó de varias etapas y estuvo diagramado en función de los objetivos de mi plan de trabajo. A su vez, se fue ajustando y rediseñando de acuerdo a los nuevos datos e inquietudes que fueron surgiendo en el transcurso de esta investigación. Describiré, a continuación, las técnicas de trabajo de campo empleadas para la prospección y el relevamiento. En una segunda etapa, realizamos sondeos y excavaciones, sin embargo, lo referido a esa instancia lo retomaré detalladamente en el capítulo siguiente, tanto sus técnicas como resultados. Aunque empecé la investigación específica para esta tesis en el año 2014, incluyo la información detallada de los trabajos que el equipo realizó previamente (relevamiento, sondeo y excavación) ya que son retomados en el marco de este trabajo.



Figura 4.2. Vano estructura 1

Prospecciones y relevamiento estructural

En un primer acercamiento al tema de estudio me propuse definir los aspectos generales del sitio. Durante la primera etapa llevé a cabo un reconocimiento general del área mediante prospecciones, para detectar la posible existencia de otras estructuras, presencia de materiales en superficie y registrar las condiciones de conservación actuales (estado de los muros, presencia de vegetación, condiciones de las vías de acceso, etc.). Estos trabajos estuvieron apoyados por material cartográfico e imágenes satelitales de *Google Earth*®. Asimismo, solicité información a los dueños del campo sobre la presencia de otros lugares cercanos con restos arqueológicos. En la primera de estas prospecciones decidimos cubrir un área de 200 metros de largo a través de transectas con una distancia interobservador de 5 metros tomando como punto de partida la estructura 1. Debido a la abundante vegetación, mantener estas distancias y llevar a cabo las transectas planteadas resultó muy difícil, por lo que, a partir de ese momento la técnica de prospección tuvo que derivar en recorrer el área aledaña al sitio caminando por los lugares donde fuera posible el acceso y localizando los puntos prominentes del paisaje. Luego, realizamos un relevamiento topográfico y planimétrico del sitio para definir su extensión y límites.

Producto de estas prospecciones visibilizamos otras dos estructuras. Aproximadamente a 50 metros en dirección noroeste de la estructura 1, un recinto de forma rectangular con otro recinto semicircular anexo que denominamos estructuras 4 y 3 respectivamente. Ambas fueron relevadas tanto fotográficamente como planimétricamente. A su vez, se realizó una recolección de los materiales arqueológicos depositados en superficie (mayormente fragmentos cerámicos y restos líticos). Para definir su configuración arquitectónica se siguieron los muros utilizando el instrumental apropiado - GPS, brújula, nivel óptico, cinta métrica, etc.- y se confeccionaron planos de ambas. Sin embargo, estos croquis se modificaron a medida que avanzamos en las excavaciones.

Luego, en base a la información obtenida, seleccionamos los lugares donde llevar a cabo sondeos exploratorios y excavaciones sistemáticas en área. El primero de ellos fue en el año 2014 en la estructura 2. En el año 2015 continuamos las tareas de excavación en la estructura 2 y comenzamos a excavar la estructura 3, relevada el año anterior. Los trabajos continuaron en el año 2016, cuando ampliamos el área excavada de la estructura 3 y extendimos las prospecciones en el área circundante. Por último, en el año 2017, retomamos la excavación de la estructura 3 y las prospecciones, localizando nuevas estructuras agrícolas y artefactos de molienda. Las tareas de prospección y excavación se realizaron de manera simultánea y esto me permitió ir planteando nuevos interrogantes

a medida que avanzaba con la investigación. Por último, en el laboratorio realizamos análisis específicos de todos los materiales recuperados (cerámica, lítico, óseo, sedimentos) aplicando las técnicas y criterios propios de cada clase, información que describiré en el capítulo VI.

En el marco del proyecto general, se realizaron prospecciones en la localidad con el objetivo de profundizar el conocimiento sobre el área. Las mismas fueron desarrolladas por nuestro equipo en sucesivos trabajos, entre el 2014 y 2017, y allí se relevaron diversos tipos de sitio. Entre ellos podemos mencionar: agrupamientos de piedras –posiblemente restos de muros-, estructuras agrícolas, sitios con representaciones rupestres, sitios con morteros fijos -tanto individuales como múltiples-, posibles fuentes de materia prima lítica y material cerámico de superficie. Los datos obtenidos están siendo procesados en el marco del proyecto y resultan de suma importancia para esta investigación en particular ya que me permitirán tener un panorama más amplio sobre la zona.

Las estructuras

Como mencioné anteriormente, en un principio, habíamos relevado dos grandes recintos adosados rectangulares con paredes de piedra, que denominamos estructuras 1 y 2, respectivamente (figura 4.3 y figura 4.4) y luego en las prospecciones realizadas en el año 2014 pudimos detectar otras dos estructuras cercanas al sitio. A aproximadamente 50 m en dirección noroeste relevamos otros dos recintos, uno rectangular y otro semicircular adosado, estructuras 3 y 4 (figura 4.5).

Entre las cuatro estructuras que componen el sitio existen, a simple vista, notables diferencias de tamaño y técnicas constructivas. La estructura 1 posee forma rectangular, tiene una dimensión de 14 x 6 m y se encuentra emplazada a 1078 m.s.n.m. Los muros son robustos, dobles, de piedra, con hileras de lajas verticales y horizontales superpuestas. Este recinto tiene un vano de acceso claramente identificable, conformado por dos lajas clavadas verticalmente que sobresalen 70 cm sobre la superficie del terreno (ver figura 4.2). Anexada hacia el oeste se encuentra la estructura 2, que posee una dimensión de 12 x 6 m. La técnica constructiva de sus muros es muy similar a la de la estructura 1, aunque en este caso la preservación de los mismos es menor ya que fueron afectados por la pendiente del terreno y la presencia de varios árboles que crecen en el interior.

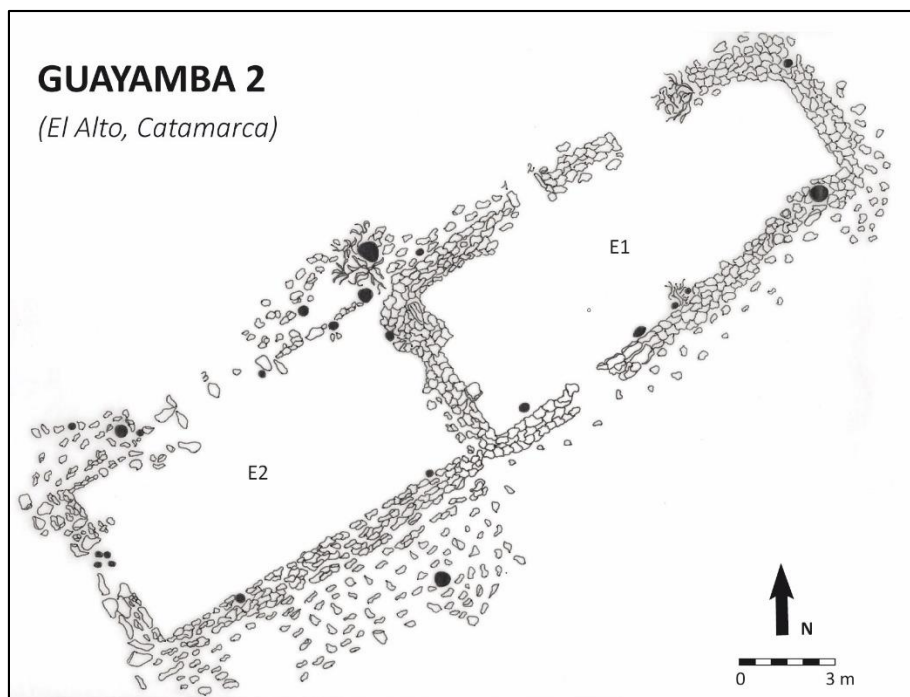


Figura 4.3. Plano estructuras 1 y 2



Figura 4.4. Imagen estructura 1 y 2 muro sur

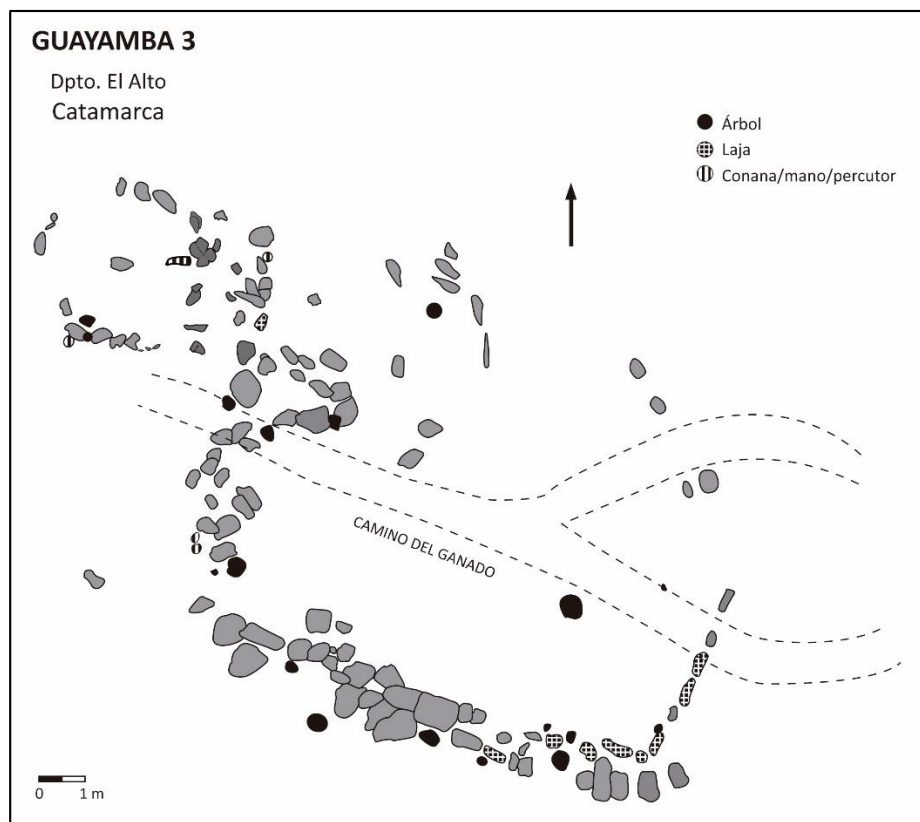


Figura 4.5. Plano estructuras 3 y 4.

La estructura 4 es un recinto rectangular de 10 x 4 m aproximadamente. Este recinto se encuentra abierto hacia el norte, aunque no tenemos certeza de si esto se debe a que su construcción fue originalmente así o si los restos de ese muro no se conservaron o no son visibles en superficie. Sus paredes están construidas con lajas dispuestas verticalmente. Anexada hacia el norte se encuentra la estructura 3, un recinto semicircular de 4 x 3 m aproximadamente. Los muros son simples y también presentan lajas colocadas verticalmente, que alternan con rocas de diversos tamaños dispuestas de manera horizontal. En la esquina sur, donde se disponen cuatro lajas verticales, se puede observar un refuerzo exterior del muro compuesto de una serie de rocas de diversos tamaños, entre pequeños y medianos —entre ellos núcleos de cuarzo—. También en esta esquina (figura 4.6) crece un árbol de tamaño mediano cuyas raíces han afectado la conservación de la estructura. Actualmente corre, entre ambos recintos, un camino de ganado que se encuentra en uso esporádicamente. A medida que avanzamos en la excavación pudimos ir definiendo más ajustadamente los rasgos de la estructura 3. Podemos observar los cambios en la vegetación, especialmente en los años más secos -2016 y 2017- (figuras 4.6, 4.7, 4.8 y 4.9).



Figura 4.6. Estructura 3, año 2014



Figura 4.7. Estructura 3, año 2015



Figura 4.8. Estructura 3, año 2016



Figura 4.9. Estructura 3, año 2017

El camino más óptimo para conectar ambas estructuras es la huella por la que circula el ganado. Ese sendero se encuentra habitualmente libre de vegetación, ya que es cortada regularmente por el dueño del campo (figura 4.10). Aunque la distancia que las separa no es muy extensa, hay relativamente poca visibilidad entre las dos estructuras, especialmente en años húmedos. Sin embargo, la

comunicación sonora es eficiente. A los costados del sendero pudimos observar algunas lajas de gran tamaño en posición horizontal que quizás formaron parte de la estructura 4 (figura 4.11).

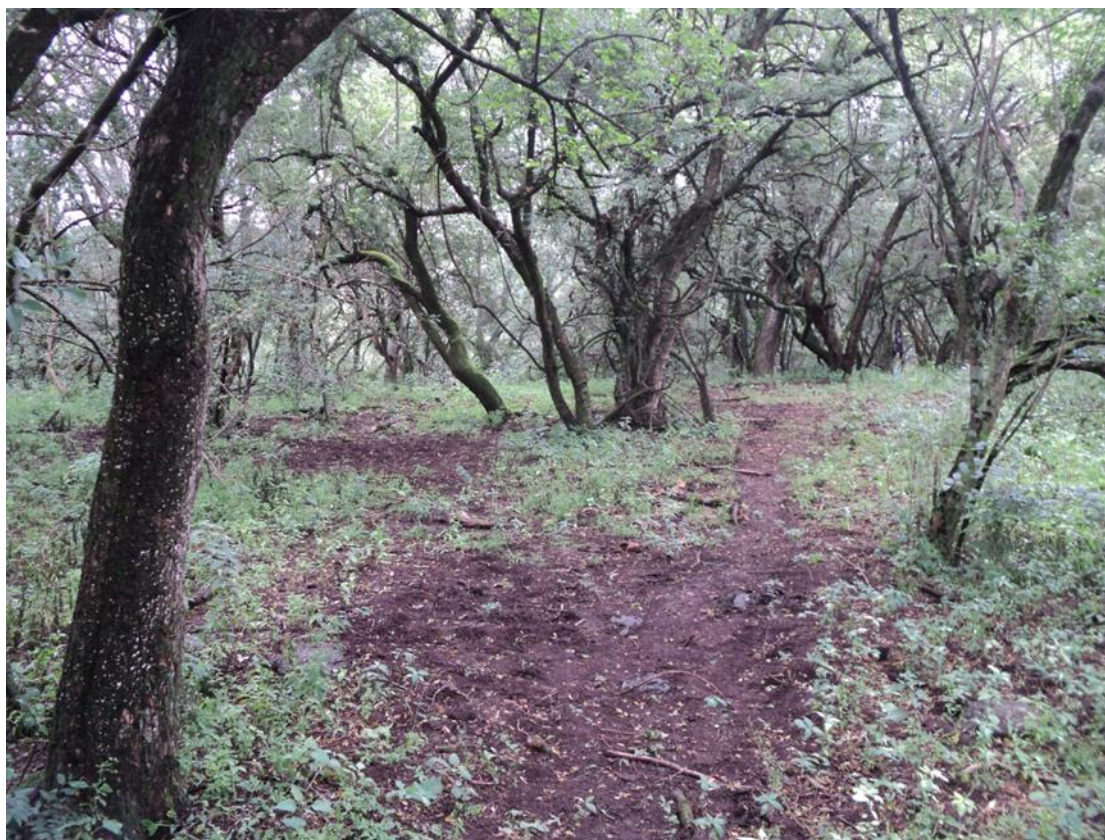


Figura 4.10. Imagen del recorrido entre las estructuras 1 y 2 hacia la estructura 3, año 2016.

En las inmediaciones de las estructuras pudimos detectar en el año 2017 -luego de un año y medio de sequía- varios instrumentos de molienda, dos conanas en superficie y un mortero fijo sobre un afloramiento rocoso. Las dos conanas se encontraron fragmentadas. La primera se localizó a 16 m de la estructura 3 y la segunda a 22,3 m desde el mismo punto. La conana 1 (figura 4.12) está confeccionada en gneis, materia prima que se encuentra disponible localmente. Estaba apoyada en posición horizontal, cubierta parcialmente por vegetación y restos de bosta de vaca. Sus dimensiones son 30 cm de largo por 30 cm de ancho y presenta evidencia de pulido posiblemente asociada al uso. La conana 2 es más pequeña y está menos completa que la primera. Sus dimensiones son de 16 cm de largo por 15 cm de ancho. Está confeccionada en la misma materia prima y aparece de manera horizontal. Este instrumento se encuentra partido y posee una zona de pulido de forma elipsoidal. El estado de conservación de ambas no es bueno, ya que están cubiertas por vegetación, líquenes y

estiércol de animales. Igualmente se tomaron muestras para analizar en laboratorio posibles usos. Sobre este tema volveremos en el capítulo VI.

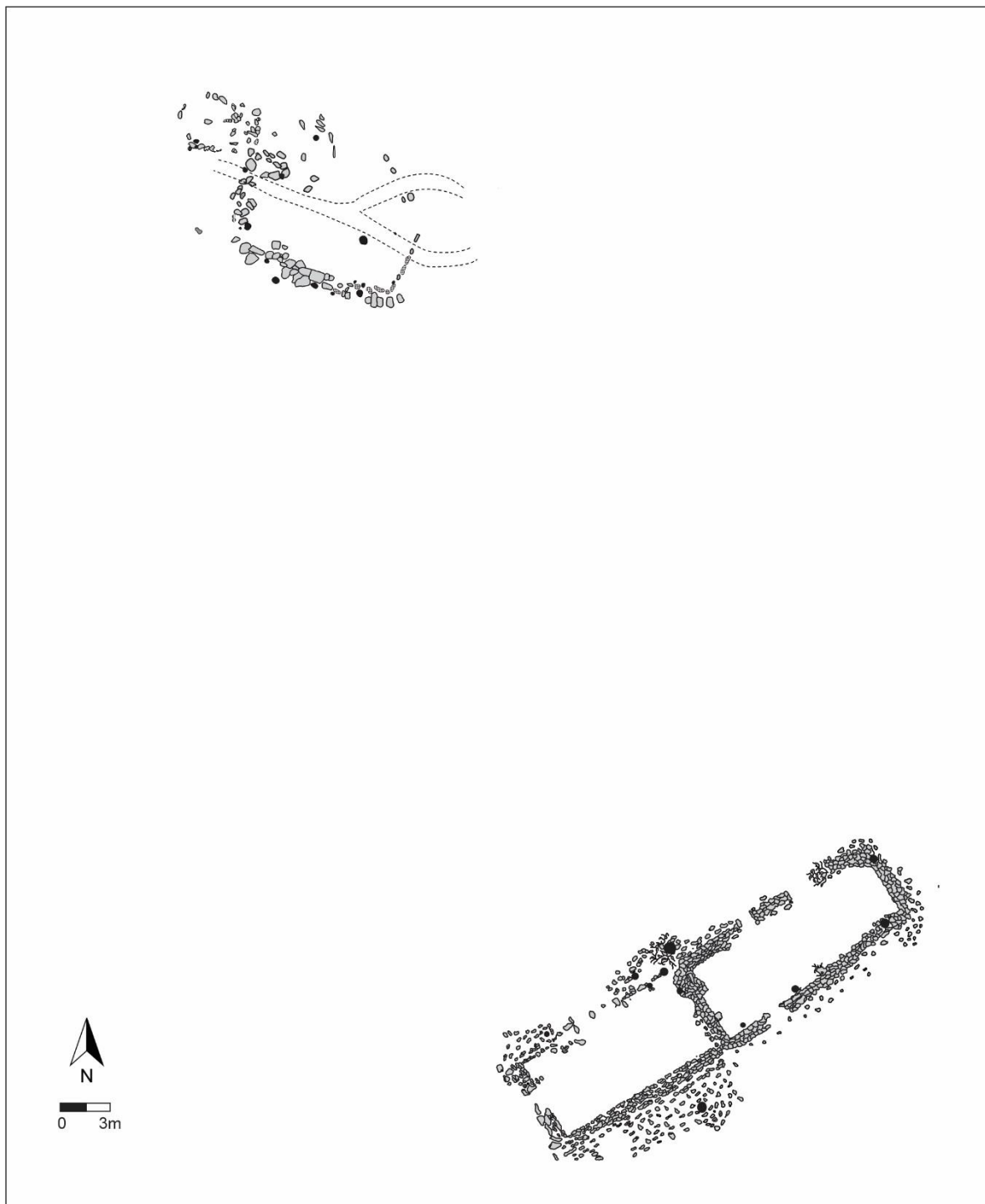


Figura 4.11. Plano unificado de las estructuras



Figura 4.12. Conana 1

Aproximadamente a 1 metro de la conana 2 se encuentran los restos de un muro, que apenas asoma en superficie ya que está bastante enterrado, tiene pequeñas dimensiones, poco más de un metro. Por otro lado, sobre un afloramiento rocoso de pequeñas dimensiones a 20 m en dirección sur de la estructura 3 se encuentra un mortero tallado sobre la roca. Se revisó todo el afloramiento, pero no se encontró otro (figura 4.13). En las inmediaciones también se localizaron algunas estructuras agrícolas, algunas a escasos metros de la estructura 3 (figura 4.15).



Figura 4.13. Mortero fijo en afloramiento rocoso.



Figura 4.14. Terraza de cultivo cercana a Guayamba

LOS ALREDEDORES

Cuando comenzamos a trabajar en esta zona, nos enfocamos primero en un reconocimiento general del área y luego realizamos prospecciones dirigidas a objetivos específicos. Aunque nuestra área incluye gran parte del departamento de El Alto, aquí me centraré en describir los sitios arqueológicos que hemos encontrado en la localidad de Guayamba en el transcurso de esos trabajos. En los antecedentes bibliográficos solo había referencias a algunos pocos sitios con arte que luego se fueron multiplicando y diversificando. **Hasta el momento, hemos relevado un total de 59 sitios de diverso tipo, por ejemplo: morteros fijos múltiples y solitarios, cuevas y aleros con arte rupestre, estructuras de producción agrícola, sitio de vivienda, acumulaciones de materiales en superficie y posibles fuentes de materias primas (figura 4.16).**

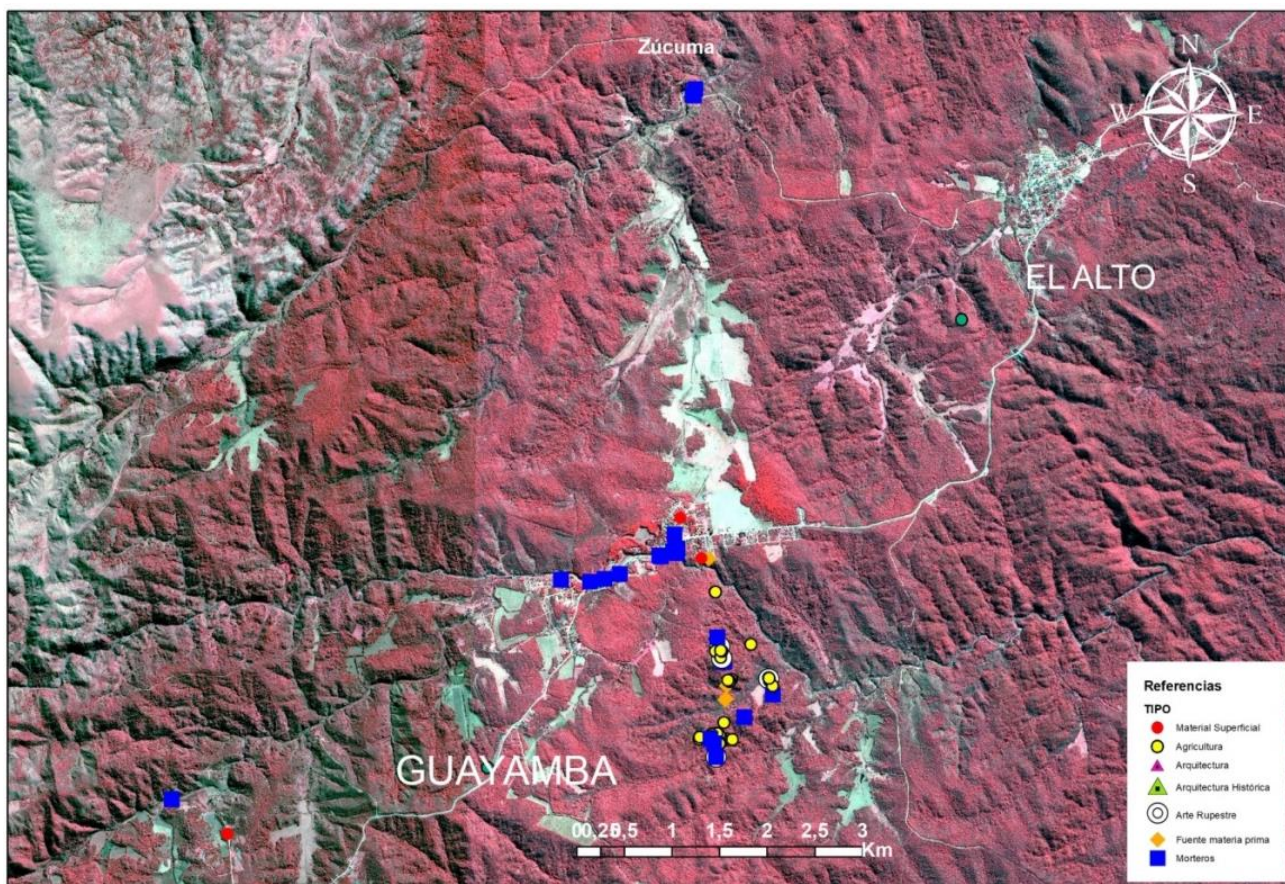


Figura 4.16. Distribución de sitios en la localidad de Guayamba. Imagen SPOT.

Arte rupestre

El arte rupestre es un tema que ha resultado clave en los estudios del área de Ancasti y aledaños. En primer lugar, porque constituían los primeros antecedentes de trabajo, lo cual nos sirvió de guía para organizar los primeros trabajos y como mencionamos en el capítulo de antecedentes, hasta hace poco eran los únicos conocidos para el área en general. Por otra parte, varios de ellos se encuentran en las cercanías a Guayamba II, con lo cual es importante explorar las relaciones que pudieron haber tenido entre sí y con el sitio de vivienda. En la localidad de Guayamba hemos relevado específicamente cuatro, esto contrasta un poco con lo registrado en algunas localidades cercanas, como Los Algarrobales y Oyola donde el registro es mucho más abundante.

Casa Pintada

Me interesa destacar especialmente el alero Casa Pintada o Piedra Pintada, que se encuentra a solo 175 m en dirección sur de las estructuras 1 y 2, en la ladera opuesta de la quebrada. Este alero es un afloramiento rocoso metamórfico, compuesto de pizarra y cuarzo, con abertura hacia el norte. Ubicado en una zona elevada, a 1079 m.s.n.m., se encuentra a una distancia de 2 km hacia el sudeste de la localidad de Guayamba (figura 4.16). Sus dimensiones son 16 m de ancho por 3,08 m de profundidad (en su sector más profundo) y 5,50 m de alto en el sector más elevado del techo. Está rodeado por un gran número de árboles, principalmente cebiles (*Anadenanthera colubrina*). En su interior hay presencia de rocas, posiblemente del derrumbe de bloques del techo. En la entrada hay una roca con un mortero, un instrumento de pequeñas dimensiones que podría haberse utilizado para la molienda de diversos elementos, como pigmentos o sustancias alucinógenas (figura 4.17). A escasos metros se encuentran, lo que consideramos podrían ser restos de un muro, actualmente derrumbado por acción de la pendiente. Este muro podría haber formado parte de un aterrazamiento, generando un espacio nivelado a la entrada de la cueva. En los alrededores no se observan otros aleros que posean pinturas (Quesada y Gheco 2011)

En este alero se observó un total de 14 motivos, entre diseños figurativos y geométricos pintados y un grabado. Estos motivos se encuentran localizados en el sector oeste de la pared norte del alero, tanto en la mitad superior como en la inferior y, también, en el techo. Seis de ellos fueron clasificados como figuras geométricas, una figura humana, tres zoomorfos - un ofidio, un ave y un cuadrúpedo- y dos figuras indeterminadas (figura 4.18). También se registró una escena de un zoomorfo, con un objeto en su lomo, enlazado a una figura bípeda que puede interpretarse como un antropomorfo. Otro aspecto destacable es la presencia de ocho huellas felínicas, las cuales conforman un rastro de pisadas (figura 4.18). Están pintadas con continuidad formando una hilera en el sector oeste, en la mitad superior hacia el techo, llegando hasta 5,50 metros de altura. No hemos encontrado, hasta el momento, motivos similares en los sitios de la zona (Gordillo y Calomino 2010).

Para los motivos pintados se usó: pintura blanca -en la mayor parte de los motivos-, pintura rojiza y se manipuló el blanco para que junto con el fondo de la roca forme un tono rosado muy claro. Hay solo un caso de grabado, específicamente raspado, una figura humana que por sus características parece ser reciente. Hay algunos casos de superposiciones, en el sector este las figuras blancas se superponen a las líneas rojas, lo cual nos permite pensar en diferentes momentos de pintado. Cronológicamente la cueva había sido adscripta al Período Medio, debido a la presencia de representaciones de huellas de felino asociadas a Aguada (Calomino 2012). Sin embargo, esto se encuentra actualmente sujeto a revisión y debe contrastarse con nuevas evidencias.

Por otra parte, se han realizado análisis de las características de visibilidad (*percepción desde*, la visión desde el sitio hacia el entorno) y de visibilización (*percepción de*, la posibilidad de tener visión del sitio desde los alrededores) (Criado Boado 1999). Se ha establecido que tanto la visibilidad como la visibilización son bajas, debido principalmente a la gran cobertura arbórea (ya sea en períodos invernales como estivales). Por otro lado, la localización elevada del alero en el terreno permite que sea observado desde una mayor distancia, sin embargo, las representaciones ubicadas al interior solo pueden distinguirse en la entrada del mismo. Además, la posición elevada del afloramiento rocoso permite obtener un campo de visión amplio, presentando alta visibilidad del entorno. Las condiciones de intervisibilidad con los recintos de Guayamba II se dan en distinta medida y dependen de las condiciones de la cubierta vegetal y climáticas. Desde el asentamiento, específicamente desde el sector más alto del área de recintos, el alero Casa Pintada es visible. También hemos logrado observar un sector cercano a los recintos de Guayamba II desde el techo del alero (Gordillo *et al.* 2010). Las condiciones sonoras también conectan ambos lugares, desde los recintos se pueden escucharse claramente las conversaciones mantenidas en la cueva. Esto mismo ocurre cuando las personas se desplazan desde el alero hasta las estructuras, se puede ir escuchando las voces durante el trayecto.

La base del alero está compuesta por sedimento suelto. Allí se realizó en el año 2009 un sondeo donde se planteó la cuadrícula A1, de 1,5 x 0,5 m. Se excavó mediante niveles artificiales (10 niveles) hasta alcanzar una profundidad de 70 cm. Es importante destacar que esta excavación no fue realizada por miembros de nuestro equipo de investigación¹, motivo por el cual, lamentablemente, no contamos con los planos y secuencias estratigráficas adecuadas. Aunque si contamos con los materiales recuperados de la excavación y cierta descripción de su procedencia estratigráfica. Aquí se recuperaron varios tipos de materiales, cerámica (en menor medida), artefactos líticos de cuarzo y restos óseos faunísticos de camélidos y roedores.

¹ Esta excavación estuvo dirigida por el Dr. Rafael Paunero.

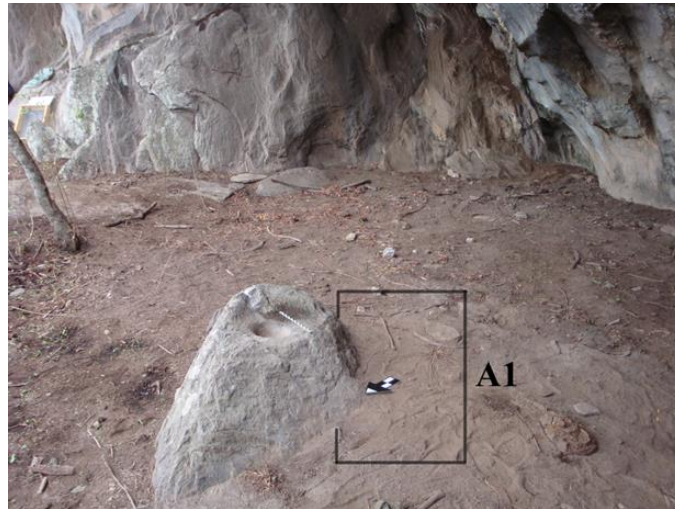


Figura 4.17. Vista del interior del alero. Cuadrícula excavada





Figura 4.18. Arriba: motivos presentes en Casa Pintada. Abajo: vista desde el alero hacia Guayamba II.

Otros sitios con arte

En el transcurso de estos años también hemos relavado otros tres sitios con arte rupestre en la localidad de Guayamba. En el año 2014, registramos Guayamba 4 ($28^{\circ}21'27.1''\text{S}$, $65^{\circ}23'24.1''\text{O}$) a una altitud de 1016 m.s.n.m. (figura 4.15). Es un gran afloramiento rocoso que presenta dos motivos. El afloramiento posee una altura de 8 m en su parte media, con un largo aproximado de 20 m. Se encuentra a 250 metros del río Guayamba en dirección este y a 798 metros de Guayamba II, en rumbo suroeste. Los motivos se ubican en la pared noreste y fueron caracterizados como antropomorfos de trazo rectangular y están pintados en color rojo y blanco (figura 4.19). Su conservación se ve afectada por un descascaramiento del pigmento blanco. En uno de los motivos se define una cara rectangular con lo que, probablemente, puede ser un tocado y el cuerpo no se llega a distinguir. En el segundo de los motivos también se representa una cara rectangular, con un posible tocado y adornos en las orejas. En este caso se puede observar parte del cuerpo. Algunos de sus atributos, como el tocado, presentan similitudes con motivos Aguada conocidos.

En las prospecciones realizadas en el año 2016 dimos con otros dos sitios, Guayamba 7 y Guayamba 9. El primero de ellos es una cueva ($28^{\circ}21'16,7''$ - $65^{\circ}23'40,7''$, altitud 1036 m.s.n.m) y se localiza a solo 550 metros de Guayamba 4 y a 1000 metros al norte de Guayamba II. Es un afloramiento rocoso

de gran tamaño en el cual se puede observar la acción de distintos procesos. Hay una cueva principal, donde se ubica uno de los motivos, muy alejado de la línea de goteo, y luego hay distintas formaciones, desarrolladas posiblemente por derrumbes que generan distintas camarillas. Por lo menos, hay cuatro de esas cámaras en el sector oeste. Las distintas cuevas poseen sedimentos, aunque en ninguna se registró presencia de materiales en superficie. Aquí hay pintados 3 motivos, un felino de color blanco –en vista de perfil, con las fauces claramente identificables y con la cola y la oreja paradas- y los otros dos de forma indeterminada, uno pintado en blanco y el otro en blanco y negro (ver figura 4.19).

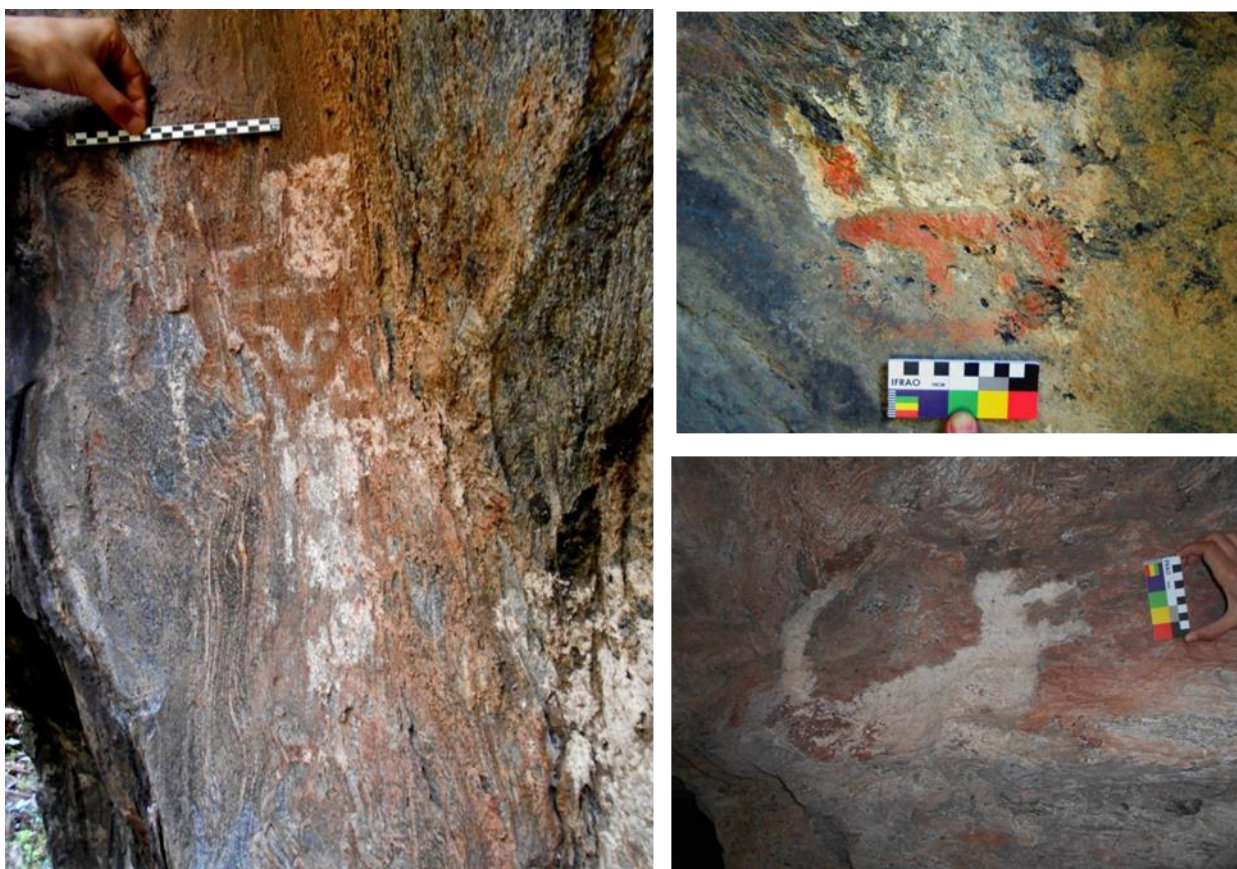


Figura 4.19. A la derecha: motivo antropomorfo Guayamba 4. Arriba a la derecha: motivo antropomorfo Guayamba 4. Abajo a la derecha: Motivo de felino en Guayamba 7.

El otro sitio, Guayamba 9 ($28^{\circ}21'20,1''$ - $65^{\circ}23'40,1''$, altitud 1052 m.s.n.m.), es una cueva de boca semioval con una apertura de 3 metros de alto y 9 metros de largo. La cueva está elevada sobre el terreno, aunque se encuentra cubierta por abundante vegetación, especialmente cebiles. Aquí se relevó un total de 5 motivos rupestres, entre los que se destaca una serpiente en zig-zag de color blanco que se extiende aproximadamente unos 2 metros de longitud (figura 4.20). La representación

se asocia a una grieta del fondo de la cueva, por la cual parece “entrar” la cabeza de la serpiente. La cueva cuenta con una pequeña cámara en el fondo en dirección sudoeste. En la entrada se aprecia un bloque rocoso de considerable tamaño, resultado de un desprendimiento, que posee un alineamiento de lajas en su base y además hay un mortero pequeño en el suelo. A 100 metros en dirección nornoroeste, hay pequeños arroyos que constituyen la fuente de agua más cercana al sitio. En dirección sudeste a 39 metros se encuentra Guayamba 8 (sitio de morteros que describiremos más adelante), a 120 metros en rumbo norte se ubica Guayamba 7 y a 850 metros rumbo sur se encuentra Guayamba II.



Figura 4.20. Arriba: Motivo de ofidio en Guayamba 9. Debajo desde izquierda a derecha: entrada a la cueva, mortero en el interior, formación rocosa fuera de Guayamba 9.

Morteros

Los espacios de molienda resultan de gran relevancia en esta localidad, en principio, porque constituyen la categoría de sitios más registrada. Hasta el momento, se ha localizado un total de 15 sitios con instrumentos de molienda (figura 4.21). No todos ellos presentan características similares, 12 son sitios de molienda específicamente y los 3 restantes corresponden a: 2 morteros individuales al interior de una cueva y un alero con arte rupestre (Guayamba 9 y Casa Pintada) y el mortero fijo en Guayamba II. Se pueden dividir, a grandes rasgos, en dos grupos: individuales o solitarios y múltiples. En el caso de los primeros, pueden ser fijos o móviles, en la segunda categoría solo se registran fijos. En todos los casos se realizó un registro sistemático considerando ubicación, cantidad, disposición y características morfológicas (Letelier y Gerola 2017).

Las características varían entre los sitios, pero se trata en mayor medida de morteros fijos múltiples sobre afloramientos rocosos que se encuentran elevados del terreno y que poseen buena visibilidad del entorno. El número de morteros presentes oscila entre 2 hasta un máximo de 17; y están ubicados, en su mayoría, cercanos a cursos de agua y/o posibles fuentes de materia prima. Los morteros individuales son los únicos que aparecen asociados a sitios con arte rupestre y, por consiguiente, probablemente asociados a actividades de menor intensidad, como preparación de pigmentos y/o posible consumo de sustancias rituales (Quesada *et al.* 2016). La mayor parte de ellos, tanto solitarios como múltiples, son de forma cupuliforme, y, en segundo lugar, elipsoidal. Todavía se encuentra bajo análisis el motivo de estas diferencias morfológicas y si existe la posibilidad de variantes en la mecánica de uso de cada uno. Por el momento, no se ha podido establecer ninguna relación directa entre el tamaño de los afloramientos y la cantidad o ubicación de los artefactos. Por otra parte, se continúan explorando las distintas dinámicas y prácticas de molienda que pudieron tener lugar en estos espacios (Letelier y Gerola 2017).



Figura 4.21. Distribución de sitios con morteros en la localidad de Guayamba.

A lo largo del río Guayamba pudimos registrar varios de los sitios de morteros fijos múltiples. En la margen derecha del río, sobre un afloramiento rocoso de amplias dimensiones -20 metros de largo por 15 de ancho-, se encuentra ubicado Guayamba 1, compuesto 17 morteros fijos, el de mayor número de artefactos registrado (figura 4.22). Actualmente, a escasos metros del afloramiento pasa la calle principal de la localidad, por lo cual no sabemos si anteriormente tuvo un tamaño mayor y fue recortado para el trazado de la calle. Este afloramiento se encuentra a un kilómetro de distancia del sitio Guayamba II. También localizamos Guayamba 1b, frente al anterior, sobre la margen opuesta del río y consta de un solo mortero sobre el afloramiento. A escasos metros de Guayamba 1, también sobre el lecho del río se encuentra Guayamba 16 -28°20'42.9" S, 65°23'51.1" O, altitud: 1070 m.s.n.m.- otro agrupamiento de morteros conformado por un total de 16 artefactos cercanos unos de otros, pero distribuidos en ambas márgenes del río. También cercano, a pocos metros de Guayamba 1 y adyacente al río en la ribera sur está Guayamba 15 (28°20'53.1" S - 65°24'19.9" O), altitud: 1072 m.s.n.m.- que consta de dos morteros sobre un afloramiento. Sobre esta misma margen se encuentra también Guayamba 14 (28°20'54.0" S - 65°24'24.9" O, altitud: 1076 m.s.n.m.) que posee cuatro morteros sobre dos afloramientos rocosos. Aquí llama la atención que dos de los cuatro morteros se encuentran fracturados.



Figura 4.22. Derecha sitio Guayamba 1. Izquierda: Guayamba 1B

En el área un poco más alejada del río, a 400 metros, en el año 2014 relevamos Guayamba 5 ($28^{\circ}21'32.5''\text{S}$ - $65^{\circ}23'22.7''\text{O}$ - altitud: 1030 m.s.n.m). Este sitio se compone de 3 morteros fijos sobre la superficie de un afloramiento rocoso. Aunque se encuentran varios afloramientos, este es el único en el cual observamos este tipo artefactos. Estos morteros son de entre 20 y 25 cm de profundidad y de forma cupuliforme. Guayamba 5 se encuentra a 660 metros de Guayamba II en rumbo suroeste y a 100 metros de Guayamba 4, sitio con arte en dirección este. En el año 2016, relevamos otros tres sitios que se encuentran muy cercanos entre sí y más alejados del curso de agua: Guayamba 8, 9 y 10. Guayamba 8 ($28^{\circ}21'21.05''\text{S}$ - $65^{\circ}23'39.12''\text{O}$, altitud: 1077 m.s.n.m.) es otro sitio de morteros fijos múltiples. Está ubicado sobre un afloramiento rocoso en un sector elevado del terreno y contiene 6 morteros. Este afloramiento posee un escalonado natural, que aumenta su altura hacia el este, elevándose unos 3 metros más alto que el sector más bajo. Por otra parte, Guayamba 10 ($28^{\circ}21'21.49''\text{S}$ - $65^{\circ}23'39.72''\text{O}$ -altitud:1078 m.s.n.m.) es un afloramiento en dirección sur de la cueva Guayamba 9 que posee dos morteros (figura 4.23).



Figura 4.23. Izquierda: sitio Guayamba 10. Derecha: Guayamba 16

Por último, debo mencionar el sitio que denominamos Mortero Ocon, compuesto por dos morteros sobre un afloramiento rocoso. Este afloramiento se localiza sobre una calle del pueblo rodeado por manzanas (28°20'53.4" S-65°24'34.8" O-altitud: 1078 m.s.n.m) y se encuentra cortado artificialmente para el trazado del camino, por lo cual no pudimos definir claramente su extensión. También hay morteros en el Camino Zucuma (28°18'6.73"S- 65°23'48.92"O, altitud: 893 m.s.n.m.). Allí hay un gran afloramiento con 5 morteros que también fue cortado por el camino. Como mencionamos al principio, también aparecen morteros asociados a sitios con arte rupestre, como es el caso de Casa Pintada y Guayamba 9.

Registro de áreas y estructuras de cultivo

En la década del 40 Ardissonne mencionaba la importancia de los andenes de cultivo de la sierra de Ancasti, el límite del mundo andino. Posteriormente, los antecedentes sugirieron que esa zona había sido un área principalmente dedicada a la ganadería. En los últimos años (ver capítulo II), se impulsaron los estudios sobre los paisajes de producción agrícola, detectando marcadas diferencias entre las estructuras de cultivo que se encontraban más al norte con las del sur de la sierra. Esta línea de trabajo se continuó para el área de Yunga o Bosque Serrano, específicamente en el marco de la tesis de doctorado en curso de Verónica Zuccarelli. Aquí, la densa vegetación y la gran depositación impone algunas dificultades para la detección de estas estructuras. Sin embargo, en las diferentes prospecciones en la localidad de Guayamba, se localizaró un total de 28 estructuras de cultivo, las cuales presentaban distintos grados de conservación. La mayor parte de ellas se localizan en las quebradas o bajadas de cauce que surcan la región y que, a su vez, conectan sitios de diferentes tipos (cuevas y aleros con arte rupestre, morteros fijos en afloramientos, sitios habitacionales). En algunos casos presentan lajas de un metro de largo y parecen atravesar las quebradas de lado a lado, asentando sus extremos en afloramientos rocosos que les sirven de soporte (figura 4.24). Consideramos que, debido a la cantidad de sedimentos y vegetación que las cubre, el número de estructuras detectadas refieren más que nada a un número mínimo. A su vez, las prospecciones fueron de carácter preliminar y se conducirán exploraciones más detalladas en el futuro. Nos interesa destacar, por el momento, que en esta área la agricultura también tuvo un papel significativo. En este sentido, me interesa mencionar el caso del área denominada “Los Albarracines”, que se ubica a 13 km respecto de la Villa El Alto y a 20 km de Guayamba, donde sí se detectaron estructuras de cultivo con buena conservación. Aquí las estructuras poseen una disposición similar a las halladas en Guayamba. En este caso se

lograron mapear 10 terrazas perpendiculares a las escorrentías, y aunque esto representa un número mínimo de estructuras remarcen el alto potencial que tiene la zona para el estudio de la agricultura.



Figura 4.24. Imágenes de estructuras de producción agrícola presentes en Guayamba

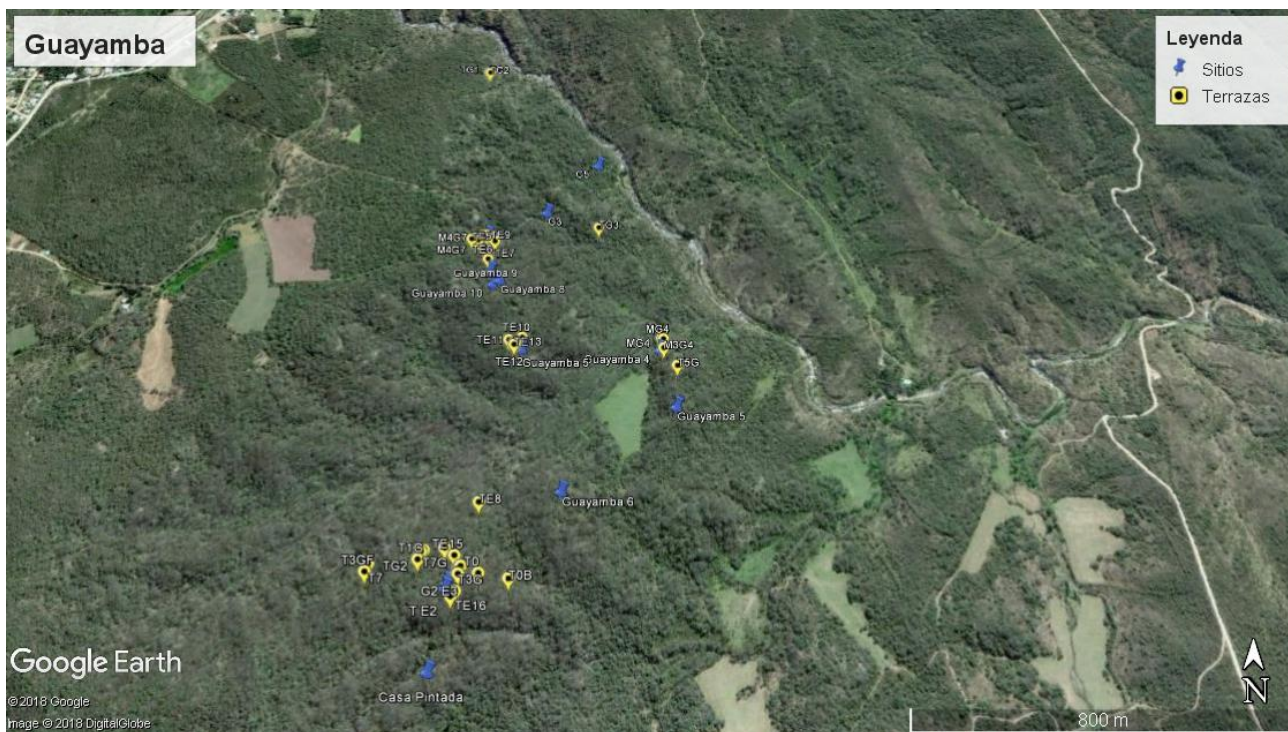


Figura 4.25. Estructuras de cultivo presentes en Guayamba

Materiales en superficie y posibles fuentes de materias primas

Por último, también hemos registrado algunas acumulaciones de materiales arqueológicos en superficie, los cuales se encuentran bastante afectados por los trazados de los caminos municipales. En el año 2015, localizamos en una de las calles del pueblo a media cuadra de la plaza, un sitio que denominamos Guayamba Pueblo. Allí observamos una acumulación de fragmentos cerámicos, que se encontraban distribuidos por la vereda y la calle, bastante deteriorados por el pisoteo de autos y transeúntes. Por este motivo y la presencia de viviendas residenciales no nos fue posible establecer los límites del mismo. Realizamos una recolección superficial de los materiales, que en su mayoría consisten en fragmentos de cerámica no decorados. En el año 2016 localizamos Guayamba 12 ($28^{\circ}20'46.10''\text{S}$ - $65^{\circ}23'46.90''\text{O}$, altitud: 1043 m.s.n.m.). En dirección noroeste del río Guayamba, a una distancia de 200 metros. El sitio es una concentración de material en superficie (cerámica pintada, cuarzo tallado y óseo), en la margen izquierda del río Guayamba sobre la lomada, prácticamente sobre el camino. El sitio aflora debido a que fue arrollado con una topadora utilizada para ensanchar el camino y abarca un área de 53 m². Otro de los sitios que presenta concentraciones de materiales en superficie es Tintigasta 2 ($28^{\circ}22'19.8''\text{S}$, $65^{\circ}26'28.1''\text{O}$, 1185 m.s.n.m.), en la localidad de Tintigasta. Se extiende a ambos lados del camino que se dirige a la escuela del lugar. Aquí observamos la presencia de materiales en superficie, especialmente cerámica y lítico. La mayor parte

del material corresponde a cerámica ordinaria sin decoración. A su vez, observamos algunas lajas alineadas que, según la gente del lugar, formaban pircas. Este sitio se encuentra muy afectado por la construcción del camino que claramente pasó por el medio de este.

En las prospecciones realizadas en el año 2016 también se propuso como objetivo localizar posibles fuentes de materias primas. En este caso, fueron dos lugares que consideramos podrían haber funcionado como fuente de aprovisionamiento de cuarzo: Cuarzo Guayamba A2 (28°21'29.48"S-65°23'38.37"O, altitud 1033 m.s.n.m.) y Guayamba A3/4 (28°21'33.98"S, 65°23'38.60"O, altitud: 1040 m.s.n.m.). El primero de ellos es un afloramiento de cuarzo de grandes dimensiones, mide unos 11 metros de largo, 7 metros de ancho y tiene aproximadamente 3.50 metros de altura y se localiza a 500 metros de Guayamba 2, rumbo norte. Podría haber sido utilizado para extraer materia prima lítica. El segundo está ubicado a 140 metros dirección sur desde el primero y es de tamaño más reducido. En ambos casos se considera que, dada la cercanía al sitio y sus dimensiones, y el uso casi exclusivo de esta materia prima en los artefactos encontrados en Guayamba, podrían haber servido de fuentes. Sin embargo, esta materia prima es de fácil acceso y se encuentra dispersa en forma de bochones por los alrededores del sitio.

En síntesis

En este capítulo comenzamos a tener un panorama más claro de la localidad de Guayamba, en general y de Guayamba II, en particular. Aunque esta información es retomada en los capítulos siguientes me interesa destacar algunos aspectos. En primer lugar, la variabilidad, tanto arquitectónica como temporal, que se registra en Guayamba II. En segundo lugar, pensar la localidad de Guayamba como un paisaje habitado y atravesado por prácticas múltiples y complementarias. Esto se refleja en la cantidad y variedad de sitios -morteros fijos múltiples, sitios con arte rupestre, estructuras de producción agrícola, viviendas, fuentes de materias primas, entre otros- que hemos registrado.

CAPITULO V

-LAS EXCAVACIONES-

Resumen

*En este capítulo presento los trabajos de excavación que hemos realizados en las distintas estructuras del sitio. En primer lugar, describo los lineamientos metodológicos que utilicé como guía. Luego, haré foco en cada una de las excavaciones realizadas en el transcurso de sucesivos años (2014, 2015, 2016 y 2017). Para ello, realizaré una descripción detallada de cada uno de los niveles y/o contextos registrados en excavación. Esto irá acompañado del registro gráfico de plantas parciales y finales. Para el caso de la estructura 3, donde se realizó una excavación de mayor extensión, presento una síntesis estratigráfica -que comprende **todos** lo realizado hasta el momento- donde sugiero los ciclos estratigráficos que considero tuvieron lugar. Esto me **permita** acercarme al proceso de ocupación del sitio y la dinámica de las actividades que allí se desarrollaron.*

Sobre el cómo, el dónde y el por qué excavar

Los trabajos en Guayamba II, estaban orientados hacia dos estructuras que se definían muy claramente en superficie. El relevamiento de nuevas estructuras llevó a una reformulación de nuestros planes y, a partir de la nueva información, planteamos una estrategia de excavación que, según el caso, fue excavación en área o un sondeo menor. Como mencioné anteriormente realizamos un total de cuatro trabajos de campo –año 2014, 2015, 2016 y 2017- pero incluyo aquí también el sondeo realizado por el equipo en el 2009.

En el año 2014, se realizó la excavación de un sondeo en la estructura 2, recinto contiguo al excavado previamente. Posteriormente, en el año 2015, decidimos comenzar a excavar la estructura 3. Esta excavación por diversos motivos –desde los climáticos hasta los financieros- se llevó a cabo en tres etapas, año 2015, 2016 y 2017 y aquí sí optamos por una excavación en área. La elección de la estructura 3 para realizar este tipo de excavación estuvo regida principalmente por su tamaño, ya que consideramos que existía una mayor factibilidad para alcanzar el objetivo de una excavación

completa. A su vez, sus características arquitectónicas la hacían marcadamente diferente a las otras estructuras donde realizamos los sondeos. La excavación en área fue realizada siguiendo un rasgo diferenciado, en este caso, los restos de los muros que se distinguían en superficie.

Para realizar las excavaciones se siguieron los principios de estratigrafía arqueológica desarrollados por Harris (1991). Esto nos permite hacer una interpretación de la matriz estratigráfica del sitio para luego relacionarla con las prácticas que allí se llevaron a cabo. Las unidades de estratigrafía arqueológica pueden ser observadas, analizadas e interpretadas como una secuencia de acciones, actividades o prácticas naturales o culturales acumuladas en ella (Carandini 1997). Cada unidad es un evento único de depositación que puede representar una acción o varias. La formación de la estratificación tiene lugar por ciclos, a través de periodos de actividad y de pausa. La acción está representada por los estratos y la pausa por la superficie de los mismos; estas superficies son “películas” intangibles que desde la geología se denominan interfases y que representan el periodo, aunque sea muy corto, de exposición de un estrato (Carandini 1997). Todo estrato tiene su propia posición estratigráfica, una posición relativa en relación con los demás estratos, que se obtiene a través de las relaciones que mantiene con el resto de las unidades estratigráficas. Estas relaciones, como indica Harris (1991), solo pueden ser de tres tipos: unidades sin conexión estratigráfica directa, unidades superpuestas y unidades que fueron partes de un todo y que actualmente está seccionado.

Las secuencias estratigráficas se grafican en un diagrama llamado *Matrix* de Harris (1991) de acuerdo con la ley de sucesión estratigráfica. La secuencia estratigráfica se define como el “orden de la deposición de los estratos y la creación de elementos interfaciales en un orden secuencial relativo en un yacimiento arqueológico” (Harris 1991:57). Este orden se reconstruye mediante la interpretación de la estratificación de un yacimiento. La secuencia estratigráfica puede y debe construirse sin tener en cuenta los contenidos artefactuales de los estratos. Estos estratos se interpretan durante la excavación y el estudio de sus contenidos permite describirlos, aunque no pueden ordenar la secuencia relativa.

Como propone D’Amore (2007, 2013) a través del estudio de la estratigrafía arqueológica se puede comprender en forma narrativa cómo se desarrolló la historia de la ocupación humana de un sitio arqueológico. Para él, la secuencia estratigráfica arqueológica facilita la narración tanto hablada como escrita de los eventos de la ocupación humana y de los demás procesos que formaron una estratigrafía. Especialmente de aquellos considerados domésticos, “ya que cada unidad estratigráfica definida como antrópica es una acción, una práctica, que se da en un tiempo y un lugar determinado social,

cultural y subjetivamente por el sujeto o los sujetos que experimentaron en el pasado ese lugar. Por lo tanto, la secuencia de estratigrafía arqueológica narra el devenir del espacio como lugar estructurado socialmente por las sucesivas circunstancias de las prácticas en la historia de la ocupación humana” (D’Amore 2007:104).

Toda la información obtenida durante las excavaciones fue registrada en distintos tipos de planillas, gráficos y notas de campo, diseñados en base al Manual MoLAS (1994). También se confeccionaron plantas de cada contexto y/o nivel, perfiles estratigráficos, croquis y dibujos de rasgos. La caracterización sedimentológica también se realizó siguiendo la propuesta de MoLAS (1994), que incluye una descripción basada en una serie de atributos: compactación, color, composición/tamaño de partículas e inclusiones (antrópicas y naturales), así como el grosor, extensión y límites del estrato. El material recuperado fue separado según procedencia de planta o zaranda (todo el sedimento fue tamizado) y las concentraciones o fragmentos significativos fueron registrados con un número de inventario de campo (IC) y se tomaron sus medidas tridimensionales.

LAS EXCAVACIONES

LA ESTRUCTURA 1

En el año 2009 se realizó un sondeo de 1,5 x 1,5 m en la esquina sureste de la Estructura 1 (figura 5.1), en contacto con los muros este y sur. La excavación se realizó implementado niveles artificiales de 10 cm cada uno. Se alcanzó una profundidad de 80 cm donde, a su vez, apoya la base del muro. A continuación, describiré cada uno.

Cuadrícula N° 1

Nivel 1- Superficie

En este primer nivel, por tratarse del superficial, se removió una capa de 20 cm, ya que correspondía principalmente a vegetación. El sedimento es suelto, color castaño oscuro, de tipo limo-arcilloso. Se registró la presencia de rocas de gran tamaño, posiblemente provenientes del derrumbe del muro. También otras de tamaño más pequeño, que pudieron haber formado parte del relleno del muro. En este nivel hay abundante presencia de raíces. Los materiales recuperados consisten en 33 tiestos, la

mayoría ordinarios y algunos con pulido externo. Las rocas del desprendimiento del muro fueron dejadas en el lugar.

Nivel 2

En este nivel el sedimento se presenta suelto y muy húmedo. Es de tipo limoso y color castaño oscuro. Continúa la presencia de rocas del derrumbe y abundantes raíces. Los materiales recuperados corresponden a 19 tiestos y 12 restos líticos.

Nivel 3

En el tercer nivel el sedimento presenta las mismas características de granulometría y coloración que en el anterior. Continúa la presencia de rocas de diferentes tamaños producto del derrumbe y también de algunas raíces. En este nivel se recolectaron 30 fragmentos cerámicos y 10 líticos, entre los que se destaca un instrumento redondeado.

Nivel 4

Las características del sedimento presente continúan siendo las mismas que en los niveles anteriores. Aunque disminuye la presencia de raíces. Las rocas del derrumbe siguen presentes en la estratigrafía. En cuanto a los materiales recuperados se registraron 49 fragmentos cerámicos, varios de ellos con decoración, y 24 líticos. En este nivel también se recolectaron dos fragmentos pequeños de mica, dos concreciones blancas de un material no identificado y se tomaron muestras de restos vegetales. En este estrato aparece el primer resto óseo de fauna, con mala conservación.

Nivel 5

En este nivel se detectaron cambios en el sedimento respecto de los anteriores. Aparece mucho pedregullo y se torna más compacto. El sedimento es de color castaño claro, las raíces continúan siendo abundantes pero pequeñas y medianas, y también aparecen algunos insectos, principalmente escarabajos. Todavía podemos observar de algunas rocas de derrumbe. Los materiales recuperados aumentan, se recolectaron 91 fragmentos cerámicos y los líticos ascienden a 48. En este nivel se recuperó una muestra pequeña de carbón y algunos fragmentos de mica. También se recolectó 3 especímenes óseos, uno de ellos en el sector NO de la cuadrícula clavado verticalmente, y restos de cascaras de huevo, de especie no identificada.

Nivel 6

A esta profundidad finaliza el derrumbe del muro. El sedimento presenta mayor proporción de gneis suelto y fragmentado. El material recuperado continúa siendo en su mayoría fragmentos de cerámica, con un total de 130. También se recuperaron un total de 11 restos líticos. Al igual que el nivel anterior, se recuperaron fragmentos de cáscaras de huevos y algunos fragmentos de carbón. Los restos óseos recuperados son 4, algunos en mejor estado de conservación. En este nivel se detectó la presencia de un pozo, posiblemente intencional, de 2,5 cm de profundidad y con un diámetro de 7 x 9 cm. No se pudo, en el momento, atribuir ninguna funcionalidad.

Nivel 7

Este sedimento es limoso, color castaño claro y muy compacto. Comienzan a aparecer restos de la meteorización de la roca madre. En este nivel se alcanzó la base de los muros. El muro sur posee grandes rocas verticales, no posee rocas pequeñas que actúen como basamento. El muro sur posee rocas apiladas horizontalmente. Por debajo de esta profundidad aparece la roca madre de base. Se recuperaron fragmentos cerámicos en menor cantidad, 33 totales y solo un resto lítico. También se recuperó una muestra de arcilla cruda. No hay restos óseos o cascaras de huevo como en el nivel anterior.

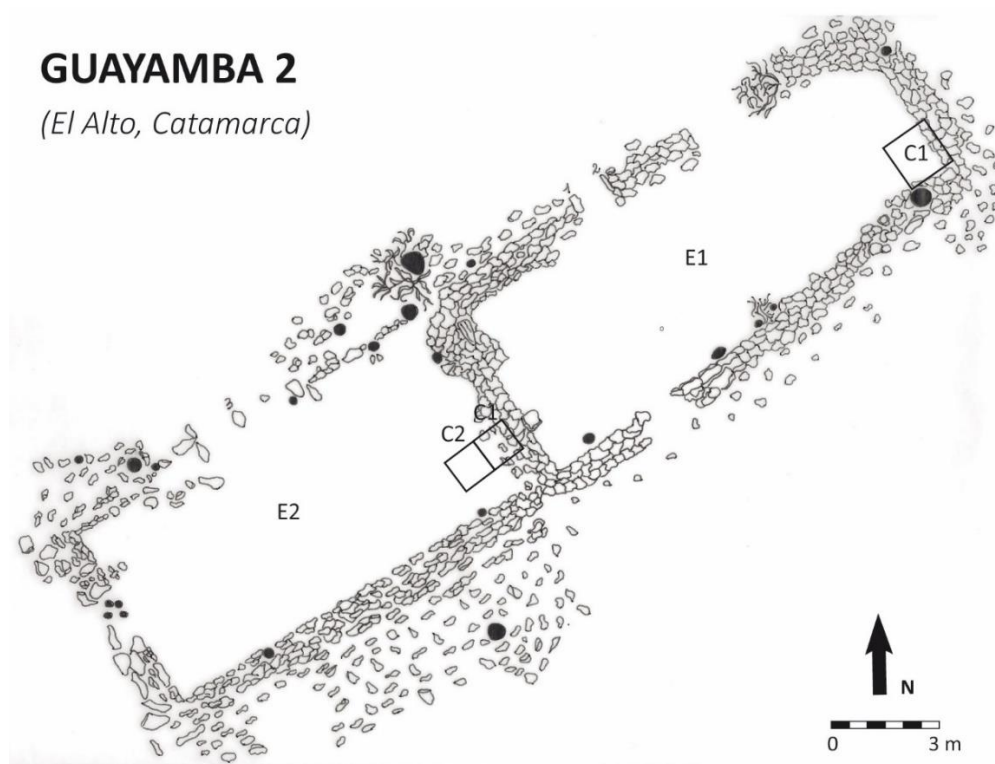


Figura 5.1. Plano de estructuras 1 y 2 con superficie excavadas.



Figura 5.2. Foto de excavación

Síntesis

Como detallamos en un principio, esta excavación se realizó por niveles artificiales de 10 cm cada uno, excepto en el primero de ellos. En este nivel superficial fueron removidos 20 cm ya que poseía gran cantidad de vegetación y rocas de gran tamaño provenientes del derrumbe de los muros. Es importante aclarar que la presencia de raíces e insectos se encuentra en todos los niveles, aunque disminuyen su tamaño hacia los niveles más profundos. En los primeros niveles no pudimos identificar diferencias sedimentarias significativas. Recién en el nivel 5, el sedimento se vuelve más compacto y con mayor presencia de pedregullo. Estas características continúan en los niveles posteriores. La cantidad de materiales presentes, va en aumento con la profundidad, presentándose una concentración en los niveles 5 y 6, disminuyendo nuevamente en el 7. Lo mismo sucede con la variedad de materiales -los restos óseos faunísticos, pequeñas cantidades de carbón, cáscaras de huevo- que se encuentran exclusivamente en esos niveles. La presencia de rocas de derrumbe del muro es continua desde el nivel 1 a 6, hasta 1m de profundidad. En el nivel 7, no hay presencia de derrumbe y es el punto donde apoyan los muros. Aunque no pudimos identificar claramente un piso de ocupación, considero que la concentración de actividades pudo haberse dado en estos niveles y

que los materiales superiores corresponden más actividades de remoción por acción de las raíces, insectos y del agua.

ESTRUCTURA 2

Entre 2014 y 2015² se excavó un sondeo de un 1 x 1 m en la esquina sureste de esta estructura (figura 5.1). Inicialmente se plantearon dos cuadrículas de 1m x 1m (denominadas 1 y 2), siguiendo el muro este del recinto hacia el sur. Debido a la abundante presencia de rocas de derrumbe se seleccionó para trabajar la cuadrícula N°2, más alejada del muro. Se excavó siguiendo los estratos naturales, pudiendo reconocer cuatro estratos, a cada uno de los cuales se les asignó un número de contexto correlativo. Se alcanzó una profundidad de 1 m donde se localizó la roca madre.

Cuadrícula N°2

Contexto N°1

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,23	1,205	1,18	1,21	1,20	1,204
BASE	1,25	1,25	1,18	1,24	1,24	1,208

Potencia: 0,004 m

Este contexto se caracteriza por un sedimento de tipo franco limoso, sin presencia de concreciones y abundante vegetación en diversos grados de descomposición. También puede observarse la presencia de raíces, restos de plantas e insectos. Para este nivel no hay rasgos presentes y tampoco se observa presencia de ningún tipo de material. Únicamente se tomaron muestras de sedimento.

Contexto N°2

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,25	1,25	1,18	1,24	1,24	1,208
BASE	1,80	1,92	1,85	1,74	1,98	1,858

Potencia: 0,65 m

² A pesar de la escasa profundidad del sondeo tuvo que ser realizado en dos etapas. Esto respondió a que en el año 2014 las intensas lluvias que se prolongaron durante todo el período de la campaña generaron una gran acumulación de agua en la cuadrícula que impidió continuar con la excavación bajo circunstancias óptimas. Por este motivo fue retomada al año siguiente.

Se caracteriza por un sedimento de tipo franco arenoso. Presenta una capa de humus de gran espesor, así como raíces de tamaño grande, pequeño y mediano que dificultan en gran medida la excavación. En la esquina NO de la cuadrícula se encuentra una raíz de gran tamaño, que corresponde a un árbol de tamaño pequeño que crece en el muro compartido entre las estructuras 1 y 2, la cual no pudo ser retirada. Los materiales recuperados en este contexto consisten en fragmentos cerámicos (n=149) de tamaño mediano y pequeño y 9 líticos pequeños. Aquí también se recolectaron muestras de sedimento. Para este nivel tampoco se observan rasgos presentes. Cabe destacar que en la base en la esquina SE se encontraron tres rocas que posiblemente pertenezcan al muro sur y que hayan sido removidas por la acción de las raíces. Este contexto se cierra cuando aparece un sedimento de coloración más clara y más compacta.

Contexto N°3

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,80	1,92	1,85	1,74	1,98	1,668

El tipo de sedimento de esta unidad es de tipo areno-francoso, similar al anterior, pero de grano levemente más fino y levemente más claro. Continúa la presencia de raíces de diferentes tamaños. Se recuperaron fragmentos cerámicos, 60 en total, de tamaño pequeño y mediano y 7 elementos líticos. A diferencia de los otros niveles anteriores aquí recuperamos dos restos óseos faunísticos. En esta excavación (año 2014) no se pudo **alcanzar base del nivel**.

Continuación de la excavación: año 2015

Contexto N° 3 continuación

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,61	1,80	1,41	1,70	1,82	1,668
BASE	1,61	1,89	1,85	1,74	1,98	2,012

Potencia: 0,344 m

El tipo de sedimento de esta unidad es de tipo areno arcilloso, de color marrón oscuro, la composición es de 60% arena y 40% arcilla. Presenta inclusiones de cuarzo y gneiss de entre 5 y 20 cm. En este estrato todavía se observan las raíces de diversos tamaños (pequeñas y grandes). También hay presencia de agujeros generados por insectos. Los materiales recuperados son fragmentos cerámicos (n=63) de tamaño pequeño y mediano, 5 líticos pequeños y tres restos óseos faunísticos bastante meteorizados.

Contexto N° 4

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,61	1,89	1,85	1,74	1,98	1,814
BASE	2,05	2,07	2,12	2,18	2,20	2,124

Potencia: 0,31 m

Este estrato presenta un cambio de color respecto del contexto anterior, es un poco más claro y arcilloso. El sedimento es de tipo arcillo-limoso, húmedo y de color marrón claro. Posee inclusiones de rocas (cuarzo y gneis) de entre 5 y 10 cm. La cantidad de material presente es mayor que en el estrato anterior, corresponde también en su mayoría a fragmentos cerámicos (n= 266) y 6 restos líticos. Este contexto se extiende por aproximadamente 30 cm. A los 2,07 m de profundidad aparece en la esquina SE de la cuadrícula la roca madre. La misma se caracteriza por ser muy friable con una gran presencia de guijarros y ausencia de material arqueológico.



Figura 5.3. Vista de las cuadrículas planteadas en estructura 2.



Figura 5.4. Vista de planta contexto n°3.

Síntesis

Este sondeo fue de carácter exploratorio y pudimos identificar cuatro estratos horizontales. Debido a las condiciones antes mencionadas, uno de ellos fue excavado en dos años diferentes. Cada uno de estos estratos, excepto el primero de ellos, resultó bastante potente. Aquí la acción de las raíces puede considerarse más intensa que en la estructura 1. Sobre el muro que comparten ambas estructuras, crece un árbol y gran parte de sus raíces se extienden al interior de la estructura 2. Esto también alteró la conservación del muro, presentando un derrumbe hacia el interior del recinto, lo que motivó la excavación de la cuadrícula 2. Igualmente, la presencia de rocas del muro en el segundo contexto, no así en los posteriores. La diferencia sedimentaria entre los estratos, por ejemplo, entre el segundo y el tercero, que ya poseen más material arqueológico, pueden tener que ver con una diferencia de humedad. Entre el 3 y 4, se produce un cambio de color y empieza hacia el final a aparecer fragmentos meteorizados de la roca madre. Los materiales son bastante uniformes entre el contexto 2 y 3, pero aumentan significativamente en el contexto 4 los fragmentos cerámicos. No pudimos identificar ningún rasgo ni definir pisos de ocupación, como se observa en las fotos, este sondeo se encuentra bastante alterado por los factores posdepositacionales mencionados.

LA ESTRUCTURA 3

Excavación 2015

Para la estructura 3 proyectamos una excavación en área siguiendo un rasgo diferenciado, en este caso, los muros. Para poder tener un mayor control sobre las coordenadas de los hallazgos procedimos a realizar un cuadrículado de toda estructura, que se utilizó como referencia al momento de la excavación y para la ubicación de hallazgos. Dados los recursos con los que contábamos ese año planteamos 6 cuadrículas, numeradas de 1 a 6 en dirección sur-norte y elegimos comenzar con la excavación de las cuadrículas impares, que se encuentran ubicadas hacia el interior del recinto y contiguas entre sí (figura 5.5). Las dimensiones de las mismas fueron de un metro por un metro. Los niveles o contextos fueron numerados de manera consecutiva sin superposición entre cuadrículas. Las tareas de excavación no pudieron ser concluidas debido a factores climáticos adversos que persistieron durante el periodo de campaña.

Cuadrícula N°1

Contexto N°1

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,61	1,68	1,5	1,49	1,47	1,55
BASE	1,68	1,72	1,57	1,6	1,66	1,646

Potencia: 0,096 m

Este contexto corresponde al nivel superficial y contiene vegetación y humus. Aunque parte de la vegetación había sido removida el año anterior para poder definir más claramente los muros en todo el sector (cuadrículas 1-3-5). En esta cuadrícula se puede observar el muro SE, que parece estar compuesto por lajas clavadas verticalmente en el lado interno del recinto y bloques de distintas rocas del lado externo a modo de contención. El contexto 1 es de sedimento suave de grano fino, color pardo oscuro (marrón) y no compacto con presencia de raíces. La composición se definió como arena media, compuesta por arcilla (50%) y arena (50%), moderadamente distribuido. El estrato presenta cuarzos de distinto tipo, de 5 a 50 mm, muchos de los cuales podrían ser desechos de talla. El grosor de contexto es de aproximadamente 10 cm con límites difusos. Los materiales recuperados consisten en restos líticos (n=20) y cerámicos (n= 8).

Contexto N° 6

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,68	1,72	1,57	1,6	1,66	1,646
BASE	1,71	1,72	1,63	1,67	1,68	1,682

Potencia: 0,036

El contexto 6 es de sedimento suave, de color marrón medio, y se encuentra por encima de un estrato más compacto. La composición es arena media (50%), arcilla (40%) y cantos de cuarzo (10%). Entre las piedras presentes se encuentran cuarzos de 20 a 50 mm, angulares y subangulares. El grosor del contexto es de aproximadamente 10cm. Hacia los muros el sedimento se hace más compacto, conformando el límite del estrato. En toda la extensión del estrato aparece abundante material lítico (n=75) y cerámico (n=62) en posición vertical y horizontal. Esto podría estar indicando que se trata de material de arrastre. Como muestras especiales se recolectaron rocas presentes en el estrato. Se registraron 3 IC: un instrumento con filos, una concentración de tiestos y líticos y 3 tiestos juntos con buzamiento NO 45°.

Contexto N° 9

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,71	1,72	1,63	1,67	1,68	1,682
BASE	1,72	1,72	1,62	1,69	1,71	1,692

Potencia: 0,012

El sedimento es firme, aunque cuando estaba húmedo cedía un poco a la presión del dedo. Es fino, de color marrón medio y suave. La composición es arena fina (40%), arcilla (50%) y guijarros (10%). Los guijarros son de cuarzo presentando un tamaño de 10 a 20mm. Entre las inclusiones se hallaron tiestos, dos rocas de 8 y 10cm y espículas de carbón. La zona más compacta del estrato, y con un grosor de más de 10 cm, se encontró junto al muro, afinándose hacia los límites de la cuadrícula. El límite del estrato es difuso e irregular. El sedimento presenta raíces en toda su extensión, y su compactación disminuye a medida que es excavado. En general, el material se presentó en menor frecuencia que en el nivel anterior. Es probable que lo compactado se concentrara cercano al muro producto de la abundancia de sedimento y humedad, ya que la pendiente del terreno posee caída hacia dicho sector. Entre los materiales recuperados se encuentran tiestos (n=54), lítico (n=74), un resto óseo faunístico y una posible nuez. Se registró en una IC un agrupamiento de un fragmento óseo, un resto lítico y dos tiestos en posición horizontal.

Contexto N° 12

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,72	1,72	1,62	1,69	1,71	1,692
BASE	1,73	1,72	1,67	1,69	1,77	1,716

Potencia: 0,024

El sedimento es suave y de color marrón medio. Es franco-arcilloso. La composición es arcilla (60%), arena fina (30%) y guijarros (10%). Las piedras presentes son cuarzos de 10 a 50mm, moderadamente distribuidos. Las inclusiones consisten en bajas cantidades de tiestos pequeños (n=32), líticos (n=32) y ocasionales restos óseos faunísticos (n=2). El material presente en el estrato apareció en posición horizontal y vertical. El material es de tamaño más grande que el estrato anterior. Este fue el último estrato excavado este año, el cual no se pudo finalizar. Se registraron 3 IC, una base cerámica, un instrumento lítico redondeado -que posteriormente descartamos que fuera una mano de moler- y un borde cerámico.

Cuadrícula N°3

Contexto N°2

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,45	1,54	1,38	1,36	1,44	1,434
BASE	1,52	1,57	1,46	1,45	1,52	1,504

Potencia: 0,12 m

Este nivel presenta abundante vegetación, raíces y humus, sin diferencias con el contexto 1. El sedimento es de grano fino y suave, el color es pardo oscuro y no es compacto. La composición es arena media, 50% arena y 50% arcilla, moderadamente distribuido. Posee cuarzos de entre 5 a 50 mm, angulares y subangulares. El límite de este nivel con el inferior se determinó también por la aparición de mayor cantidad de material arqueológico. En esta cuadrícula comenzaron a aparecer tiestos en posición horizontal y rocas. En la esquina SE de la cuadrícula aparecieron espículas de carbón, así como restos de rocas que pudieron formar parte del muro. Los materiales recuperados fueron restos líticos (n=41) y cerámicos (n=7).

Contexto N° 5

	SO	SE	NE	NO	C	Media
--	----	----	----	----	---	-------

TOPE	1,52	1,57	1,46	1,45	1,52	1,504
BASE	1,53	1,56	1,46	1,54	1,52	1,522

Potencia: 0,022

El contexto 5 es de compactación suave y color marrón medio. Su composición fue definida como arena media (50%), arcilla (40%) y cuarzos medianos y pequeños (10%). Entre las piedras presentes se destacan los abundantes cuarzos de 2 a 5 cm, son angulares y subangulares. Hacia el E de la cuadrícula el límite es suave, mientras que hacia las rocas del perfil O el límite está roto. Todo el estrato presenta raíces, así como pequeños pozos de insectos y hormigueros. Aparecen gran cantidad de desechos de talla de cuarzo pequeños a medianos –hasta 50mm- (n=92) y se vuelven más abundantes los tiestos (n=81), muchos de ellos en posición horizontal y algunos clavados. Hacia el O aparece el límite hacia un estrato más compacto, en el cual comienzan a aparecer ciertos tiestos clavados. Hacia las rocas del muro mapeadas hay una depresión en la cuadrícula. Entre los rasgos presentes se destacan dos rocas cerca de los perfiles O y N. Debido a que una de las rocas se encontraba clavada en el perfil, y a su vez apoyada sobre otra roca, no se pudieron recoger. La IC registrada corresponde a una concentración de desechos de talla.

Contexto N° 8

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,53	1,56	1,46	1,54	1,52	1,522
BASE	1,61	1,6	1,51	1,58	1,63	1,586

Potencia: 0,064

El Contexto 8 es de compactación firme (*idem* contexto 9) compacto al inicio, perdiéndola a medida que avanza. Hacia el E de la cuadrícula donde parece tener más grosor. Es más arcilloso que el anterior. El color es marrón medio y la composición fue definida como arena fina (40%), arcilla (50%) y guijarros (10%) hasta 10mm. Es más arcilloso que el estrato anterior (5). Entre las piedras presentes se destacan los guijarros de cuarzo (10 a 50 mm), subangulares. Entre las inclusiones se encuentran tiestos moderados, líticos frecuentes y 4 fragmentos de laja de 10cm. La zona más compacta del contexto es hacia el muro, donde alcanza su mayor grosor (10cm). Hacia el E (roca), el grosor era menor. El límite de este contexto es difuso e irregular. Hacia el oeste hay un sector más deprimido. Se recuperó una posible mano de moler que luego sería descartada como tal en laboratorio. El estrato es más compacto al inicio y va perdiendo compactación a medida que avanza. En la matriz aparece material clavado y en posición horizontal. En el sector O de la cuadrícula las piedras marcan un área

más deprimida. Entre los materiales recuperados se encuentran restos líticos (n=115), cerámicos (n=104) y un resto óseo calcinado.

Contexto N° 11

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,61	1,6	1,51	1,58	1,63	1,586
BASE	1,67	1,68	1,6	1,62	1,7	1,654

Potencia: 0,068

El contexto es de compactación suave y color marrón medio. La composición se definió como arcilla (60%), arena fina (30%) y guijarros (10%). Entre las piedras presentes se destacan los cuarzos y en menor medida rocas metamórficas. El tamaño de las piedras es de 10 a 50mm. A lo largo del mismo aparecen materiales clavados y en posición horizontal, lítico (n=62) y cerámica (n=81) principalmente, mientras que el óseo faunístico y las espículas de carbón son ocasionales. En todo el estrato también se visualizan pozos generados por distintos tipos de insectos, así como abundantes raíces. Algunas de estas cruzan desde la cuadrícula 1 a la 5, pasando por la 3. Entre los rasgos presentes se observan rocas en el sector E que están por fuera de la cuadrícula. La base del contexto se comienza a definir en el sector E de la cuadrícula, donde el grosor del mismo es menor que en el O, en el cual aún no se pudo definir la base, ya que no se terminó de excavar.

Cuadrícula N°5

Contexto N°3

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,37	1,2	1,28	1,37	1,56	1,356
BASE	1,45	1,3	1,36	1,4	1,42	1,386

Potencia: 0,08 m.

El contexto 3, presenta las mismas características que el 1 y 2, contiene vegetación y humus, así como abundantes raíces y cuarzos. El sedimento no es compacto y presenta color pardo oscuro (marrón). La composición se definió como arena media o franco arcilloso, arena (60%) y arcilla (40%). El estrato presenta cuarzos de distinto tipo, de 5 a 50mm. El grosor de contexto es de aproximadamente 8cm y sus límites son difusos. El límite de este contexto se marcó siguiendo el mismo criterio que en los paralelos, una mayor presencia de material. Entre los rasgos presentes en esta cuadrícula se puede

observar el muro E. Los materiales recuperados consisten principalmente en restos líticos (n=106), posiblemente desechos de talla, y en menor medida cerámicos (n=9).

Contexto N°4

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,45	1,3	1,36	1,4	1,42	1,386
BASE	1,46	1,4	1,45	1,42	1,45	1,436

Potencia: 0,58

En este contexto hay presencia de rocas de derrumbe de gran tamaño y con material entre ellas. El sedimento es de tipo suave, color marrón medio. La composición es arena media, arena media 50%, arcilla 40% y cantos de cuarzo y otros (10%). Los cuarzos son de entre 20 a 50 mm, angulares y subangulares, también desechos de talla frecuentes (n=143) y tiestos ocasionales (n=50). El límite es suave, tiestos clavados en el límite inferior del contexto. Hay un sector más compacto hacia el norte de la cuadrícula.

Contexto N°7

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,46	1,4	1,45	1,42	1,45	1,436
BASE	1,5	1,43	1,48	1,45	1,5	1,472

Potencia: 0,012

El sedimento de este contexto se presenta más firme hacia el norte de la cuadrícula. El sedimento es de tipo arena fina, arena (40%), arcilla (50%) y guijarros (10%). Tiene presencia de inclusiones de cuarzo de diversos tamaños -entre 10 y 60 mm- y gneiss de mayor tamaño -100mm a 150mm-, angulares y subangulares. Los materiales recuperados consisten en restos líticos (n=137), más que nada desechos de talla y algunas lascas. También se recolectaron fragmentos cerámicos medianos y pequeños en menor medida (n=48), escasas espículas de carbón y algunos fragmentos óseos faunísticos, astillas principalmente. El límite es difuso e irregular. Como hallazgo particular se recolectó una bolita de arcilla cruda IC6, 40cm profundidad.

Contexto N°10

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,5	1,43	1,48	1,45	1,5	1,472

BASE	1,63	1,57	1,55	1,56	1,6	1,582
-------------	------	------	------	------	-----	-------

Potencia: 0,114

En este contexto es significativa la presencia de raíces. El sedimento es de tipo arena fina (franco arcilloso), con una composición de 60% arcilla, 30% arena fina y 10% guijarros. El color del estrato es marrón y posee inclusiones de cuarzo de 10 a 120 mm, así como algunas rocas metamórficas, probablemente provenientes del muro. La presencia de material es mayor que en el estrato anterior, son más abundantes los fragmentos cerámicos pequeños y medianos (n=78) y también los restos líticos (n=131) que consisten en desechos de talla, lascas y un posible artefacto de molienda. Cabe destacar que en este nivel se recuperaron algunos restos óseos faunísticos, mayor cantidad que en los niveles previos (n=3). La excavación de este contexto no pudo finalizarse por las razones antes mencionadas.

GUAYAMBA 3

Dpto. El Alto
Catamarca

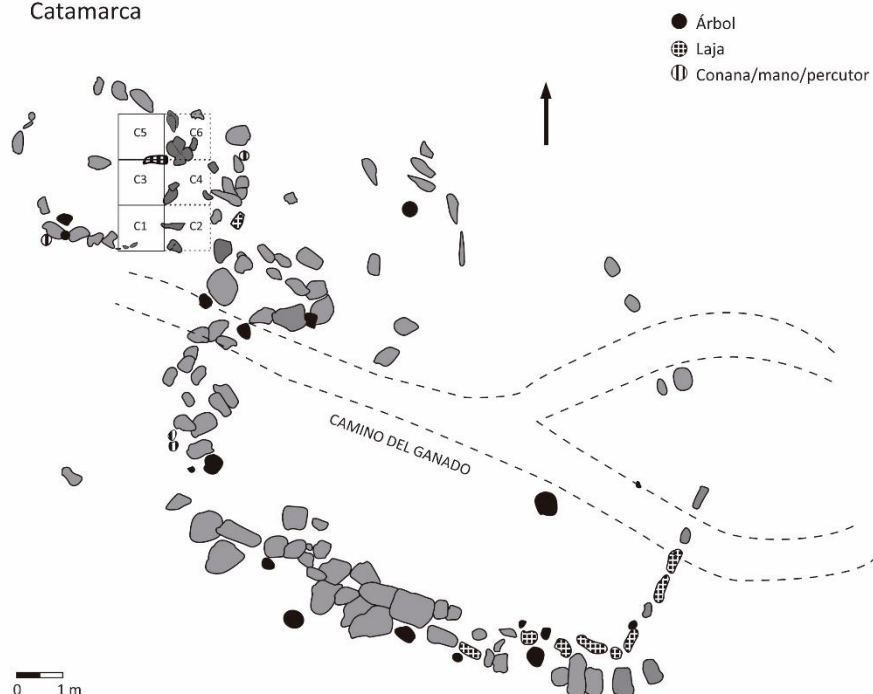


Figura 5.5 Plano estructura 3 con cuadrículas marcadas.



Figura 5.6. Planta cuadrícula 1.



Figura 5.7. Planta cuadrícula 5.



Cuadrícula N°1

Contexto N° 13

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,73	1,72	1,67	1,69	1,77	1,716
BASE	1,82	1,72	1,70	1,79	1,75	1,756

Potencia: 0,04

Continuación del contexto 12 de la excavación del 2015, el contexto 13 es de sedimento muy compacto y duro, color pardo claro. Se clasificó como arena fina y la composición se definió como arena (50%), arcilla (40%) y grava (10%), bien distribuido. El estrato presenta fragmentos de cuarzo y gneis de entre 10 mm y 50 mm. Hay presencia de raíces pequeñas y medianas. Entre los rasgos presentes en esta cuadrícula se puede observar el muro SE que, como mencioné anteriormente, parece estar compuesto por lajas clavadas verticalmente en el lado interno del recinto y bloques del lado externo a modo de contención. Los materiales recuperados consisten en restos líticos (n=24), cerámicos (n=25) y dos fragmentos óseos. Presenta una mayor compactación que el contexto 12, pero considero que esto pudo ser causado por la presión del agua que quedó acumulada en la cuadrícula por las posteriores lluvias y por el pisoteo de animales por la zona. Este contexto fue delimitado por la aparición de un sedimento más claro y menos compacto. Hay un fragmento de laja de entre 15 y 20 cm que apoya en el estrato siguiente, sobre el muro del sector sur.

Contexto N° 20

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,82	1,72	1,70	1,79	1,75	1,756
BASE	1,82	1,80	1,75	1,77	1,80	1,788

Potencia: 0,032

El contexto 20 aparece luego del contexto 13 de forma suave, es más blando y un poco más claro. Igualmente es un sedimento de tipo firme de color pardo claro. Su composición es arena fina (50%), arcilla (40%) y grava (5%) bien distribuido. Entre las piedras presentes se encuentran en su mayoría cuarzitos de 10 a 20 mm. La cantidad de materiales presentes disminuye respecto del contexto anterior, hay fragmentos líticos (n=9) y cerámicos pequeños (n=13) y dos restos óseos de fauna. El muro

continua hacia abajo. En el sector NE comienza a aparecer el límite con el contexto siguiente, un sedimento marrón más oscuro y más suelto.

Contexto N° 24

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,82	1,80	1,75	1,77	1,80	1,788
BASE	1,83	1,81	1,76	1,79	1,82	1,798

Potencia: 0,01

Este sedimento es bien compacto, pero al rasparlo con el cucharín se torna suelto. También se identificó en el sector central de la cuadrícula un manchón de sedimento de color más anaranjado. Todavía continúan las raíces. El sedimento es de color pardo claro y la composición es arena fina (50%), arcilla (45%) y grava (5%), bien distribuido. Los guijarros son de cuarzo y gneis y de tipo grueso, presentando un tamaño de entre 20 a 60mm. Entre las inclusiones se hallaron tiestos (n=16), un resto óseo faunístico y restos líticos (n=23). El límite no pudo ser definido ya que no se pudo finalizar la excavación del estrato.



Figura 5.10. Planta Cuadrícula 1.

Cuadrícula N°3

Contexto N°14

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,67	1,68	1,60	1,62	1,70	1,654
BASE	1,72	1,74	1,67	1,66	1,73	1,704

Potencia: 0,05

Continuación de la excavación del 2015, el sedimento es muy compacto probablemente por los motivos mencionados anteriormente. También hay gran presencia de raíces gruesas y medianas. El sedimento es pardo claro, de grano fino y de tipo duro. Su composición es franco-arcillosa, arena (50%) y arcilla (50%), bien distribuido. En el sector este de la cuadrícula se encuentra el muro. Entre las piedras presentes se encuentran carbonatos, cuarzo y gneis de entre 5-10 mm. Se recuperaron bastantes materiales, fragmentos cerámicos grandes (n=34), líticos grandes y pequeños (n=73), probablemente desechos de talla y dos restos óseos faunísticos. El límite es suave, se bajó hasta el surgimiento de un sedimento menos compacto y más arcilloso.

Contexto N° 19

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,72	1,74	1,67	1,66	1,73	1,704
BASE	1,77	1,75	1,68	1,69	1,75	1,728

Potencia: 0,024

Este sedimento aparece debajo del contexto 14, es más arcilloso y menos compacto y aparece de forma suave. Cuando se excava con continuidad se vuelve suelto y cuando se deja de reposar un rato se seca y se vuelve más duro y compacto. El color es pardo claro y es de grano fino. Su composición fue definida como arena fina (50%), arcilla (40%) y grava (10%), bien distribuido. A pesar de ser menos compacto que el anterior, en las esquinas NE y SO se presenta muy duro. Hay cuarzos pequeños y gneis de entre 10 a 20 mm. También contiene cerámica (n=23) y lítico (n=44) en cantidades similares al estrato anterior. En el sector sur aparecen algunas espículas de carbón.

Contexto N° 23

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,77	1,75	1,68	1,69	1,75	1,728
BASE	1,79	1,77	1,70	1,73	1,76	1,75

Potencia: 0,022

El Contexto 23 aparece después del contexto 19, en algunos sectores se presentó bien compacto, pero al raspar suavemente se desprende en grano muy fino y suelto y se adhiere en bolitas. En este nivel hay abundante presencia de raíces. El sedimento es de color pardo claro y de tipo firme y la composición fue definida como arena fina (50%), arcilla (45%) y grava (5%). Entre las piedras presentes se destacan los guijarros de cuarzo y gneis de entre 10 a 20 mm. Entre las inclusiones se encuentran moderados tiestos (n=24) y concentraciones de material lítico -cuarzo trabajado- (n=37). Desconocemos su límite ya que no pudimos finalizar la excavación del mismo ese año.

Cuadrícula N°5*Contexto N°15*

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,63	1,57	1,55	1,56	1,60	1,582
BASE	1,64	1,64	1,60	1,57	1,63	1,616

Potencia: 0,034

El contexto 15 es la continuación de la excavación del 2015. El sedimento en contacto con el estrato anterior estaba muy compacto y con presencia de raíces. En esta cuadrícula se puede observar el muro en el sector norte y este. El sedimento es de grano fino y duro, de color pardo claro. La composición se definió como arena fina, específicamente arena (50%), arcilla (40%) y grava (10%). El estrato presenta inclusiones de distinto tipo: carbonatos, gneis y cuarzós de entre 20 mm a 60 mm. Aparecen de manera poco frecuente tiestos cerámicos (n=26), líticos de tamaño mediano (n=25), 2 restos óseos faunísticos y algunas espículas de carbón. El límite está demarcado por la aparición de un sedimento menos compacto.

Contexto N°18

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,64	1,64	1,60	1,57	1,63	1,616
BASE	1,65	1,65	1,62	1,63	1,64	1,638

Potencia: 0,022

El sedimento de este contexto se presenta menos firme que el anterior. En este estrato hay menos presencia de raíces. El sedimento es de grano fino, color pardo claro y de tipo limo-francoso, limo (50%) y arcilla (50%). Tiene presencia de rocas de cuarzo y gneis de tamaño pequeño,

aproximadamente 10 mm. Hay inclusiones poco frecuentes de fragmentos cerámicos (n=5), 2 restos óseos, algunas espículas de carbón y líticos (n=21). El material parece estar removido.

Contexto N°22

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,65	1,65	1,62	1,63	1,64	1,638
BASE	1,65	1,64	1,71	1,67	1,67	1,668

Potencia: 0,03

Este contexto presenta sedimento de color pardo claro que se endurece al secarse. La diferencia con el estrato anterior no fue demasiado marcada. Es de grano fino, de tipo limo-arcilloso y su composición fue definida como limo (50%) y arcilla (50%). Hay escasa presencia de materiales cerámicos (n=12) y líticos, fragmentados (n=26) y con distintas inclinaciones. Se encontraron escasas espículas de carbón. El límite lo marca la aparición de un sedimento más claro y arcilloso (contexto N°25) y otro contexto al NE más rojizo similar a arena (contexto N°26).

Contexto N°25

Este estrato aparece por debajo del Contexto N°22, es más suave, aunque presenta similitudes con el anterior. Este sedimento es color pardo claro y de composición arena limoso arcilloso, arcilla (30%), limo (65%) y gravillas (5%). Tiene inclusiones pequeñas de cuarzo y gneis. Este sedimento se rompe en bloques al ser excavado y cuando se seca se observa una pátina producto de la arcilla. No apareció ningún rasgo y, los materiales, cerámica (n=4) y lítico (n=7), están en baja cantidad dispuestos en posición horizontal, vertical e inclinada. Está en contacto con el estrato N°26 con el cual se puede marcar una diferencia más clara que con el superior. Cerca del límite con cuadrícula 9 había un leve manchón rojizo, posible rubefacción. Puede estar relacionado con el contexto 35 que está rubefaccionado. La excavación de este estrato no pudo ser finalizada en este año.

Contexto N°26

Este estrato presenta sedimento más suelto que los contextos 22 y 25. No se endurece tanto al contacto con el aire como los otros estratos. Su color es pardo rojizo y es aún más rojizo en húmedo. Su composición es limo-arcillosa, limo (50%) y arcilla (50%). El material cerámico (n=2) y lítico (n=3) es poco frecuente y de tamaño medio. El mismo aparece clavado en su interior, pero no se pudo definir si corresponde a un pozo o un estrato que se extiende por toda la cuadrícula. En ese momento no pudimos determinar, por sus límites poco claros y porque finalizó la excavación, si se trataba del

relleno de un pozo o un depósito que se extendía por toda la cuadrícula.



Figura 5.11. Vista plana cuadrícula 5

Con el objetivo de delinear las rocas componentes del muro este, se excavaron los contextos superficiales de las cuadrículas N° 2, 4 y 6 (ver figura 5.9).

Cuadrícula N° 2

Contexto N° 29

El sedimento es fino y suave y su compactación y dureza aumentan con la profundidad. El color es pardo medio y su composición es arena fina (50%), arena media (25%) y guijarros finos (25%) con algunas inclusiones de gneis y cuarzo. También hay fragmentos de cerámica (n=29) y lítico (n=31).

Cuadrícula N° 4

Contexto N° 27

Este contexto también se excavó con el objetivo de delinear las 5 rocas componentes del muro este. El sedimento es de color pardo claro y bastante compacto. A medida que profundizamos la excavación se volvió más compacto y duro. Su composición es arena fina (50%), arena media (25%) y guijarros finos (25%) con algunas inclusiones de gneis y cuarzo de entre 2 y 30 mm. Dentro de los materiales recuperados se encuentran fragmentos de cerámica pequeños (n=83), lítico (n=124), escasos restos

óseos faunísticos y algunas espículas de carbón. Tres de las rocas de los muros están clavadas y apoyadas a la profundidad del estrato 23. Las otras dos, se asoman de manera horizontal sobre el contexto 27, podrían ser posteriores.

Cuadrícula N° 6

Contexto N° 30

La cuadrícula 6 es donde se encuentran la mayor cantidad de rocas del muro (incluyendo dos rocas mayores del muro este y una gran roca tipo laja que se encuentra de forma transversal). En total quedaron descubiertas 8 rocas del muro de las cuales al menos dos apoyan en la cuadrícula 5. El sedimento es de tipo fino suave pero su compactación y dureza aumenta con la profundidad. El color es pardo medio y la composición es arena fina (50%), arena media (25%) y guijarros (25%). Hay inclusiones de gneis y cuarzo de entre 2 mm y 30 mm. Los materiales recuperados son tiestos - pequeños y medianos- (n=15) y líticos (n=25). Se recuperó una IC, un fragmento de cerámica ordinario grande que apoya en las raíces.

Cuadrícula N°7

Superficie/ Contexto N°28

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	Sin medida	1,55	1,48	1,52	1,50	1,512
BASE	Sin medida	1,68	1,66	1,61	1,67	1,655

Potencia: 0,143

La cuadrícula está en la esquina del muro sur de la estructura (figura 5.9). En el borde hay un árbol con raíces grandes. Este estrato se encuentra muy alterado por las raíces de este árbol. El muro tiene raíces por encima y debajo de las lajas, allí se halló material compactado. Probablemente la acción de estas raíces haya provocado parte de su derrumbe. El tipo de sedimento es fino y firme, de color pardo medio. La composición es arena fina (arena fina 70%, grava 5% y 25% arena media). Hay inclusiones de cuarzo y gneis de entre 2 mm y 50mm. Se recuperaron fragmentos cerámicos de tamaño grande (n=110) y artefactos líticos (n=205), lascas y núcleos. Se registraron 6 IC, una corresponde a un núcleo de cuarzo, 4 a conjuntos de tiestos y a un resto fragmentado de núcleo de cuarzo. De la IC n° 6 (fragmentos cerámicos), se apartó un tiesto y el sedimento que lo rodeaba para análisis de microrrestos vegetales.

Contexto N°31

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	S/medida	1,68	1,66	1,61	1,67	1,655
BASE	s/medida	1,78	1,66	1,68	1,70	1,705

Potencia: 0,05

Este contexto es de consistencia más friable que el anterior y continúan intensos procesos de floraturbación, por acción de las raíces. El sedimento de tipo firme y luego se separaba en bloques friables y de color pardo claro. El sedimento es limo arcilloso, limo (60%), arcilla (35%) y grava (5%). Se recuperaron líticos, n=140, (lascas de cuarzo cristalino y un posible núcleo) de tamaño pequeño a mediano y frecuentes tiestos medianos (n=59). También se recolectaron espículas de carbón sueltas. Los materiales líticos se encuentran compactados entre las raíces y la tierra, lo mismo ocurre con la cerámica, que presenta en algunos casos marcas en su superficie de raíces pequeñas. Estas raíces que se extienden hasta las cuadrículas 1 y 3. A esta profundidad tuvimos que concluir la excavación.

Cuadrícula N°8

Superficie/ Contexto N°16

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,45	1,46	1,34	1,35	1,39	1,398
BASE	1,62	1,64	1,54	1,50	1,62	1,584

Potencia: 0,186

Se trata del primer estrato de depósito. El sedimento fue muy compacto. En superficie presentó varias rocas que, en principio, pensamos que podían ser de derrumbe, aunque no descartamos que pudiesen formar parte de alguna estructura. Se recuperó abundante material lítico (n=407), estando presente toda la secuencia de producción (núcleos, lascas, preformas). Sobre la base del contexto aparecieron varios fragmentos cerámicos de tamaño grande y mediano (n=133) y 4 especímenes óseos. Aquí también hay mucha perturbación por raíces medianas y pequeñas. El sedimento es de tipo fino, firme y color pardo medio. La composición es arena fina (70%), grava (5%) y arcilla (25%). Hay inclusiones de cuarzo y gneis de 2 a 50 mm. Una vez expuestas las rocas decidimos abrir un nuevo contexto (contexto 21) para dar cuenta del episodio debajo del mismo. El contexto 16 se cierra a nivel de apoyo de las rocas.



Figura 5.12. Contexto N°16 – Cuadrícula 8- Posible derrumbe

Contexto N°21

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,58	1,56	1,49	1,49	1,59	1,542
BASE	1,61	1,57	1,53	1,54	1,56	1,562

Potencia: 0,02

Se abre el contexto debajo de las rocas retiradas del posible derrumbe para separar los eventos. El sedimento presenta las mismas características de color y composición que el contexto 16, pero más suelto en algunos sectores. Hacia la base se vuelve más arcilloso y se recuperó un fragmento de hueso de camélido bastante completo, un húmero. Sobre este espécimen se mandó a realizar uno de los fechados de AMS. En cuanto a los materiales se recolectaron lascas de cuarzo y fragmentos de núcleos (n=56) y abundantes fragmentos de cerámica (n=42). Al llegar al lugar donde apoyan las rocas se cerró el contexto.

Contexto N°32

	SO	SE	NE	NO	C	Media
--	----	----	----	----	---	-------

TOPE	1,62	1,64	1,54	1,5	1,62	1,584
BASE	1,65	1,68	1,58	1,58	1,64	1,626

Potencia: 0.042

Se trata del estrato por debajo de las rocas. El sedimento es de tipo limo arcilloso (50% limo- 50% arcilla). Cuando se seca se endurece levemente, menos que el contexto 16. El color pardo claro tirando a rojizo. Las inclusiones son de cuarzo y gneis, de entre 20mm y 50 mm. Aparecía material clavado a pesar de que el sedimento es compacto. Se recuperó material cerámico (n=42), se pudo observar también una estructura con material asociado con el estrato superior. También se recolectó gran cantidad de desechos de talla (n=65). El estrato no pudo ser terminado de excavar en este año.

Cuadrícula N°9

Superficie/ Contexto N°17

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,35	1,34	1,35	1,24	1,32	1,32
BASE	1,54	1,46	1,47	1,50	1,50	1,494

Potencia: 0,174

El sedimento se encontraba muy duro y compacto. Es de tipo fino y firme y de color pardo medio. No presentó modificaciones durante el proceso de excavación. No se observan restos del muro. En este contexto hay gran presencia de material lítico, con una gran variabilidad de tamaños, que podrían corresponder a toda la secuencia de reducción, principalmente desechos de talla, núcleos y astillas (n=215). Casi la totalidad de la materia prima es cuarzo lechoso y cristalino. Entre las inclusiones hay muchos rodados pequeños y medianos de gneis. También aparecieron 2 lajas apoyadas de manera horizontal y de gran tamaño –con similitudes a las que se observan clavadas de manera vertical-, fragmentos de cerámica (n=165) y tres especímenes óseos. Los materiales presentan sedimentos adheridos. Se separó un borde cerámico con su sedimento circundante para realizar análisis de microrrestos. La floraturbación es intensa, hay muchas raíces pequeñas y delgadas, se identificaron roturas y movimiento de material por la acción de raíces. También hay varios hormigueros y lombrices.

Contexto N°33

	SO	SE	NE	NO	C	Media
--	-----------	-----------	-----------	-----------	----------	--------------

TOPE	1,54	1,46	1,47	1,50	1,50	1.494
BASE	1,61	1,63	1,53	1,57	1,55	1.578

Potencia: 0,084

Se realizó una separación arbitraria del contexto 17 -debido a la uniformidad del sedimento- con el objetivo diferenciar posibles eventos de depositación. El sedimento se presentó un poco más suelto que en el contexto anterior, quizás debido a la presencia de raíces. Sin embargo, esta separación fue descartada en el laboratorio dada la homogeneidad del sedimento y de los materiales. Se recuperaron abundantes restos líticos (n=59) en diversos estadios de reducción (núcleos, lascas, desechos de talla, etc.). También fragmentos de cerámica de tamaño mediano y pequeño (n=22).

Contexto N°35

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,56	1,55	1,54	1,54	1,55	1.578
BASE	1,63	1,60	1,60	1,61	1,61	1.61

Potencia: 0.032

Este es un estrato horizontal, relleno del pozo denominado contexto 36, con sedimento rubefaccionado y algunas espículas de carbón. Pudo haber funcionado como estructura de combustión, aunque su formatización no es clara. El sedimento es de tipo fino suave, de color pardo rojizo. La composición es arena fina media (70% arena fina - 5% grava). No hay rocas presentes. Se recuperó una mano de moler fracturada y el sedimento que lo circundaba para realizar análisis de microrrestos vegetales. También materiales líticos (n=15) y cerámicos (n=17). Hay presencia de raíces. Este estrato está cortado por una excavación anterior y por el fin de la zona excavada.

Contexto N°36

Corte definido que se encuentra truncado por las excavaciones de la cuadrícula 5. Se pueden observar manchas grises y rojas en la base. Hay raíces que modifican las paredes del corte. Además, está truncado por otro corte definido como CN°38 y su relleno CN°37. No ocupa toda la superficie de la cuadrícula, contacta con el contexto 33. Su forma es de tipo circular, con esquinas redondeadas. Posee 600 mm de diámetro y 5° mm de profundidad. Su base es recta y el quiebre es gradual y los laterales verticales.

Contexto N°37

TOPE	1,60
BASE	1,65

Potencia: 0,5

Este estrato es el relleno de un pozo, el corte denominado 38. Es un depósito limoso, suave de color más oscuro, pardo rojizo y más blando que el 35. Su composición es arena fina, 70% limo y 30 % arcilla. Es depósito pequeño y no se recuperaron materiales.

Contexto N°38

Este contexto es un corte en el estrato 36, que se extiende hacia una superficie sin excavar. Aquí también las raíces han afectado las paredes del pozo. Su forma es circular, con esquinas redondeadas y tiene 14 cm de diámetro y 5 cm de profundidad. Su base es recta y las paredes verticales y graduales. Este pozo es redondeado y está truncado por una zona sin excavar. Por sus características y su ubicación en el centro del recinto.

Extensión Cuadrícula 8-9

Contexto 34

Para poder observar como continúa la posición de las lajas en el muro sur decidimos ampliar las cuadrículas 8 y 9, de manera conjunta. Las características del sedimento de este contexto son similares a las del contexto 16 y 17. Sedimento de tipo compacto de color pardo claro, de grano fino, tipo arcilloso. Aparecen materiales, lítico (n=32) y cerámica, pero la cantidad es menor que en las cuadrículas. La laja que se encontraba hacia el interior de la cuadrícula 9 – y que continuaba en la extensión- presenta materiales por debajo, cerámica de tamaño pequeño. Las rocas que aparecen hacia el oeste también tienen fragmentos de cerámica por debajo. Detrás de la laja se encontró una acumulación de rocas que pudieron haber funcionado a modo de sostén, pero debido a la falta de cambio en el sedimento no podemos saber si esta laja se encuentra en posición horizontal, producto del derrumbe o si fue colocada de esa manera. También hay cuarzos alineados. Entre esta laja y la última de la cuadrícula 8 queda un espacio vacío, no hay otra laja de iguales dimensiones. Esto nos podría indicar que ese espacio estuvo abierto o que lo quitaron en otro evento posterior. A su vez, la presencia de raíces entre las lajas de tamaño mediano podría también haber contribuido a su movimiento. La laja de la cuadrícula 9 se levantó y se excavó por debajo.



Figura 5.13. Fin de excavación año 2016

Excavación 2017

En esta oportunidad **se continuo** con el trabajo que habíamos desarrollado en 2016 y a su vez, decidimos ampliar parte de la superficie de excavada. Específicamente una ampliación de las cuadrículas 9 y 5 en conjunto, su dimensión fue de 2 por 0.50 metros.

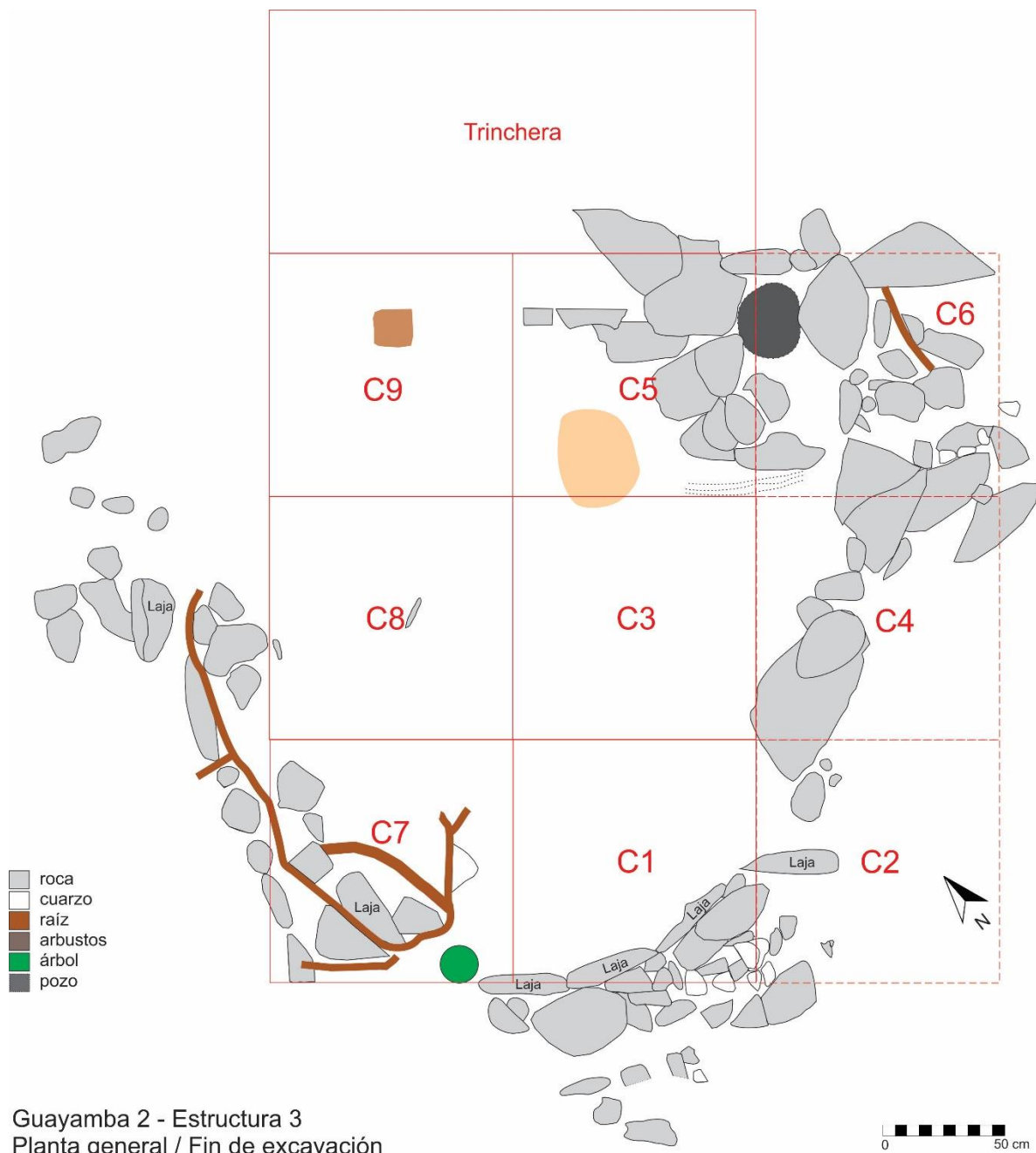


Figura 5.14. Superficie excavada año 2017



Figura 5.14. Detalle de cuadrículas de izquierda a derecha: primera línea 2-4-6, segunda línea 1-3-5 y tercera línea 7-8-9.

Cuadrícula N° 1

Contexto N° 43

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,82	1,72	1,75	1,78	1,83	1,78
BASE	1,87	1,73	1,96	1,97	2,01	1,908

Potencia: 0,128

Continuación de la excavación 2016, contexto 24. El sedimento es de grano fino entre rígido (en seco) y suave (en húmedo). La excavación de este sedimento en seco resultaba bastante difícil por su dureza. El color es de color marrón grisáceo medio (pardo). La composición es arena fina (50%), limo (20%) y gravilla (10%). Se observó bioturbación, presencia de raíces e insectos. También tiene inclusiones de tiestos y lítico, moderadamente distribuido. Hay presencia de rocas de cuarzo y pizarra de entre 10-50mm, con forma angular. Este contexto se extiende por toda la cuadrícula. La densidad de material es baja, cerámica (n=46), lítico (n=50) y algunas espículas de carbón dispersas. La excavación de este contexto finalizó cuando alcanzamos la profundidad donde apoyaba las lajas del muro.

Cuadrícula N°3

Contexto N°47

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,79	1,77	1,78	1,73	1,76	1,766
BASE	1,87	1,79	1,94	1,95	2,00	1,91

Potencia: 0,144

Continuación de la excavación del 2016, contexto 23. El sedimento es de grano fino, rígido y firme, en húmedo es más suave. El color es marrón grisáceo medio (pardo). La composición es arena fina (50%), limo (20%), arcilla (20%) y grava (10%). Hay presencia de cerámica (n=54), lítico (n=88) y raíces con distribución moderada. Hay rocas de cuarzo, algunas lascas y otras más redondeadas de entre 10 a 60 mm. Los materiales arqueológicos presentes son escasos, se observaron algunas espículas de carbón y un solo resto óseo. Se finalizó la excavación a la profundidad que apoya el muro en la cuadrícula 1.

Cuadrícula N°5

Contexto N°54

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,65	1,64	1,71	1,67	1,67	1,65
BASE	1,7	1,68	1,72	1,74	1,69	1,7

Potencia: 0.02

Es la continuación de la excavación 2016, contexto 25. El sedimento es rígido, en seco, y de color marrón grisáceo. La composición es limo arcilloso (50% limo, 30% arcilla, 10% arena media y 10% gravillas), poco distribuido. Hay presencia de cuarzos angulares y pequeños y de una roca meteorizada que se desgrana al ser excavada, formando manchones blancos. Ocasionales fragmentos de cerámica (n=35), óseos (algunos calcinados) y líticos (n=16). Este estrato presenta continuidad con el que no se finalizó en el 2016. Hacia los muros se presenta más compacto y con pedregullo, allí se recuperaron una serie de tiestos con tizne y/o adherencias. Hacia el centro se contacta con otro estrato que fue denominado 55 (ver *infra*). La excavación de ambos no pudo ser finalizada.

Contexto N°55

Este estrato que se encuentra hacia el centro, con aspecto arcilloso y compacto y de grano fino, quizás

por la menor presencia de inclusiones. Este estrato comienza al centro de la cuadrícula y parece extenderse por debajo de 54, vuelve a aparecer debajo del muro, la laja vertical número 13. Era muy similar al contexto 45. No podemos saber aún si esta característica más arcillosa corresponde a la preparación de un piso. Ninguno de los contextos, 54 y 55, presentan gran cantidad de material, lo que podría ser consistente con esa hipótesis.

Cuadrícula N°7

Contexto N°39

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,63	1,73	1,68	1,65	1,75	1,68
BASE	1,80	1,82	1,81	1,65	1,86	1,788

Potencia: 0,108

Este contexto es la continuación del contexto 31 de la excavación de 2016. El sedimento es de grano fino, rígido en seco y suave en húmedo. El color es marrón grisáceo, pardo. La composición es arena fina (50%), limo (30%), arcilla (10%) y grava (10%). Los materiales recuperados son abundantes, restos de cerámica (n=151) y lítico (n=178). Entre el sedimento se encontraron espículas de carbón dispersas. En esta cuadrícula la acción de las raíces continúa impactando y algunas de ellas tuvieron que ser cortadas para continuar con la excavación. Se encuentran rocas de cuarzo y pizarra de entre 10 mm y 50 mm.

Contexto N°50

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,80	1,82	1,81	1,65	1,86	1,788
BASE	1,80	1,87	1,96	1,65	1,97	1,85

Potencia: 0,062

Este estrato se diferencia del anterior por la aparición de un sedimento más húmedo, suelto y oscuro. Es un sedimento de grano fino entre firme, en seco, y suave, en húmedo. El color es marrón grisáceo (pardo). La composición es arena fina (50%), limo (30%), arcilla (10%) y grava (10%). Hay presencia de rocas de cuarzo y pizarra entre los 10 a 50 mm. Las raíces son abundantes, sobre todo en el sector sudoeste. También hay presencia de rocas de diverso tamaño, posiblemente provenientes del muro, movidos por una gran raíz que atraviesa la cuadrícula. La diferencia en la humedad del sedimento

puede deberse a que las raíces actuaban conservando la humedad del sector. Una vez seco el sedimento pudimos observar que se endurecía como el estrato anterior, con lo cual no descartamos que sean el mismo contexto. Hay escasa presencia de materiales, entre ellos lítico (n=57) y cerámica (n=57).



Figura 5.15. Vista de la cuadrícula 7, raíces.



Figura 5.16. Vista de la cuadrícula 7 desde sur.

Cuadrícula N°8

Contexto N°40

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,65	1,68	1,58	1,58	1,64	1,626
BASE	1,7	1,71	1,6	1,73	1,67	1,682

Potencia:

Este contexto es continuación del estrato 32 de la excavación 2016. El sedimento es de grano fino entre rígido y firme. El color es marrón grisáceo medio. La composición es de arena fina (40%), arcilla (30%) y limo (30%). Hay presencia de rocas de cuarzo, pizarra y algunas metamórficas. Los materiales presentes son abundantes y corresponden a cerámica (n=156), lítico (n=391) y óseos (n=25). La densidad de materiales presente disminuyó a medida que se avanzó en profundidad. Se registró un arreglo de rocas -o derrumbe de muro- en el centro de la cuadrícula que ya se había observado en la excavación anterior.

Contexto N°49

Este estrato corresponde a la superficie debajo de las rocas presentes en el contexto 40, sobre el sector Oeste de la cuadrícula 8. Esta formación fue seguramente afectada por una raíz de gran tamaño. Se retiraron 6 rocas de distintos tamaños, en su mayoría medianas, y se recuperaron algunos materiales, cerámica (n=17) y lítico (n=6). La composición sedimentológica era igual que el contexto anterior.

Cuadrícula N°9

En esta cuadrícula se encuentran 3 contextos en simultáneos, en correspondencia con los que quedaron sin finalizar en el año 2016.

Contexto N°44

	SO	SE	NE	NO	C
TOPE	1,56	1,58	1,58	1,52	1,59

Continuación de la excavación del 2016 contexto 35. El sedimento es de grano fino entre rígido y firme, de color marrón medio. La composición es de arena fina (50%), limo (20%) y arcilla (30%). Hay presencia de cuarzo, gneis y pizarra. Los materiales recuperados son cerámica (n=144), lítico

(n=74) y ocho restos óseos pequeños. Se observaron bioturbación, raíces de diversos tamaños y lombrices.

Contexto N° 45

	SO	SE	NE	NO	C
TOPE	1,61	1,63	1,60	1,61	1,59

Este sedimento es de grano fino, de tipo friable. El color es gris claro. La composición es limo (90%) y grava (10%), bien distribuido. Hay poca presencia de rocas y poca frecuencia de materiales, cerámica (n=7) y lítico (n=11). Es la continuación del contexto 36. Es muy difícil de excavar por su dureza. Es muy arcilloso y presenta inclusiones de mica. Hacia el final del estrato aparece un sedimento más suave y arcilloso. Este mismo sedimento aparece en la cuadrícula 5, pero a mayor profundidad.

Contexto N° 46

Medidas de Tope: Centro: 1,65

Este estrato es la continuación del relleno del corte 38. A poco de excavar apareció un sedimento de iguales características que el 45. Este sedimento es de grano fino, muy suave. El color es marrón medio. La composición es Limo (90%) y grava (10%), bien distribuido. Las paredes del pozo se ven afectadas por la presencia de raíces. Sin materiales.

Trinchera - Dimensiones: 2m x 1m.

Superficie/ Contexto N° 41

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,19	1,22	1,17	1,17	1,13	1,176
BASE	1,31	1,38	1,39	1,28	1,39	1,35

Potencia: 0,174

Nivel superficial, se inicia su excavación en 2017. El sedimento es de grano fino firme, color medio amarillado. La composición es arena limosa, poco distribuido con presencia de cuarzo y gneis de entre 15 a 60 mm. Hay presencia de tiestos pequeños, medianos y grandes (n=19) y algunos restos líticos (n=67) y óseos.

Contexto N° 42

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,28	1,31	1,39	1,28	1,39	1,33
BASE	1,33	1,38	1,45	1,33	1,45	1,388

Potencia:0.58

El sedimento es de grano fino, rígido en seco y suave en húmedo. El color es marrón grisáceo, pardo. La composición es arena fina (50%), limo (20%), arcilla (20%) y grava (10%). Se encuentran rocas de cuarzo, pizarra y esquisto de entre 10mm y 100mm. Se observaron la acción de procesos postdeposicionales: raíces, insectos, hormigueros, etc. Se trata de un estrato con bastante cantidad de material, cerámica (n=72) y lítico (n=164) y algunos especímenes óseos (n=3).

Contexto N° 48

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,33	1,38	1,45	1,33	1,45	1,388
BASE	1,38	1,42	1,49	1,38	1,49	1,432

Potencia:0.44

Este estrato es de sedimento grano fino, suave y de color marrón medio. Su composición es de arena limosa, 50% arena fina, 30% limo y 20% arcilla. Se encuentra por debajo del 42 y se distingue por ser más suelto, menos compacto. Aparecen diversos materiales, pero en baja cantidad: como ser lítico (n=22), cerámica (n=19), restos de carbón, algunas semillas y restos óseos.

Contexto N° 51

	SO	SE	NE	NO	C	Media
TOPE	1,38	1,42	1,49	1,38	1,49	1,432
BASE	1,44	1,47	1,53	1,46	1,57	1,494

Potencia:0.062

Este estrato es de sedimento grano fino, suave y de color marrón grisáceo. Su composición es de a 50% arena fina, 10% limo y 30% arcilla. Es un estrato algo más arcilloso que el 48 y se encuentra por debajo. Esta truncado por el pozo/corte (contexto 53). Aparecen diversos materiales, lítico (n=4), cerámica (n=12) y algunos restos óseos.

Contexto N° 53

Este estrato corresponde a un corte, un pozo. Su forma es ovalada y sus esquinas redondeadas. Sus medidas son 0,42 m de largo y 0,30 m de profundidad. Su quiebre superior es agudo y sus límites están truncados por el fin de la excavación. Se presenta inclinado hacia el norte de la cuadrícula.

Contexto N° 52

Este estrato corresponde al relleno del pozo descrito anteriormente (contexto 53). Este depósito es de sedimento grano fino, suave, suelto y de color marrón medio. Su composición es de arena limosa, 50% arena fina, 40% limo y 10% arcilla. Hay frecuentes restos de materiales: lítico (n=52), cerámica (n=27), restos de carbón y restos óseos (n=19) de mayor tamaño.

Síntesis estratigráfica de la estructura 3

En el caso de la estructura 3, la excavación tuvo que realizarse en diversas etapas y esto me presentó varios desafíos. Sabíamos que era necesario, dados los interrogantes de esta tesis, ampliar la superficie excavada el primer año y así procedimos. Lo mismo ocurrió en las siguientes etapas. La excavación abarcó una superficie total de 16 m², aunque no de manera sincrónica. A su vez, para poder tener un mayor control de los hallazgos, este espacio fue dividido en cuadrículas de 1 x 1. Excepto en el 2017, cuando por necesidades especiales, definir los límites de la estructura, planteamos una trinchera de mayores dimensiones (2 m x 1 m). En esta estructura, aún no hemos alcanzado el nivel de la roca madre o de base, por lo cual la secuencia presentada aún es preliminar y puede presentar modificaciones en el futuro.

Otro aspecto muy significativo en la excavación de este recinto fue la bioturbación. En mayor medida, la alteración por la intensa acción de las raíces de los árboles y otras plantas que estaban alrededor y al interior de la estructura, y más específicamente, el árbol que crece en el sector del muro de la cuadrícula 7. La presencia de raíces fue una constante en toda la excavación, lo cual nos motiva a pensar que el material fue, en parte, removido y no se encuentra en su posición original. Lo mismo sucede con la acción de los insectos que han cavado sus cuevas. También, consideramos la acción permanente del agua que, en esta zona de intensas lluvias, tuvo un rol en la forma de acumulación y arrastre de los materiales.

En primer lugar, la excavación fue presentada en detalle, tal cual fue registrada en el campo. De esa manera, cuantificando por cuadrícula, identificamos un total de 55 contextos. De los 55 contextos totales, 52 corresponden a contextos horizontales y solo 3 son cortes. Ampliando la mirada que

tuvimos en el campo, luego, en el laboratorio quisimos superar la división que se había establecido por cuadrículas y pensar como estos contextos -que habíamos numerado consecutivamente- podían formar parte de un mismo estrato. Esto requirió una revisión minuciosa, basada en las primeras interpretaciones y datos registrados en el campo, y luego cotejada en el laboratorio. Sobre todo, repensar aquellas interrupciones obligadas que tuvimos que hacer en la excavación hasta retomar el trabajo el año siguiente. Por eso, en esta síntesis hemos decidido aunar varios de estos contextos que había sido considerados de manera separada por diversos motivos -interrupción de la excavación y/o por la numeración de las cuadrículas y/o porque teníamos como criterio que es preferible separar en el campo y luego juntar en el laboratorio que aunar contextos que luego sería imposible separar nuevamente.

Presentaré a continuación las unidades estratigráficas positivas: estratos horizontales y verticales, depósitos o muros, y las unidades estratigráficas negativas, interfaces o superficies en sí, dentro de las cuales también puede haber horizontales y verticales, como los pozos. Para hacer más clara la explicación de estos estratos, que incluyen varios contextos, he resuelto nombrar a los estratos con letras con el objetivo, simplemente, de no repetir numeraciones que puedan prestar a confusiones. Hemos definidos un total de 23 unidades estratigráficas horizontales y 3 unidades estratigráficas negativas, elementos interfaciales verticales -pozos-. En esta instancia presentaré más los estratos excavados, y sus relaciones con los demás, y luego, los ciclos estratigráficos que considero tuvieron lugar y que corresponden a momentos significativos de la ocupación del sitio. Los mismos se encuentran representados en la matriz estratigráfica (figura 5.17). Los materiales arqueológicos que los componen serán descriptos en profundidad en el capítulo siguiente.

Estratos horizontales

En el laboratorio se pudieron definir diversos estratos, partiendo de similitudes sedimentológicas (granulometría, color y textura), que son presentados continuación. Pudimos distinguir, por homogeneidad, dos tipos de estratos horizontales, aquellos cobertores y aquellos que eran rellenos de pozos. Estas acumulaciones pueden deberse a distintos factores productos de actividades humanas y causas naturales, y/o a la acción combinada de ambas.

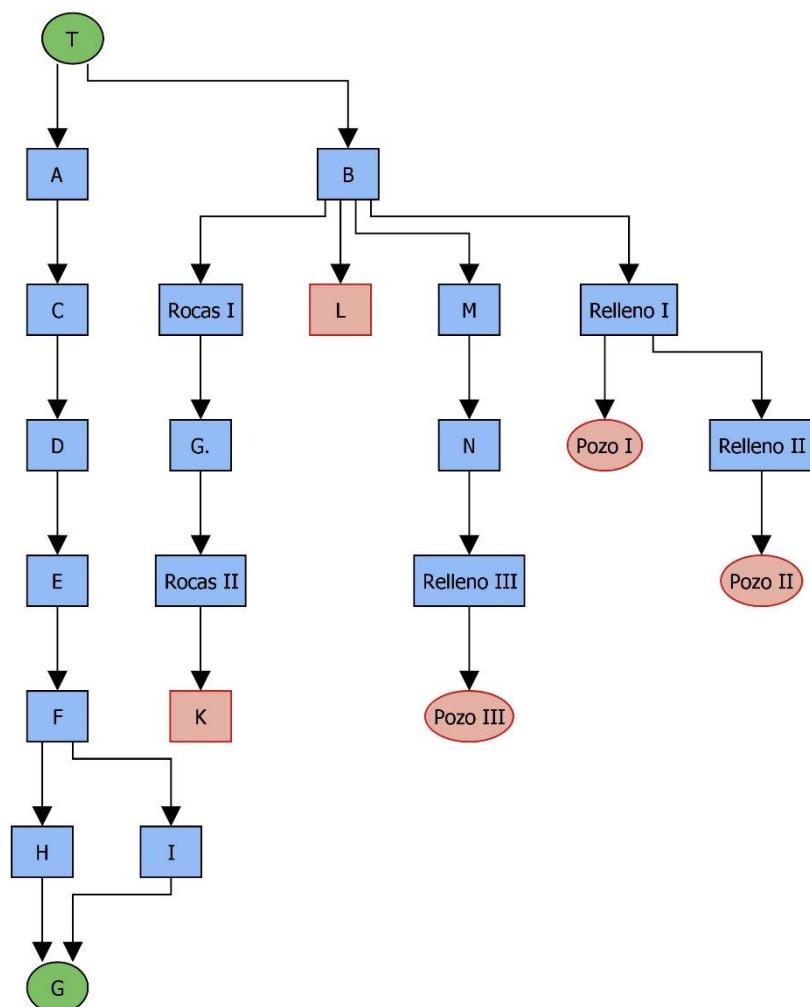


Figura 5.17. Matriz estratigráfica estructura 3. G en color verde corresponde a la superficie no excavada.

Estrato A: Abarca las cuadrículas 1, 2, 3, 4, 5 y 6, específicamente aquellos contextos superficiales (Contextos 1, 2, 3, 27, 29 y 30). Podemos agruparlos dentro de un solo estrato, ya que sus características sedimentológicas no presentan diferencias entre sí y a su vez, contienen gran cantidad

de vegetación. Hay una gran humedad, abundante presencia de raíces medianas y pequeñas e insectos. Es un estrato que cubre toda la superficie excavada de las cuadrículas mencionadas y con presencia moderada de materiales cerámicos y líticos. El límite de este estrato con el inferior se determinó también por la aparición de mayor cantidad de material arqueológico.

Estrato B: Este estrato corresponde a las cuadrículas 7, 8, 9, extensión de 8-9 y la trinchera, se compone de los contextos 16, 17, 28, 33, 34 y 41. También debemos agregar a este momento el contexto 33 de la cuadrícula 9, que fue separado del contexto 17, por los motivos mencionados *supra* pero que, luego dadas las similitudes sedimentológicas, no tuvo sentido interpretar de manera separada. El sedimento fue muy compacto. Este estrato se encuentra muy alterado por las raíces del árbol que se apoya en el muro, y que se extiende hasta la cuadrícula 9. También hay varios hormigueros y lombrices. En este estrato se recuperaron mayor cantidad de materiales. Fragmentos cerámicos de tamaño grande, muy abundantes materiales líticos de gran variabilidad de tamaño (que representan toda la secuencia de reducción, desechos, lascas, núcleos, etc.) casi en su totalidad de cuarzo lechoso y cristalino. Aparecieron algunos especímenes óseos. Este estrato contacta con varias rocas apoyadas de forma horizontal, dos de ellas lajas de gran tamaño.

Estrato C: este estrato se encuentra por debajo del estrato A, abarca las cuadrículas 1, 3 y 5 específicamente los contextos 4, 5 y 6. La separación se estableció porque aparecen mayor cantidad de materiales arqueológicos que en el estrato anterior. En toda la extensión del estrato aparece más abundante material lítico y cerámico en posición vertical y horizontal. Las diferencias sedimentológicas no son significativas ya que se trata también de un sedimento suave, de color marrón medio.

Estrato D: Este estrato se ubica en las cuadrículas 1, 3 y 5, específicamente los contextos 7, 8 y 9. El sedimento de este contexto se presenta más firme hacia el norte de la cuadrícula. Este estrato es de compactación firme compacto, más que el anterior más arcilloso. El límite es difuso e irregular. Los materiales recuperados consisten en restos líticos más que nada desechos de talla y algunas lascas.

Estrato E: Este estrato se ubica en las cuadrículas 1, 3 y 5 e incluye a los contextos 10, 11, 12 y 13, 14 y 15, dado que el corte que se realizó entre la excavación del 2015 y 2016 no se sustentaba a nivel sedimentológico. En este estrato es significativa la presencia de raíces y pozos de insectos. El sedimento es de tipo arena fina (franco arcilloso). La presencia de material es mayor que en el estrato anterior, son más abundantes los fragmentos cerámicos pequeños y medianos también los restos

líticos, también algunos restos óseos faunísticos. El límite es suave, se bajó hasta el surgimiento de un sedimento menos compacto y más arcilloso.

Estrato F: este estrato horizontal se ubica en las cuadrículas 1, 3 y 5, específicamente los contextos 18, 19, 20, 22, 23, 24, 43 y 47. Al momento de terminar de excavar los contextos se pudo apreciar que presentaban características similares en composición. En este estrato hay menos presencia de raíces. El sedimento es de grano fino, color pardo claro y de tipo arena fina. El material parece estar removido y aparece de manera menos frecuente. En la cuadrícula 5, y ahí únicamente, este estrato contacta con el H y el I, donde el límite lo marca la aparición de un sedimento más claro y arcilloso (H) y otro al NE más rojizo similar a arena (I). La excavación se dio por finalizada a la profundidad que apoya el muro en las cuadrículas 1 y 3.

Estrato H

Este estrato está restringido a la cuadrícula 5, por similitudes en sus características sedimentológicas hemos tomado en conjunto los contextos 25 y 54. Aparece por debajo del estrato F, es más suave, aunque presenta similitudes con el anterior.

Estrato I

Este estrato también se encuentra circunscripto a la cuadrícula 5, aquí por las similitudes presentadas a nivel sedimentológico hemos aunado los contextos 26 y 55. También se encuentra por debajo del estrato F y se encuentra paralelo al H. Este estrato es de composición más arcillosa y también con baja densidad de materiales. No podemos saber aún si esta característica más arcillosa corresponde a la preparación de un piso.

Estrato G

Corresponde al contexto 21 (C8) que se abre el contexto debajo de las rocas retiradas del posible derrumbe para separar los eventos. Aunque las características son iguales a las del estrato anterior, las rocas acumuladas marcan una discontinuidad con el estrato anterior.

Estrato K

Corresponde al contexto 32 y su continuación el 40 (C8). Se trata del estrato por debajo del estrato G. Cuando se seca se endurece levemente, menos que el contexto 16. El color pardo claro tirando a rojizo. Aparecía material clavado a pesar de que el sedimento es compacto. Se recuperó material cerámico y óseo, pero lítico en mayor medida. Aparecen nuevamente una acumulación de rocas que

puede constituir un arreglo de rocas -o derrumbe de muro-.

Estrato J

Este estrato corresponde el contexto 49 (C8) que se encuentra debajo de las rocas del estrato anterior. A través de ellas pasa una raíz de gran tamaño. La composición sedimentológica, sin embargo, es similar al contexto anterior.

Estrato L

En este estrato se encuentran los contextos, el 31 y su continuación el 39 y el 50 (C7) dadas sus similitudes sedimentológicas. Aquí intervinieron intensos procesos de floraturbación, por acción de las raíces. Se recuperaron abundantes materiales líticos y frecuentes tiestos medianos que se encuentran compactados entre las raíces y la tierra. También aparecen rocas provenientes del derrumbe del muro. Hacia el final del estrato disminuye la cantidad de materiales.

Estrato M

Este estrato está compuesto por los contextos 42 y 48 (trinchera), que fueron considerados de manera conjunta ya que presentaban amplias similitudes. Aparecen abundante material, disminuyen hacia el fin del estrato.

Estrato N

Este estrato corresponde al contexto 51 de la trinchera, se mantuvo la división porque presenta diferencias en cuanto a composición y mayor presencia de materiales.

Estratos horizontales rellenos de pozos

Estrato R1 (relleno de pozo 1)

Este estrato corresponde a los denominados contextos 35 y 44 (C9). Poseía sedimento rubefaccionado y algunas espículas de carbón, pudo haber funcionado como estructura de combustión, aunque su formatización no es clara.

Estrato R2 (relleno de pozo 2)

El relleno de este pozo n° 2 (contexto 38) incluye los contextos 37 y 46 (C9). Es depósito es pequeño y no se recuperaron materiales

Estrato R3 (Relleno de pozo 3)

Corresponde al denominado contexto 52 (trinchera), relleno del pozo n°3, contexto 53. Este estrato presenta mayor cantidad de materiales.

Superficies interfaciales (pozos)

Solo se registraron tres cortes que fueron descritos con mayor detalle *supra*.

Pozo 1

Este pozo corresponde al contexto 36, un corte definido en la cuadrícula 9. En su relleno se encontró otro corte, que se menciona debajo.

Pozo 2

Este estrato, el contexto 38, es un corte en el pozo n°1 de tamaño pequeño. La ubicación en el centro del recinto podría indicar que el corte pudo tener como función colocar un poste.

Pozo 3

Este estrato corresponde a un corte denominado contexto 53, ubicado en la trinchera. Su forma es ovalada y sus esquinadas redondeadas.

SINTESIS ESTRUCTURA 3

En esta sección me interesa sintetizar la información recabada en la excavación y proponer cómo pueden haberse conformado estos estratos, sus relaciones y, si existe, la posibilidad de pensar en ciclos estratigráficos (figura 5.17). No podemos dejar de lado que muchos de estos contextos han sufrido intensos procesos posdeposicionales -como bioturbación y la acción del agua- que provocaron el movimiento y desplazamiento de materiales. Sin embargo, hay varios elementos que nos permiten plantear una secuencia posible en la ocupación de este recinto y las actividades que allí se desarrollaron.

Como se refleja en la descripción anterior la amplia mayoría de los estratos son horizontales y cubren gran parte de la superficie de la estructura. Estos estratos se “reformularon” desarmado muchas de las diferencias que creíamos observar en primera instancia, dando lugar a 18 estratos horizontales, 3 estratos de relleno de pozos, tres cortes o pozos y acumulaciones de rocas. Los estratos verticales no han presentado características distintivas que permitan agruparlos entre ellos. Por otra parte, a nivel general, nos resultó significativa la ausencia de fogones al interior de la estructura, aunque pudimos observar sedimento rubefaccionado y algunas espículas de carbón dispersas en el pozo n°2 y,

fragmentos de carbón en el pozo 3. No descartamos haya habido estructuras de combustión que no se conservaran por ser efímeras o que estuviesen localizadas en otro sector de la estructura.

Podemos distinguir, principalmente, 3 momentos con la información disponible. Los “pisos de ocupación” no son del todo claros, pero los cambios concentraciones de materiales nos permiten pensar en momentos de mayor intensidad de actividades. Esto será ampliado en el capítulo siguiente con el análisis de los materiales recuperados.

El primer momento, el más antiguo, lo ubicamos en el estrato F, aunque -como aún no hemos alcanzado la roca base- podría no serlo en un futuro. Aquí es donde alcanzamos la mayor profundidad y donde apoyan las lajas clavadas del muro. Este punto de apoyo nos permite pensar que aquí comienza la construcción del recinto como lo vemos hoy. Los estratos H e I, contactan de manera horizontal con el F, y todos ellos se encuentran por debajo del E. Ocupan en conjunto las cuadrículas 1,3 y 5 completas. El contenido de materiales, que incluye principalmente cerámica y lítico, disminuye a medida que avanzamos en profundidad y los estratos H e I tienen un contenido de materiales menor que el F. El estrato F corresponde a un evento de acumulación por aporte fluvial.

Por encima, de estos estratos antes mencionados se encuentran el estrato E y luego, el D. Estos estratos cubren toda la superficie de las tres cuadrículas. Estos estratos también son de acumulación por acción del agua y el viento, actualmente las raíces y los insectos continúan generando movimientos. En el estrato D donde apoyan tres rocas de medianas a pequeñas en la esquina de la cuadrícula 5 y que circunscriben cerrando esa esquina del muro hacia el interior del recinto. En el estrato E se ubican la mayor cantidad y variedad de materiales. Podemos pensar que aquí se ubica un posible “piso” o momento de ocupación. Estos materiales corresponderían se habrían apodo sobre el estrato previo y luego cubierto por el estrato siguiente. A esta profundidad están en contacto con el pozo 3 que se ubica en la trinchera.

El estrato C presenta la mayor cantidad de materiales y contacta con los estratos L, N y G. Aquí en el sector de la cuadrícula 9 se hayan los cortes o pozos 1 y 2. No pudimos asignar a ninguno de estos cortes una función específica. El primero de ellos presenta materiales en su interior y el segundo de ellos que se encuentra dentro del primero, no presenta materiales. Por su ubicación al interior de la estructura nos invitaba a pensar en un pozo de poste, pero sus características no fueron suficientes para confirmar esta hipótesis. El arreglo de rocas marca la diferencia entre dos momentos. Por encima se encuentra el estrato más superficial, por debajo las rocas. Cuando las rocas fueron retiradas la

composición del sedimento seguía siendo la misma. En este ciclo podemos encontrar tres unidades interfaciales o cortes. Por encima están en contacto con el estrato B, el más temprano. Pero estos cortes fueron realizados en el estrato N, G. Los estratos verticales no presentan una formatización marcada que nos permitan atribuirles una función específica

El momento más temprano nivel de superficie. Aquí la acción de raíces y plantas y los insectos y el agua y el pisoteo de animales. Aquí podemos ubicar los estratos A y B, que poseen composiciones similares y que contactan entre sí. Ambos estratos son superficies de acumulación. Recibiendo gran cantidad de materia orgánica del entorno. La cantidad de materiales presente en este momento no es la más abundante y parecen en diversas posiciones. En su mayoría corresponde a restos líticos de diversos estadios de talla. Los restos óseos están casi ausentes. Todo el material se encuentra removido. También aparecen dos lajas apoyadas de manera horizontal, probablemente hayan sido removidas del muro para alguna otra acción. Las diferencias encontradas pueden deberse a concentraciones que limitan con la superficie no excavada. Sin embargo, es difícil definir actividades específicas. amplia extensión cuando por aporte fluvial y eólico se conformaron estratos amplios que cubrieron. Algunas de las lajas que se observaron de forma horizontal en el estrato B, tienen dimensiones similares a las que se encuentran en posición y que le hubiesen permitido ocupar el lugar de las lajas faltantes. El muro no es continuo y el recinto es abierto hacia el oeste.

CAPITULO VI

-ANALISIS DE MATERIALES-

Resumen

En este capítulo, en primera instancia, presento las herramientas metodológicas utilizadas para el análisis de los distintos materiales recuperados en la excavación. Me focalizaré, específicamente, en la metodología utilizada para el estudio de la cerámica, el lítico, los restos óseos faunísticos y el análisis de la arquitectura. En una segunda parte, me detendré en la descripción de los materiales provenientes de las distintas excavaciones de las tres estructuras y el material de la recolección superficial de las estructuras 3 y 4. Se incluyen los dos fechados radiocarbónicos AMS obtenidos para el sitio. Asimismo, para el caso de la estructura 3 en particular dedicaré un apartado al análisis de microrrestos vegetales realizado sobre restos de piezas cerámicas, instrumentos de molienda y sedimentos.

HERRAMIENTAS METODOLOGÍCAS PARA EL ANALISIS DE MATERIALES

Los materiales recuperados en el sitio comprenden una variedad de materiales (cerámica, lítico, óseo faunístico, arqueobotánico, arquitectónico), cada uno de los cuales fueron analizados con herramientas metodológicas específicas. A partir de ello, los materiales serán presentados para cada una de las estructuras trabajadas.

Metodología de análisis para material cerámico

Uno de los materiales más abundantes recuperados en la excavación de Guayamba II son los fragmentos cerámicos. La muestra analizada corresponde a la excavación de la estructura 1, 2, 3 y de la recolección superficial de las estructuras 3 y 4. Para su análisis hemos establecido una tipología particular, confeccionada para este sitio, siguiendo principalmente los atributos de composición de la pasta y tratamiento de la superficie (Balfet *et al.* 1992; Orton *et al.* 1997; Rye 1981). Los fragmentos fueron agrupados por su semejanza macroscópica. Para establecer los diferentes grupos o tipos se tuvieron en cuenta las siguientes variables: la cocción -reductora u oxidante-, el color de la superficie y la presencia de antiplásticos y su tipo. También el tratamiento de la superficie, como ser alisado, pulido o bruñido y la decoración presente en el interior y exterior de los fragmentos, entre las que distinguimos el pintado (de uno o más colores), inciso y exciso. Por otra parte, quiero mencionar que

hemos trabajamos con categorías que no presentan, *a priori*, ningún tipo de adscripción cultural explícita. Ya que este es el primer sitio de habitación que excavamos en el área de *yungas* hemos decidimos trabajar con categorías propias. Sin embargo, en varios casos hemos observado similitudes con tipos cerámicos diagnósticos del NOA -cerámica Condorhuasi (Taboada 2011), cerámica Averías (Gómez 2009; Páez *et al.* 2009)- tema que será discutido en los apartados siguientes

A través del registro de esas variables distinguimos, en primer lugar, dos grandes conjuntos de acuerdo a los atributos de la pasta, los fragmentos de pasta fina y los de pasta ordinaria o tosca. Los primeros poseen una pasta compacta, delgada y relativamente homogénea con inclusiones de antiplásticos pequeñas, y los segundos tienen una pasta de grosor variable y con mayor heterogeneidad en el tamaño de las inclusiones. A su vez, entre los finos, diferenciamos cuatro subgrupos principales, teniendo en cuenta especialmente su decoración, presencia de pintura y tratamiento de pulido. En el caso de los ordinarios o toscos, diferenciamos dos grupos de acuerdo al tamaño y cantidad de inclusiones. Los grupos y subgrupos son los siguientes:

- **Cerámica Fina:** como mencionamos *supra* se trata de fragmentos de pasta compacta, homogénea, con inclusiones pequeñas. La dividimos en cuatro subgrupos:
 - *Cerámica Pintada:* pasta fina o semifina con decoración pintada que se presenta, mayoritariamente, en la parte externa y con diseños geométricos.
 - Guayamba pintado A: fragmentos de pintados con pintura blanca y/o negra.
 - Guayamba Pintado B: fragmentos pintados de negro y/o blanco sobre pintura y/o engobe rojizo.
 - *Cerámica Pulida:* pasta muy compacta con cocción reductora. En el mayor número de casos el pulido es tanto externo como interno.
 - Castaño Pulido liso: sin decoración, son los más abundantes.
 - Castaño pulido exciso: fragmentos pulidos con decoración excisa también de motivos geométricos, por ejemplo, punteado.
 - *Cerámica Semi-Fina:* este subgrupo tiene una pasta de tipo compacto y de espesor pequeño, pero sin alcanzar el grado de la cerámica fina. Se distinguen dos tipos:
 - Semi-fino liso: sin decoración de superficie
 - Semi-fino con engobe rojo: superficie engobada, solo se observó en color rojo.

- **Cerámica Ordinaria o tosca:** a pesar de considerarse tosca presenta una superficie interna y externa con una buena terminación. Respecto de las características de los antiplásticos dividimos dos grupos:
 - *Ordinario Liso:* antiplásticos pequeños
 - *Ordinario Liso con mica:* presencia de mica de mayor tamaño.

De cada fragmento se registró a que porción de la pieza pertenecía (borde, cuello, cuerpo, base, etc.) y en los casos donde fue posible se realizó un remontaje. En el caso de los elementos diagnósticos de forma como bordes, labios, asas, puntos de inflexión y bases se registraron una serie de variables adicionales. Esta información, junto con la presencia de pulido interior y exterior, nos permitió definir la presencia de piezas abiertas y piezas cerradas (Balfet *et al.* 1992). Las vasijas abiertas son aquellas donde el diámetro máximo coincide con la boca como ser los platos, escudillas, cuencos y vasos. Las vasijas cerradas son aquellas donde el diámetro de la boca es igual o superior a un tercio del diámetro máximo, por ejemplo, las ollas y botellas. En los casos donde fue factible se realizó una reconstrucción gráfica de las formas de las vasijas (Calderari y Gordillo 1989). Esto es posible ya que, como proponen Orton *et al.* (1997), las vasijas, aunque no se hayan realizado en torno, guardan una simetría rotacional a partir del eje vertical. Esto permite que, a partir de un determinado porcentaje del total de la pieza, uno pueda reconstruir su forma u obtener al menos el radio de apertura. Una condición principal es que los fragmentos puedan orientarse según la posición que ocupaban en la vasija. Esto permite, posteriormente, comparar las reconstrucciones con las formas conocidas para otros sitios del área (Mulvany 1978; Dlugosz 2010; Barot 2017).

La reconstrucción de las formas tiene como objetivo principal relacionarlas con los posibles usos o con las características de *performance* (características afectan positivamente o negativamente la intervención de la pieza en determinadas actividades) (Menacho 2007). Sin embargo, debido al bajo número y porcentaje de vasijas reconstruidas no será un punto que podamos conocer en profundidad. También se registraron las posibles alteraciones o rastros de uso observables en los fragmentos, en la mayor parte de los casos estas alteraciones son huellas provocadas por exposición al fuego o al calor y algunas otras manchas de las cuales no pudimos determinar su origen. Asimismo, en todos los casos donde pudo identificarse la técnica empleada para el levantado de la pieza -que en el mayor parte de los casos correspondía a la técnica de rollos- fue registrado.

Por otra parte, todos los fragmentos analizados fueron clasificados por tamaño de acuerdo a la metodología utilizada por Berardi (2004, 2013), quien aplica las pautas de la sedimentología para las

mediciones de los clastos. Este autor distingue cinco tamaños que van desde muy pequeño a muy grande (ver tabla 6.1). Estos fueron medidos en **milímetros** utilizando un gráfico denominado circulómetro. Esta variable nos resulta de utilidad ya que permite establecer una conexión entre las dimensiones de los fragmentos y la acción de determinados factores postdepositacionales. Desde una visión geomorfológica, observando los ciclos de erosión y sedimentación, se puede relacionar la abundancia de ciertos tipos de clastos a contextos pedogenéticos específicos. La distribución de los clastos (diferencias por tamaño) está directamente influida por dos grandes factores, la pendiente y el agua. Es esperable que en contextos de erosión solo permanezcan aquellos clastos más grandes (más resistentes a la gravedad y agua), mientras que en contextos de acumulación los clastos abundantes sean los de menor tamaño, (arena, limo) más fácil de ser transportados por ambos agentes. Evaluar la distribución por tamaños nos permite identificar la acción de determinados procesos posdepositacionales, como el transporte por acción del agua o por las raíces, y evaluar así la estructura del registro. A su vez, el tamaño de los fragmentos cerámicos también afecta la densidad de elementos diagnósticos presentes.

Código	Tamaño	Diámetro	ø (Phi)
T1	Muy pequeño	=< a 16	-4
T2	Pequeño	16 – 32	-5
T3	Mediano	32-64	-6
T4	Grande	64-128	-7
T5	Muy grande	>= a 128	-8

Tabla 6.1. Tamaños expresados en mm tomado de Berardi (2004).

Para la cuantificación de la cerámica se realizó a través de la unidad mínima de fragmento y también se contabilizó el **número mínimo de vasijas (MNV)** presentes. Este valor se confecciona a través de la realización de un estimado que indique el menor número de piezas alfareras representadas en la muestra. Esto se confecciona teniendo en cuenta los elementos diagnósticos que posee una vasija como son los bordes, las bases y también partes de cuerpo no diagnósticas que presentan características únicas de pasta (Feely y Ratto 2013). Esto me permitió realizar comparaciones entre los conjuntos presentes.

Metodología para el análisis de material lítico

El estudio del material lítico brinda información sobre la organización productiva desplegada por los habitantes dentro del ámbito doméstico, principalmente las etapas de manufactura desarrolladas, las materias primas aprovechadas y la forma en que fueron confeccionados y utilizados los instrumentos -uso, mantenimiento, transporte y descarte-. Cabe destacar que muchos de los diseños artefactuales son realizados con el objetivo de cumplir determinadas tareas, que dependen del tipo de estrategia económica desarrollada (Escola 2000).

El material lítico recuperado en las excavaciones de los sitios arqueológicos Guayamba II y Casa Pintada, fueron analizados en el marco de la tesis de licenciatura de Ignacio Gerola (2018) y continúan bajo estudio ya que no se pudo abarcar aún la totalidad de la muestra. Los pasos metodológicos aplicados fueron los siguientes: en primer lugar, se diferenciaron las materias primas que componen los conjuntos líticos. La distinción se desarrolló de forma macroscópica en laboratorio, mediante ojo desnudo y lupa binocular. Así se procedió a establecer cuáles eran los porcentajes en que cada materia prima se encuentra presente. Para poder relacionar estos datos con la forma de aprovisionamiento y la selección de recursos líticos, se registraron las posibles fuentes de materias primas primarias y secundarias a través de prospecciones pedestres en los alrededores de los sitios (Nami 1992; Andrefsky 1998; Prous 2004).

Luego, se realizó un análisis técnico-morfológico-funcional de los conjuntos a nivel macroscópico empleando la morfología descriptiva elaborada por Aschero (1975, 1983). En primer lugar, se diferencian las piezas en tres clases tipológicas: desechos de talla, instrumentos y núcleos (Aschero y Hocsman 2004). A su vez, para cada instrumento identificado se agrupa por regularidades morfológicas adscriptas a grupos tipológicos que comparten características en común. También, se aplicaron los criterios de clase técnica y serie técnica. La clase técnica permite distinguir el grado de trabajo invertido en la manufactura de instrumentos y se mide a través del análisis de los lascados, que pueden ser producto de diversas modalidades de talla por percusión o por presión. La serie técnica registra los diversos procedimientos técnicos ejecutados en la producción de los artefactos formatizados y de lascas con rastros complementarios.

Todas las piezas de las tres clases tipológicas fueron clasificadas según los tamaños y módulos delimitados según el cuadro de Bagolini en la propuesta de Aschero (1975). Las variables pertinentes para el análisis de los desechos de talla son: estado, tamaño, modulo, largo, ancho, espesor, tipo de

desecho y tipo de talón. Esto nos informa sobre la manera en la que se prepararon los núcleos, las técnicas de talla utilizadas y las etapas de reducción y formatización llevadas a cabo por los talladores. En el caso de los núcleos las variables medidas fueron: tamaño, modulo, largo, ancho, espesor y la designación morfológica de núcleo. Esto se relaciona con el modo en que fueron aprovechadas las materias primas y permite indagar en las primeras etapas de producción, por ejemplo, las técnicas de extracción de las formas base (Paulides 2006).

Para el estudio de instrumentos se tomaron como variables diagnósticas de la formatización de los filos y las series técnicas empleadas: estado, tamaño, modulo, largo, ancho, espesor, forma base, talla, situación de los lascados sobre las caras, anchura de los lascados, extensión de los lascados sobre las caras y extensión relativa de los filos. Esto permitió la asignación de cada instrumento a un grupo tipológico. A través del análisis de los instrumentos podemos pensar como funcionó la selección de materias primas, las técnicas de talla empleadas, el grado de estandarización del conjunto, la función para la que fueron confeccionados los artefactos y el esfuerzo invertido (Aschero y Hocsman 2004; Sentinelli 2012). Por otra parte, para reconocer aquellos elementos diagnósticos de la talla bipolar, se retoman los criterios destacados por Fábregas Valcarce y Rodríguez Rellán (2008): presencia de dos bulbos, ondas de percusión contrapuestas, fragmentos en formas de gajo de naranja, machacado en los extremos, talones puntiformes o filiformes y desechos de módulos alargados y bajo espesor. Es importante mencionar que las dos primeras categorías mencionadas, no suelen presentarse en el cuarzo, materia prima casi exclusiva de estos sitios.

Metodología de análisis de restos faunísticos

A continuación, describiré los pasos metodológicos utilizados para analizar la muestra zooarqueológica proveniente del sitio Guayamba II. A pesar de ser una muestra pequeña consideramos que resultan de un valor significativo para comprender las prácticas realizadas en el sitio. La metodología consistió, en primer lugar, en la identificación anatómica y taxonómica utilizando muestras comparativas del IDA (Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA). La unidad mínima de análisis para la identificación anatómica fue el espécimen. Utilizamos también la unidad elemento, que es una categoría más inclusiva que el espécimen, a fin de caracterizar el subconjunto *Camelidae*. Debido a la ausencia de falanges proximales no se pudo realizar ninguna identificación interespecífica de camélidos. Los restos óseos, que debido a su fragmentación no pudieron ser identificados, fueron contabilizados como no identificados (NID). Las marcas antrópicas fueron evaluadas macroscópicamente considerando marcas de corte, raspado, machacado y negativos

de impacto. Se tuvo en cuenta la distribución de las marcas de corte en el esqueleto axial y apendicular con el objetivo de identificar diferentes etapas de procesamiento (Binford 1981; Mengoni Goñalons 1988; Lyman 1994).

En relación con el grado de integridad de la muestra consideramos los estadios de meteorización de acuerdo a los estadios propuestos por Behrensmeyer (1978) y la presencia de marcas naturales producidas por roedores y raíces. También registramos la termoalteración de los especímenes considerando tres estadios: quemado, carbonizado y calcinado (Mengoni Goñalons 1999).

Con respecto a la cuantificación consideramos, en primer lugar, el número de especímenes óseos identificados por taxón (NISP), lo que nos permitió contemplar la composición taxonómica general del conjunto. También se calculó el número mínimo de individuos representados por taxón, considerando lateralidad y estado de fusión de los huesos. Todas las cuantificaciones se realizaron por los estratos naturales registrados durante la excavación. Para contemplar la abundancia de partes esqueléticas, se utilizaron los valores del NISP debido a que la muestra no es suficientemente grande para realizar otras medidas. El número de especímenes óseos identificados por taxón nos permite igualmente realizar una comparación de los conjuntos.

Metodología de análisis arquitectónico y espacial

Para analizar el espacio construido retomaremos las bases de la Arqueología de Arquitectura (Mañana Borrazas *et al.* 2002), marco teórico-metodológico que se desprende de la Arqueología del Paisaje propuesta por Criado Boado (1999). La arquitectura ofrece múltiples y complementarias vías de análisis, me inclino por esta versión ya que esta metodología propone combinar varias de ellas a través del análisis tipológico, estratigráfico y espacial de la arquitectura. Su objetivo principal consiste en identificar los factores organizativos de la arquitectura teniendo en cuenta la relación con el entorno –emplazamiento, relación con otros espacios-, un análisis formal o morfológico y un análisis perceptivo. Antes de presentar esta metodología describiré brevemente los principios sobre arquitectura en los cuales se fundamenta.

Según Criado Boado (1999), toda sociedad posee ciertas tecnologías para domesticar el espacio, para construir su espacio doméstico, y dado este carácter constructivo es que podemos denominarlas arquitectónicas. La construcción depende de los sistemas de representación, incorpora dispositivos conceptuales que configuran el espacio. Según Parker Pearson y Richards (1999) la arquitectura corporiza y expresa los principios de orden y clasificación propios de una sociedad. El espacio cultural

construido es un contexto definido donde la gente realiza sus actividades. Las actividades humanas dentro del espacio doméstico están íntimamente ligadas a los arreglos arquitectónicos. La arquitectura es, para estos autores, producto de la cosmología. Por lo tanto, la vivienda, cumple un rol activo en la reproducción social mediante la transmisión y asimilación de principios ideológicos.

En consonancia con lo que presenté en el capítulo III, si bien la arquitectura es un producto más de la cultura material, presenta ciertas particularidades que me interesa mencionar. Según Mañana Borrazas *et al.* (2002) los edificios y/o las viviendas son algo más que objetos y/o estructuras materiales, son instituciones que intervienen activamente en los mecanismos de reproducción de los sistemas sociales. Los ambientes construidos constituyen una manera de organizar el mundo haciendo visibles los sistemas de ordenamiento. El pensamiento ordena el espacio y al darle un carácter físico a las ideas las convierte en útiles mnemotécnicos, que recuerdan a la gente como debe actuar. La arquitectura es forma, pero también es contenido, ya que ambos resultan inseparables (Eco 1979). Esta perspectiva propone darle al registro arquitectónico un carácter multidimensional, incorporando el espacio tridimensional y el espacio como experiencia vital.

La arquitectura, como cualquier producto otro de la cultura material, está destinada a comunicar información que es manejada, a nivel consciente o inconsciente por el grupo que la produjo. En el espacio construido se desarrollan las prácticas de la vida cotidiana, pero al mismo tiempo se las reproducen (Shank y Tilley 1987). La forma de una vivienda aporta un medio perdurable para imponer esquemas de organización social, es reflejo y generadora de conducta social. Asimismo, la casa existe en numerosos niveles de percepción, y esta percepción varía según la condición de los agentes que la perciben -como son el género, la edad, status, entre otras-. La casa es una entidad viva que desempeña un rol activo en la reproducción social, en términos foucaltianos, un elemento de saber-poder que impone esquemas espaciales.

Esta metodología desarrollada por la Arqueología de la Arquitectura contiene dos fases principales: un análisis formal o morfológico y un análisis perceptivo. Estas etapas resultan complementarias entre sí y con la excavación arqueológica y el análisis de los materiales recuperados. La primera fase, tiene como objetivo el análisis estratigráfico y espacial. En la segunda, se analizan las relaciones existentes entre los distintos espacios, para poder identificar los factores organizativos que actúan en una construcción y especificar las relaciones que se establecen entre los distintos niveles espaciales, como ser: modos de relaciones espaciales –por ejemplo: conexos, contiguos-, modos de organización

espacial -por ejemplo: centralizada, lineal- y los principios organizadores adicionales -el eje, simetría, jerarquía-.

Como la organización del espacio no responde solamente a cuestiones formales, esta metodología propone también un análisis perceptivo. Se entiende que la percepción humana se realiza mediante los sentidos (vista, olfato, audición, tacto, entre otros) y por medio del movimiento; por este motivo las técnicas propuestas incluyen ambas acciones. El análisis del movimiento implica el análisis de circulación y de accesos para identificar el hilo perceptivo del yacimiento y comprender los lugares predominantes, la configuración del recorrido y cómo éste afecta a los diferentes espacios. Son cuatro las técnicas fundamentales a emplear en este tipo de análisis: el análisis *gamma* (Hiller y Hanson 1984), análisis de circulación, análisis de condiciones de visualización -visibilidad y visibilización. A pesar de que consideramos que estos análisis aportan información muy relevante para el análisis de los sitios, dada la baja cantidad de estructuras presentes en Guayamba no serán aplicados todos. El hilo perceptivo, aunque resulta de gran importancia porque refiere a la dirección y sentido de la circulación dentro del asentamiento que vincule los diferentes espacios en nuestro caso solo puede ser hipotetizado de manera parcial. Los análisis de visibilidad refieren a la identificación del dominio visual en un espacio construido, panorámica que se domina desde el y de la intervisibilidad o relación visual entre ese elemento y otros, sean o no arqueológicos, y los de la visibilización, a la valoración de cómo se perciben los distintos espacios construidos o forma en que un elemento arqueológico es visto (Criado Boado 1999). El objetivo de estos últimos es establecer relaciones significativas entre los espacios del sitio y entre los sitios. Estos análisis fueron tenidos en cuenta, aunque con ciertas reformulaciones producto de las críticas que recibieron de diversos autores (Hamilakis 2013; Ingold 2000, entre otros).

Como mencionase en el capítulo III se le ha criticado a esta perspectiva que el lugar que se le otorga a la visión es primordial, considerándola como una entidad separada (Hamilakis 2013). El cuerpo participa en el mundo y los sentidos se solapan, la percepción es, por lo tanto, sinestésica y kinestésica, ya que los sentidos funcionan al unísono (Hamilakis 2011). En base a esto, nos interesa incorporar algunas ideas de la aproximación fenomenológica del paisaje, que contempla los sentidos como modalidades de la existencia corporal en el mundo (Tilley 2004). Aunque esta aproximación tampoco estuvo exenta de críticas, ya que se consideraba que traslada nociones de nuestra propia cultura al pasado, ya que el investigador no puede reconstruir las experiencias sensoriales de los agentes sociales pretéritos (Criado Boado 1999; Vaquer 2010). Sin embargo, no es necesario abandonar de plano estas propuestas, sino que pueden pensarse maneras de reajustar su metodología. Para superar ambos problemas, Hamilton *et al* (2006) proponen y aplican una metodología basada en

la Fenomenología, pero desde un punto de vista experimental. A través de una serie de experimentos controlados en el campo durante distintas estaciones del año, definen una serie de límites máximos para los sentidos y las posibilidades de comunicación, especialmente la vista y el oído, considerando también en algunos casos el olfato. Estas medidas pueden ser tomadas como guía para evaluar las experiencias sensoriales desde otra perspectiva. Dada las condiciones de densa vegetación y baja “visibilidad” que presenta la zona de estudio, resulta fundamental la incorporación de enfoques que tengan en cuenta la experiencia sensorial total y nos permitan establecer otro tipo de relaciones entre las estructuras o entre los diferentes sitios.

Metodología de análisis de restos arqueobotánicos

Se realizaron estudios de microfósiles provenientes de diferentes muestras: fragmentos de vasijas recuperados en excavación, muestras de sedimentos y artefactos de molienda en estratigrafía y registrados en superficie. Los análisis fueron realizados por la Lic. Zuccarelli en el laboratorio del Centro de Investigaciones y Transferencia de Catamarca (CITCA). Las muestras para el análisis de microfósiles en los fragmentos cerámicos y artefactos de molienda móviles se tomaron por raspado en seco, obteniéndose muestras de la superficie basal interna del contenedor, de la superficie externa ennegrecida y de la matriz sedimentaria. Para las descripciones de los granos de almidón así obtenidos se siguieron las pautas y descriptores cuali-cuantitativos propuestos por Babot (2007, 2009, 2011), Korstanje y Babot (2007), Babot *et al.* (2008) y el ICSN, *The International Code for Starch Nomenclature* (2011). Se realizó la cuantificación y determinación de fitolitos mediante morfotipos definidos sobre la base de las clasificaciones morfológicas previas, utilizando el ICPNWG (2005) y las pautas clasificatorias de Twiss (1969), así como también para establecer afinidades botánicas de los morfotipos diagnósticos. Para las muestras de sedimentos se llevó a cabo un análisis múltiple de microrrestos -silicofitolitos y almidones- (Korstanje 2005), y análisis químicos de suelos (fósforo, carbonatos, pH, materia orgánica) (Korstanje y Cuenya 2010). En el caso de los artefactos de molienda fijos, como son las conanas y morteros, se realizó una extracción en húmedo utilizando la metodología propuesta por Babot (2006) con intervalos de 5-7 minutos cada uno.

ESTRUCTURA 1

Excavación, estratigrafía y materiales recuperados

En el mes de marzo del año 2009 se localizaron las estructuras 1 y 2 del sitio. En diciembre de ese mismo año se realizó un sondeo de 1,5 x 1,5 m en la esquina sureste de la estructura 1 en contacto

con los muros este y sur (ver figura 5.23). La técnica de excavación consistió en niveles artificiales de 10 cm cada uno y se excavaron un total de 7 de ellos. Se alcanzó una profundidad de 80 cm, donde a su vez apoya la base del muro y aparece la roca madre. Los materiales recuperados corresponden en su mayoría a fragmentos de cerámica, lo sigue los restos líticos y, por último, los restos óseos de fauna, que son bastante escasos. A continuación, describiré las características de cada uno de ellos y al final de la sección se ofrece una primera síntesis e interpretación.

La cerámica

En la estructura 1 se recuperó un total de 364 fragmentos. La mayor parte de los tiestos recuperados, un 49% (n= 181), corresponden a cerámica ordinaria sin decoración. En segundo lugar, con un 23,4% (n=85), lo sigue el tipo semi-fino liso. Luego, con un 11,5% (n=42), el ordinario liso con mica. En cuanto a los tipos decorados están representados en una menor proporción, menos de un 5% cada uno, semi-fino con engobe rojo (4,9%), Guayamba Pintado B (4,4%) y Guayamba Pintado A (2,7%) (figura 6.1). Hay dos fragmentos que presentan similitud con los que se conoce como Condorhuasi Bicolor (figura 6.3).

La frecuencia de fragmentos aumenta en los niveles inferiores, siendo los restos de cerámica ordinaria siempre los más abundantes (figura 6.1). Del total de fragmentos recuperados, la mayoría corresponde a porciones del cuerpo (n=346). En esta estructura registramos 15 bordes y 1 fragmento de cuello. Los bordes son, en algunos casos, muy pequeños para clasificarlos. Los que sí pudieron ser catalogados son, en su mayoría, evertidos (n=9) y rectos (n=4). Hemos calculado un NMV (número mínimo de vasijas) para esta estructura de 15 piezas. Los remontajes en esta estructura no fueron posibles, tampoco pudimos reconstruir formas específicas. Sin embargo, distinguimos la presencia de piezas abiertas y cerradas en algunos casos. Por ejemplo, un fragmento de borde castaño exciso presenta pulido tanto interno como externo, esto nos indica que se trata de una pieza abierta. Teniendo en cuenta la diferencia del grosor de pasta con los otros fragmentos de castaño pulido, que también están pulidos interna y externamente, no sería la única. Otros dos bordes evertidos nos permitieron identificar dos piezas cerradas. Por otra parte, no se registran fragmentos con marcas de termoalteración u hollín que indiquen exposición al fuego, tampoco marcas de otro tipo. Sí, me interesa destacar la presencia de concreciones de arcilla cruda.

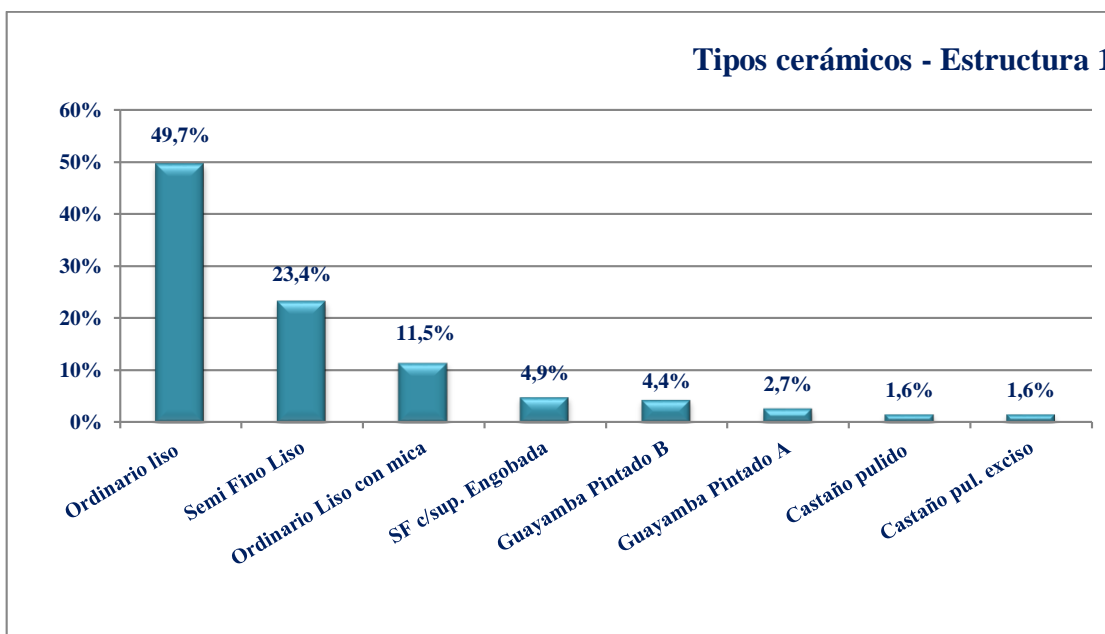


Figura 6.1. Distribución por tipos cerámicos estructura 1.

Los tamaños se distribuyen de manera heterogénea, siendo los más abundantes el tamaño 2 con un 57% (n= 206) y el tamaño 3 con un 28% (n= 103) (figura 6.2). Estos tamaños son pequeños y pueden estar indicando la posible migración de materiales o su acumulación producto del transporte del agua. Esta tendencia es, sin embargo, constante a lo largo de la secuencia (figura 6.5). El tamaño pequeño de los fragmentos también puede estar indicando actividades de limpieza recurrentes y/o de abandono previsto, llevándose aquello que estaba entero y podía ser utilizado. Esto también afecta a la reconstrucción de vasijas y la identificación de tipos diagnósticos. El estado de preservación del material es bastante bueno, no hay indicios de deterioro, aquí los procesos postdepositacionales parecen haber afectado en menor medida que en las restantes estructuras, el muro está aún en pie y no hay tanta presencia de raíces.

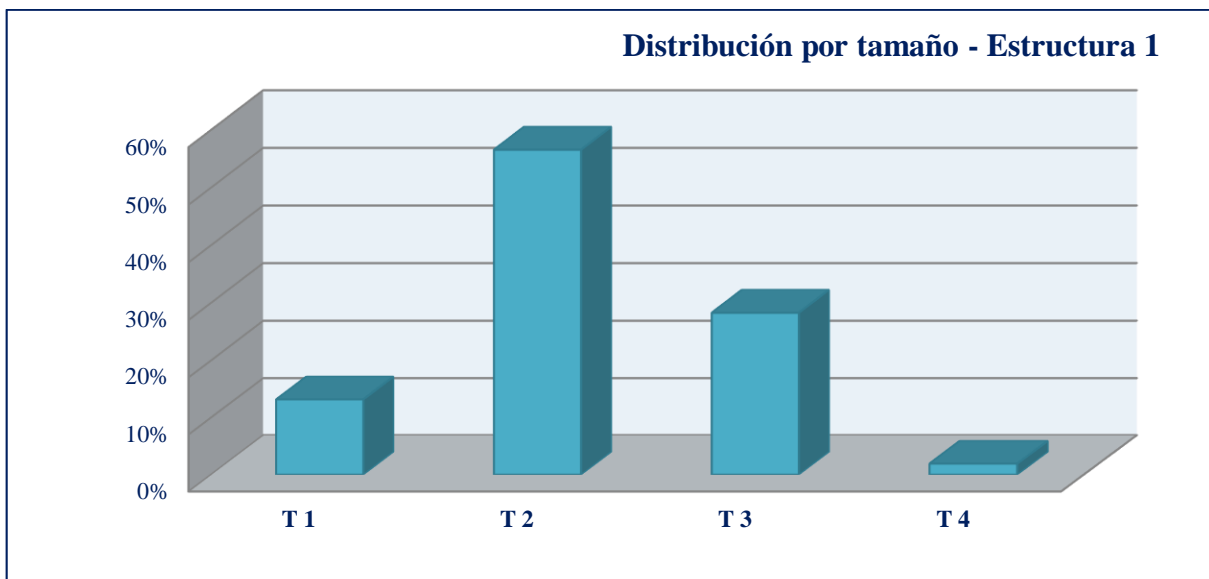


Figura 6.2. Distribución por tamaños cerámicos estructura 1.



Figura 6.3. Tipos cerámicos presentes en estructura 1.

Los picos de acumulación de materiales, se observan en los niveles 5, 6 y 7 (figura 6.4). Siendo el nivel número 6 donde se produce la mayor concentración, lo continúa el nivel 5. Igualmente podemos observar que, aunque en medidas diferentes, las proporciones de representación de los tipos cerámicos es semejante. Los valores de los primeros 4 niveles son relativamente constantes, en cuanto a volumen de fragmentos recuperados y su distribución entre los diferentes tipos cerámicos, aumentando a medida que lo hace la profundidad.

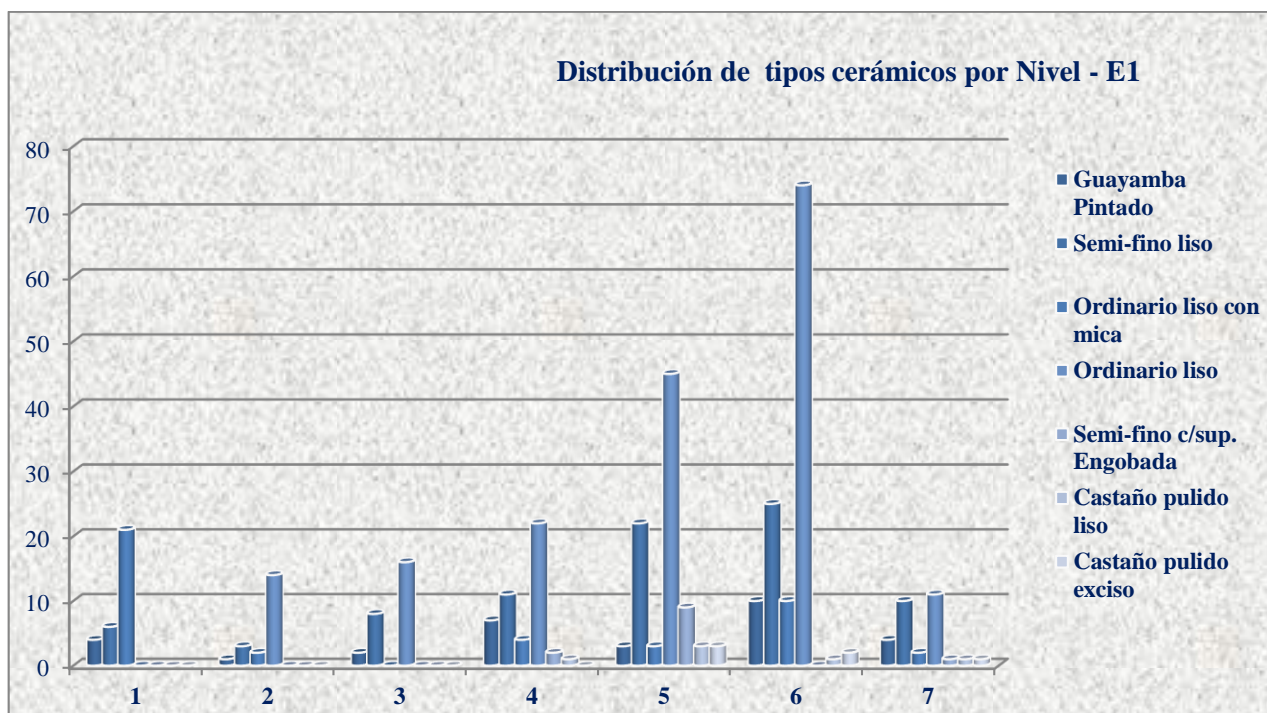


Figura 6.4. Distribución por tipos cerámicos por nivel estructura 1.

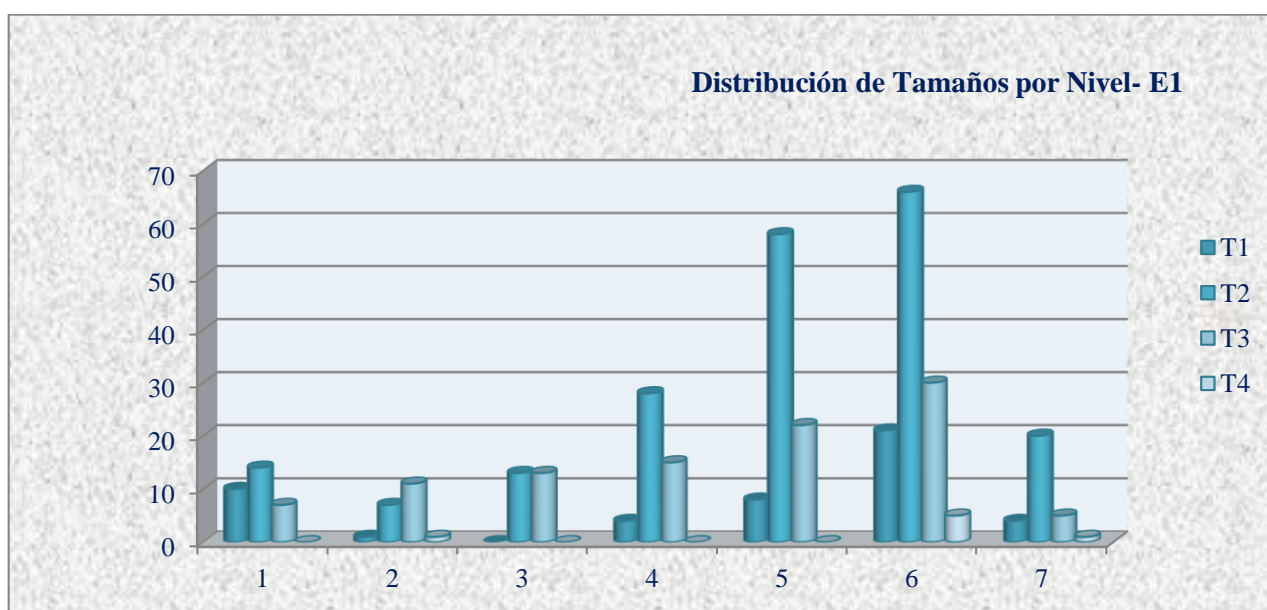


Figura 6.5. Distribución por tamaños cerámicos por nivel estructura 1.

Análisis de restos líticos

En la estructura 1 se registraron 44 piezas líticas, de las cuales 43 fueron confeccionadas en cuarzo y una sola está realizada en sílice blanco (figura 6.6). En cuanto a la estratigrafía los distintos niveles presentan frecuencias constantes de material, con un leve aumento de cantidad de piezas en los estratos más profundos. Entre los especímenes recolectados, ocho se clasifican como instrumentos: un retoque sumario o cuchillo confeccionado en sílice blanco, un raspador, tres cuchillos de filo natural, una muesca y dos manos de moler (figura 6.7). Los tres artefactos tallados (muesca, raspador e instrumento compuesto) fueron confeccionados mediante talla unifacial directa y microretoques. Uno de los artefactos de molienda es de tamaño grande, su diámetro mínimo es de 5,62 cm, mientras que el máximo es de 7,14 cm. Esta mano presenta como rastro de uso gran parte de su superficie pulida. En cuanto a los núcleos, se registraron tres entre las piezas de esta estructura, son núcleos con lascados aislados de tamaño mediano grande.

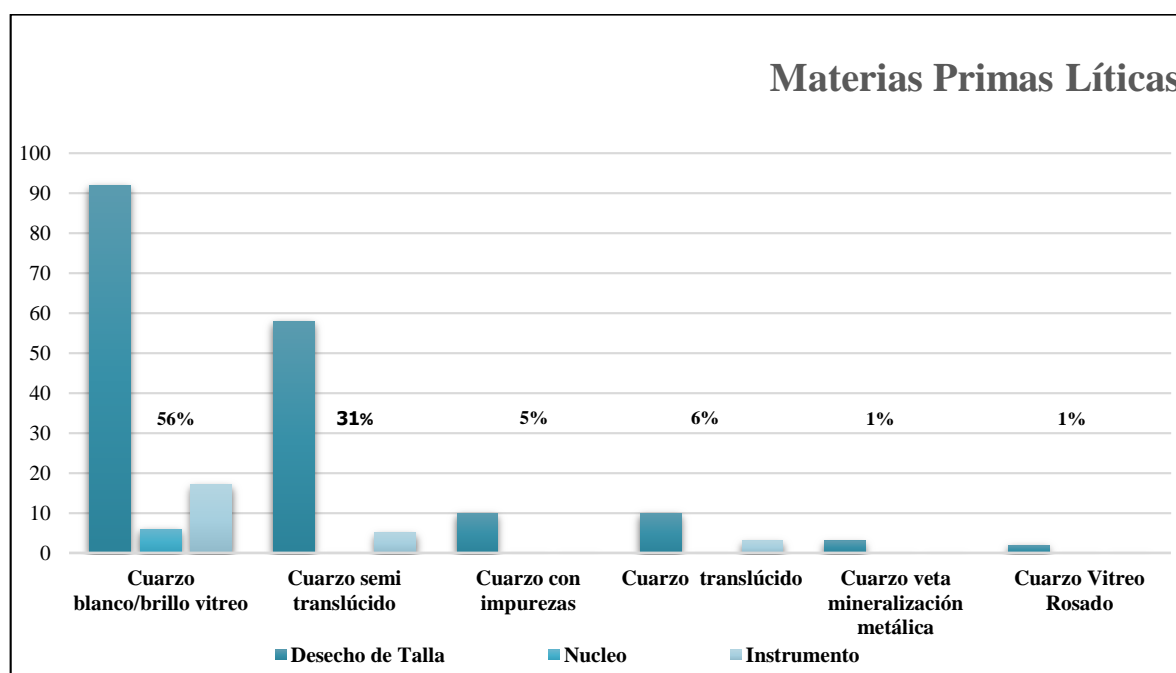


Figura 6.6. Distribución general de materias primas utilizadas en el sitio

Por otra parte, contabilizamos 33 desechos de talla, entre los ellos predominan los tamaños pequeños (n: 19, 18%) y los módulos mediano normales (n:11, 25%). Se destaca la distinción de 3 lascas bipolares (“gajos de naranja”), 3 lascas con talón puntiforme y 1 con talón filiforme. A su vez, 5 de los desechos de talla presentan rastros complementarios en sus bordes.



Figura 6.7. Instrumentos líticos de la estructura 1. Arriba: artefactos de cuarzo. Abajo: instrumento de sílice. (a) cuchillo; (b) retoque sumario.

Restos faunísticos

En esta estructura se recuperaron algunos restos óseos faunísticos, aunque como habíamos mencionado previamente estos son muy escasos dentro del sitio. Eso puede deberse a diversos factores, como el alto grado de depositación y humedad que no favorece su conservación. Se recuperaron un total de 9 especímenes óseos (ver tabla 6.2), de los cuales 5 corresponden a NID (fragmentos no identificados). Los cuatros restantes, dos pudieron ser asignados al taxón *Camelidae*, una vértebra pequeña completa sin fusionar y un tarsiano completo (etnocuneiforme) (figura 6.8), sobre el cual pudimos posteriormente realizar un fechado AMS. Los otros dos especímenes solo pudieron ser asignados al orden *Artiodactyla* y corresponden a fragmentos de hueso largo, uno de ellos presenta marcas de corte. La meteorización es baja, entre 1 y 2 para la mayor parte de los casos. A su vez, dos de los fragmentos óseos no identificados presentan evidencias de termoalteración, están

calcinados. También en los niveles 5, 6 y 7 se recuperaron varios fragmentos de cáscara de huevo, de una especie sin identificar, pero por la profundidad su inclusión puede ser antrópica.

Nivel	Taxón	Hueso	Termo- alteración	Meteorización
5	Cam	VERT		1
6	Cam	TARSIANO		0
6	Art	LBN		1
6	NID			2
6	NID			2
6	NID		3	
6	NID		3	
6	NID			2
6	ART	LBN		1

Tabla 6.2. Especímenes óseos faunísticos estructura 1

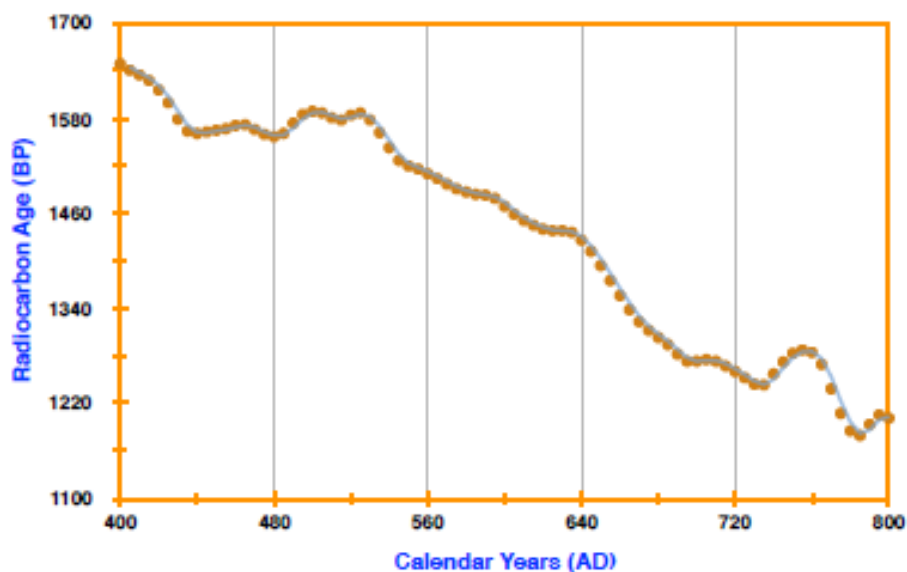


Figura 6.8. Fragmentos óseos provenientes de la estructura 1, la izquierda fragmento de hueso largo con marcas de corte y a la derecha hueso tarsiano de camélido completo.

Cronología radiocarbónica

Se realizó un fechado radiocarbónico AMS en el laboratorio ICA, Miami, USA (figura 6.10), sobre un hueso de camélido, un tarsiano completo recuperado en el nivel 6 de la excavación. El método utilizado por el laboratorio es edad calibrada usando INTCAL13: IntCal13 y Marine13 Radiocarbon Age Calibration Curves 0–50,000 years cal BP. Este análisis nos arrojó una datación de Cal 560-650 A.D.

Date Received	July 18, 2017	Material Type	Bone
Date Reported	August 05, 2017	Pre-treatment	Col-AAA
ICA ID	17B0727	Conventional Age	1450 +/- 30 BP
Submitter ID	2	Calibrated Age	Cal 560 - 650 AD



Date Submitted	July 18, 2017
QC 1 Sample ID	IAEA C7
QC Expected Value	49.53 +/- 0.50 pMC
QC Measured Value	50.03 +/- 0.30 pMC
Pass?	YES

Figura 6.9. Fechado radiocarbónico AMS sobre hueso de camélido, estructura 1.

Rasgos arquitectónicos

Esta estructura todavía es visible en superficie, algo bastante dificultoso dadas las características propias del área. La estructura 1 y 2 forman un conjunto, están adosadas compartiendo un muro (figura 4.3). Sin embargo, la conservación de ambas es diferente, la estructura 1 mantiene todos sus muros en pie. Se trata de un amplio recinto rectangular cerrado, de 14 m por 6 m de ancho.

Este recinto posee un único acceso o entrada, ubicado en el muro norte. Este vano se define por dos jambas clavadas verticalmente a cada lado, ambas en posición, y sobresalen 70 cm por sobre la superficie del terreno. Los muros de esta estructura son dobles y potentes, alcanzando, por sectores, más de un metro de espesor. En superficie se puede observar que posee rocas de tamaño mediano y

grande en posición horizontal, acomodadas para dar regularidad a la construcción. También llevan intercaladas algunas rocas de menor tamaño. En excavación, se observó que el muro sur posee por debajo grandes rocas verticales, sin presencia de rocas pequeñas como basamento. Sobre estas rocas verticales tipo laja se colocaron rocas horizontales, con la misma técnica mencionada antes. El muro este, en cambio, posee rocas de tamaño grande y mediano apiladas horizontalmente, no presenta en el sector excavado rocas verticales. El muro sur se encuentra en una pendiente, un barranco, esto afecta su conservación, pero no en la medida de la estructura 2. Por otra parte, la materia prima utilizada para la construcción es local y se encuentra disponible en el área circundante, con lo que podemos suponer en que no hubo gran esfuerzo en transporte de materiales, si podemos pensar en algún tipo de canteado y un esfuerzo en acomodar los mampuestos para lograr una homogeneidad murario (figura 6.10).



Figura 6.10. Detalle de los muros estructura 1.

Esto nos hace pensar, en una arquitectura planificada, hecha para perdurar. El gran tamaño nos invita a reflexionar sobre si fue un recinto únicamente doméstico o si también pueden haberse desarrollado varias actividades simultáneamente. No registramos evidencias de que se tratase de un recinto techado, aunque no podemos descartarlo; sin embargo, dadas sus dimensiones sí estuvo techado probablemente no fue completamente.

Por otra parte, dada la altura de más de 1 metro (en el sector excavado) y espesor de los muros pensamos que la comunicación visual entre estas estructuras no era posible. Desde el vano de entrada, dado su tamaño pequeño de aproximadamente 50 cm, tampoco nos permitiría tener una visión completa de lo que está sucediendo al interior de la estructura. Estos puntos marcan una diferencia con las otras dos estructuras (3 y 4). La comunicación visual entre estos dos grupos de recintos, en este momento, no es posible; sin embargo, la comunicación sonora entre estructuras es viable, se escucha perfectamente las conversaciones mantenidas en una y otra. Por otra parte, no podemos afirmar que hayan estado en uso contemporáneamente.

ESTRUCTURA 2

Excavación, estratigrafía y materiales recuperados

Entre 2014 y 2015 se excavó un sondeo de un 1 x 1 m en la esquina sureste de esta estructura (figura 5.1). Se excavo siguiendo los estratos naturales, pudiendo reconocer cuatro estratos, a cada uno de los cuales se les asigno un número de contexto correlativo. Se alcanzó una profundidad de 1 m donde la roca madre.

La cerámica

En el sondeo de la estructura 2, aunque la superficie excavada fue menor, la cantidad de fragmentos cerámicos recuperados (n= 538) supera a los de la estructura 1. La excavación de este sondeo fue difícil debido a la presencia de raíces de diversos tamaños.

En la estructura 2 los fragmentos ordinarios son los más abundantes en todos los contextos, aunque en este caso corresponden a un 79% del total de la muestra (figura 6.10). Los fragmentos decorados son escasos en toda la secuencia, representando Guayamba pintado B, un 4,8% y Guayamba pintado A, un 3,7%. También con un 3,7% se encuentran el castaño pulido liso y en semi-fino liso, y con un 3,3% el semi-fino con superficie engobada. Dos de los fragmentos decorados presentan similitudes con el tipo cerámico Condorhuasi Bicolor y uno con el tipo Cortaderas (figura 6.13). A diferencia de la estructura 1, aquí hemos recuperado 20 fragmentos de castaño pulido liso. Por otra parte, se encuentra casi ausente el ordinario liso con mica, que tenía un mayor porcentaje en la estructura 1 y también es baja la frecuencia de fragmentos correspondientes a castaño pulido exciso.

Entre los fragmentos recuperados, la mayoría corresponde a porciones del cuerpo (n=504). Se registraron también 31 bordes y 1 fragmento de cuello. La mayor parte de los bordes son de tamaño muy pequeño por lo cual no pudieron ser categorizados. En los casos donde si fue posible, observamos que la mayoría son evertidos (n=10) y, en segundo lugar, rectos (n=7). Solo se realizó un remontaje en esta estructura, se trata de un borde que posee decoración pintada tanto interna como externa, por lo cual sabemos que se trata de una pieza abierta (figura 6.12). También encontramos fragmentos de cuerpo castaño pulido liso, que poseen pulido interno y externo que nos indica la presencia de otras piezas abiertas. El cálculo de NMV (número mínimo de vasijas) para esta estructura es de 31 piezas. Aquí tampoco se registran tiestos con adherencias, marcas de termoalteración u hollín o de otro tipo. La conservación del material es menor, se puede observar en el grado de conservación de la pintura, que en la estructura 1.

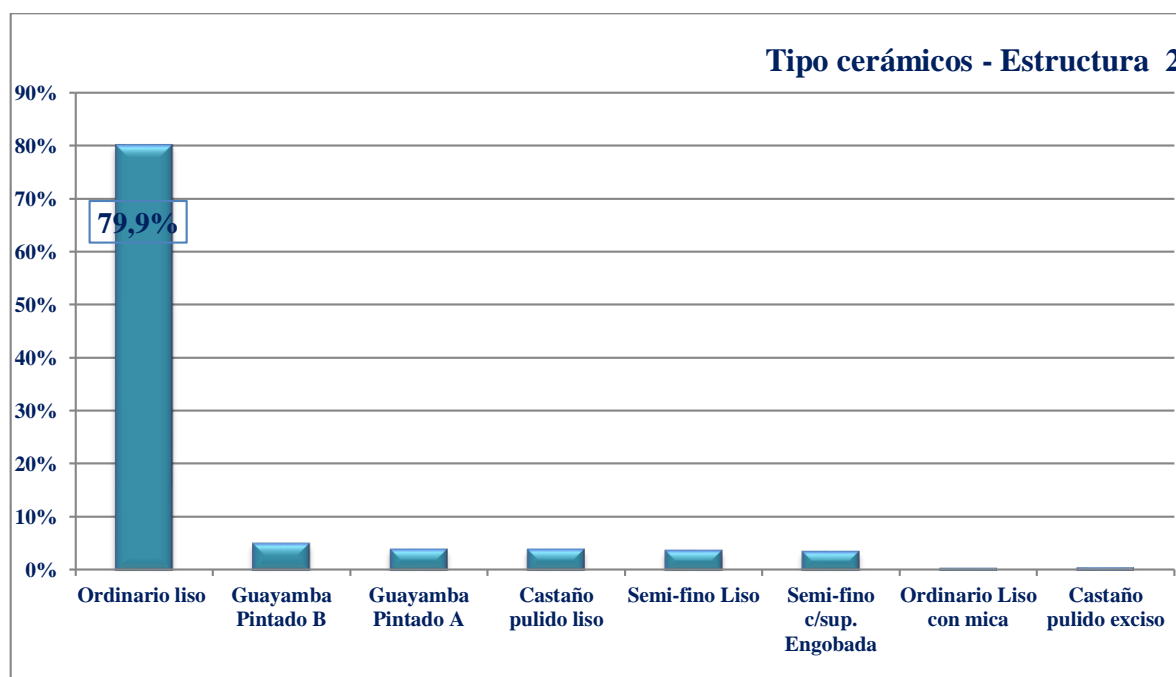


Figura 6.10. Distribución por tipos cerámicos estructura 2.

Los tamaños de los fragmentos se distribuyen de forma heterogénea, siendo los más abundantes el tamaño 2 (58,2%) y tamaño 3 (34,9%) (figura 6.11). Estos tamaños son pequeños y pueden estar indicando la posible migración de materiales o su acumulación producto del transporte del agua o la acción de las raíces. Esta tendencia no es, sin embargo, constante a lo largo de la secuencia (figura 6.14). Se pueden observar diferencias entre los distintos estratos. El primer y el último contexto comparten distribuciones relativamente similares, con picos en los tamaños 2 y, en segundo lugar, el

tamaño 3. En cambio, en los niveles intermedios se producen frecuencias similares para estos tamaños (figura 6.15). La acción de las raíces aquí tuvo mayor efecto que en la estructura 1, principalmente en los contextos 1 y 4.

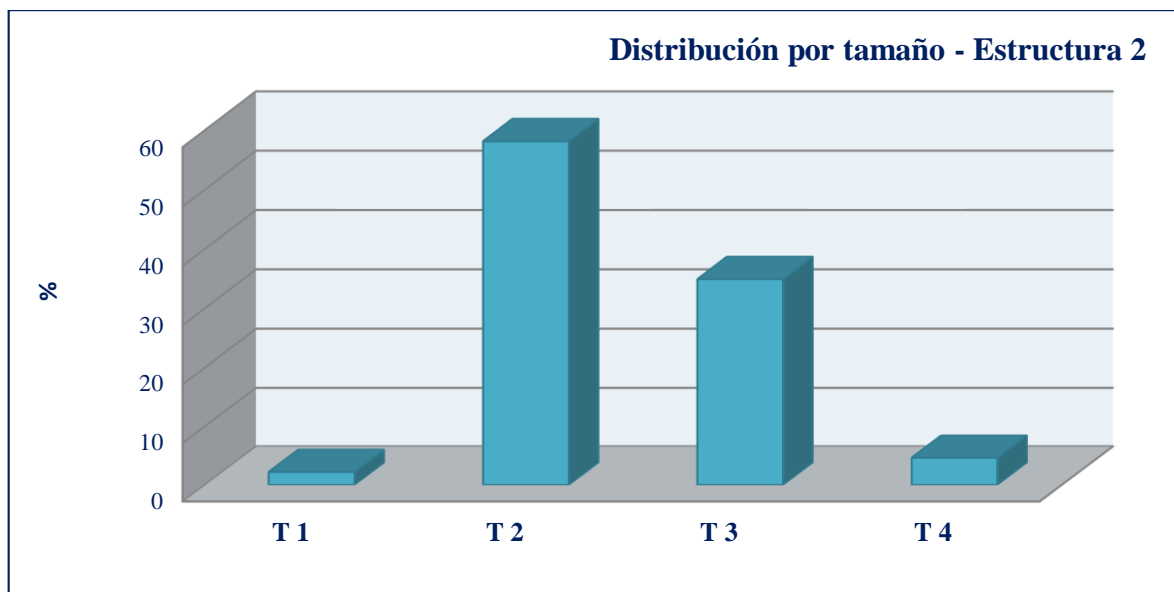


Figura 6.11. Distribución general por tamaños cerámicos estructura 2.



Figura 6.12. Fragmento de borde decorado, vista interna y externa.



Figura 6.13. Tipos cerámicos presentes en estructura 2.

La mayor concentración de restos de cerámica se produce en los estratos superior e inferior, el 1 y el 4. En los dos intermedios la cantidad de materiales disminuye, sin diferencias significativas entre ambos (figura 6.14). A pesar de estar diferencias en las cantidades recuperadas, en todos los casos los fragmentos ordinarios sin decoración son los que dominan la muestra. En el primer estrato, lo siguen los tipos semi-fino liso y con superficie engobada. Pero, en el caso del estrato 4 –el de mayor concentración de material- lo continúa el Guayamba pintado B. Los otros tipos son de escasa representación a lo largo de toda la secuencia. En cuanto a la distribución de tamaños por contextos, se observa algo parecido.

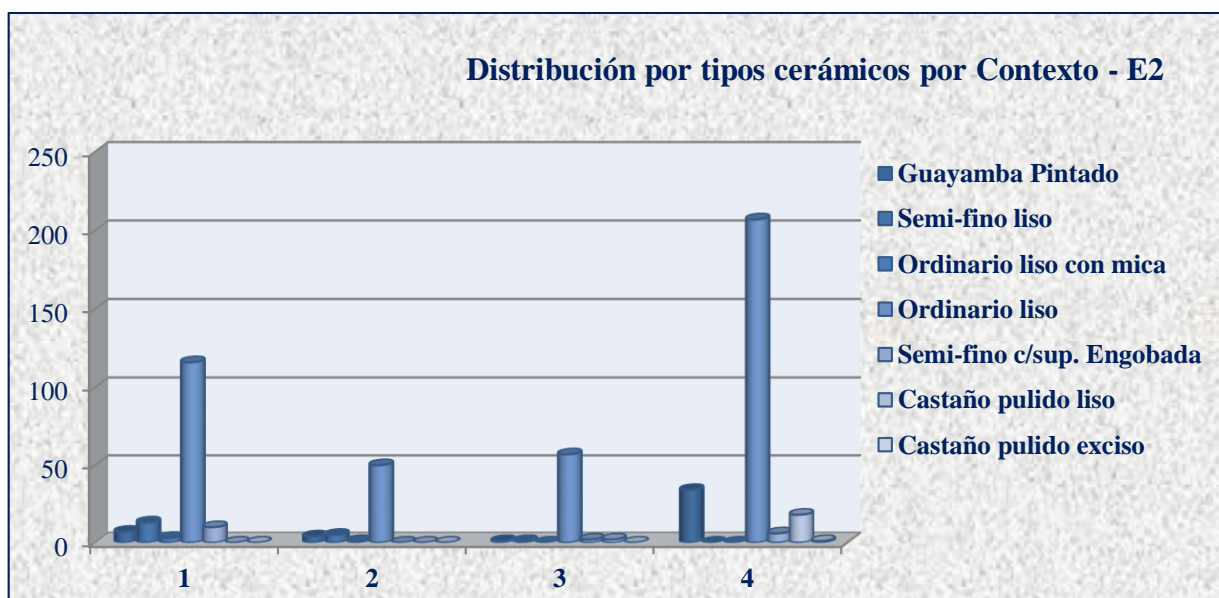


Figura 6.14. Distribución por tipos cerámicos por contexto estructura 2.

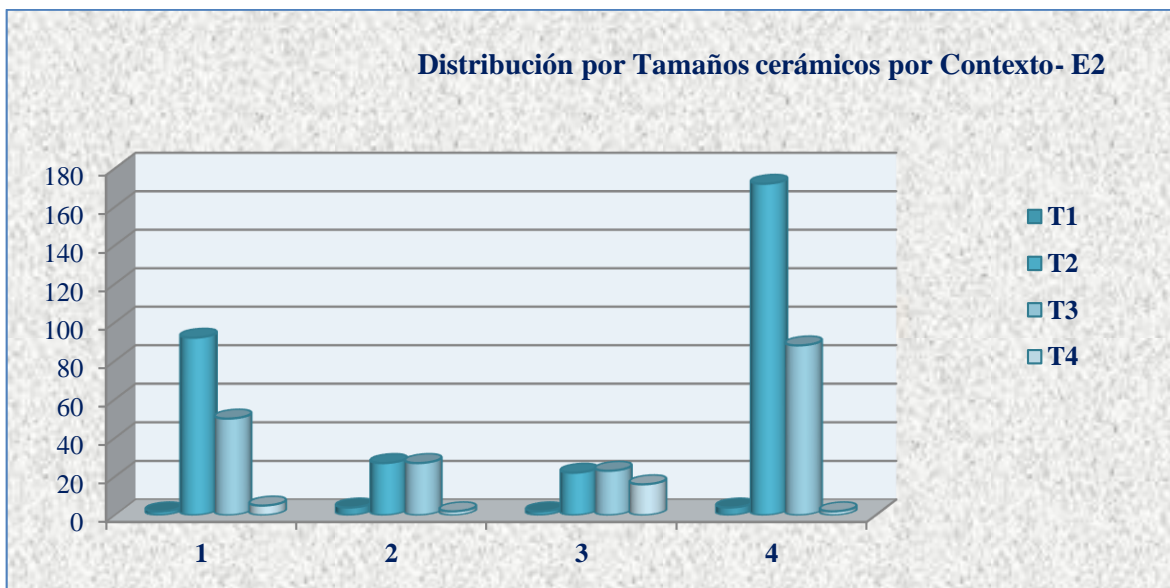


Figura 6.15. Distribución por tipos tamaños por contexto estructura 2.

Como elementos especiales confeccionados en cerámica encontramos dos medios torteros, su diámetro aprox. 2,5 – 4cm, con perforación central y fragmentados (figura 6.16). También, lo que denominamos una ficha de juego, de forma circular aplanada con un diámetro aproximado de 2cm, de la cual no tenemos una función conocida (figura 6.16).



Figura 6.16. De izquierda a derecha: ficha de juego y fragmentos de torteros de estructura 2.

Análisis de restos líticos

En esta estructura se recolectaron 31 especímenes de los cuales, ocho son instrumentos, dos núcleos y el resto desechos de talla (figura 6.17). Tipológicamente, entre los instrumentos se distinguen tres artefactos de retoque sumario, dos raspadores, dos raederas y un cuchillo. Como forma base de estos instrumentos se utilizaron lascas angulares, que se trabajaron de forma marginal, predominando los

microretoques. La talla fue unifacial directa, con una excepción de talla unifacial inversa en una de las raederas. Por el lado de los núcleos, ambos son de lascados aislados, uno es de tamaño mediano grande y el otro de tamaño grande.

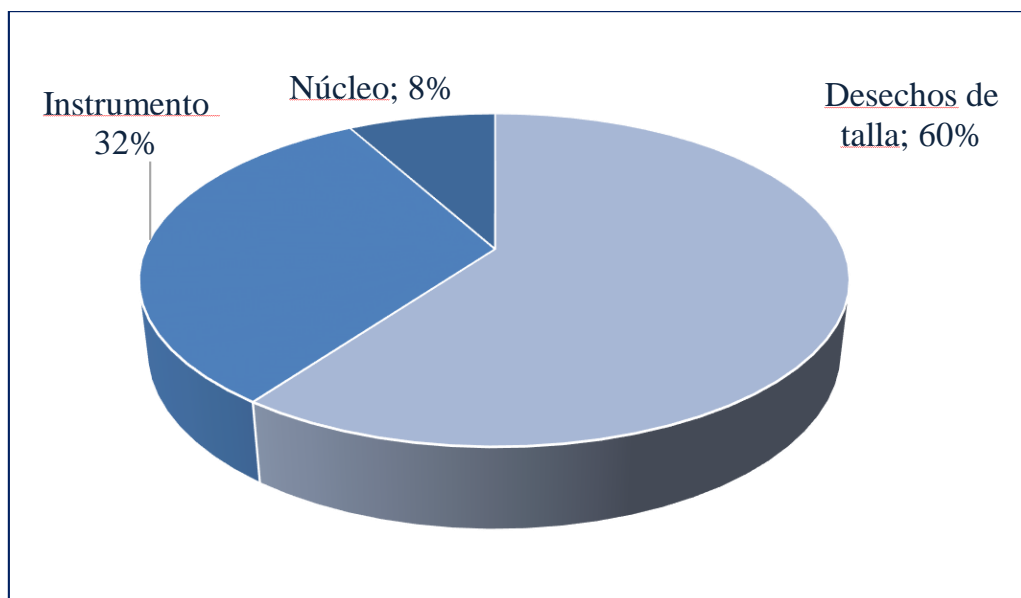


Figura 6.17 Frecuencia de instrumentos, núcleos y desechos de talla de la estructura 2.

Las 31 piezas obtenidas en el sondeo son de cuarzo, 23 (74%) de ellas de cuarzo blanco con brillo vítreo, 5 (16%) de cuarzo semitranslúcido y las 3 (10%) restantes de cuarzo translúcido. Tipológicamente, 19 piezas (61%) son clasificadas como desechos de talla, 10 como instrumentos (32%) y 2 como núcleos (6%). En los desechos de talla predomina el tamaño pequeño (42%), el módulo mediano normal (32%) y las lascas angulares (55%). Se distinguieron 2 talones filiformes y 1 puntiforme.

Los 10 instrumentos fueron confeccionados utilizando lascas angulares como forma base, presentan talones lisos y una extensión marginal de los lascados sobre las caras, específicamente: 3 artefactos de retoques sumarios; 3 raspadores; 3 raederas y 1 cuchillo (figura 6.18). A excepción de una raedera confeccionada mediante lascados unifaciales inversos, el resto de estos instrumentos se elaboró por talla unifacial directa. El microretoque y el retoque predominan entre estos 10 artefactos. Los dos núcleos pertenecen a la categoría lascados aislados, uno de ellos de tamaño mediano grande y el otro de tamaño grande.

En cuanto a las unidades de procedencia estratigráfica la mayor cantidad de piezas líticas (14) provino del contexto 4, sin embargo, al ser tan pocos materiales la diferencia con los otros contextos no es significativa. En los tres primeros contextos se obtuvieron desechos e instrumentos, mientras que el único núcleo proviene del contexto 4.



Figura 6.18. Instrumentos líticos de la estructura 2.

Rasgos arquitectónicos

Los rasgos arquitectónicos de la estructura 2 son muy similares a los de la 1. Sin embargo, varios procesos posdepositacionales afectaron y, aun afectan, su conservación. Por ejemplo, en el muro que comparte con la estructura 1, y hacia el interior del recinto, crece un árbol de tamaño mediano que extiende sus raíces hacia la estructura 2. La acción de estas raíces ha producido, en parte, su derrumbe. A su vez, el muro sur del recinto se ve afectado por la pendiente del terreno, produciéndose su desmoronamiento pendiente abajo.

Sin embargo, con lo que se conserva podemos identificar este recinto como cerrado y de dimensiones similares a la otra estructura. Aunque no podemos tener un detalle específico del ancho de los muros se observa por sectores la utilización de la misma técnica constructiva, muros dobles y potentes. Aquí tampoco podemos ubicar exactamente el vano de entrada, pero dada la ubicación de una laja caída en

el muro norte en una distancia similar desde las esquinas que en el caso de la estructura 1 nos hace suponer que también ahí hubo un acceso al recinto. En ese caso podemos pensar que las características de visibilidad hacia el interior del recinto eran similares. Por otra parte, desde esa ubicación, tampoco resultan visibles con las condiciones actuales del terreno las otras dos estructuras. Si se mantienen las condiciones de audibilidad.

Recolección superficial estructuras 3 y 4

En el año 2014, previo a la excavación realizada en la estructura 3. Se realizó una recolección superficial de los materiales presentes en la estructura 3 y 4. En este caso, los materiales más abundantes fueron los restos de cerámica (n=201) (figura 6.19). La mayor parte de ellos, un 87% (n=175), son fragmento de cerámica ordinaria sin decoración. Le sigue, en segundo lugar, con un 5% el tipo semi-fino liso con superficie engobada y, en tercer lugar, con un 3% el semi-fino liso. Los tipos decorados pintados, Guayamba pintado A y B, solo alcanzan un 2% y 1% respectivamente de la muestra. Los fragmentos se encontraban bastante alterados por los mecanismos de formación de suelos y con bastante meteorización, esto es consistente con una menor presencia de fragmentos decorados. En cuanto a las partes diagnosticas de forma, 166 fragmentos corresponden a partes del cuerpo y solo 9 son bordes.

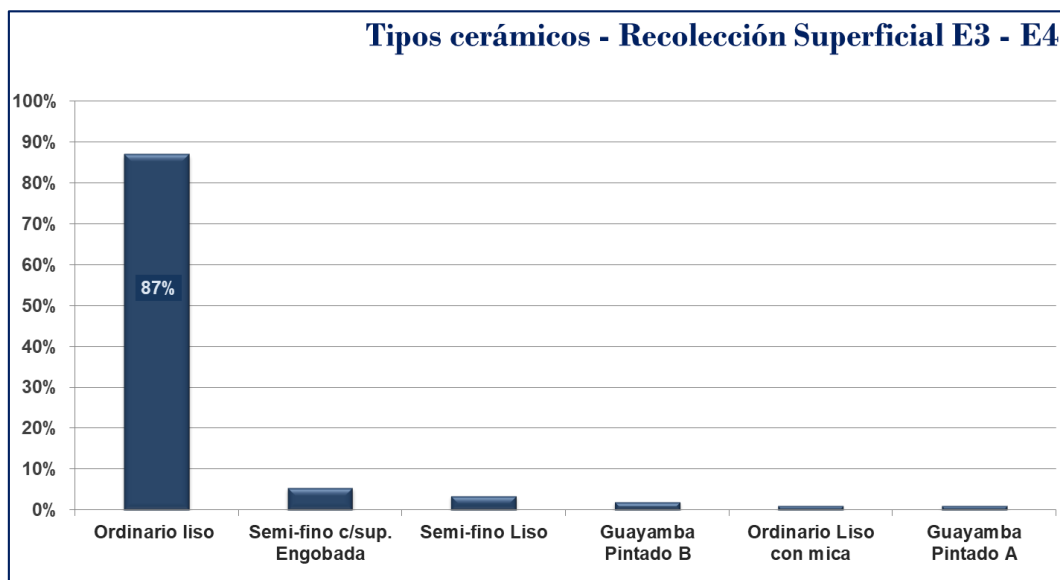


Figura 6.19. Distribución por tipos cerámicos recolección superficial estructuras 3 y 4.

En cuanto a la distribución por tamaños, sigue la tendencia registrada en las otras estructuras donde los tamaños 2 y 3 son los más representados (figura 6.20). Aunque es el tamaño 2, pequeño, el que supera por casi el doble al tamaño 3. Esto es consistente con procesos postdeposicionales de acumulación, por arrastre del agua y acción de las raíces, ya que estos fragmentos pueden ser fácilmente transportados.

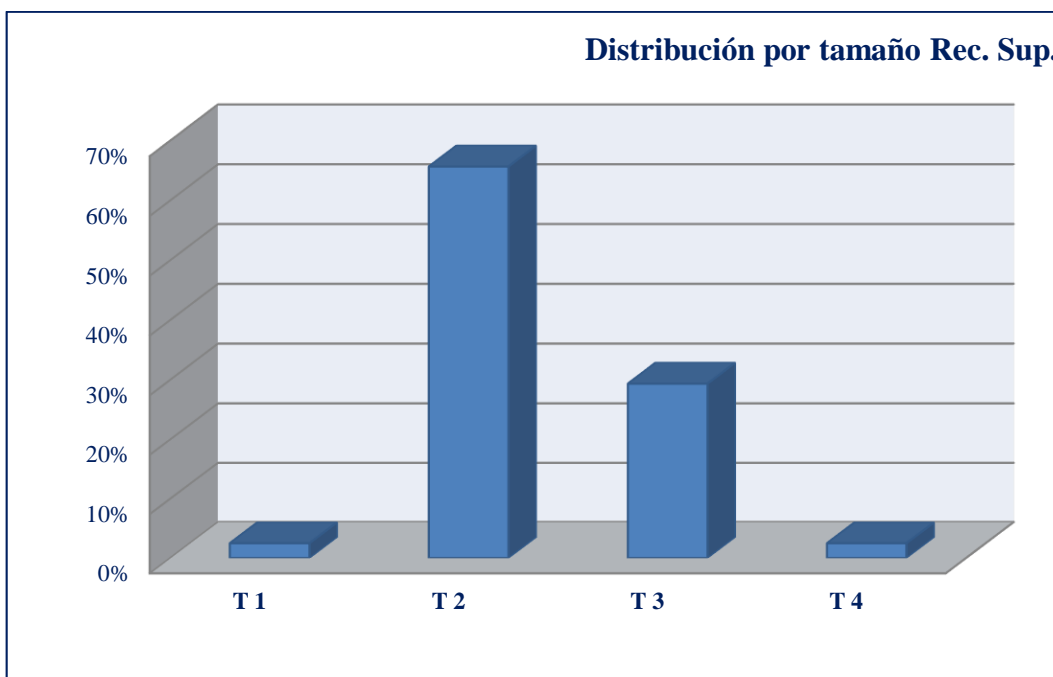


Figura 6.20. Distribución por tamaños cerámicos recolección superficial.

ESTRUCTURA 3

Excavación, estratigrafía y materiales recuperados

La estratigrafía fue discutida ampliamente en el capítulo anterior y sintetizada en la matriz (figura 5.). En este apartado haré referencia a los materiales recuperados en la excavación provenientes de cada uno de los estratos que fueron mencionados.

La cerámica

En la excavación de la estructura 3 se recuperaron gran cantidad de fragmentos cerámicos. La muestra se encuentra bastante fragmentada, y no se halló ninguna pieza completa. Solo hubo algunas excepciones con un mayor grado de completitud alcanzado a través del remontaje. La superficie excavada aquí fue mucho más amplia que en las otras estructuras y el total de fragmentos recuperados

fue de N=2677, esto corresponde a la suma de las tres excavaciones -n=627 (2015), n= 1160 (2016) y n=890 (2017)-. La conservación es buena, excepto el caso de la pintura que se encuentra en muchos casos descascarada.

En términos generales, la muestra se compone mayoritariamente de fragmentos ordinarios, correspondiendo a un 77% del total de la muestra (figura 6.21). En segundo lugar, muy por detrás, se encuentra el tipo semi-fino con superficie engobada con un 8% del total (n=217) y luego, el castaño pulido con un 7% (n=174). En cuarto lugar, se halla el tipo Guayamba pintado B, un 4% (n=120). El resto de los tipos cerámicos se encuentran en una representación menor al 2% (ver figura 6.22 y 6.24).

La cantidad de fragmentos por tamaño se distribuyen de forma heterogénea, siendo los más abundantes el tamaño 2 (60%) y tamaño 3 (24%) (figura 6.22). En esta estructura, sin embargo, hay una mayor presencia de tamaño 4 -con un 14%- que en las otras estructuras. También, aunque en una medida muy pequeña, algunos fragmentos tamaño 5. Igualmente, la abundancia de los tamaños pequeños y medianos es significativa, estas dimensiones de tiestos son fácilmente transportado por el agua o removido por la acción de raíces (ver figuras 6.22 y 6.25).

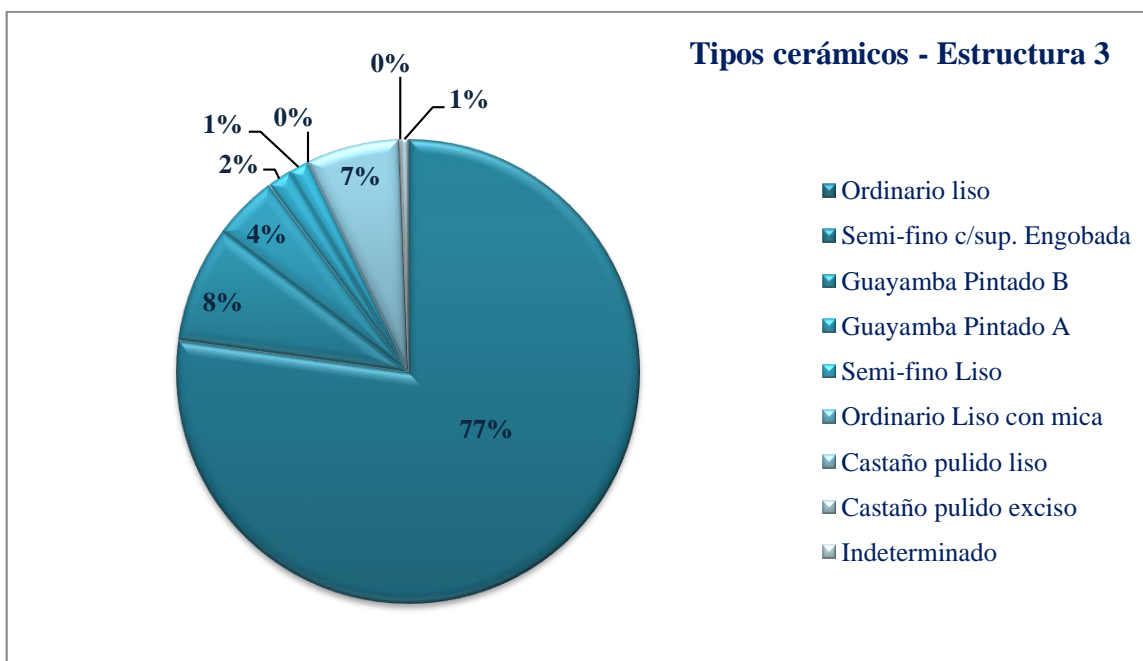


Figura 6.21. Tipos cerámicos representados en estructura 3

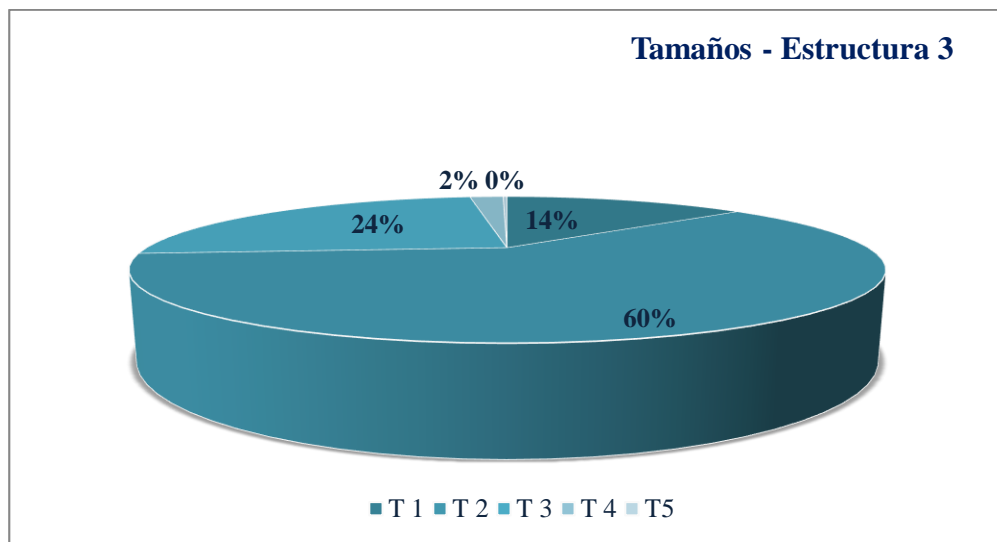


Figura 6.22. Porcentajes de tamaños cerámicos estructura 3

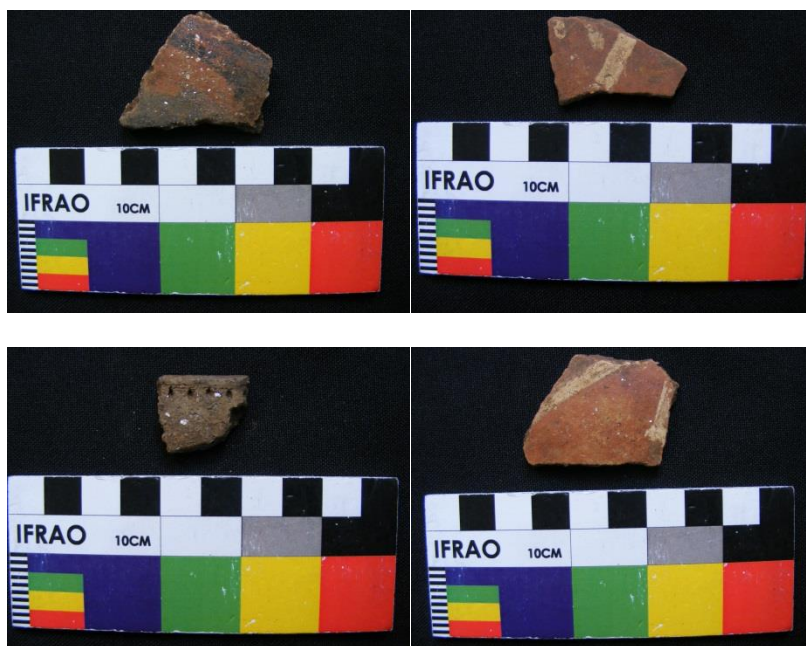


Figura 6.23. Tipos cerámicos representados en estructura 3

Distribución por estratos

Los fragmentos se encuentran distribuidos de manera desigual entre los estratos (figura 6.24). La mayor concentración de tiestos se encuentra en el estrato B (n=695), que es el más superficial. Si lo tomamos en conjunto con el estrato A, también reciente, nos da un total de 899 fragmentos. Aunque

debemos tener en cuenta que estos estratos consideramos de manera conjunta abarcan toda la superficie de la estructura, esto no se repite específicamente en todos los contextos. Si pensamos en los estratos más antiguos, el F, vemos que tiene un valor de 203 fragmentos, aquellos estratos con los que contacta horizontalmente, tienen valores –a pesar de abarcar una superficie mucho más pequeña– bastante menores. En el caso del estrato I, casi no presenta materiales. Si los consideramos de manera conjunta, alcanzamos un total de 247 tiestos.

Los estratos más tardíos, que lo cubren, E y D, poseen una cantidad moderada de tiestos, $n=276$ y $n=208$, respectivamente. Aumentan, aunque no forma significativa, respecto del estrato anterior. En el caso del estrato C, posee un número un poco más bajo ($n=206$). Pero si lo pensamos en conjunto con los estratos con los que contacta –el K, L y M– este número se equipara con el de los estratos superficiales. Llama la atención el elevado número de fragmentos recuperados del estrato que rellena pozo (R1), que nos refuerza la idea de que puede haber funcionado como un pozo de desechos. Con el pozo 3 también sucede algo similar. Esto muestra una clara diferencia con el pozo 2, que no posee ningún material.

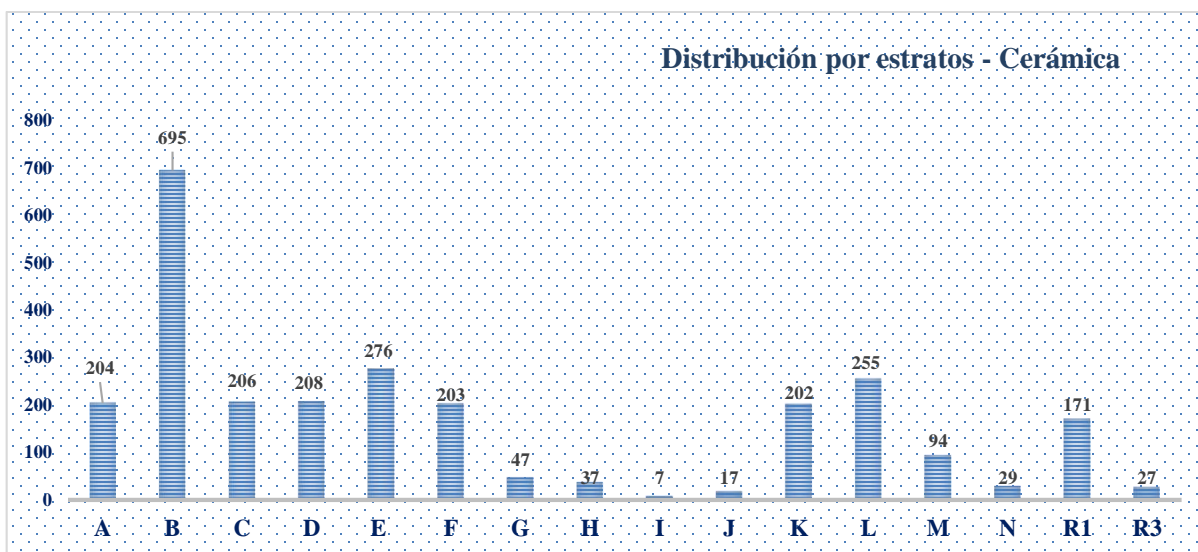


Figura 6.24. Fragmentos cerámicos totales por estrato

En cuanto al tamaño de los fragmentos se pueden observar amplias regularidades entre los distintos estratos (figura 6.25). En todos ellos el tamaño 2 es el más representado seguido, en casi todos los casos, por el tamaño 3. Las únicas excepciones se dan el estrato H, donde ambos tamaños se mantienen en valores parejos y el I, donde el 3 supera al 2. También, se repite la tendencia general para el tamaño 1, encontrándose en todos los estratos en 3 lugar. El tamaño 4 y 5, se encuentran

representados de manera muy módica. El tamaño 4 se registra en 12 estratos y el 5, se restringe solamente a 3 estratos.

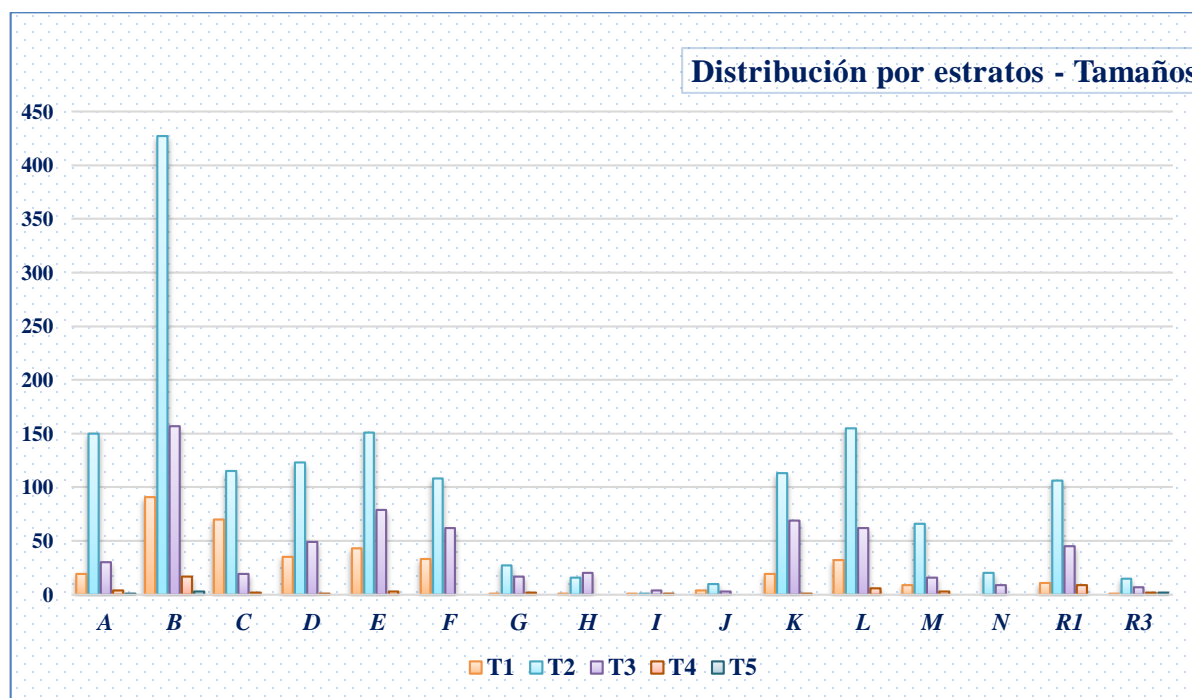


Figura 6.25. Distribución por tamaño cerámicos por estrato

En cuanto a los tipos cerámicos representados los fragmentos ordinarios sin decoración son los que dominan la muestra (figura 6.26). De este grupo, el ordinario liso con mica se encuentra casi ausente. Por otra parte, en el sub-grupo fino la distribución por tipos no es igual por estrato (figura 6.27). Lo siguen el castaño pulido liso o el tipo semi-fino con superficie engobada. Esto se repite en varios estratos a lo largo de la secuencia, siendo el semi-fino con engobe el segundo más abundante en los estratos B, C, D, E, G y L. En cambio, el castaño pulido liso, es el segundo más representado en los estratos A, F, K, R1 y M. En el caso de los tipos pintados, de baja representación en términos generales, el más abundante es el tipo Guayamba pintado B. Está presente en la mayor parte de los estratos, en algunos casos con valores similares al tipo semi-fino engobado. Las otras categorías son de escasa representación a lo largo de toda la secuencia.

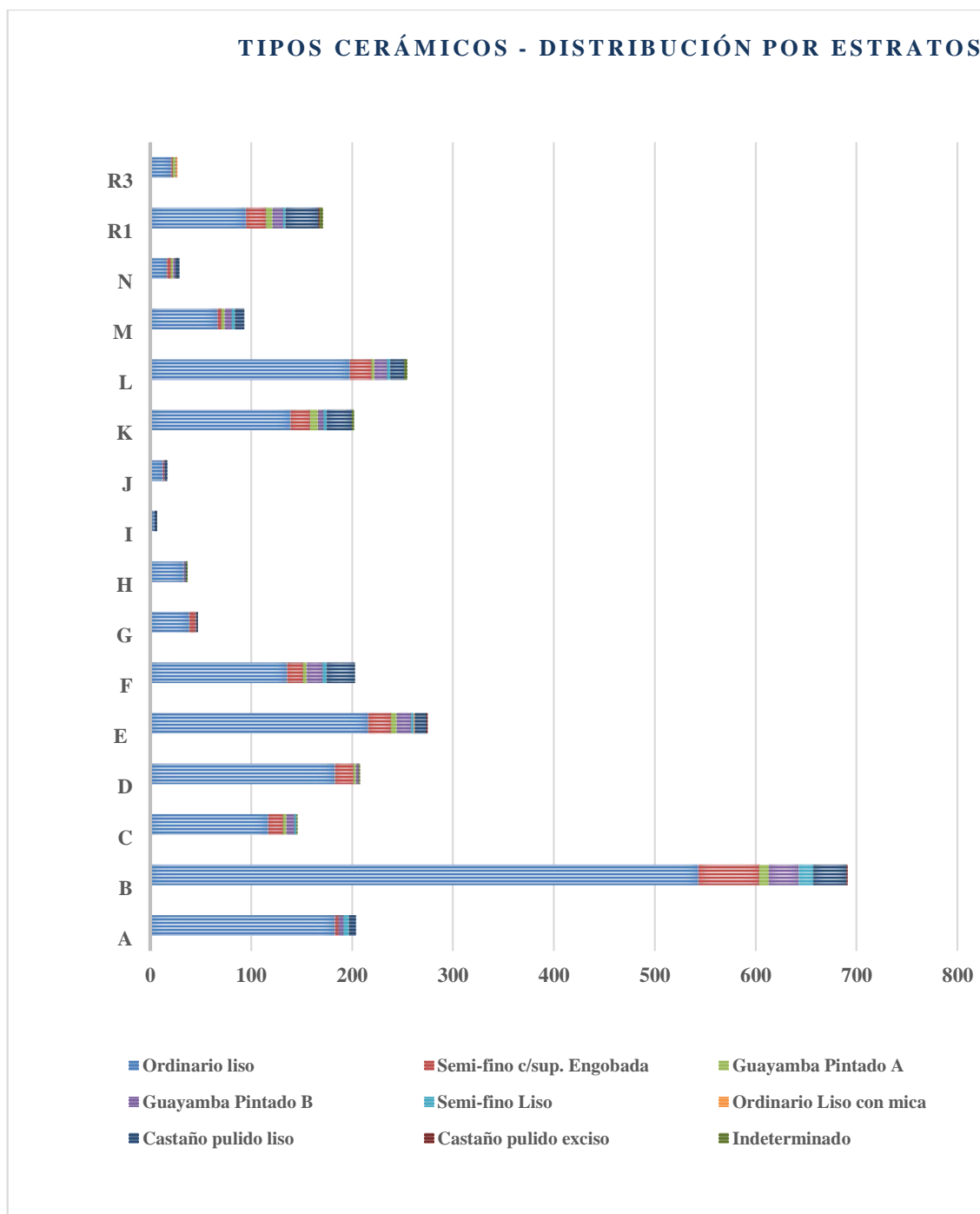


Figura 6. 26. Distribución de fragmentos de cerámica fina por estratos

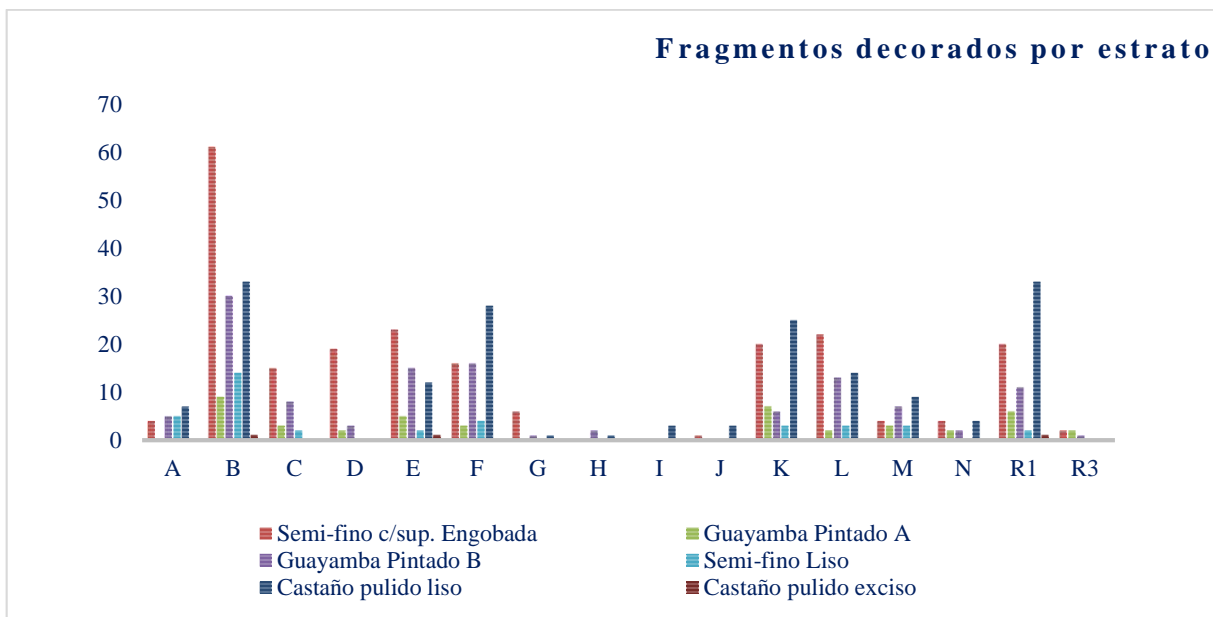


Figura 6. 27. Distribución de fragmentos de cerámica fina por estratos

Fragmentos diagnósticos de forma

En términos generales, la muestra se encuentra bastante fragmentada y los tiestos son de tamaño pequeño. La mayoría de los restos cerámicos fueron clasificados como porciones del cuerpo (n=2155); este bajo grado de identificabilidad puede deberse a lo mencionado anteriormente. En dos de estos fragmentos se puede evidenciar el uso de la técnica de rollos para el levantado de la pieza. Por otra parte, se observaron seis fragmentos de cuerpo con evidencia de termoalteración. Asimismo, se registraron dos fragmentos con marcas blancas indeterminadas y otros 3 con manchas oscuras, que consideramos pueden ser producto de la alta humedad del suelo y el contacto directo con las raíces.

En cuanto a los fragmentos diagnósticos de forma pudimos identificar 119 porciones de bordes, 4 fragmentos de cuello (estos forman parte de los bordes antes mencionados) y un asa. En esta estructura también hay un tortero fracturado y una bolita de arcilla, probablemente cruda. Los bordes son de diferentes tamaños, siendo el más abundante el 2 (n=56), le siguen el tamaño 3 (n=33) y el tamaño 1 (n=23); los tamaños más grandes se encuentran en muy baja proporción. En cuanto a los tipos cerámicos, se respetan las proporciones que observamos anteriormente, siendo la mayor parte bordes de vasijas ordinarias sin decoración. La cantidad de bordes por estratos se encuentra en proporción con la cantidad de materiales totales. Sin embargo, resulta llamativo, el elevado número de bordes recuperados del relleno del pozo 1, un total del 15.

Los bordes presentaron, en los casos donde fue posible clasificarlos, diferentes características. Los tipos de bordes más representados fueron los rectos ($n=27$), luego los evertidos ($n=19$), evertido horizontal ($n=7$) y directo entrante ($n=9$). En relación con la restricción en los casos en los que se pudo determinar (36 fragmentos) fue de 22 piezas cerradas y 14 piezas abiertas. Las piezas cerradas son ollas restringida indeterminada. Por la forma de los bordes, entrada directa ($n=9$), podemos pensar en cuencos. En cuanto a los diámetros de apertura pudieron ser registrado en 21 fragmentos y oscilan entre los 80 y 390 mm. Entre los 160 y 220 mm se ubican el mayor número de fragmentos ($n=9$). En el caso de las piezas abiertas son de diámetros más pequeños y van desde los 80 mm hasta los 220. En el caso de las piezas cerradas van desde 140 a 390 mm.

Para calcular el número mínimo de piezas representados en el conjunto, nos basamos en estos fragmentos diagnósticos. El cálculo de NMV (número mínimo de vasijas) general para esta estructura nos otorga un total de 118 piezas. El estado y las características de la muestra solo permitieron realizar 4 remontajes -en uno de los casos pudimos reconstruir parcialmente la forma de la vasija (figura 6.28). Dada esta situación, y sumado a la ausencia de piezas completas tampoco fue posible deducir las características de performance. La pieza que se refleja en la figura es una vasija de tipo ordinario, abierta con una capacidad de 390 mm.

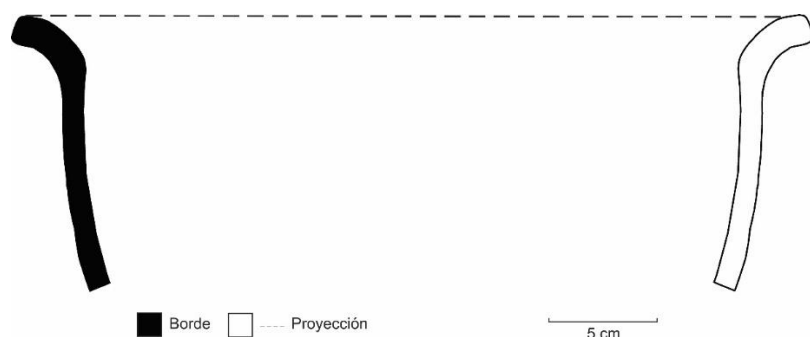


Figura 6.28. Dibujo perfil de vasija estructura 3 estrato B.

Análisis de restos líticos

En la estructura 3 no pudieron ser analizados todos los restos líticos recuperados. La muestra que pudo ser trabajada en su totalidad corresponde a un $N=1008$, que proviene de las excavaciones 2015

y 2016 de los contextos 1 al 12, específicamente los estratos A, C, D y E. El resto de los materiales continúan bajo análisis en el marco del proyecto.

De estos materiales se evaluaron las frecuencias absolutas y relativas del material sobre el número de piezas analizadas (N=1008). Estas se dividen en 939 (93,15%) desechos de talla, 53 (5,25%) instrumentos y 16 (1,58%) núcleos (figura 6.29). En cuanto a las materias primas, predomina ampliamente el cuarzo blanco con brillo vítreo (n= 657:65,17%), seguido por el cuarzo semi translúcido (n=221:21,92%), luego el cuarzo translúcido (n=59:5,85%) y el cuarzo con impurezas (n=56:5,55%). En proporciones menores, encontramos cuarzo vítreo rosado (n 8:0,79%) y cuarzo de veta con mineralización (n 3:0,29%). También 1 (0,09%) pieza de sílice gris, 1 (0,09%) granítica y 1 (0,09%) indeterminada (figura 6.30).

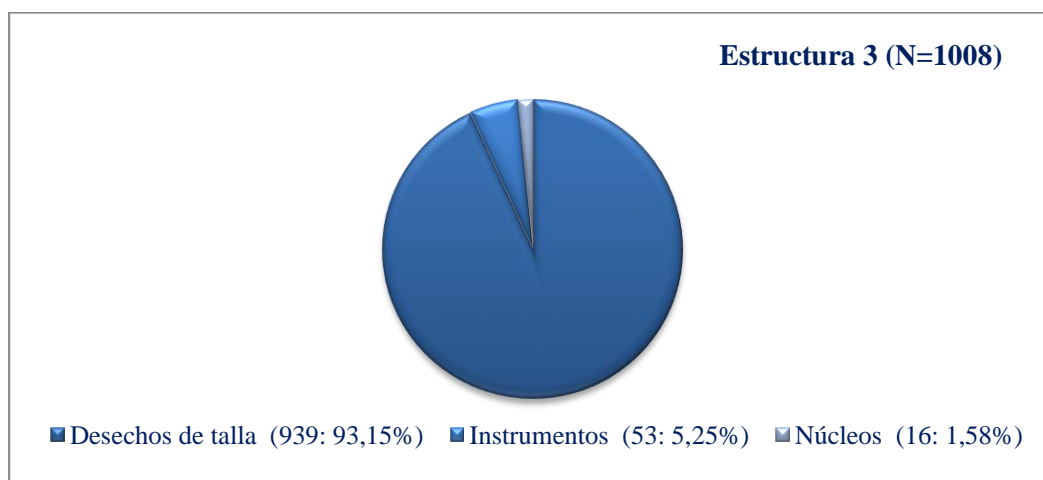


Figura 6.29. Piezas y porcentajes según clase tipológica en estructura 3.

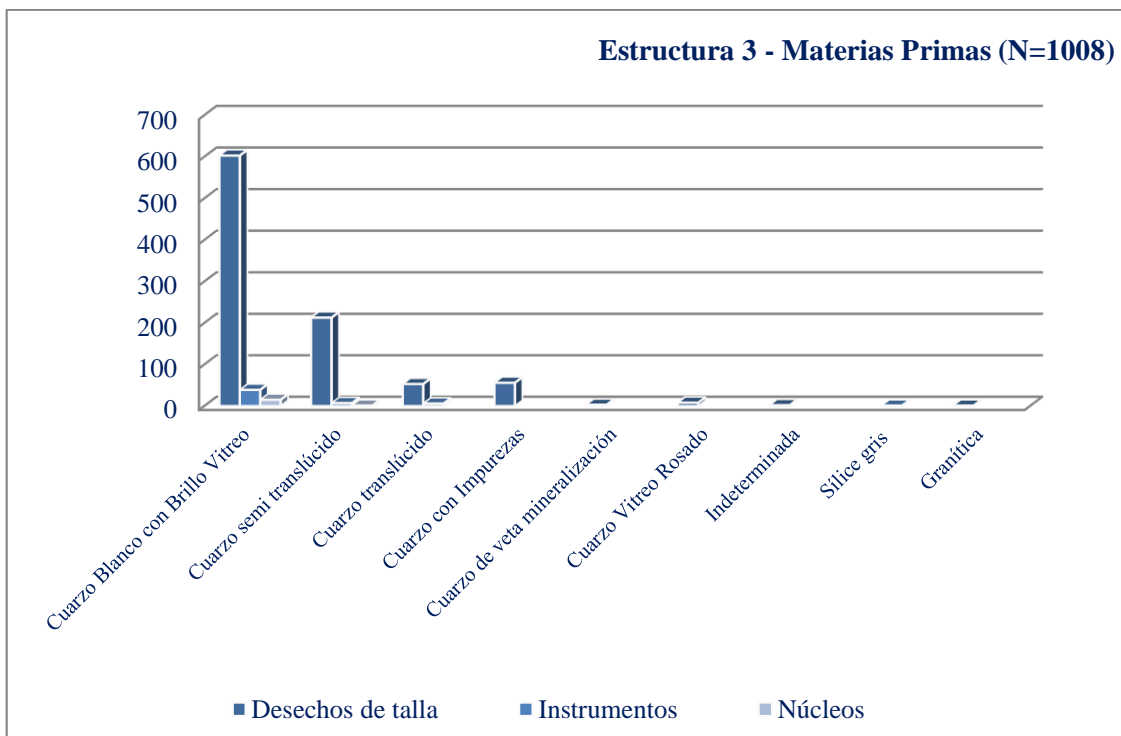


Figura 6.30. Distinción de materiales y clases tipológicas por materia prima en estructura 3.

En cuanto a los desechos de talla predominan en este conjunto los tamaños pequeño y muy pequeño, los módulos medianos normales, seguidos por corto ancho y mediano alargado. Las medidas de largo, ancho y espesor de todos estos desechos permiten generar un promedio de las piezas que se ubicaría en tamaño pequeño y módulo mediano normal. Se destaca la presencia de 44 lascas (representan el 4,68% de los desechos) con filo natural con rastros complementarios.

Los tipos de desecho, la mayoría corresponde a lascas angulares (n=373), en segundo orden se ubican las lascas indiferenciadas (n=207) y luego los desechos indiferenciados (n=175) (figura 6.31). Se destaca la cantidad de lascas bipolares (n=57) (figura 6.32), lascas secundarias (n=33) y lascas primarias (n=26). Con respecto a los talones de los desechos, en el 51% (n=479) de los casos no pudieron ser diferenciados. En aquellas piezas donde se pudieron distinguir los talones (n=460), prevalecen los de tipo liso (n=308). A su vez, se encontró una considerable cantidad de talones puntiformes (n=92) y filiformes (n=58).

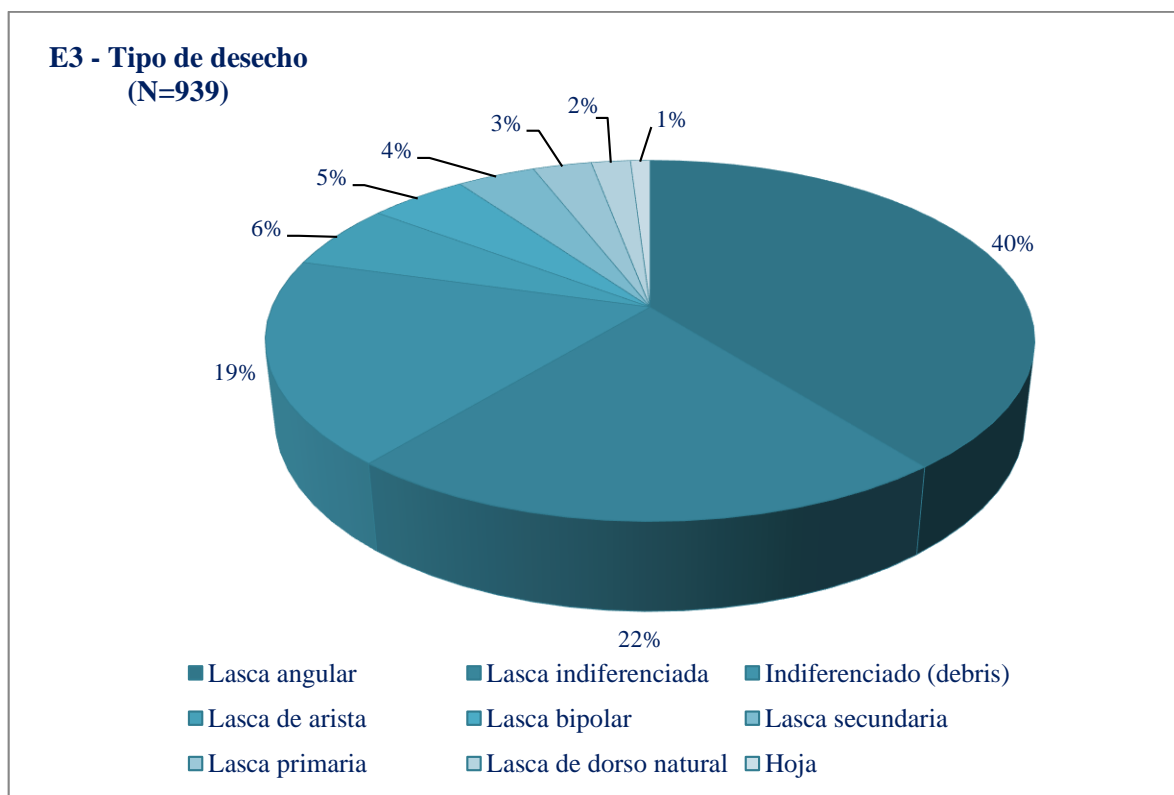


Figura 6.31. Porcentaje por tipos de desechos.

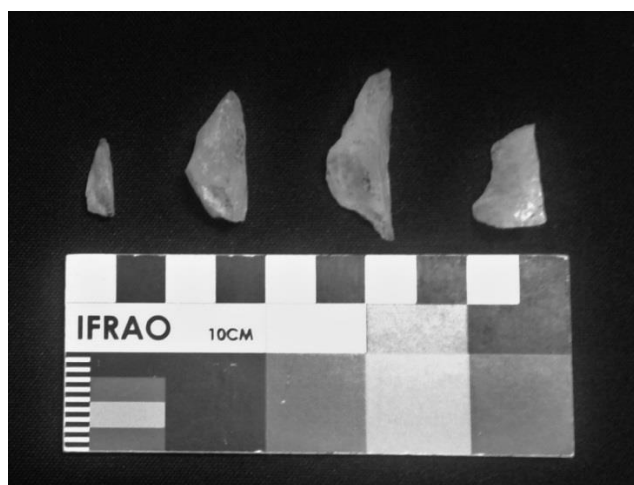


Figura 6.32. Fragmentos “gajos de naranja” (lascas bipolares).

Instrumentos

En la tabla (tabla 6.3) se expresa la identificación de los instrumentos según el criterio de grupo tipológico. Se observa el predominio de los artefactos de retoque sumario, una buena proporción de raederas y cantidades similares de cuchillos y raspadores (tabla 6.2).

E3 - Instrumentos	
Grupo Tipológico	n°
Inst. de retoque sumario	24
Raspador	7
Raederas	11
Cuchillo	6
Cuchillo filo natural	1
Muesca	1
Raederas/raspador	2
Cuchillo/raspador	1

Tabla 6.3. Instrumentos por grupo tipológico.

Predomina la talla unifacial en la confección de estos artefactos, sólo tres han sido elaborados mediante trabajo bifacial. En cuanto a la situación de los lascados prevalece la talla unifacial directa (n=40), seguida de talla inversa (n=6), alterna (n=4) y los mencionados bifaciales (n=3). Las lascas angulares (n=42:79%) constituyen la principal forma base sobre la cual se han confeccionado los instrumentos. También se han utilizado núcleos (n=2), lascas indiferenciadas (n=2), lasca de dorso natural (n=1), lasca primaria (n=1), lasca secundaria (n=1) y hojas (n=1). En dos casos no se pudo diferenciar la forma base. En la formatización se registra retalla (19%), retoque (25%) y principalmente microrretoque (31%). En combinación se presentan microrretoque/retoque (8%) y retoque/retalla (17%). Predomina la extensión marginal de los lascados (89%) y en ninguna pieza fueron totalmente extendidos.

Se aprecia que los filos restringidos (n=16), cortos (n=17) y largos (n=16) caracterizan el conjunto en proporciones similares; mientras que los filos extendidos (n=4) se presentan en pocos casos: dos raederas, un cuchillo y un artefacto compuesto raedera/raspador.



Figura 6.33. (a)(b)(c) Inst. de retoque sumario; (d)(e) Raederas; (g) Raspador; (h) Cuchillo; (f) cuchillo bifacial; (i)(j) Núcleos.

En cuanto a las materias primas utilizadas, 39 artefactos fueron confeccionados en cuarzo blanco de brillo vítreo (figura 6.33), 7 en cuarzo semi translúcido, 6 en cuarzo translúcido, de los cuales 1 fue confeccionado bifacialmente (figura 6.35) y 1 en sílice gris (figura 6.34).



Figura 6.34. Raedera/Raspador de Sílice gris estructura 3



Figura 6.35. Cuchillo bifacial de cuarzo translúcido estructura 3.

Núcleos

Todos los núcleos encontrados son de cuarzo, 15 de cuarzo blanco con brillo vítreo y 1 de cuarzo semi translúcido. Sus tamaños se distribuyen entre pequeños y grandes (tabla 6.4). La mayoría son de modulo mediano normal. En cuanto a la designación morfológica, 13 núcleos corresponden a la categoría lascados aislados, 2 son prismáticos unidireccionales con extracciones irregulares y 1 discoidal irregular.

Contexto	Estrato	Desechos de talla	Instrumentos	Núcleos	Total
1	A	18	1	1	20
2	A	41	0	0	41
3	A	103	2	1	106
4	C	141	2	0	143
5	C	82	8	2	92
6	C	68	5	2	75
7	D	124	9	4	137
8	D	106	8	1	115
9	D	72	2	0	74
10	E	101	7	3	111
11	E	55	5	2	62
12	E	28	4	0	32
Total		939	53	16	1008

Tabla 6.4. Cantidad de piezas y clase tipológica por contexto estratigráfico.

En los estratos C y D se presentan la mayor cantidad de piezas y la mayor cantidad de instrumentos, mientras que en el superior se encuentran las menores cantidades de ambas categorías. En el estrato D se presenta la mayor proporción de instrumentos (n=19) y de núcleos (n=5), en segundo lugar, el nivel E (16 instrumentos y 5 núcleos), luego estrato C (15 instrumentos y 4 núcleos). El estrato más superficial presenta la menor proporción de ambas clases, siendo algo menor la cantidad de núcleos por piezas, en relación a los niveles subyacentes, pero más significativa la disminución en aparición de instrumentos. Es decir, el porcentaje de instrumentos y núcleos es mayor en los contextos más tempranos y va disminuyendo gradualmente hacia los contextos tardíos. A su vez, el mayor porcentaje de desechos de talla (97%) se da en los estratos inmediatos a la superficie.

En cuanto a los desechos de talla, las lascas bipolares se encuentran en todos los niveles, siendo en el estrato D donde se presenta la mayor la cantidad y la proporción por contexto de estas, con una diferencia importante en relación al resto de los niveles. También se recuperaron lascas primarias y secundarias en todos los niveles, en porcentajes muy similares (tabla 6.4). En cuanto a los talones, en todos los niveles se da el predominio de los de tipo liso por sobre los filiformes y puntiformes. Los porcentajes, tanto de esta relación (ca. 70%/30%) como de la aparición de los distintos tipos de talones, son bastantes parecidos entre los niveles (tabla 6.4). Las materias primas son similares en todos los estratos, presentándose las diferentes variedades de cuarzo ya mencionadas, con un claro predominio del cuarzo blanco de brillo vítreo. El artefacto compuesto raedera/raspador de sílice gris y el cuchillo bifacial de cuarzo translúcido se localizaron en el estrato C.

Restos óseos faunísticos

La muestra de la estructura 3 se compone de N=191 especímenes óseos y dentarios. Esta es la muestra zooarqueológica más representativa del sitio, aunque esto está totalmente relacionado con la superficie excavada, que es mucho mayor a la de las otras estructuras. Del total de la muestra solo pudieron ser identificados un total de n=63 (35%). El resto de los fragmentos fue contabilizado como NID (n=127, 65%), el cual supera ampliamente al NISP. La identificación a nivel taxones fue bastante escasa, dadas las características del conjunto, pero se logró adscribir algunos especímenes al taxón *Camelidae*, con un n=25, representando el 40% del total. En primer lugar, se encuentra el orden *Artiodactyla*, con un n=29, un 46% del total de los identificados. Por otro lado, se encuentran representados en mucho menor porcentajes, la clase *Mammalia* con un n=7 y un espécimen correspondiente a *Cervidae* y otro al género *Rodentia*.

En cuanto a la identificación anatómica que pude realizar entre el taxón *Camelidae*, no se observan grandes regularidades (ver tabla 6.5). Se encuentran presentes distintas partes del esqueleto, sin que haya preponderancia de ninguna. Sin embargo, los valores son muy bajos como para hacer estimaciones de otro tipo. En cuanto a las marcas antrópicas, se observaron cinco especímenes con marcas de corte, dos identificados como camélido –un fragmento de falange y una costilla-, otro perteneciente al orden *Mammalia*, otro a *Artiodactyla* y un no identificado. Dos fragmentos con evidencia de marcas de canino, uno con marcas de raíces y otro con marcas de roedor.

Taxón	Hueso	Porción	Fracción	Fusión
CAM	METE	FR	30	A
CAM	LBN	FR		
CAM	RIB	FR	10	
CAM	PHA 3	CO	100	
CAM	VRTE	CO	90	A
CAM	PHA	FR	10	
CAM	HUM	DS	30	F
CAM	PHA	PX	10	F
CAM	RIB	PX	10	
CAM	CRA	FR	10	
CAM	VRTE	CO	90	A
CAM	THOC	FR	10	
CAM	PHA1	FR	10	N
CAM	PHA3	FR	90	
CAM	TIBE	FR	80	N
CAM	AST	FR	50	
CAM	METE	FR	40	N
CAM	VRTE	CO	100	N
CAM	METE	FR	30	F
CAM	VRTC	FR	30	F
CAM	METE	DS	20	A
CAM	HUM20	FR	40	
CAM	FEM50	DS	40	F
CAM	TIBE	PX	80	A

Tabla 6.5. Identificación anatómica de camélidos estructura 3

En cuanto a la distribución de estos especímenes estratigráficamente pudimos observar algunas regularidades. En el estrato M se han registrado la mayor cantidad de especímenes identificados, también el mayor número de restos óseos asignados a camélidos, $n=7$ (tabla 6.6 y figura 6.36). En el estrato E, donde se han recuperado el más elevado número de especímenes, de los cuales se han podido identificar un número de 12, entre ellos también siete camélidos. Del estrato G, se obtuvo un

fragmento de húmero de camélido que fue enviado a fechar por la técnica AMS. Sin embargo, la mayor variedad de taxones se encuentra representada en el estrato M, que, aunque con un solo espécimen, se observó presencia de cérvido y roedor (tabla 6.x). También se destaca la presencia de restos óseos en los estratos de relleno de los pozos R1 y R3. A su vez, se destaca en este último la presencia de un resto óseo identificado como humano, correspondiente a una vértebra de un juvenil (Solari coms pers.)

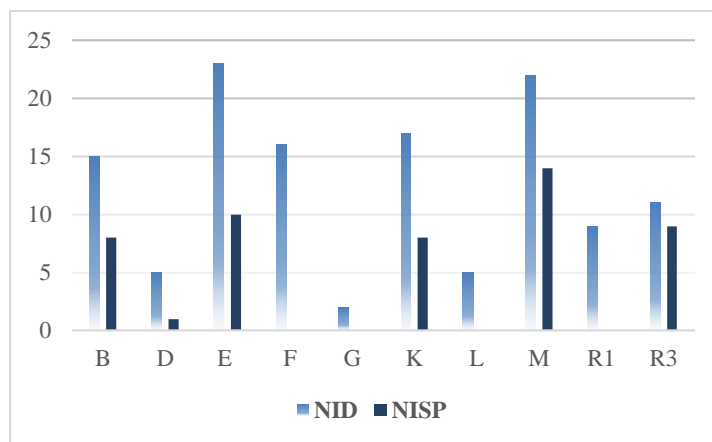


Figura 6.36 Distribución de NISP y NID por estratos.

Cuadrícula	CAM	ART	MAM	ROD	CER
1	3	4	0	0	0
3	4	5	1	0	0
5	3	3	0	0	0
7	1	0	0	0	0
8	7	5	0	0	0
9	0	0	3	0	0
Trinchera	7	12	2	1	1
Totales	25	29	6	1	1

Tabla 6.6 Distribución de taxones por cuadrícula

En relación con la integridad del conjunto en la figura 6.37 se muestran los estadios de meteorización del NID y el NISP. Podemos observar que hay mayor porcentaje del estadio 3 de meteorización en el NID, lo cual es consistente con el grado de fragmentación. En el caso del NISP, los estadios más representados son el 2 y 3 lo cual indica un estado de conservación de la muestra de bueno a regular (figura 6.37). Los estadios 4 y 5 se encuentran en bajo porcentaje en todos los casos. En cuanto a la termoalteración, solo 9 de los especímenes identificados muestran evidencias de haber sido sometidos

al fuego, dos ellos están carbonizados y tres calcinados. En el caso del NID el número es más importante, hay 2 fragmentos quemados, 27 carbonizados y un total de 26 carbonizados.

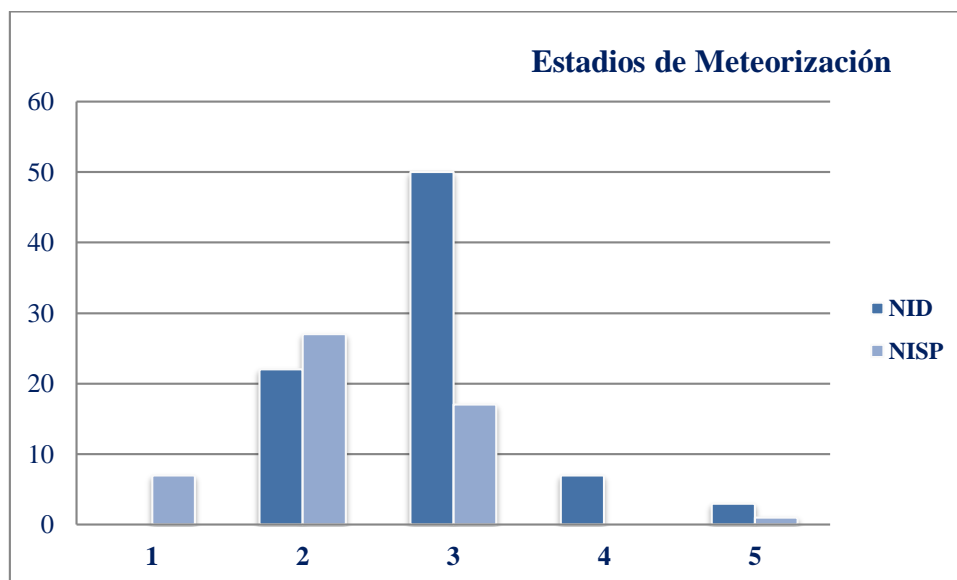
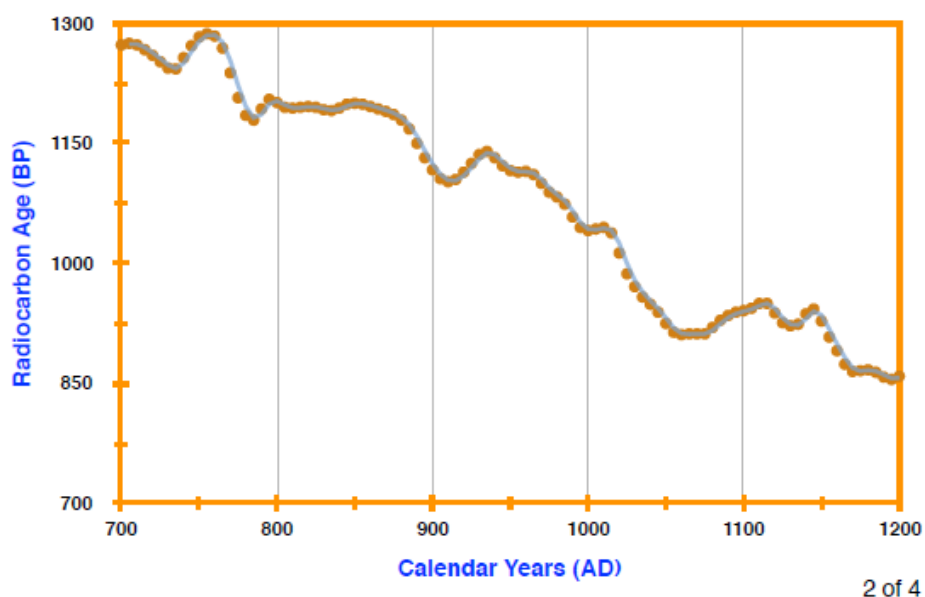


Figura 6.37 Estadios de meteorización estructura 3

Cronología radiocarbónica

Se realizó un fechado radiocarbónico AMS en el laboratorio ICA, Miami, USA (figura 6.38), sobre un hueso de camélido fragmento de húmero recuperado en el contexto 21 de la excavación de la cuadrícula 8, estrato G. El método utilizado por el laboratorio es edad calibrada usando IntCal13: IntCal13 y Marine13 Radiocarbon Age Calibration Curves 0–50,000 years cal BP. Este análisis nos arrojó una datación de **Cal 950-1030 A.D.**

Date Received	July 18, 2017	Material Type	Bone
Date Reported	August 05, 2017	Pre-treatment	Col-AAA
ICA ID	17B/0726	Conventional Age	1050 +/- 30 BP
Submitter ID	1	Calibrated Age	Cal 900 - 920 AD (8.7%) Cal 950 - 1030 AD (88.7%)



Date Reported	August 05, 2017
QC 2 Sample ID	NIST OXII
QC Expected Value	134.09 +/- 0.70 pMC
QC Measured Value	134.66 +/- 0.30 pMC
Pass?	YES

Figura 6.38. Fechado radiocarbónico AMS sobre hueso de camélido

Análisis arqueobotánicos

Se analizaron restos provenientes de artefactos de molienda móviles y fijos. A continuación, se detallan los mismos.

Artefactos de molienda

Mano de moler (Cuadrícula 6- estrato A)

Se extrajeron 3 muestras consecutivas de una mano de moler, en la sección donde se pudieron observar oquedades, incluyendo una parte pulida y otra rugosa del instrumento. La muestra 1 (M1) es el cepillado superficial, correspondiente al sedimento propio de la matriz sedimentaria. La muestra 2 (M2) corresponde al raspado más profundo en seco y la muestra 3 (M3), a un lavado con agua destilada y raspado final para poder extraer el máximo de restos.

La mano de moler se encontró partida y depositada en un muro, aunque a pesar de estar dañada aún presentaba la posibilidad de continuar en uso. Las muestras presentan fitolitos dañados, partidos, con superficies erosionadas. Puede deberse a la actividad de molienda, así como también a procesos tafonómicos naturales, esto se observa en todas las muestras. En total se recuperaron 202 fitolitos de los cuáles 118 son diagnósticos. El número es decreciente desde la muestra superficial a la más profunda.

A nivel general, predominan los morfotipos provenientes de epidermis de gramíneas indeterminadas (41% del total). Tomando en cuenta sólo los fitolitos diagnósticos y sus respectivas afinidades botánicas prevalecen los morfotipos correspondientes a taxones afines a gramíneas de zonas cálidas a templadas, como las panicoideas (40,6%), arundinoideas/danthonioides (28,8%) y chloroideas (19,5%). Las afinidades botánicas correspondientes a pooideas –gramíneas microtéricas- corresponden al 5.9 %. En menor medida se recuperaron apéndices dérmicos afines a ciperáceas, que crecen en arroyos y zonas anegadas; formas globulares equinadas afines a arecaceas (palmas) y formas globulares de superficie granulada afines a dicotiledóneas.

En cuanto a los posibles usos del artefacto en el procesamiento de taxones útiles para uso alimenticio u de otro tipo puede destacarse la presencia de un fitolito afín a al género *Zea sp.* (Ruffle top rondel), presente en el pericarpio, marlo y/o espiga de maíz. Posiblemente fruto del procesamiento de granos para producir harina, lo cual es coherente con la presencia de fitolitos dañados en la muestra, producto de la actividad de molienda. De esta muestra no se recuperaron almidones.

Respecto a la presencia de apéndices dérmicos de ciperáceas, provenientes posiblemente de zonas palustres o áreas de gran humedad, puede deberse al procesamiento de las hojas de esta monocotiledónea para su utilización en forma de fibras para cestería u otras manufacturas; o para el

procesamiento de sus frutos y rizomas con fines alimenticios. En la actualidad en el área están presentes *Bulbostylis sp.*, *Eleocharis sp.* En este sentido, las ciperáceas poseen usos potencialmente alimenticios y medicinales.



Figura 6.39. Mano de moler partida

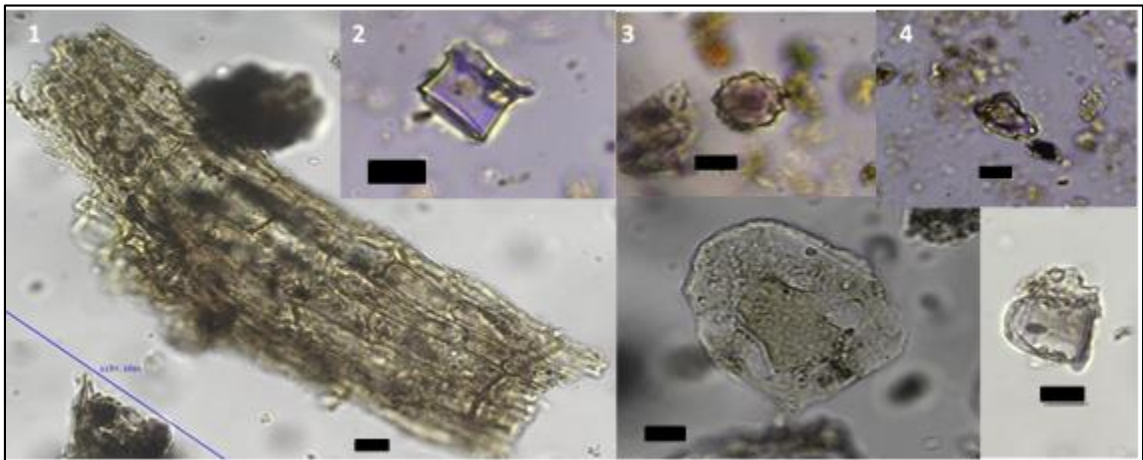


Figura 6.40. Conjunto de fitolitos recuperados: 1) tejido epidermis articulado. 2) Ruffle Top Rondel afín a *Zea Mays sp.* 3) globular equinado de hoja de arecácea –palmera-. 4) cruz panicoides. 5 y 6) posibles fitolitos afines a ciperáceas, barra 10 micras.

MORFOTIPO	M3	M2	M1	TOTALES
Bilobado	22	13	8	
Polilobado	2	1	0	
Cruz	1	0	0	
Rondel Ruffle	0	1	0	
TOTAL PANICOIDEAE	25	14	9	48
Siunuoso	1	0	1	

Circular	0	1	0	
Rectangular	1	1	0	
Cuadrangular	1	1	0	
<i>TOTAL POOIDEAE</i>	3	3	1	7
Aguzados	13	5	1	
Elongados	23	17	9	
Conducción	2	1	1	
Buliforme	1	4	2	
Tejido indeterminado	0	1	0	
Tejido células elongadas	0	0	2	
Inderterminados	1	0	1	
<i>TOTAL EPIDERMIS iNDET.</i>	40	28	16	84
Papila ciperácea	0	0	3	
<i>TOTAL CYPERACEAE</i>	0	0	3	3
Saddle	10	9	4	
<i>TOTAL CHLOROIDEAE</i>	10	9	4	23
Rondel	17	9	8	
<i>TOTAL ARUNDINOIDEAE</i>	17	9	8	34
Globular equinado	0	1	0	
<i>TOTAL ARECACEAE</i>	0	1	0	1
Globular granulado	0	2	0	
<i>TOTAL DICOTILEDÓNEAS</i>	0	2	0	2

Tabla 6.7 Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útiles.

Conana 1

De esta conana se extrajeron tres muestras consecutivas en húmedo, *in situ*, previa extracción del sedimento superficial adherido. En total, se recuperaron 305 partículas, de las cuales 270 corresponden a fitolitos y 185 resultaron diagnósticos respecto a afinidad botánica.

Dentro del grupo diagnóstico, el 40% corresponden a morfotipos correspondientes a gramíneas panicoides, 26% a gramíneas arundinoides/danthonioides y 14% a chloroides. Las dicotiledóneas leñosas y arbustivas se encuentran representadas en un 11% y las ciperáceas en un 0,01%. No se registraron fitolitos correspondientes a palmeras (arecáceas). Respecto a los restos silíceos de epidermis indeterminados, son abundantes (45% del total de fitolitos). Un número considerable de ellos podría corresponder a dicotiledóneas pero no es posible determinarlo con seguridad, ya que muchas veces los tejidos epidérmicos y conectivos de gramíneas y dicotiledóneas pueden solaparse.

En cuanto a las plantas de utilidad económica, pudieron detectarse morfotipos afine a *Zea mays sp.*; correspondientes al procesamiento del fruto. También se hallaron fitolitos globulares facetados característicos de cucurbitáceas presentes en corteza de fruto y semillas. Así como fragmentos de tricomas segmentados que podrían pertenecer a las inflorescencias de *Cucurbita máxima sp.* El almidón deteriorado detectado podría corresponder a la corteza del fruto de este cultivo, aunque debido a su deterioro no es posible determinarlo con seguridad. También podría tratarse, por su forma oval a un grano de *Phaseolus sp* –poroto-. El único grano de almidón recuperado presenta pérdida de relieve y volumen por deshidratación por acción del calor, contorno poco visible en campo claro, muy deteriorado y con una fisura longitudinal tenue. La presencia de esta tenue fisura nos lleva a interpretar los rasgos del grano como correspondientes a una fabácea (ver figura 6.x). Los fitolitos de otras dicotiledóneas pueden corresponder a estructuras lignificadas de leñosas (morfotipos lobulados y posiblemente algunos globulares granulados).

También se registran micro-carbones, o tejidos carbonizados que pudieron incorporarse durante la actividad de molienda. Además, la presencia de diatomeas y de amebas testáceas (*Euglypha sp.*) podría indicar la incorporación de agua en el procesamiento. Se detectaron fitolitos correspondientes a frutos de ciperáceas, en concordancia con lo detectado en las manos de moler. Algunos de los fitolitos estelados podrían corresponder a rizomas de estas especies. Finalmente, se detectaron fitolitos globulares en cadena o aislados correspondientes a cannáceas –familia de las achiras- posiblemente de hojas y rizomas (Del Puerto 2015).



Figura 6.41. Foto conana 1.

MORFOTIPO	M3	M2	M1	TOTAL
Bilobado	11	16	32	59
Polilobado	4	2	5	11
Cruz	1			1
Cruz var 6	0	0	1	1
Rondel Ruffle	1	0	0	1
Rondel Wavy	0	0	1	1
TOTAL PANICOIDEAE	17	18	39	74
Sinuoso	0	1	0	1
Circular	1	2	1	4
Rectangular	0	3	3	6
Cuadrangular	0	0	0	0
TOTAL POOIDEAE	1	6	4	11
Aguzados	2	2	8	12
Elongados	9	12	29	50
Conducción	4	4	1	9
Tricoma	0	1		1
Buliforme	0	1	6	7
Tejido indeterminado	0	1	2	3
Tejido células elongadas	0		0	0
Stelae	0		2	2
Inderterminados	0	1	0	1
TOTAL EPIDERMIS INDET.	15	22	48	85
Papila ciperácea	0	0	0	0
Poligonal ciperácea	0	2	1	3
TOTAL CYPERACEAE	0	2	1	3
Saddle	7	8	12	27
TOTAL CHLOROIDEAE	7	8	12	27
Rondel	7	4	38	49
TOTAL ARUNDINOIDEAE	7	4	38	49
Globular equinado	0	0	0	0
TOTAL ARECACEAE	0	0	0	
Globular granulado	3	2	2	7
Globular facetado	2	0	1	3
Oval facetado	1	1		2
Placa perforada	0	0	4	4
Globular articulado "achira"	1	0	1	2
Lobulado	0	0	3	3
TOTAL DICOTILEDÓNEAS	7	3	11	21
Diatomea	4	2	3	9
Espora monolete helecho	0	0	1	1

Espora indeterminada	1	4	1	6
Ameba	6	3	6	15
Almidon	0	1	0	1
Tejido quemado	0	0	1	1
Quiste	2	0	0	2
Otros	13	10	12	35
	54	67	164	

Tabla 6.8. Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útil

<i>Características</i>	Conana 1
<i>Forma</i>	ovalado
<i>Estructura</i>	simple
<i>Hilum</i>	no visible
<i>Posicion hilum</i>	no visible
<i>Laminado</i>	no visible
<i>Largo</i>	23
<i>Ancho</i>	-
<i>Diámetro</i>	-
<i>Cavidad o fisura</i>	lineal
<i>Margen</i>	ondulado
<i>Borde</i>	simple-alterado
<i>Cruz de extinción</i>	céntrica

Tabla 6.9. Caracteres morfológicos de almidón

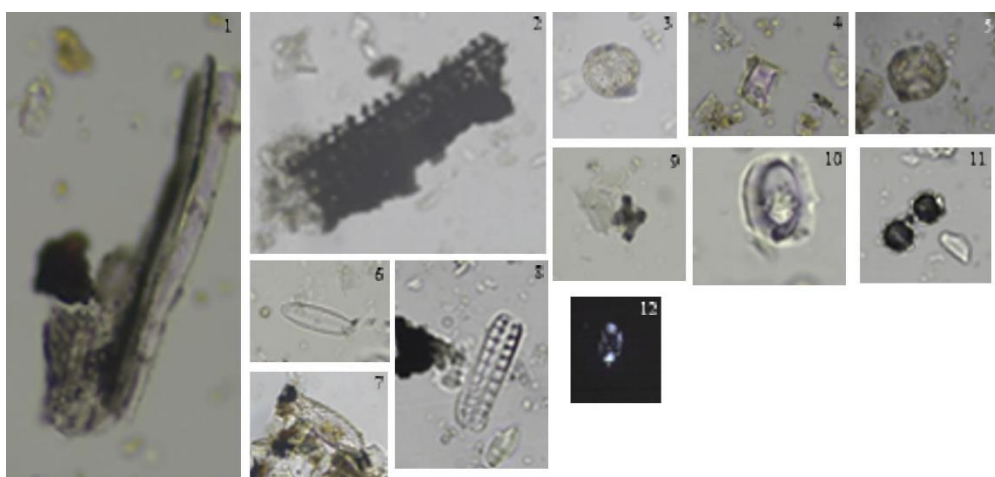


Figura 6.42. Restos hallados en conana: 1) tejido no identificado. 2) placa perforada dicotiledónea. 3) globular facetado cucurbitacea. 4) wavy top rondel afín a zeo sp. 5) globular facetado afín a cucurbitacea. 6 y 7) diatomea.

8) estructura silícea de ameba testácea. 9) cruz panicoide con tizne. 10) ruffle top rondel afín a *zea mays* sp.11) globular articulado afín a *canna edulis* sp. –achira-.

Artefactos cerámicos

Fragmento de cerámica (Estrato H -Contexto 54-cara interna)

Esta muestra presenta adherencias carbonizadas, por lo que el montaje directo del raspado no dio buenos resultados, ya que había abundante material carbonoso. Los conteos fueron escasos y poco significativos en términos diagnósticos por lo que en el futuro se procesará el material carbonoso para poder recuperar los micro-restos (ver Lema *et al* 2015). Los fitolitos se encuentran erosionados y fracturados. En la cara externa se detectaron escasos restos, muy erosionados pero con escaso material carbonoso, esto nos permite pensar que este tipo de resto se concentra en la cara interna.

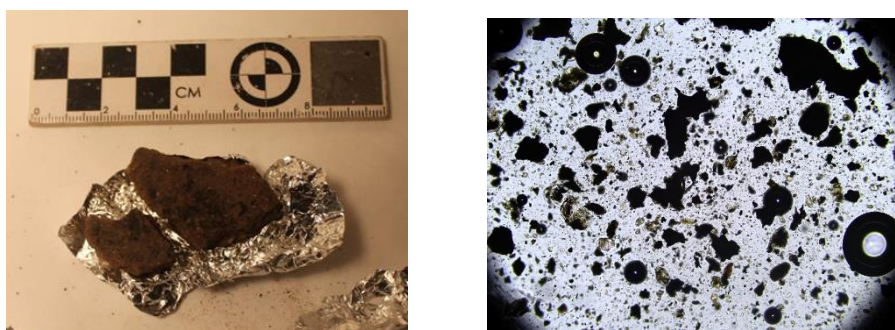


Figura 6.43. (a) Foto del fragmento con adherencias. (b) Imagen general de la muestra con material carbonizado.

MORFOTIPO	Cara interna
Bilobado	2
Saddle	2
Rondel	1
Elongados	6
Aguzado	1
Buliforme	1
TOTAL	13

Tabla 6.10. Tabla de conteo total de micro-restos

Fragmento cerámico (Cuadrícula 6, estrato A)

En esta muestra hay escasos fitolitos y deteriorados. Hay presencia de tejidos articulados, pero dado el bajo número de partículas silíceas y con superficies deterioradas, no se establecieron porcentajes según grupo de afinidad botánica. Sin embargo, se detectaron mayor cantidad de partículas en la cara interna que en la externa.

Se recuperó un grano de almidón, con centro degradado, ovoide afín a *Phaseolus sp.* con pérdida de birrefringencia producto de deshidratación (*sensu* Olizewsky y Babot 2015). A la vez, se recuperaron dos fitolitos no concluyentemente diagnósticos, pero posiblemente pertenecientes a fabáceas, aunque son restos que pertenecerían a la vaina del grano (ver base de pelo poliédrico opaco) y una traqueida de hoja/vaina (ver colección referencia Babot y Korstanje 2007, *Phaseolus lunatus sp.*). La presencia de estas partes de la planta en el tiesto podría indicar quizás un uso de almacenaje de la vasija. En última instancia, estos restos pudieron quedar adheridos del piso de ocupación, sin embargo, la escasez de restos en la cara externa del tiesto indicaría que el depósito corresponde más probablemente a la vasija.

MORFOTIPO	Cara interna	Cara externa	ID	IC1
Bilobado	5		Forma	ovalado
Polilobado	1		Estructura	simple
TOTAL PANICOIDEAE	6		Hilum	no visible
Rectangular	1		Posicion hilum	no visible
Cuadrangular	1		Laminado	no visible
TOTAL POOIDEAE	2		Largo	19,5
Aguzados	0	1	Ancho	-
Elongados	2		Diámetro	-
Buliforme	1	3	Cavidad o fisura	depresión central
Tricoma	1		Margen	ondulado
Tejido indeterminado	1		Borde	simple-alterado
Traqueida	1		Cruz de extinción	excéntrica
Inderterminados	1			
Papila	1			
TOTAL EPIDERMIS INDET.	8	4		
Saddle	3			
TOTAL CHLOROIDEAE	3			
Rondel	8			
TOTAL ARUNDINOIDEAE	8			
Almidon	1			
OTROS	28	4		

Tabla 6.11. Frecuencias de micro-restos. En rojo los diagnósticos de cultivos o plantas útiles (izq.). Caracteres morfológicos de almidón (der.)

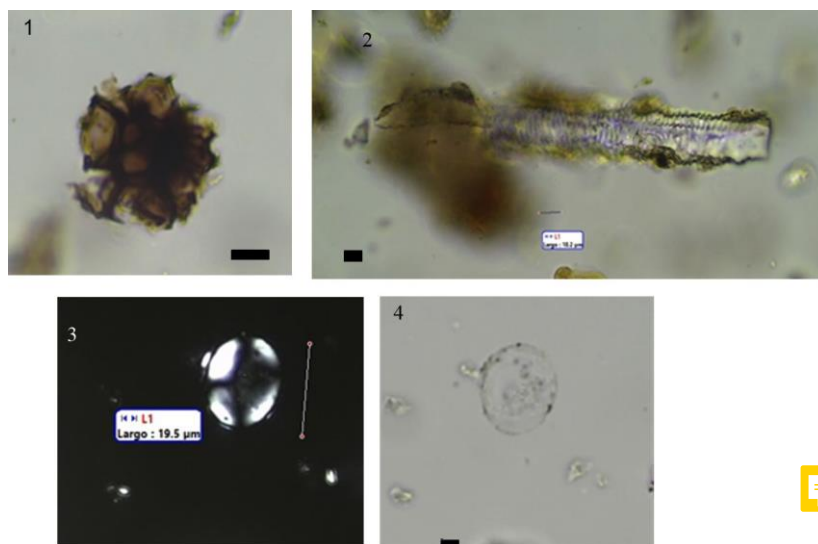


Figura 6.44. Restos recuperados en tiesto: 1) traqueida. 2) tricoma afín a vaina de leguminosa. 3) almidon en luz polarizada y 4) luz clara, la flecha indica depresión central. Barra de 10 micras.

Fragmento de cerámica (Contexto 17, estrato B, IC3)

Este fragmento cerámico presenta escasos restos, aunque en mayor medida adheridos en la cara interna del tiesto. No se hallaron restos diagnósticos de especies vegetales consumidas o almacenadas en este fragmento de recipiente.

MORFOTIPO	cara_interna	cara_externa
Bilobado	5	3
Cruz	1	
Polilobado	1	
TOTAL PANICOIDEAE	7	3
Aguzados	4	1
Elongados	7	7
Buliforme	1	1
Tejido indeterminado	2	
TOTAL EPIDERMIS INDET.	14	9
Saddle	3	
TOTAL CHLOROIDEAE	3	
Rondel	2	3
TOTAL ARUNDINOIDEAE	2	3
Globular granulado		1
TOTAL DICOTILEDÓNEAS		1
Esponja		1
OTROS		1
TOTAL	26	17

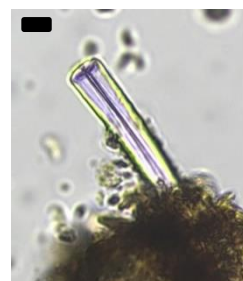
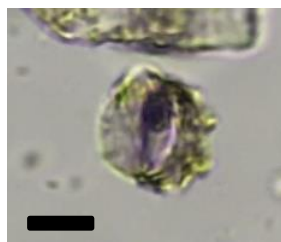


Tabla 6.12. Frecuencia total de micro-restos. **Figura 6.45.** Derecha arriba: cruz dañada en cara interna del fragmento. Derecha inferior: espícula de esponja en cara externa. Barra 10 micras

Fragmento cerámico (Contexto 35, estrato R1)

Esta muestra no presentaba un número notable de restos, las partículas se hallaban con signos de erosión. Se pudo identificar un fitolito afín a la mazorca de maíz en su cara interna.³

MORFOTIPO	cara_interna
Bilobado	7
Ruffle top rondel	1
TOTAL PANICOIDEAE	8
Rectangular	3
TOTAL POOIDEAE	3
Aguzados	3
Elongados	18
Buliforme	3
Tejido indeterminado	1



³ En este caso no se analizó muestra de control o cara externa del tiesto.

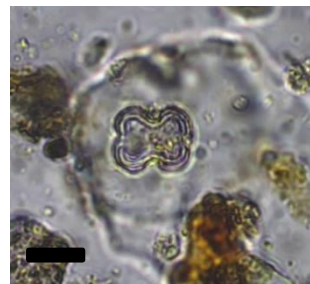
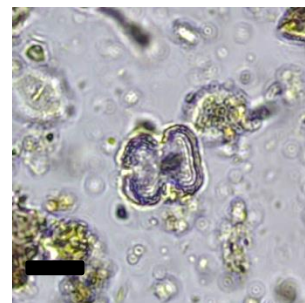
TOTAL EPIDERMIS INDET.	25
Saddle	1
TOTAL CHLOROIDEAE	1
Rondel	7
TOTAL ARUNDINOIDEAE	7
Globular granulado	1
TOTAL DICOTILEDÓNEAS	1
TOTAL	45

Tabla 6.13. Frecuencias de micro-restos hallados. **Figura 6.46.** Derecha: Ruffle top Rondel sp. afín a marlo de maíz.

Fragmento cerámico (Contexto 52, estrato R3)

En este caso se recuperaron un mayor número de partículas silíceas de la cara interna del tiesto (n=80) que del sedimento (n=26). En el fragmento no se detectaron restos diagnósticos concluyentemente afines a algún taxa. Se detectaron dos cruces posiblemente afines a hojas de maíz por su tamaño y morfología, pero estas se encuentran deterioradas y su presencia en el tiesto podría explicarse o bien porque estaban en el sedimento del pozo de depósito o porque las chalas estaban en el interior de la vasija. Del total de 54 fitolitos diagnósticos, las afinidades botánicas consistieron en un 46% de morfotipos panicoides, 22% arundinoides, 20% chloroides, 5% de formas dicotiledóneas y 5% pooides. Del total de 80 fitolitos, el 46 correspondió a tejido conectivo, apéndices dérmicos, etc; correspondiente a gramíneas y dicotiledóneas. En el sedimento circundante (que se trataba de un pozo) por su parte, predominaron los fitolitos elongados de gramíneas.

MORFOTIPO	cara_interna	sedimento
Bilobado	21	6
Polilobado	2	
Cruz	2	
TOTAL PANICOIDEAE	25	6
Rectangular	3	
TOTAL POOIDEAE	3	0
Aguzados	2	2
Elongados	19	13
Buliforme	2	
Tricoma		1
Conducción	2	



Esclereida		1
Inderterminados	1	
TOTAL EPIDERMIS INDET.	26	19
Saddle	12	2
TOTAL CHLOROIDEAE	12	2
Rondel	11	1
TOTAL ARUNDINOIDEAE	11	1
Globular granulado	3	
TOTAL DICOTILEDÓNEA	3	
TOTAL	80	26

Tabla 6.14. Frecuencias de fitolitos en fragmento cerámico.

Figura 6.47. Cruces panicoides (barra de 10 micras)

Fragmento cerámico (Contexto 28, estrato B, IC12)

Se trata del tiesto cerámico (borde) más rico en micro-partículas del sitio con un total de 263 fitolitos en su cara interna y 34 en su cara externa. La gran concentración en la cara interna puede deberse a sus condiciones de depositación pero es notoria respecto a otras muestras analizadas, incluso aquellas de sedimento que se han sometido a concentración por densitometría. En la cara interna se recuperaron fitolitos afines a marlo de *Zea mays sp.*; y un almidón de leguminosa, que según las colecciones de referencia publicadas y por sus características morfológicas, es afín a *Lupinus mutabilis* o tarwi. Este se ha hallado también en sitios aldeanos del primer milenio en Tafí del Valle (Tucumán) en zonas eco-tonales de Yunga y Sierras (ver Salazar y Molar 2017). En la cara externa también se recuperó un fitolito *Wavy top rondel* afín a maíz. En la cara interna se recuperaron una variedad de fitolitos de dicotiledóneas de origen arbóreo o arbustivo, probablemente del entorno y una diatomea que pudo ingresar con al recipiente o bien pertenecer al contexto sedimentario.

MORFOTIPO	cara_int	cara_ext
Bilobado	42	
Polilobado	1	
Trilobado	2	
Rondel Ruffle	2	
Wavy top rondel	1	1
Cruz	1	
TOTAL PANICOIDEAE	49	1

Rectangular	8	1
Cuadrangular	3	
TOTAL POOIDEAE	11	1
Aguzados	24	
Elongados	82	
Conducción	1	
Buliforme	7	
Tejido células elongadas	2	
Tricoma	17	3
Tricoma interior oscuro	1	
TOTAL EPIDERMIS INDET.	134	3
Poligonal ciperácea	1	
TOTAL CYPERACEAE	1	
Saddle	22	6
TOTAL CHLOROIDEAE	22	6
Rondel	27	23
TOTAL ARUNDINOIDEAE	27	23
Globular equinado	1	
TOTAL ARECACEAE	1	0
Cuerpo granular irregular	3	
Oval granulado	1	
Globular liso	1	
Globular escrobiculado	8	
Facetado ámbar	1	
Placa perforada	2	
Poligonal	2	
TOTAL DICOTILEDÓNEAS	18	0
TOTAL FITOLITOS	263	34
Diatomea	1	
TOTAL	264	34

Tabla 6.15. Frecuencia de fitolitos

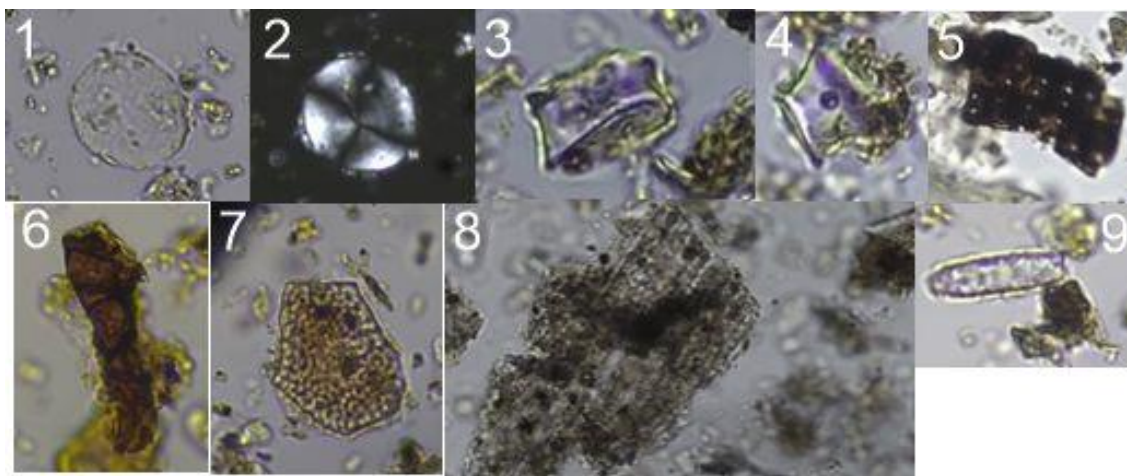


Figura 6.48. 1 y 2) Almidón afín a *Lupinus mutabilis* sp. campo claro y luz polarizada. 3) *Ruffle top rondel* afín a *Zea mays* sp. 4) *Wavy top rondel* afín a *Zea mays* sp. 6) Fitolito tabular facetado de dicotiledónea arbórea/arbustiva. 7) Fitolito afín a *Zea mays* sp. 8) Tejido de células elongadas articuladas. 9) Diatomea deteriorada.

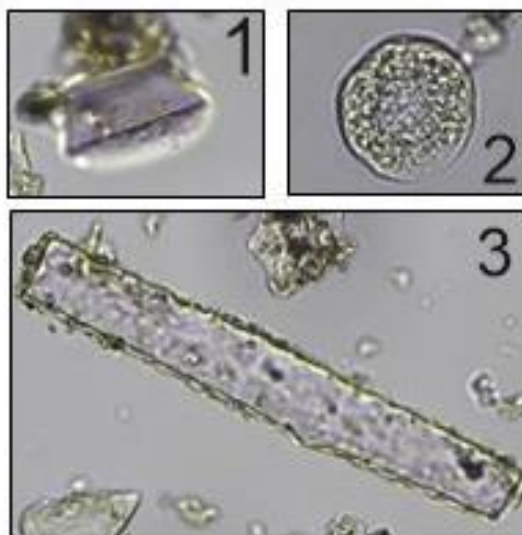


Figura 6.49. 1) *Wavy top rondel* afín a *Zea mays* sp. 2) Polen poácea. 3) Fitolito elongada correspondiente a epidermis de gramíneas.

Muestras sedimentos

Las muestras de sedimento M7 a M1 y la muestra de la cuadrícula 8, estrato B, fueron sometidas a concentración por separación volumétrica por líquido pesado según protocolos standard (Zhao y Piperno 1998, Zucol y Osterrieth 2002, entre otros)

Muestras perfil

Se trata de muestras sacadas consecutivamente de un perfil de la excavación de la vivienda, para estimar a modo de muestra de control la distribución vertical de los micro-restos. Aunque cabe aclarar que las unidades de extracción se corresponden con estratos arqueológicos y no homologan de ninguna manera a un perfil no antrópico. Sin embargo, dan una perspectiva respecto a la distribución de los fitolitos y permiten compararse con lo hallado en relación a los artefactos muestreados. En general, la concentración de partículas silíceas es escasa en comparación con otros conjuntos relevados, esto puede deberse a cuestiones tafonómicas como ser la química de estos sedimentos. Se aprecian conjuntos característicos del bosque actual en la M6 y M7 (las dos más superficiales y homólogas a los estratos B y A de la excavación de la trinchera norte y la C5). En estas muestras se destacó la presencia de esporas de helecho y hongos. Respecto a estas últimas, la mayoría parecen corresponder a las del género *Sporomiella* presente en las heces de herbívoros de gran porte, presentes en el área en la actualidad (Raczka *et al.* 2016). En relación a la distribución, se hayan mayor cantidad de restos en los dos niveles superficiales y en los dos inferiores-aunque en menor medida que en los superiores-. Esta distribución da cuenta de la historia del depósito, donde los niveles superiores representan vegetación boscosa y de gramíneas probablemente post-abandono y en la base o piso de ocupación ya predominan, escasamente, las gramíneas.

MORFOTIPO	M7	M6	M5	M4	M3	M2	M1	TOTALES
Bilobado		16		1	4	1	4	
Polilobado		1						
Cruz		1			1			
Rondel Ruffle								
TOTAL PANICOIDEAE	0	18	0	1	5	1	4	29
Siunuoso								
Circular		1			1		1	
Rectangular		3					1	
Cuadrangular								
TOTAL POOIDEAE		4			1		2	7
Aguzados	1	3	1	0	6	1	5	
Elongados	8	19		4	4		5	
Conducción		1						
Buliforme	5	3	1	1		2	3	
Tricoma unciforme		1						
Tejido células elongadas		2						

TOTAL EPIDERMIS INDET.	14	29	2	5	10	3	13	76
Saddle		12	1		5			
TOTAL CHLOROIDEAE	0	12	1	0	5		0	18
Rondel		19	5		1	1	3	
TOTAL ARUNDINOIDEAE	0	19	5		1	1	3	29
Globular granulado		3						
Globular oval granulado		1						
Placa perforada	5							
Lobulado		1						
TOTAL DICOTILEDÓNEAS	5	5	0	0	0	0	0	10
TOTAL FITOLITOS	19	87	8	6	22	5	22	169
Diatomea							1	
Carbón			3		1			
Espora	50	6						
TOTAL	107	267	27	18	67	15	67	568

Tabla 6.16. Tabla frecuencia de fitolitos



Figura 6.50. Vista general muestra 7 con esporas visibles

Muestra de sedimento (Cuadrícula 8- Estrato G)

Se trata de una muestra extraída de la estructura de rocas donde se hallaron restos óseos de camélidos y cerámica. La muestra presenta escasos restos de fitolitos de gramíneas en comparación con las muestras superficiales de la sección anterior y en comparación con todas las muestras del sitio. Predominan en este caso la presencia de esporas *Sporomiella* en gran número (n=150). Resta comprender, a través del análisis de muestras adicionales, si se trata de contaminación por parte del ganado vacuno desde la superficie o si su presencia es *in situ* e indica el ingreso a esta estructura de este tipo de material. Cabe destacar que estas esporas crecen en las heces de herbívoros. Si bien en la misma estructura se halló un óseo de camélido, resta establecer si esto se debe al ingreso de guano de este animal. La hipótesis de contaminación por ganado vacuno es la más plausible por el momento,

y que el gran número de esporas se deba a su proliferación a causa de la humedad que pudo quedar concentrada bajo las piedras de la estructura.

Se observan proporcionalmente un gran número de partículas carbonosas, lo cual también sería coherente con un posible fogón en esta zona. En cuanto a la distribución fitolítica, el 62% corresponde a dicotiledóneas leñosas o de la familia de las asteráceas. El 36% corresponde a fitolitos originados en epidermis, de posible afinidad botánica con gramíneas, el 1% a ciperáceas. No se observaron morfotipos diagnósticos panicoides, lo que contrasta con los restos relevados en todo el sitio y en la región en general (ver muestras M6 y M7 de la misma estructura).

MORFOTIPO	sedimento
Aguzados	6
Elongados	16
Buliforme	2
Inderterminados	1
TOTAL EPIDERMIS INDET.	25
Poligonal Ciperácea	1
TOTAL CIPERÁCEA	1
Tabular	5
Tejido articulado dicot.	4
Placa perforada	34
TOTAL DICOTILEDÓNEA	43
Polen	1
Esporas	150
Carbón	27
TOTAL FITOLITOS	69
TOTAL	247

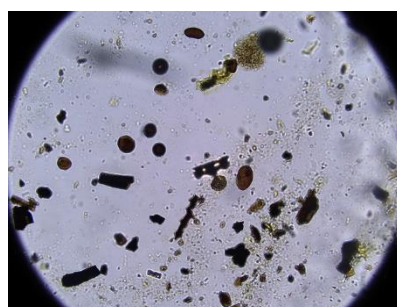


Tabla 6.17. Frecuencias de restos.

Figura 6.51. Vista de muestra con abundancia de esporas, microcarbones y estructuras de dicotiledóneas

Rasgos arquitectónicos

Las características arquitectónicas de la estructura 3 resultan bien diferentes respecto de las estructuras 1 y 2 (ver planos en el capítulo IV y V). A medida que avanzó la excavación pudimos determinar que este recinto, a diferencias de los otros, **es un recinto abierto.** Las técnicas

constructivas empleadas son disimiles, en este caso se trata de un muro simple de lajas clavadas que posee un refuerzo de rocas de diferentes tamaños y de diferentes materias primas, entre ellas bochones de cuarzo. El tipo de construcción resulta mucho más expeditivo, aunque pudo tener una durabilidad prolongada, el tiempo y los recursos materiales invertidos en la construcción son menores que en los otros recintos. Podemos especular que fue sufriendo a lo largo del tiempo algunas modificaciones o remodelaciones. Encontramos en los estratos más superficiales algunas lajas, que por ser de dimensiones similares a las que aún se encuentran en el muro y viendo que hay actualmente espacios vacíos entre ellas, nos llevan a proponer que podrían haber formado parte del mismo y luego ser retiradas para otros fines en momentos más recientes. En el caso de la concentración de rocas (ver figura 5.12), podemos pensar que se produjo producto del derrumbe del muro. Igualmente, dados los diferentes tamaños que presentan también podemos imaginar que hayan formado parte de alguna estructura con alguna funcionalidad específica que se desmoronó. En la esquina noroeste se apoyan de manera horizontal 3 lajas de tamaño pequeño. Estas rocas podrían constituir un arreglo posterior a la construcción inicial del recinto. No pudimos definir si el recinto era techado o no, ya que los cortes que hemos encontrado no fueron consistentes con una huella de poste.

CAPITULO VII

-SÍNTESIS, DISCUSIÓN y CONCLUSIONES-

Resumen

Este capítulo se compone de dos partes, una primera donde presento una síntesis de la información obtenida los capítulos V y VI y una segunda, que incluye la discusión y las conclusiones. La primera parte comienza con un breve resumen de cada una de las estructuras y luego, una síntesis comparativa entre ellas. Hago foco principalmente en el cotejo de los materiales recuperados en cada uno de los recintos, las técnicas constructivas y las actividades que allí podrían haberse desarrollado. Por otra parte, se ofrece una interpretación posible de la temporalidad de Guayamba II relacionando los fechados radiocarbónicos obtenidos con los datos resultantes del análisis de las distintas materialidades, luego, propongo una estructuración posible del espacio doméstico. Y, a su vez, considero como que se integró este paisaje.

En la segunda parte, discuto la estructuración del espacio doméstico para la Sierra de El Alto-Ancasti. Para ello, comparo los datos provenientes del sitio Guayamba II con los que fueron obtenidos para otros sitios de habitación del área para así avanzar en una caracterización general del área de Yungas. Luego, cotejo con otros sitios de vivienda de la sierra de El Alto-Ancasti. Por último, desarrollo las conclusiones de la tesis, divididas en dos apartados. El primero de ellos, sobre la relación entre la evidencia presentada y los puntos teóricos explicitados en el Capítulo III y el segundo, sobre los objetivos e hipótesis planteados en el Capítulo I y su relación con las interpretaciones propuestas. Finalmente, las perspectivas futuras de trabajo a partir de la tesis.

PRIMERA PARTE

Una síntesis sobre Guayamba II

Comienzo este capítulo con una breve síntesis de las particularidades de cada una de las estructuras de Guayamba II. A continuación, incorporando la información obtenida en las prospecciones, excavaciones y el análisis de materiales, ofrezco una visión comparativa entre recintos, planteada en torno a cada uno de los registros materiales –cerámica, lítico, arquitectura, temporalidad-. Tomando esta comparación como punto de partida, avanzo luego hacia una caracterización de la estructura del

espacio doméstico y sus actividades. Por último, amplió la mirada hacia el entorno, el paisaje de Guayamba.

Estructura 1

Como mencioné al inicio de estas tesis, en una primera inspección del sitio, solo logramos divisar las estructuras 1 y 2. Sus características constructivas y el buen estado de conservación la hacían claramente visible a pesar de la vegetación abundante. Se trata de un recinto rectangular de amplias dimensiones -14 m por 6 m-, con un solo vano de acceso con jambas clavadas, de muros dobles de un metro de ancho y, en los sectores excavados, de más de un metro de alto. Hasta el momento, no tenemos evidencia de que se tratase de un recinto techado.

En este recinto, donde realizamos un sondeo, los materiales se concentraron en los niveles más profundos, más antiguos (nivel 5 y 6). En los niveles superiores las cantidades de materiales disminuyen, pero no varían significativamente en sus contenidos. El fechado radiocarbónico realizado sobre un hueso de camélido proveniente del nivel 6 ubicó esta ocupación entre el *cal* 550 a 650 A.D (figura 6.x). El material más abundante es, en todos los niveles, la cerámica con un total de 364 fragmentos recuperados, la mayor parte de la muestra corresponde al tamaño 2. Los restos de cerámica ordinaria sin decoración son los más abundante con un 49%, lo continúan el tipo semi-fino liso. El número mínimo de vasijas estimado fue de 15, aunque no se recuperaron piezas enteras, y tampoco pudimos realizar remontajes en laboratorio. Sin embargo, he podido observar la presencia tanto de piezas abiertas como cerradas. En segundo lugar, se encuentra el material lítico con un total de 44 piezas, entre desechos e instrumentos. Los instrumentos son ocho, tres cuchillos, muescas y dos manos de moler. Por otra parte, contabilizamos 33 desechos de talla, donde se destacan la presencia de tres lascas bipolares y tres núcleos.

Los restos óseos se encuentran en menor medida (n=9) y solo dos pudieron algunos ser identificados como camélidos. Es la única estructura donde se recuperó cascara de huevo de una especie indeterminada. Por otra parte, me interesa mencionar que no se halló evidencia de estructuras de combustión, aunque si se registró dos especímenes óseos termoalterados.

Estructura 2

Como mencionamos previamente, las similitudes entre la estructura 1 y 2 en términos arquitectónicos son claras. Sin embargo, la conservación de los muros, y del resto de los materiales, en este recinto se ve afectada por los factores mencionados previamente. En esta estructura se observan concentraciones de materiales en los contextos 1 y 4, aunque no se puede descartar la acción constante de las raíces como agente en esta acumulación. Si bien la superficie excavada fue menor, la cantidad de fragmentos cerámicos recuperados es mayor que en la E1 (n= 538). Los fragmentos ordinarios son los más abundantes, en general y en todos los contextos, corresponden a un 79% del total de la muestra, en la que también predominan los fragmentos pequeños tamaño 2. Los fragmentos del grupo fino tienen una baja representación, el más abundante es el tipo Guayamba pintado con un 4.8%, le siguen con un 3,7% se encuentran el castaño pulido liso y en semi-fino liso, y con un 3,3% el semi-fino con superficie engobada. Los otros subgrupos se encuentran en un porcentaje menor al 1%. El cálculo de NMV (número mínimo de vasijas) para esta estructura es de 31 piezas. Solo pudimos registrar la presencia de dos piezas abiertas, no se recuperaron piezas enteras.

El material lítico se compone por 31 especímenes: ocho instrumentos, dos núcleos y veintiún desechos de talla (figura 6.7). Entre los instrumentos, tipológicamente, se distinguen tres artefactos de retoque sumario, dos raspadores, dos raederas y un cuchillo. En esta estructura no recuperamos ningún resto óseo faunístico, por este motivo tampoco pudimos realizar fechados radiocarbónicos. Sin embargo, aquí se destaca la presencia de dos torteros fragmentados de cerámica que nos indican otras actividades.

Estructura 3

La estructura 3 es un recinto de menores dimensiones, semicircular y abierto hacia el oeste, adosado a una estructura rectangular. Está construida con un muro simple de lajas clavadas, de aproximadamente un metro de alto, que se alternan con rocas de diversos tamaños, entre grandes y medianas, y en diversas posiciones. Para contener la acción de la pendiente estas lajas presentan soporte trasero de rocas de diversos tamaños, entre pequeñas y medianas. Aquí cabe destacar que son de diferentes materias primas, incluyendo bochones de cuarzo. En algunos sectores, se observan discontinuidades en el muro de lajas, que no descarto hayan sido retiradas posteriormente a la construcción inicial. Observé también que hay distintos eventos que podrían ser posteriores a la colocación de las lajas verticales, entre ellos un arreglo de rocas en la cuadrícula 8, aunque tampoco descarto que pueda tratarse de un derrumbe, estas rocas poseen diversos tamaños y se encuentran agrupadas. En la esquina de la cuadrícula 5, también se observan 3 lajas pequeñas colocadas

horizontalmente, en el estrato E, por encima del estrato F, donde apoyan las lajas. Por otra parte, no tenemos evidencia que indique si se trataba de un recinto techado o no. Tampoco identificamos estructuras de combustión delimitadas, sin embargo, hay restos de carbón dispersos, restos óseos quemados y fragmentos cerámicos con marcas de termoalteración. La datación por AMS sobre un hueso de camélido, ubica la ocupación de este recinto en *cal* 950 - 1030 AD (figura 6.39).

Los materiales recuperados son más abundantes y variados: fragmentos de cerámica, restos líticos, restos óseos de fauna, y también se realizaron análisis de microrrestos arqueobotánicos en sedimentos, artefactos de molienda y fragmentos de cerámica. El material lítico es el más cuantioso y parte de la muestra continua aún bajo análisis. En términos generales, es el más abundante, sin embargo, se observan algunas diferencias estratigráficas entre los estratos en los cuales se pudo analizar en forma completa los materiales (figura 7.1). En varios estratos, es más representativo el lítico que la cerámica. Como se mencionó en el capítulo VI, se encuentran presente toda la secuencia de producción, núcleos, lascas, desechos e instrumentos. En el caso del estrato B, que no se encuentra incluido en el gráfico, la cerámica asciende a 695, los fragmentos líticos superan los 1000. Me interesa destacar que los restos óseos son de baja presencia en toda la secuencia, encontrándose ausentes en varios estratos (ver figura 7.1).

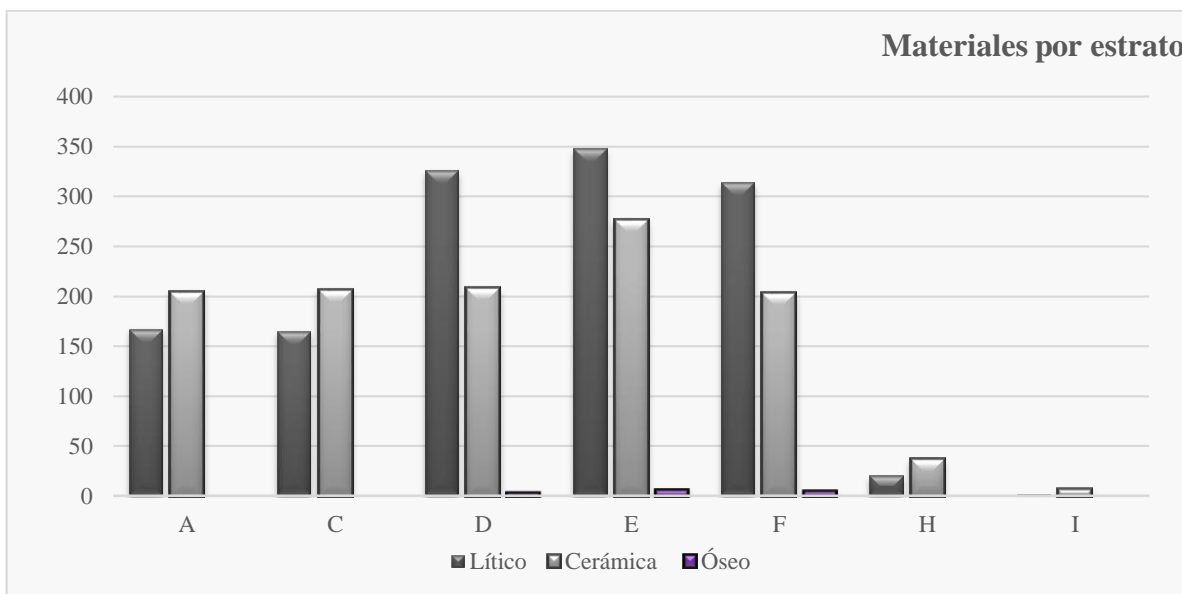


Figura 7.1. Frecuencia de materiales por estrato

La cerámica de la estructura 3 es, en términos generales, restos de vasijas sin decoración, correspondiendo a un 77% del total de la muestra (figura 6.21). Los fragmentos decorados son

escasos, entre ellos los más representativos son el tipo semi-fino con superficie engobada con un 8% y el castaño pulido con un 7%. Esta representación se mantiene entre los estratos, siendo los fragmentos ordinarios lisos los más abundantes en toda la secuencia. El tamaño de los fragmentos es mayoritariamente de tamaño 2 (60%), aunque en esta estructura hay una presencia más significativa de tamaños más grandes, 4 y 5 (ver figura 6.22).

El cálculo de NMV general para esta estructura nos otorga un total de 118 piezas. En esta estructura tampoco recuperamos piezas completas, sin embargo, dado el mayor volumen de la muestra pudimos registrar la presencia de 22 piezas cerradas y 14 abiertas, ollas restringidas indeterminadas en el primero de los casos y probablemente cuencos o platos hondos en el segundo. Caracterizamos los tipos de bordes, siendo los rectos los más abundantes, y pudimos ver los diámetros de boca de las piezas, siendo relativamente pequeños, desde los 80 mm hasta los 390 mm.

COMPARACIÓN ENTRE ESTRUCTURAS

La cerámica de Guayamba

Como se desprende de la síntesis anterior los fragmentos de cuerpo de vasijas sin decoración y de tamaño pequeño son los más abundantes en todo Guayamba II. Sin embargo, podemos observar diferencias que podemos considerar significativas, por ejemplo, en las cantidades recuperadas a pesar de que las superficies excavadas son muy disimiles. Por un lado, vemos que la estructura 1 contiene un total de 364 fragmentos –superficie excavada 1.5 m por 1.5 m- y, en el caso de la estructura 2, con menor superficie excavada, la cantidad de fragmentos cerámicos recuperados (n= 538) supera a los de la estructura 1 en un 40%. En el caso de la estructura 3 el área trabajada fue mucho mayor que en los otros recintos, por lo cual el total de tiestos asciende a N=2677. Pero, si tomásemos como ejemplo algunas de las cuadrículas de 1 m por 1m, veríamos que los totales de varias de ellas, como la cuadrícula 1 (n=270) y 5 (n=278), están por debajo de los valores de las otras estructuras. Las cuadrículas 7 (n=388), 8 (n=419) y 9 (n=370), presentan valores similares a la estructura 1, pero por debajo de la estructura 2.

En cuanto a los grupos cerámicos representados, a nivel general, en todas las muestras dominan los fragmentos ordinarios sin decoración. Sin embargo, los porcentajes de cada uno de los grupos y subgrupos varían de estructura en estructura (figura 7.2). En la estructura 1, el porcentaje de cerámica tosca es de 49% (n= 181) que, siendo el recinto con menor cantidad de fragmentos totales, también

lo es en proporción de fragmentos sin decoración. En el caso de la estructura 2, los fragmentos ordinarios lisos también son los más abundantes en todos los contextos, aunque en este caso corresponden a un 79% del total de la muestra, un 30% más que en el caso anterior. Para la estructura 3, los fragmentos ordinarios son los más representados en todos los estratos, a nivel general corresponden a un 77% del total de la muestra, algo similar a lo presentado en la estructura 2. En cuanto al grupo de cerámica ordinaria o tosca, solo en la estructura 1 el tipo ordinario liso con mica tiene una representación significativa, 11,5% (n=42), estando casi ausente en la estructura 2 y, totalmente, en la 3.

En el caso de los fragmentos que consideramos finos y/o decorados los porcentajes también fluctúan. En el caso de la estructura 1—en adelante E1—, es donde el porcentaje del grupo de cerámica fina es mayor, alcanzando de manera conjunta un 35% de la muestra. En el caso de la estructura 2 —en adelante E2— los fragmentos decorados son escasos en toda la secuencia, el porcentaje de cerámica fina es de 15,5%. Para la estructura 3 —a continuación, E3—, sucede algo similar, donde alcanza un 23% del total.

En cuanto a la composición de los porcentajes antes mencionados se observan diferencias entre las estructuras. En la estructura 1, en segundo lugar, con un 23,4 % (n=85), lo sigue el tipo semi-fino liso. Esta categoría tiene un 3,7% en la estructura 2 y solo un 2% en la estructura 3. El semi-fino con engobe rojo tiene una presentación más abundante E3, siendo el segundo tipo más representado con un 8% del total (n=217), en la E1 un 4,9%, y para la E2 un 3,3%. En cuanto a los ejemplares pintados, en todas las estructuras representan menos de un 5%, pero el más abundante es el Guayamba Pintado B. En la estructura 1 está representado en un 4,4%, en la E2, un 4,8% y en la E3 —está en tercer lugar— con un 4%. En el caso del Guayamba Pintado A posee en la E1 un 2,7%, en la E2 un 3,7% y en la E3, solo un 2%. El castaño pulido liso se torna más relevante en la E3 con un 7% (n=174) estando más representado que en los otros recintos. El castaño pulido exciso tiene baja representación, menor al 2%, en todas las estructuras. Hay también en todos los recintos algunos fragmentos que presentan similitud con los que se conoce como Condorhuasi Bicolor y en la E2 y E3 como Averías.

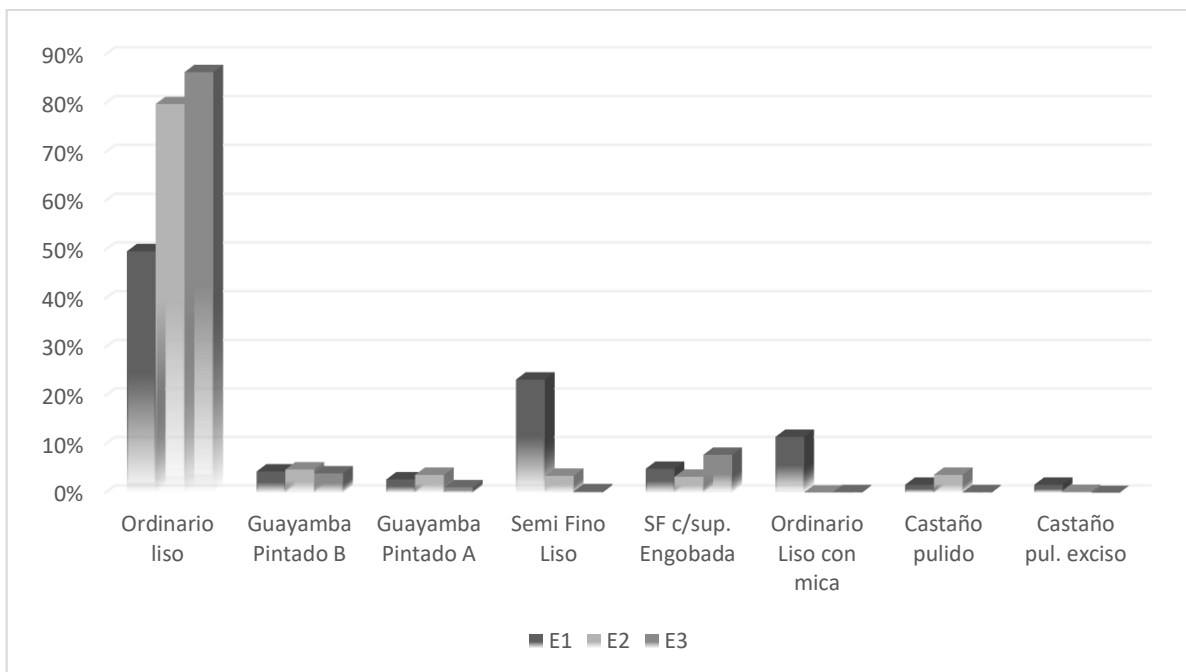


Figura 7.2. Porcentajes de tipos cerámicos por estructuras

En cuanto a la morfología de las piezas cerámicas que pudieron estar en uso son limitadas las observaciones que pudimos hacer ya que en ninguno de los contextos excavados se han recuperado piezas completas, ni tampoco ha sido posible realizar reconstrucciones. Del total de fragmentos recuperados, la mayoría corresponde a porciones del cuerpo, en la E1 (n=346), en la E2 (n=504) y en la estructura 3, (n=2155). En cuanto a los elementos diagnósticos de forma, se registraron en la E1, 15 bordes y 1 fragmentos de cuello, en la E2, 31 bordes y 1 fragmento de cuello, y en la E3, 95 bordes y 4 fragmentos de cuello. En cuanto al cálculo de NMV por obvios motivos, la estructura 3 es la que lidera, con 118 piezas. En el caso de la estructura 1 y 2, la segunda es la que mayor número de piezas contiene. En cuanto a las características de los bordes son en su mayoría rectos y, en segundo lugar, evertidos,

Solo pudimos realizar cuatro remontajes entre todos los materiales recuperados de excavación, tres de ellos de la estructura 3 y uno solo de la E2 y ninguno de la E1. En uno de los casos pudimos reconstruir parcialmente la forma de la vasija, que se trata de una olla cerrada indiferenciada de 390 mm de diámetro. En la estructura 3 algunos fragmentos presentan rastros de uso, específicamente marcas de termoalteración. En este sentido, y teniendo en cuenta la amplia preponderancia de cerámica tosca, podemos pensar que en este sitio las piezas cerámicas estaban involucradas en las tareas de preparación y consumo de alimentos, líquidos y sólidos. La pasta ordinaria presenta una excelente terminación, con un buen alisado. La evidencia de los análisis arqueobotánicos también

apuntan en este sentido. Por otra parte, la posibilidad de que hubiese grandes vasijas destinadas al almacenaje no tiene sustento.

Sin embargo, me interesa destacar la presencia de otros artefactos cerámicos que corresponden a tareas bien diferentes. En la E2 se encontraron dos medios torteros confeccionados en cerámicas con perforación central y fragmentados, que no remontan entre sí. En la E3 también aparece un tortero fragmentado, de similares características, cerámica ordinaria sin decoración. Estos elementos, nos hablan de la realización de un proceso manual de hilado, es importante aclarar que no se ha recuperado ningún textil. También se recuperó en la E2, lo que denominamos, ficha de juego, de forma circular aplanada. En la E3 encontramos una bolita de cerámica, probablemente cruda, que pudo haber formado parte del proceso de prueba o modelado de alguna vasija. En la E1, también había concreciones de cerámica probablemente cruda.

La distribución por tamaños ofrece regularidades en todos los contextos y estructuras excavados. El tamaño más abundante es el 2, que oscila entre el 57% y el 60%. En todos los casos en segundo lugar se ubica el tamaño 3, que tiene un 34,9% en la E2, en la E1 un 24%. El tamaño 1 también tiene una representación significativa en la estructura 1 y 3. El tamaño 4 tiene mayor presencia en la E3, con un 14% y aquí aparecen algunos fragmentos de tamaño 5, lo cual no se había registrado en las otras estructuras.

Desde la perspectiva geomorfológica esta alta proporción de tamaños pequeños se relaciona con un contexto de acumulación, donde el agua y la pendiente movilizan clastos de tamaños más pequeños son transportados por ambos agentes, y también por las raíces. Este último punto de gran influencia dentro del sitio. Los tamaños más grandes se encuentran en muy baja proporción en todos los contextos. Esta distribución también genera otras consecuencias, por ejemplo, incide en la identificación de tipos diagnósticos de forma y decoración. Sin embargo, no podemos dejar de pensar en que esta distribución también guarda estrecha relación con otro tipo de actividades, como son la limpieza recurrente, acción normalmente presente en contextos domésticos. Por otra parte, y sin desconocer el impacto de los agentes postdeposicionales en el estado de los materiales, el limitado remontaje de fragmentos podría marcar también la ausencia de piezas enteras o con posibilidades de uso o reactivación al momento del abandono. Si este es el caso, podríamos pensar en formas previstas o paulatinas en deshabitar ese espacio, considerando que en tales circunstancias los grupos se lleven consigo los elementos trasportables de valor práctico o simbólico que puedan seguir utilizando en otros escenarios.

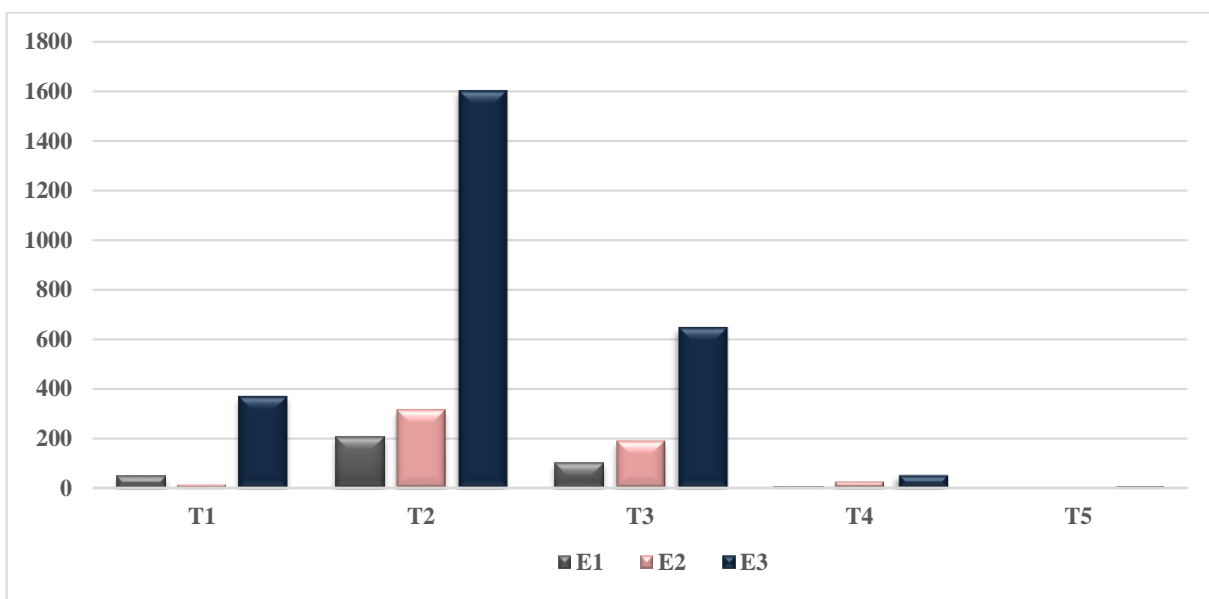


Figura 7.3. Distribución de tamaños por estructuras

El material lítico de Guayamba

Para la comparación de los materiales líticos voy a seguir, en primer lugar, una línea más que nada cualitativa, ya que las superficies excavadas son por demás diferentes y, en el caso de la estructura 3, no se ha podido terminar de analizar el total de los materiales. Los ejes serán aquellos que se desarrollaron en el capítulo anterior: materias primas utilizadas, clases tipológicas, instrumentos líticos fabricados, desechos de talla y núcleos.

En relación a las materias primas, en los conjuntos de las tres estructuras analizadas se observa un contundente predominio del cuarzo como materia prima. Este recurso está presente de forma recurrente en las inmediaciones del sitio, por ejemplo, en forma de bochones redondeados desperdigados por el terreno y en afloramientos. Esta materia prima exhibe diferentes variedades, que van desde translúcidos hasta blancos con brillo vítreo. Esta última variedad es la que predomina en los alrededores, tanto en fuentes primarias como secundarias, y esto se ve reflejado en la composición de los conjuntos líticos analizados. Son pocas las excepciones al uso del cuarzo: un instrumento de sílice blanco y una mano de moler de roca granítica de la E1 y una lasca secundaria de roca granítica en E3 y un instrumento de sílice gris. En la E2 es la única materia prima registrada.

Si pensamos en los valores totales podemos observar diferencias considerables entre las estructuras, por ejemplo, en cuanto a las clases tipológicas. La E3 contiene un porcentaje mucho mayor de desechos de talla (93%) que la E1 (75%) y la E2 (61%). Esto se revierte en cuanto a la proporción de instrumentos y núcleos, la E1 tiene un 18% y 7% respectivamente y la E2, un 32% y un 6%. En cambio, en la E3 hay solo un 5% de núcleos y un 2% de instrumentos.

Entre los desechos de talla de las E1 y 2 predominan los tamaños pequeños, seguidos por medianos pequeños, mientras que los muy pequeños se encuentran muy poco representados; y los módulos son medianos normales, seguidos de los cortos anchos y medianos alargados. En la E3 es donde se encuentra la mayor variedad de tamaños y módulos. Sus tamaños van desde muy pequeños hasta grandes y cada categoría está significativamente representada. Lo mismo sucede con los módulos que van desde cortos muy anchos a laminares angostos.

Por otra parte, los tipos de desecho nos aportan información sobre las etapas productivas y las técnicas de talla empleada. En todas las estructuras predominan, con buena diferencia, las lascas angulares y, en segundo lugar, se ubican las lascas indiferenciadas y los desechos indiferenciados o *debris*. Es para destacar también la presencia de lascas bipolares en E3, y en menor medida en E1 (ausentes en E2). De manera análoga, los desechos con reserva de corteza, lascas primarias y secundarias, se presentan en mayor proporción en E3 y en menor medida en E1 y ausente en E2. Esto se vincula con que cuanto más avanzada sea la etapa de la secuencia de manufactura menos reserva de corteza van a tener sus desechos. La gran cantidad de desechos indiferenciados es propia del tipo de fractura que se produce al tallar cuarzo, proceso que genera muchos desechos sin rastros tecnológicos diagnósticos. No se descarta la posibilidad de que los desechos de talla bipolar se encuentren subrepresentados, ya que este tipo de desecho no es el único, pero sí el más diagnóstico.

En cuanto a las técnicas de talla utilizadas, los tipos de talones nos brindan información. La talla directa suele producir talones lisos, en tanto que la talla bipolar genera piezas sin talones o con talones puntiformes y filiformes, los cuales también pueden estar relacionados con etapas avanzadas de la formatización. En más de la mitad de las piezas de E3, no se ha podido diferenciar talones, en tanto que entre los talones diferenciados predominan los de tipo liso. En el resto de los conjuntos (E1 y E2) se ha diferenciado talón en la mayoría de las piezas y en estos casos prevalece el tipo liso. Los talones filiformes y puntiformes se registran en todos los conjuntos, siendo mayor la proporción de estos en E3 que en el resto.

Otro aspecto clave son los instrumentos. Estos fueron analizados, como mencioné en el capítulo anterior, evaluando las técnicas de talla empleadas, la manera de formatización de los filos, el grado de inversión de trabajo en la producción y el tipo de artefactos que se estaba buscando producir. Se pudo observar que en todos los conjuntos predomina el empleo de lascas angulares como forma base para la confección de los instrumentos, las lascas primarias y secundarias solo han sido utilizadas en E3. También predomina ampliamente la talla unifacial directa, son muy pocos los casos de talla unifacial inversa. El trabajo bifacial, también es raro y solo se registra en los conjuntos de E3. La anchura de los lascados se reparte en proporciones similares entre retoque y microrretoque en los cinco conjuntos. A su vez, la extensión marginal de los lascados prevalece en una proporción bastante alta, que va de 89% a 100%, en las tres estructuras. En consecuencia, podemos pensar en una manufactura simple y expeditiva, en la que prevalece el microrretoque marginal unifacial aprovechando biseles aptos para la regularización de filos.

La mayor parte de los instrumentos rondan los tamaños pequeños y medianos pequeños y los módulos medianos normales. La mayor cantidad se obtuvo de E3. Los conjuntos son diversos e incluyen los grupos tipológicos raspador, raedera, cuchillo y artefactos de retoques sumarios. Las muescas solo se registraron en E3. Por otra parte, los artefactos compuestos provienen de E1 y E2. En cuanto a los artefactos que no han sido confeccionados en cuarzo, encontramos una raedera/raspador de sílice gris en E3, un retoque sumario/filo natural y una mano de moler de roca granítica de E. Se destaca un cuchillo bifacial proveniente de E3 haya sido confeccionado en cuarzo translúcido.

Los núcleos son escasos y la mayor diversidad de medidas se encuentran en E3, la mayoría de los lascados son aislados y todos ellos de cuarzo, catorce de ellos son de cuarzo blanco con brillo vítreo, uno de cuarzo semi translúcido (E3).

En síntesis, los tipos de desechos, los tipos de talones y la variedad en el espesor de las piezas sugieren el empleo de talla directa y talla bipolar solo en E1 y E3. Un punto importante, es que la variedad de dimensiones de desechos de talla, encontrada en la E3 indica que en este espacio se realizaron desde las primeras etapas hasta las instancias finales de la producción. Esto resulta coherente con la proporción de lascas primarias y secundarias y de distintos tipos de desechos de tamaño muy pequeño y la mayor presencia de núcleos. En cambio, las características de los desechos de las otras estructuras no nos permiten inferir etapas específicas. La diferencia que se establece en la relación desechos de talla e instrumentos entre las estructuras pueden tener que ver con una clara diferencia entre las actividades que se desarrollaron en estos espacios, por lo menos en relación con el lítico.

La materia prima utilizada casi exclusivamente es el cuarzo, un material que por su dureza y estructura interna con fisuras y diaclasas lo hacen de baja calidad para la talla, imponiendo un difícil trabajo. Un punto significativo, es que no se puede definir un gesto técnico único para el cuarzo, ya que dependiendo de su granulometría o de la existencia de planos de debilidad internos, se producen reacciones diferentes. Sin embargo, los grupos que habitaron Guayamba la eligieron como única materia prima a la hora de confeccionar los artefactos. Igualmente posee la ventaja de que al ser una roca muy dura una vez que se ha obtenido un filo apto, este suele ofrecer buena resistencia y durabilidad. Esto explica el aprovechamiento de los filos naturales de las lascas obtenidas en toda la secuencia productiva.

Los restos arqueobotánicos

El análisis de microrrestos arqueobotánicos incluyó distintos tipos de artefactos -vasijas, manos de moler y conanas- y muestras de sedimentos. Los análisis se restringieron a la estructura 3, por disponibilidad de muestras. El número de fitolitos diagnósticos fue variado, y no en todos los casos fueron concluyentes. Sin embargo, son de suma utilidad para pensar las actividades que se desarrollaron en este sitio.

Los artefactos de molienda, una mano de moler partida y la conana 1, presentan similitudes y algunas diferencias entre sí. Para el caso de la mano de moler, que aún tenía posibilidad de continuar en uso, los fitolitos se encontraban partidos y dañados, esto resulta consistente con una actividad de molienda. Se recuperaron muchos fitolitos diagnósticos, los más abundantes pertenecen a gramíneas, más que nada a las pertenecientes a zonas cálidas y templadas. En cuanto a la molienda de plantas alimenticias, se destaca la presencia de un fitolito afín al género *Zea sp.* (Ruffle top rondel), presente en el pericarpio, marlo y/o espiga de maíz. Por otra parte, la presencia de apéndices dérmicos de ciperáceas, provenientes posiblemente de zonas palustres o áreas de gran humedad, puede relacionarse con el procesamiento de las hojas para utilizar las fibras para cestería u otras manufacturas; o para el procesamiento de sus frutos y rizomas como alimentos. En el caso de la conana 1, la cantidad de fitolitos identificados disminuye, aunque también los más abundantes son aquellos que corresponden a gramíneas. Pero, si nos focalizamos en las plantas con utilidad alimenticia, se identificaron morfotipos afines a *Zea mays sp.*, que pueden relacionarse al procesamiento del fruto. También fitolitos afines a cucurbitáceas, de la corteza de fruto y semillas, y fragmentos de un almidón deteriorado que podrían pertenecer *Cucurbita máxima sp.* o a *Phaseolus sp* –poroto-. Al igual que en

la mano de moler hay fitolitos correspondientes a frutos de ciperáceas y elementos de la familia de las achiras- posiblemente de hojas y rizomas. Particularmente, en este artefacto se registran micro-carbones, diatomeas y amebas, estos elementos podría haberse incorporarse durante la actividad de molienda.

En el caso de los fragmentos cerámicos no todos arrojaron resultados concluyentes, en algunos casos no se registraron elementos identificables. Igualmente, resulta significativo que la mayoría de los restos diagnósticos se encuentren en la parte interna de los fragmentos. En los casos donde sí se pudieron obtener resultados, varios datos resultan significativos. Un borde de una vasija ordinaria, recuperado del estrato más superficial, es el más rico en fitolitos especialmente en su cara interna. Estos fitolitos son afines a marlo de *Zea mays sp.*; y un almidón de leguminosa, afín a *Lupinus mutabilis* o tarwi. En la cara externa se recuperó un fitolito *Wavy top rondel* afín a maíz. En otros dos tuestos también se pudo identificar un fitolito afín a la mazorca de maíz en su cara interna y en el fragmento recuperado del pozo 3, hay fitolitos con afinidad a hojas de maíz. En otro de los fragmentos del estrato superficial también se detectaron algunos fitolitos probablemente correspondiente a fabáceas en la parte interna, esto puede indicar su uso para almacenaje.

En cuanto a las muestras de sedimentos -la mayoría tomadas como muestras de control- la concentración de partículas silíceas es menor en comparación con los otros conjuntos. Esto puede ser causado principalmente por cuestiones tafonómicas. Sin embargo, en el caso de las muestras del perfil, se observan regularidades interesantes. Por ejemplo, en los estratos más recientes se observan conjuntos característicos del bosque actual. También, clara presencia de esporas de helecho y hongos del genero *Sporomiella*, estos últimos característicos en las heces de herbívoros de gran porte. Esto es concordante con el paso actual de ganado por la zona. La concentración de fitolitos disminuye con la profundidad. Estas muestras nos cuentan una historia del recinto, donde los niveles superiores representan vegetación boscosa y de gramíneas, consistente con el abandono del lugar, y luego predominan únicamente las gramíneas. En la muestra de sedimento del estrato G, donde se recolectó el hueso que se utilizó para la datación radiocarbónica, también se registró la presencia de esporas *Sporomiella*. Consideramos que esta presencia puede responder a contaminación desde la superficie. En este estrato también se observan proporcionalmente un gran número de partículas carbonosas, que podría indicar la presencia, en algún momento, de un fogón en la zona. En cuanto a la distribución fitolítica, el 62% corresponde a dicotiledóneas leñosas.

En síntesis, estos análisis destacan la presencia de especies de plantas domésticas, como el maíz, específicamente en los artefactos de molienda y también en vasijas. También la posibilidad de la utilización de cucurbitáceas o poroto, tarwi y achiras. Estas plantas son alimenticias, pero también se identificaron ciperáceas que podrían haber tenido otros usos, por ejemplos cestería. Esta información resulta un punto clave a profundizar, especialmente en la relación con las estructuras de los alrededores identificadas como de producción agrícola.

Los restos óseos

En términos generales, la muestra zooarqueológica es escasa y el grado de identificabilidad es bajo, la mayor parte del conjunto corresponde a restos no identificados (NID). Sin embargo, hay varios especímenes que pudieron ser asignados a camélidos. La variedad taxonómica es baja, la mayor parte de los identificados fueron asignados a *Artiodactyla* y *Camelidae*. En la estructura 1 son un total de 4 especímenes óseos identificados, dos pudieron ser asignados al taxón *Camelidae*, una vértebra pequeña completa sin fusionar y un tarsiano completo (etnocuneiforme) y los otros dos especímenes solo pudieron ser asignados al orden *Artiodactyla* y corresponden a fragmentos de hueso largo, uno de ellos presenta marcas de corte. La muestra de la estructura 3 se compone de N=191 especímenes óseos y dentarios, aunque solo pudieron ser identificados un total de n=63 (35%). De esos 63 se logró adscribir algunos especímenes al taxón *Camelidae*, (n=25), representando el 40% del total. En primer lugar, se encuentra el orden *Artiodactyla* con un 46%, (n=29) de los identificados. Por otro lado, se encuentran representados en menor porcentaje, la clase *Mammalia* con un n=7 y un espécimen correspondiente a *Cervidae* y otro al género *Rodentia*. En la estructura 1, hay menor variabilidad. No se puede descartar que el bajo número de especímenes esté relacionado con la posibilidad de conservación de materia orgánica en Guayamba o recurrentes actividades de limpieza.

En cuanto a la identificación de partes anatómicas asignadas al taxón *Camelidae*, no se observan grandes regularidades. Se encuentran presentes distintas partes del esqueleto, sin que haya preponderancia de ninguna. Sin embargo, los valores son muy bajos como para hacer estimaciones de otro tipo. En cuanto a las marcas antrópicas, se observaron cinco especímenes con marcas de corte, dos identificados como camélido –un fragmento de falange y una costilla-, otro perteneciente al orden *Mammalia*, otro a *Artiodactyla* y un no identificado. En la estructura 1 solo un espécimen presenta marcas de corte, hay dos fragmentos con evidencia de marcas de canino, uno con marcas de raíces y

otro con marcas de roedor. También en los niveles 5, 6 y 7 se recuperaron varios fragmentos de cáscara de huevo, de una especie sin identificar, dada la profundidad su inclusión puede ser antrópica.

A pesar de que el número de especímenes identificados como camélidos es muy bajo merece una discusión. Los camélidos tienen una amplia dispersión en el territorio argentino, que va de norte a sur. Pero, hay algunas restricciones dadas sus características anatómicas particulares sobre los lugares que podrían ocupar, por ejemplo, las *Yungas* ya que las almohadillas que poseen en los pies se lastimarían por la excesiva vegetación y las características del terreno (Yacobaccio *com pers*). Por lo tanto, la presencia de estos restos en este contexto nos impone la pregunta sobre la obtención y aprovisionamiento de estos recursos, sobre este tema volveremos más adelante. Un detalle no menor, es que en el pozo 3 de la estructura 3 se recuperó, junto con otros huesos no identificados y de camélidos, una vértebra cervical de un juvenil humano.

La temporalidad

Debido a la ausencia de fogones y, por lo tanto, de restos de carbón de tamaño suficiente como para realizar fechados radiocarbónicos, optamos por realizar análisis de AMS sobre huesos de camélidos. Aunque, como se mencionó anteriormente, estos tampoco resultan demasiado abundantes en el registro, y menos aun los que tenían condiciones para su datación. Los fechados corresponden a la estructura 1 y 3. Las fechas obtenidas (figura 6.9 y 6.38), se encuentran separadas por un rango de entre 400 y 500 años. En la estructura 1, el fechado nos ubica en el *cal* 550 a 650 A.D y en la estructura 3, en el *cal* 950-1030 A.D. En términos generales esta distancia habla de dos ocupaciones bien diferenciadas en el tiempo. Hay que mencionar algunos puntos importantes, en el caso de la E1 el fechado proviene de uno de los niveles más antiguos, el 6. En los niveles superiores se encuentran materiales, pero en una menor concentración. Esto nos deja lugar a distintas posibilidades, en el caso de la E1, podemos pensar que por lo que nos indica la estratigrafía, estuvo ocupada en lapso de tiempo, y luego desocupada ya que no se pudieron observar en el sondeo otros pisos de ocupación. En el caso de la estructura 3, el fechado proviene del estrato G, un estrato intermedio, ubicado por debajo del estrato más superficial, el B. Al producirse en un momento intermedio, por encima de la profundidad donde apoyan los muros, no podemos descartar en esta estructura también se haya producido una ocupación más temprana que no se han podido fechar. Sin embargo, surge la pregunta clave sobre si la ocupación de estos recintos se dio o no de manera contemporánea. Existe la posibilidad, también pensando en la enorme diferencia de técnicas constructivas, de que estos recintos hayan sido

construidos por diferentes grupos en diferentes momentos. Quizás utilizaron las estructuras que estaban ya presentes o, como parece desprenderse de los sondeos, no las reocuparon.

Este lapso temporal de entre 400 y 500 años, es muy significativo en relación a la cronología del área, y del NOA en general. Aunque ambas dataciones nos ubiquen en el primer milenio de la era, se asocian a momentos diferentes. La ocupación más temprana, según algunas de las periodificaciones, estaría correspondiendo al Periodo Formativo, o al límite entre el Periodo Formativo y el Periodo Medio; y la segunda de ellas, se ubicaría para fines del Periodo Medio o en los inicios del Periodo Tardío. La cerámica que acompaña el conjunto de la estructura 1, presenta algunos fragmentos – aunque no son muy abundantes- con similitudes con el tipo cerámico Condorhuasi, cerámica característica del Periodo Formativo. Aunque también hay fragmentos de este tipo en la estructura 3. En esta última estructura los fragmentos que podrían ser considerados como diagnósticos están en escaso número. Aunque el fragmento que presenta similitud con Averías sería consistente con una fecha más tardía. Si resulta significativo la ausencia de fragmentos cerámicos decorados que puedan ser asignados a Aguada.

Las construcciones

En los capítulos anteriores y también en la síntesis, mencioné varias de las diferencias y similitudes que presentan los recintos que componen Guayamba II. Las similitudes entre a estructura 1 y 2 son claras, las podemos pensar como un conjunto. Dejando un poco de lado lo referido al estado de conservación de los muros, la técnica constructiva es homogénea. Los muros son dobles, potentes, de más de un metro de espesor. En el caso de la estructura, el único acceso se compone de dos lajas clavadas de forma vertical. Como mencioné anteriormente, en el caso de la E2, también se observa a la misma altura la presencia de una laja clavada, ahora caída hacia el costado, que podría estar indicando un vano de acceso de iguales características. El gran tamaño de estas estructuras, podría ser indicador de otra funcionalidad que no fuese la doméstica, sin embargo, los materiales recuperados son consistentes con esta hipótesis. Aunque no descarto que, de ampliar el área excavada, esto pueda variar. Por otra parte, pudieron albergar a un número más elevado de personas que las estructuras 3 y 4.

La arquitectura de estos recintos es visualmente imponente, su construcción robusta está diseñada para perdurar. Podemos pensar que el trabajo invertido en la construcción es alto, a pesar de haberse realizado utilizando materias primas locales, disponibles en afloramientos rocosos cercanos. En la E1

podimos ver dos técnicas constructivas, rocas grandes seleccionadas apiladas de manera horizontal y rocas tipo lajas clavadas de forma vertical, con rocas horizontales de distintos tamaños apiladas sobre. No observamos eventos de remodelación. En el caso de la E2, la presencia de muchas rocas de derrumbe dispersas no nos permitió observar esto en detalle.

El acceso a estos recintos es restringido, más teniendo en cuenta su gran tamaño. Poseen solo un ingreso posible, generando un ámbito de privacidad. Las actividades que allí se estuviesen realizando eran pocos visibles desde el exterior, dado también la altura de los muros. Lo mismo sucede en sentido inverso, la visibilidad que podía tenerse desde el interior del recinto, y más específicamente de aquellos sectores alejados del vano, es escasa o nula. Este aspecto contrasta claramente con las condiciones de las otras estructuras. Por otra parte, y en relación a las condiciones actuales del terreno y la vegetación, a pesar de la distancia de 50 m, no hay intervisibilidad entre ambos conjuntos. Sin embargo, como mencionase anteriormente, las condiciones de audibilidad, son claras. La comunicación sonora es efectiva desde unas hacia las otras y viceversa.

La estructura 3 y 4 presenta un panorama diferente en varios aspectos. En primer lugar, ambos recintos tienen formas diferentes, uno semicircular y el otro rectangular, no son simétricos como en el caso de E1 y E2. Por otro lado, ambos recintos se encuentran abiertos hacia el oeste. En el caso de la E4, no tenemos certeza de si hay una parte del muro que se encuentre enterrada. Cabe recordar también el hecho ineludible de que aquí hemos realizado una excavación en área casi completa. Las E3 y E4 presentan una construcción significativamente diferente. Los muros aquí son simples, en parte compuestos por lajas clavadas de manera vertical. Estas lajas tienen en su mayoría un metro de alto. Por detrás de ellas, y posiblemente para contrarrestar la acción de la pendiente, se colocaron rocas de diferentes dimensiones y distinto tipo, por ejemplo, cuarzos, que funcionan como soporte. En las lajas clavadas se presentan algunas discontinuidades, posiblemente porque algunas fueron removidas posteriormente. Además de estas lajas, el muro continúa con rocas de tamaño mediano a grande dispuestas de diferentes maneras. Esta construcción dista mucho de lo observado en las otras estructuras. Aquí se podemos entonces pensar en mínimo dos eventos, el de construcción de muro con las lajas clavadas, y luego la aparición de esta acumulación de rocas que pueden ser producto de un derrumbe o formar parte de una estructura. También aparecen en la esquina suroeste lajas pequeñas apoyadas de manera horizontal en el estrato E, más reciente que el nivel donde apoyan los muros.

Esta técnica de construcción no es improvisada, pero sí puede considerarse de menor inversión de trabajo o más expeditiva que la de las otras estructuras. Al pensar en un recinto abierto, de paredes

más bien bajas, podemos pensar que estos muros cumplían más una función de delimitación del espacio. Para poder clarificar mejor este último punto sería necesario determinar si se trataba de una estructura techada o si tuvo algún componente de materiales perecederos que no se conservaron a la fecha.

Habitando Guayamba

Como mencioné al inicio de esta tesis el espacio doméstico se constituye, no como un lugar físico específico sino como una serie de prácticas que son llevadas a cabo en su interior, siendo las prácticas mismas las que conforman lo doméstico. Esto nos permite reconocer en la casa una construcción específica de cada sociedad en un momento particular. Son estas prácticas las que generan la cultura material, prácticas concretas situadas en el espacio-tiempo. Por este motivo, me centraré en este apartado en las prácticas que se llevaron a cabo en Guayamba y en cómo se articulan. Tomando en cuenta todo lo presentado anteriormente, podemos afirmar que aquí estamos en presencia de múltiples prácticas relacionadas con la vida cotidiana.

Los habitantes de Guayamba construyeron sus casas con materiales locales, con diferentes técnicas y probablemente en diferentes momentos, sin embargo, considero que cuando se construyen recintos del tamaño y envergadura de las estructuras 1 y 2, hay atrás una idea de permanencia. La inversión de trabajo es alta, con un claro esfuerzo dedicado a la construcción. Aunque los otros dos recintos sean más pequeños y con técnicas más simples, no hay elementos que nos indiquen que se trata de construcciones de uso esporádico, todo lo contrario. Si pensamos en la variedad de actividades y su intensidad, también estamos en presencia de un uso permanente o recurrente de estos espacios. Aunque no podamos afirmar que las condiciones de vegetación fuesen las mismas en el pasado, si la vegetación era muy densa esto puede haber presentado otros desafíos.

La evidencia cerámica, aunque fragmentaria, nos habla de un contexto vinculado a la preparación y consumo de alimentos, líquidos y sólidos. La evidencia de restos arqueobotánicos también resulta coherente en este sentido. La presencia de fragmentos termoalterados nos indica que estas vasijas fueron expuestas al fuego, consistente con prácticas de cocina. Me llama la atención que en aquellos casos donde pudimos tomar el diámetro de apertura de las piezas, se trata de piezas pequeñas, no hay evidencia de grandes tinajas para almacenaje. Por otra parte, algunos restos de cerámica cruda también pueden estar indicando que aquí también era el espacio donde se manufacturaban. No

encontramos evidencias de fogones, pero es difícil pensar que no los hubo, es más factible la opción de que no se hayan conservado. En esta misma materia prima, se realizaron torteros de cerámica, presentes en los dos conjuntos de recintos, que nos hablan también de la realización de prácticas de hilado. Aunque no es una zona apta para la conservación de textiles, consideramos que la aparición de estos elementos habla de la importancia de esta actividad. La cerámica decorada es poco frecuente, no quiero caer en el simplismo de decir que esto se debe a que en los contextos domésticos solo se realizan prácticas de “subsistencia” y que la cerámica decorada estuvo reservada a otros contextos. Puede tener que ver con la conservación o con maneras de formas de hacer.

Otra actividad que también atraviesa todos los conjuntos, es la molienda. En las estructuras hemos recuperado manos de moler, y por fuera de ellas hay un mortero fijo y dos conanas. Gracias a la evidencia arqueobotánica sabemos que se molieron plantas con utilidad alimenticia, pero la presencia de ciperáceas también puede indicar otros usos como fibras para cestería. ¿Porque se encuentran estos artefactos por fuera de las estructuras? Aun no tenemos una respuesta definitiva, pero esto apunta a una integración de las prácticas de molienda en diferentes contextos y no solo restringida al espacio de los recintos. No descartamos que se puedan estar moliendo también otras sustancias que no sean exclusivamente alimentos, como por ejemplos plantas medicinales. Como se mencionaba en el capítulo II, aquí se encuentra una enorme variedad de plantas con variados usos medicinales, para todo tipo de afecciones.

En relación a la fauna presente en Guayamba, a pesar de que son pocos los restos óseos identificados, podemos afirmar que se consumieron mamíferos grandes, entre ellos camélidos. Hay especímenes con marcas de corte y también termoalterados. No podemos descartar que se hayan consumido otras especies, ya que hay fragmentos no identificados y también cascara de huevo en los niveles más antiguos de la E1. La presencia de camélidos silvestres y domesticados en la provincia de Catamarca es ampliamente conocida y documentada en toda la secuencia de ocupación, aunque las estrategias de aprovisionamiento varían de acuerdo a los periodos y lugares. Sin embargo, como había mencionado *supra* que la presencia de camélidos en pie en la *yunga* es poco probable, dadas sus características anatómicas. No obstante, la evidencia arqueofaunística y arquitectónica disponible actualmente para varios sitios de las cumbres no sustenta la hipótesis que proponía a la sierra de El Alto-Ancasti como un espacio dedicado al pastoreo de camélidos exclusivamente, si hay evidencia de esta actividad complementada con otras, como la caza y la agricultura. La presencia en el registro de Guayamba nos indica la posibilidad de intercambios con la zona de cumbres o ya que no sabemos si se trata de animales silvestres o domésticos, la posibilidad de actividades de caza.

La evidencia lítica indica que los habitantes de Guayamba aprovechaban únicamente el cuarzo, ampliamente disponible en los alrededores del asentamiento, tanto en fuentes primarias como secundarias. Este mineral es de baja calidad para la talla, dado que su estructura interna posee abundancia de fisuras y diaclasas, pero como ventaja su gran dureza ofrece buena durabilidad para los filos. Más allá de estas dificultades, es útil para la producción de todos los instrumentos necesarios para las necesidades de la vida diaria. En lo que concierne a las etapas productivas, hay en Guayamba evidencia de que todas las etapas de producción y algunas de uso. Sin embargo, en la E3 esta evidencia es mucho más significativa, con toda la secuencia de producción presente y en grandes cantidades. Esto nos lleva a pensar que en este recinto la actividad de talla lítica era una de las actividades principales, sino la principal. Podríamos sugerir que se trataba de un taller de manufactura de artefactos líticos, sin embargo, la variabilidad del registro nos indica que esta actividad, aunque importante, no era única o exclusiva. Sino que tallar artefactos podía realizarse en plena sintonía e integrado con otras actividades domésticas.

Los artefactos presentan una baja inversión de trabajo en su confección, fueron elaborados mediante una manufactura simple. Esto indica que no había intención de producir diseños complejos, sino elementos útiles para cumplir con la demanda de las actividades cotidianas. La estrategia era expeditiva en cuanto a la organización de la tecnología lítica (Nelson 1991), lo que se ve reflejado en la aparición de lascas con rastros complementarios de uso y la presencia de núcleos de lascados aislados. La formatización sumaria que predomina en la estructura 3, tuvo como objetivo producir instrumentos de corte informales, que fueron utilizados posiblemente en el procesamiento de animales para el consumo y los raspadores, quizás, al procesamiento secundario de los animales (Rivero y Pastor 2004).

La tecnología expeditiva se relaciona con una amplia disponibilidad de materia prima (Andrefsky 1998). En el NOA, los diseños expeditivos en el NOA, de manufactura rápida y simple, están asociados con contextos agro-pastoriles (Carbonelli 2011), donde la variabilidad artefactual depende de las múltiples prácticas. Las mismas se vincularon a una economía diversificada, que combinó actividades de pastoreo, agricultura, caza y recolección.

El uso exclusivo de una materia prima local enfatiza la importancia de ese paisaje para los habitantes del sitio, en lo que refiere a las actividades productivas (Moreno 2014). En este sentido también apunta la identificación de especies de plantas domésticas, específicamente *Zea mays sp.*, en los

artefactos de molienda y en las vasijas. También la presencia de estructuras de producción agrícola cercanas a los recintos, que nos muestran que los habitantes de Guayamba están cultivando sus alimentos en el entorno cercano, integrando también la producción de alimentos en el espacio y las prácticas. Producir alimentos para su consumo también implica un compromiso de permanencia.

Otro punto, que requerirá más estudio en adelante pero que no puedo dejar de mencionar es la presencia, aunque escasa, de restos humanos. Esta presencia al interior de un pozo, junto con otro tipo de materiales –cerámica, carbón, óseos faunístico- nos vincula a otro tipo de prácticas como son el contexto de entierro de seres humanos.

También debemos volver sobre la posibilidad de que tengamos dos ocupaciones distanciadas por más de 400 años Guayamba. Una más temprana, que construye y habita las estructuras 1 y 2. Y otras más reciente o tardía, que incorpora otros recintos, dejando siempre abierta la posibilidad de que haya otros que aún no hemos visto. Esta es la hipótesis más plausible por el momento, sin embargo, muchas de las características expresadas anteriormente pueden ser válidas para los dos momentos. Por otra parte, aunque no hayan estado en uso de manera sincrónica, la presencia de construcciones anteriores también forma parte de la estructuración del espacio, una referencia al pasado. Nos falta evidencia que nos permita distinguir si, por ejemplo, las estructuras de producción agrícola corresponden a un momento u otro. O si fueron construidas en un momento y luego reutilizadas. Lo mismo sucede con los morteros y conanas que se encuentran por fuera de las estructuras. La presencia de artefactos de molienda en ambas estructuras nos indica que esta práctica estaba presente, aunque solo para la estructura 3 tenemos evidencia de que se trate de molienda de plantas domésticas. Sin embargo, en el caso de los instrumentos líticos el uso de materias primas locales es una constante.

Por otra parte, también debemos pensar en cómo fue el abandono de este sitio. En relación con lo anterior, si se trata de uno o más eventos. Hay algunos elementos que nos permiten pensar que aquí se llevó a cabo un abandono planeado o por lo menos previsto, ya que no hemos podido observar elementos completos o útiles que hayan quedado disponibles. Tampoco recursos de otro tipo, animales o vegetales. A su vez, tampoco observamos que se haya dado un proceso de abandono con destrucción intencional o signos de clausura.

A partir de toda la información presentada anteriormente podemos pensar Guayamba II como una pequeña aldea, un espacio de vivienda permanente, donde se habrían desarrollado todas aquellas actividades cotidianas, de la vida diaria, manufactura de artefactos líticos, preparación y consumo de

alimentos, también su producción. Por otra parte, la presencia de diversos sitios con arte rupestre, morteros múltiples y estructuras de cultivo en las inmediaciones del asentamiento nos llevan a pensar en un paisaje ya no solo de tránsito o de búsqueda de recursos, ampliaremos esto en el siguiente apartado. El uso de materias primas exclusivamente locales para la confección de artefactos líticos también es indicativo en este sentido.

El paisaje de Guayamba

A partir de lo expuesto anteriormente, empezamos a entender que Guayamba II no es solamente un conjunto de recintos. Había mencionado la presencia de un mortero fijo, de conanas, de estructuras de producción agrícola, y también, de un alero con representaciones rupestres a solo 175 m. En el entorno próximo a Guayamba II, en el radio de 1 km alrededor, encontramos evidencias de múltiples sitios y prácticas, arte, morteros, fuentes de materias primas, concentraciones de materiales, entre otras.

La relación con Casa Pintada se torna ineludible; la proximidad impone la necesidad de pensar una conexión entre estos lugares. No podemos asegurar que hayan estado activos de manera contemporánea, ya que no tenemos evidencia que nos permita ubicar las pinturas cronológicamente. Tampoco podemos descartar la posibilidad que hayan sido los habitantes de Guayamba II, los autores de las pinturas que observamos. Sin embargo, dadas las condiciones de visualización y las posibilidades de comunicación sonora entre estos sitios podemos proponer que existió un conocimiento mutuo. Desde la cima del alero, la posición elevada del afloramiento rocoso permite una alta visibilidad del entorno que -estando Guayamba ocupada y activo, con gente hablando, realizando actividades, con fogones encendidos- hubiese sido claramente distinguible. Por otra parte, en Casa Pintada, sabemos que se realizaron otras actividades que no tienen que ver únicamente con el pintado de las paredes: hay evidencias de artefactos líticos, cerámica, restos óseos de camélidos y roedores, lo cual también nos permite suponer que se realizaban estadías en el lugar que implicaban una presencia, quizás, un poco más prolongada. El mortero somero que se ubica en la puerta nos indica, por su parte, que podían estar moliendo allí sus pigmentos u otras sustancias, como plantas, que no descartamos puedan ser alucinógenas.

Pero este no es el único sitio con arte rupestre cercano. En un rango de 800 y 1000 m, se localizan otros tres sitios con pinturas, Guayamba 4, 7 y 9, que, a su vez, están cercanos entre sí. Dos de ellos también poseen morteros en su interior. Los motivos no presentan una adscripción cronológica

establecida, sin embargo, algunas particularidades son muy sugerentes. En Guayamba 4 están representados antropomorfos con tocado, similares a motivos Aguada conocidos. También es notoria la presencia de un felino blanco en Guayamba 7. Es importante recordar que, aunque en Casa Pintada, tampoco podíamos realizar una adscripción precisa de los motivos, era un punto a estudiar la presencia de pisadas felínicas en el techo del alero. No pudimos relacionar este punto con la presencia de grupos cerámicos decorados.

Por otra parte, es interesante empezar a explorar las prácticas de molienda y sus posibles dinámicas, ya que se registraron un total de 15 sitios con instrumentos de molienda, la mayoría cercanos a los cursos del río. Doce de los cuales corresponden a espacios de molienda únicamente. Hay solitarios y múltiples. Nos abordan las preguntas ¿qué se molía? ¿quiénes molían? El río Guayamba concentra varios de estos sitios, algunos con hasta 16 y 17 morteros. La distancia con Guayamba II oscila entre los 500 y 1000 m. Las características varían entre los sitios, pero se trata en mayor medida de morteros fijos múltiples sobre afloramientos rocosos, elevados, desde aquí se puede observar ampliamente el entorno, cercanos a cursos de agua y/o posibles fuentes de materia prima. Dejando de lado la posible contemporaneidad, habría que suponer un paisaje que es constantemente atravesado por espacios destinados a molienda, con el agregado de que se podría tratar de una actividad colectiva. A un lado y otro del río, moliendo, trabajando. Nos queda también explorar su relación con las estructuras de cultivo cercanas, ya que era ésta una ubicación estratégica para procesar los alimentos cosechados. En el caso de los morteros asociados a pinturas rupestres, generalmente solitarios y someros, el panorama más factible indica su utilización en la fabricación de pigmentos y, por qué no, en el procesamiento de algunas plantas alucinógenas o medicinales que abundan en la zona.

Sin desconocer la posibilidad de que estos sitios hayan funcionado de manera contemporánea, me interesa considerar que aquellos lugares que no hemos construido y/o no utilizamos también ocupan un lugar en nuestra manera de habitar el paisaje, que incluye e incorpora, dota de sentido. La poca distancia que existe entre estos sitios nos motiva a pensarlos como conjunto. El carácter fijo de los morteros que hoy en día están a la vista en la orilla del río marca el paisaje: están contruidos para permanecer. Esto va en consonancia con el uso, en algunos casos exclusivo, de recursos disponibles localmente, como en el caso de la arquitectura y los artefactos líticos. También la instalación de estructuras productivas nos habla de presencia, cuidado y permanencia. No quiero dejar de mencionar que la presencia de concentraciones de materiales en superficie, que se observan más allá de las dificultades que presenta la zona para este tipo de observación, nos dejan abierta la puerta para pensar otras ocupaciones o viviendas. Por otro lado, no hay que descartar la movilidad a zonas aledañas, por

ejemplo, las cumbres que los restos óseos de camélidos nos podrían estar indicando. La idea de un lugar de paso, de tránsito, de búsqueda de recursos, con solo sitios con arte rupestre continúa perdiendo fuerza. Era Guayamba un lugar intensamente habitado, de múltiples y variadas actividades vinculadas a través de la práctica

SEGUNDA PARTE

Discusiones sobre el espacio doméstico en la Sierra de El Alto-Ancasti

Me interesa regresar la mirada a nuestra área general de estudio, la sierra de El Alto- Ancasti, más específicamente el norte de la sierra, haciendo foco en la pregunta que guía este trabajo: el espacio doméstico, las prácticas que lo componen. A continuación, presento de manera sintética y comparativa la información disponible para los sitios de vivienda del área. Retomo aquellos sitios que presenté en la sección de antecedentes y que se ubican en el entorno de *Yungas*, los que se localizan en los llanos hacia el límite con Santiago del Estero y luego, los conjuntos aldeanos presentes en la zona cumbral del Ancasti. Por último, me interesa revisitar, a partir de estas síntesis y lo expresado en los apartados *supra*, el lugar que ocupan dentro de las narrativas del Noroeste Argentino estas historias locales.

Las casas de la Yunga

En esta sección, quiero incorporar y relacionar lo propuesto para Guayamba II con aquella información disponible para otros sitios de habitación cercanos. En todos estos lugares, la abundante vegetación ha condicionado la observación y la preservación. Sin embargo, en los últimos años trabajos más intensos y constantes han ampliado sustancialmente los datos obtenidos. Me centro, en primer lugar, en Los Corpitos y los sitios de la localidad de Oyola. Luego, retomo aquellos ubicados en el piedemonte, hacia los llanos, específicamente el pobladito de Ampolla.

Los Corpitos (Depto, El Alto) es un sitio de vivienda, con distintos sectores y varios tipos de estructuras, recintos y patios (Dlugosz 2005, 2010). Este emplazamiento abarca una superficie de más de 600 m² -un terreno mayor que Guayamba II-. Las estructuras son de diferentes formas – rectangulares, circulares, etc.- y en términos constructivos, presenta más similitudes con las estructuras rectangulares amplias 1 y 2 de Guayamba II, donde los muros son potentes, anchos, de más de un metro de altura. La cantidad de recintos es mayor. Sin embargo, no podemos descartar la

presencia en Guayamba de estructuras enterradas. Algunas de estas estructuras tienen evidencia de techo a dos aguas, aspecto que no pudimos determinar en Guayamba. Por otra parte, no se observan semejanzas, en ninguna de ellas, con la estructura 3.

Los materiales recuperados son variados, consistentes con un espacio de vivienda. La cerámica que predomina es la tosca sin decoración. El registro aquí es menos fragmentario, y se recuperaron algunas piezas completas y se reconstruyeron otras, que a partir de sus características de forma, fueron asociadas a actividades domésticas de consumo, preparación y almacenajes de alimentos. En cuanto a las formas, en Guayamba no tenemos piezas enteras; sin embargo, varias corresponden a ollas restringidas indeterminadas. Lo que sí podemos marcar como contrapunto es la presencia de tinajas que habrían servido para almacenamiento, con capacidad de entre los 5 a 50 litros (Dlugosz 2010). En cuanto a los fragmentos decorados, escasos en ambos sitios, se produce también otra diferencia clave. En Los Corpitos, Dlugosz (2010) se registra la presencia de fragmentos asignados a Ambato Tricolor, estilo vinculado a Aguada. Esto no ocurre en Guayamba, donde los pocos fragmentos de estilos diagnósticos identificados son el Condorhuasi y Averías.

En cuanto a la producción lítica, en ambos sitios, se encuentra presente toda la secuencia de manufactura de artefactos. la materia prima dominante también es el cuarzo, de gran abundancia en la zona, evidenciando una producción local, con otras rocas y minerales casi ausentes. Los conjuntos artefactuales producidos son variados, coherentes con un conjunto destinado a actividades de la vida cotidiana. Sin embargo, el registro lítico de la estructura 3 resulta, por lejos, el más abundante. No hay una estructura en Los Corpitos donde se haya desarrollado la tarea de talla con esa intensidad. Por otra parte, en los dos emplazamientos están presentes tanto morteros, como manos y conanas. Los restos óseos, aunque escasos y en mal estado de conservación, permitieron la identificación de camélidos.

Otro punto interesante es la presencia en la cima de un cerro de escasa altura, a 100 metros de las estructuras no cerradas que Dlugosz (2005) identifica como de producción agrícola. En Guayamba II, también podemos observar cercanía con espacios de producción, que integran estas estructuras a las prácticas domésticas. En el caso de Los Corpitos, no se ha complementado esta información con evidencias de estudios arqueobotánicos, por lo cual no podemos saber si las especies cultivadas eran las mismas. En cuanto a la ubicación cronológica, la presencia de cerámica asignable a Aguada (Ambato Tricolor) hace que el autor lo ubique en el Periodo Medio o de Integración Regional. Sin embargo, no cuenta con fechados absolutos. En el caso de Guayamba, sabemos que los fechados radiocarbónicos la ubican con dos ocupaciones: hacia mediados y fines del primer Milenio.

El sitio Los Pedraza (Depto El Alto), ubicado en la transición entre yungas y cumbres, también comparte alguna de estas características. Está compuesto por estructuras rectangulares de gran tamaño con técnicas constructivas de dos tipos: lajas de piedras dispuestas horizontalmente y lajas clavadas en el terreno de manera vertical, similar a estructuras 1 y 2. Cercanos a las estructuras, se encuentran dos conjuntos de morteros múltiples fijos sobre afloramientos rocosos. También aquí la materia prima más abundante es el cuarzo y hay restos de camélidos. Otro sitio con similitudes es S.Cat Ros3, en Las Cañas, un asentamiento multicomponente 5 sectores, una especie de montículo, concentraciones de piedras y de materiales. Aquí me interesa destacar que se puede observar en superficie un recinto semi-circular de piedras, integrado por lajas grandes clavadas verticalmente. Aunque no se da en Guayamba, Los Corpitos y Los Pedraza la presencia de montículos. Estos dos últimos sitios mencionados no fueron trabajados en profundidad.

En el caso de Oyola, debemos distinguir, como proponen los autores, los sitios ubicados en el cerro en sí de aquellos que se ubican en la parte baja (Quesada *et al* 2016, Gheco 2017, entre otros). En las primeras etapas de las investigaciones, no se habían registrado evidencias de recintos en ninguno de los dos sectores, pero en la actualidad ese panorama se ha transformado.

En el sector del cerro, el número de recinto registrados es menor. Uno de los casos es Oyola 31, con dos recintos semicirculares cercanos a la cueva Oyola 7 (para más detalle ver Capítulo II). Se trata de hiladas simples con una técnica constructiva expeditiva y con alto porcentaje de material perecedero, con un alto grado de reutilización y reconstrucción. Este hallazgo replantea la perspectiva que indicaba que cuevas de Oyola no habrían estado vinculadas a las prácticas domésticas y a las prácticas agrarias. Un fechado ubica este sitio en el 1150 ± 30 años AP, posterior y anterior a los obtenidos por nosotros. La cerámica decorada se puede asociar a los estilos de Córdoba. No hemos encontrado cerámica de estas características en Guayamba, ni tampoco evidencia de utilización de elementos perecederos en la construcción. Las otras evidencias de estructuras responden más que nada a delimitaciones del espacio exterior de las cuevas, algo sí presente en el alero Casa Pintada. En el caso de la excavación de la cueva 7, la evidencia recuperada apunta más a eventos de ocupación acotados, con poca densidad de materiales.

En la parte baja del cerro de Oyola, se recuperaron materiales arqueológicos que se encuentran involucrados en la producción y reproducción doméstica: diferentes tipos de estructuras viviendas, terrazas agrícolas, sitios con arte rupestre y morteros fijos (Quesada *et al* 2016, entre otros). Aunque se registran siete conjuntos arquitectónicos como viviendas en función de los materiales recuperados

nos centraremos en aquellos que se encuentran mejor conservados: 50 y 51. Igualmente el número de viviendas registradas no es un dato menor, ya que supera aquellos que hemos registrado en la localidad de Guayamba.

Uno de los excavados es Oyola 50; un conjunto arquitectónico conformado por muros de roca, de hasta un metro de ancho. Aquí se utilizaron técnicas arquitectónicas diferentes a las de Guayamba II y Los Corpitos, con dos paños y con bloques seleccionados por tamaño. La cerámica vuelve a marcar una diferencia con Guayamba, los fragmentos aquí son de estilo Aguada, Aguada grabados y pintados, entre ellos Portezuelo, Ambato negro-gris grabado, Tricolor (Alumbrera/Ambato/Cortaderas), este último también presente en Los Corpitos. También en Oyola 41 y 42 se observa presencia de cerámica Ambato negra-gris grabada y Ambato tricolor (Quesada *et al.* 2016). Otro de los sitios, Oyola 51, es un conjunto arquitectónico con un amplio recinto rectangular de 15 por 10 m, con muros de casi un metro de ancho, este recinto posee también una serie de lajas en posición vertical pero no como muro sino como una división interna.

En relación con las estructuras de producción, en las partes bajas se registraron un total de 100 terrazas de cultivo en un radio de 3 km. Más allá de que en ambos sitios Guayamba y Los Corpitos se registra evidencia de estructuras agrícolas, están lejos de ese número. En el cerro, también es diferente: hay ausencia de estructuras aterrazadas, lo que lleva a suponer que allí no se practicó la agricultura o, por lo menos, no de la misma forma e intensidad. Tampoco parece ser un espacio destinado a la vivienda, o no de forma permanente.

En cuanto a los artefactos de molienda son más variados en el cerro que en las zonas bajas (Quesada *et al.* 2016). Se detectaron dos morteros fijos vinculados a viviendas, relacionados con conanas y manos de moler y otros no vinculados a ninguna vivienda. En Guayamba, los recintos también se encuentran vinculados a la actividad de molienda, en el área aledaña a distintas distancias, entre 600 m y 1 km, se han encontrado doce sitios con morteros fijos múltiples, y también morteros solitarios asociados con arte rupestre.

Quisiera ahora centrarme en las interpretaciones que sobre estos sitios y paisajes han propuesto estos autores. Dlugosz (2005) considera que los sitios habitacionales existentes en el departamento El Alto, aunque poco estudiados, tenían que haber estado directamente relacionados con la ejecución y el uso en función religiosa de las manifestaciones de arte rupestre, formando parte la extensa y compleja red de interacciones sociales que existió en gran parte del Noroeste Argentino, donde se observa la presencia de Aguada. La mirada de este autor está dirigida hacia el Valle de Ambato, observando un

patrón de asentamiento similar a esa zona y a los faldeos del Ancasti. La presencia de cerámica Aguada en el sitio Los Corpitos reforzaba esta idea. La presencia-ausencia de cerámica Aguada es un tópico fundamental, que se relaciona con el rol propuesto para la Sierra de Ancasti en el Periodo Medio. En el caso de los sitios de Oyola, también se observan estos estilos Aguada, sin embargo, los autores avanzan hacia otra interpretación (Quesada *et al.* 2016, Gastaldi *et al* 2016, entre otros).

En cuanto a las diferencias en los registros materiales -que pudimos observar en las técnicas constructivas, estilos cerámicos y también en las dataciones- nos podrían estar indicando distintos momentos de ocupación y/o eventos realizados por diferentes grupos. Sin embargo, me interesa detenerme en otro tipo de diferencias que me resultan significativas: aquellas que se plantean entre espacios de habitación de uso esporádico y aquellos como Guayamba, Los Corpitos, Oyola 50 y 51, que están indicando una ocupación permanente o recurrente. Las actividades desarrolladas, la presencia de estructuras de producción agrícola, la inversión en la construcción, el uso recurrente de materias primas locales, considero que tienen más que ver con un paisaje habitado permanente, que con un enclave donde se intercambiaban o recolectan recursos y/o de reuniones con fines rituales o religiosos. Coincido con Quesada *et al.* (2016) en que se configura un paisaje aldeano con arquitectura residencial y agrícola, que marca el paisaje de manera visible. En el cerro, sin embargo, la presencia de materiales perecederos y construcción expeditiva descarta la posibilidad de esta durabilidad, marcando un uso más eventual. Quizás en contraposición a un modelo de tiempo que nos da un sentido de ausencia, de primigenia, de inmovilidad (Quesada *et al.* 2016; Gheco 2017), el resto de los sitios explorados en este apartado nos hablan de permanencia.

Hacia los llanos, en el límite con Santiago del Estero, se encuentra el pobladito de Ampolla, cercano a Bañado de Ovanta. La evidencia arqueológica aquí también apunta en este sentido. En los alrededores se registraron varios sitios asignables a diferentes épocas (Taboada 2011, Mercolli y Taboada 2016, entre otros). Hay recintos de diferentes tipos y también hay montículos -algo que no se encuentra en los otros lugares antes mencionados- y morteros múltiples. La cerámica presenta afinidad con el estilo Condorhuasi Bicolor y Polícromo y Cortaderas Policromo, el primero también presente en Guayamba II. También se recuperaron tipos no asignables a casos bibliográficos, seguramente locales. Las materias primas líticas son locales y la fauna muestra la presencia de animales silvestres y domésticos. La ocupación de la aldea fue fechada radiocarbónicamente entre los 50-500 D.C. y adscripta al Periodo Temprano (Taboada 2011).

Aquí también las características del sitio permiten pensar en una instalación de tipo permanente, donde se habrían desarrollado diversas actividades, en estrecha cercanía con un sitio con

representaciones rupestres Ampolla 1 y con un afloramiento sobre el río se ubican cuarenta morteros (Rodríguez Curletto 2009). Los motivos representados tienen correspondencias con el estilo Aguada. En este caso, al igual que en los mencionados *supra*, la hipótesis de un área jugo más que un papel intermedio y de tránsito pierde fuerza contra la de un área de desarrollo local propio, que mantuvo contacto de mayor o menor envergadura con otras áreas y poblaciones vecinas en distintos momentos (Taboada 2012).

Las casas de las cumbres

No podemos dejar de considerar las ocupaciones en las cumbres de la Sierra de Ancasti y plantear cuáles son las semejanzas y diferencias en estos procesos; y cómo vienen, en ambos casos, a replantear el lugar que ocupaban previamente en la dinámica del NOA. Me centro en los sitios de Rodeo de los Indios y la localidad de El Taco -aunque hay otros- ya que allí se realizaron extensas investigaciones.

Algunas de las características principales de estos conjuntos de sitios, detalladas en el capítulo II, serán retomadas en relación a la evidencia presentada para las *Yungas*. Rodeo de los Indios es un conjunto de sitios, entre los que Rodeo 3 es el más grande (Gordillo *et al.* 2017a, entre otros). Aquí la construcción de los muros combina dos técnicas, -lajas verticales y mampostería de rocas posicionadas de manera horizontal con refuerzo basal-, y alcanzaba una altura superior a un metro, similar a la observada en las estructuras 1 y 2 de Guayamba. A su vez, se observó una posible preparación de pisos, el cual se encontraba nivelado con una preparación de textura arcillosa (técnica que no fue registrada por nosotros). El esfuerzo invertido en la construcción es alto, y con una intención de durabilidad y permanencia.

Aquí se registraron estructuras de producción agrícolas frecuentemente asociadas a los espacios de vivienda, aunque no hay evidencias de niveles aterrizados en las cañadas. Los estudios arqueobotánicos indican la presencia de restos de plantas domésticas (*Phaseolus vulgaris* y *Zea Mays sp.*). están ausentes los restos óseos de fauna, aunque esto probablemente se deba al pH del suelo que impide su conservación. Los artefactos líticos están realizados con materias primas locales, más que nada cuarzo. La mayor parte de la cerámica es ordinaria, sin embargo, se asignaron algunos fragmentos a los tipos Aguada negro grabado y Aguada Portezuelo (Gordillo *et al.* 2017a). Esto resulta consistente con el fechado que ubica la ocupación del sitio en *ca.* 570-770 A.D. en el Periodo de Integración Regional. Esta datación junto con la ausencia de evidencias de otros periodos nos

informa que existieron vínculos con otras regiones, aunque aún no sabemos cuál efectivamente fue el tipo de interacción.

En la localidad de El Taco, se encontraron 19 conjuntos habitacionales de variado tamaño y numerosas áreas agrícolas (Quesada *et al.* 2012, entre otros). El Taco 19 es el más grande y en cuanto a las técnicas constructivas, se pudo observar que los muros tienen dos cuerpos y también una alta inversión en la construcción. Los fechados obtenidos lo ubican entre los siglos VII y siglos VII y VIII d.C. La cerámica recuperada es en su mayoría tosca y la decorada corresponde a los estilos Alumbra Tricolor, Ambato Tricolor o Cortaderas, Aguada Pintado (Marrón sobre Ante), Aguada Portezuelo, Aguada Gris Grabado y Rojo Grabado. Las actividades en las que estuvieron involucradas estas vasijas son múltiples y corresponden a actividades de la vida cotidiana de preparación y consumo de alimentos, con ausencia de vasijas de grandes volúmenes asociadas al almacenamiento (Barot 2017).

En cuanto a la producción lítica, la materia prima predominante fue el cuarzo, disponible de manera abundante en las inmediaciones de los asentamientos. En los restos faunísticos predomina taxonómicamente *Camelidae*, con una representación de partes esqueléticas equilibrada, aunque no hay evidencia de corrales. También se registraron otras especies: aves, cérvidos y roedores, indicando actividades de caza. Otro aspecto fundamental del área de pastizales son los espacios productivos: hasta el momento detectaron 308 terrazas agrícolas. La ausencia de canales hace pensar que se practicó una agricultura a secano.

La zona de cumbres, tanto Rodeo como El Taco, presentan afinidades entre sí y en una menor medida con los conocidos para los valles occidentales, valle central y de Ambato, por ejemplo, las plantas rectangulares, los patios y los estilos cerámicos. El paisaje aldeano de las tierras altas estaba compuesto por los conjuntos habitacionales en las explanadas altas, las áreas agrícolas en las cañadas y quebradas y las sendas que podrían haber conectado estos espacios en tiempos prehispánicos (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2017a, entre otros). Hay un compromiso con el paisaje local, con construcciones hechas para perdurar y un énfasis en el aprovechamiento de los recursos del entorno próximo, que podría estar relacionado con un largo período de ocupación del paisaje. Comunidades aldeanas que integraban tanto en el espacio como en las prácticas los lugares de vivienda con los de producción agro-pastoril, con estructuras de producción agrícola cercano a las viviendas.

Entonces, los sitios de arquitectura compleja y técnicas de construcción elaboradas y la existencia de los numerosos sitios agrícolas durante la segunda mitad del primer milenio indican que allí habitaron

comunidades estables, autosuficientes, económica y políticamente independientes de otros ámbitos de ocupación paralela en los valles occidentales con los cuales habrían mantenido vínculos de interacción (Gordillo *et al* 2017a). Va quedando atrás la idea del lugar de tránsito dedicado exclusivamente a la producción pastoril. Aunque las dimensiones de los conjuntos aldeanos son significativamente diferentes, se plantean algunas similitudes. Sobre todo, aquellas que tienen que ver con una apropiación del espacio perdurable en el tiempo y también con una producción de alimentos, ya no solo un espacio de recolección de recursos, ligada a los espacios domésticos. Por obvios motivos, lo pastoril en las *Yungas* no puede integrarse de la misma manera, sin embargo, la presencia de restos de camélidos en los sitios también nos indica la posibilidad de una interacción entre estos espacios y la posibilidad de actividades de caza, también su predominio en las representaciones rupestres de Algarrobales y Oyola. Podemos pensar, entonces, para ambos sectores, aunque con sus significativas particularidades, en paisajes aldeanos, con materialidades duraderas, con características propias resultantes de procesos locales.

La Sierra El Alto-Ancasti: una visión anclada en lo local

Quiero regresar a la frase de de la Fuente: “la orfandad del registro arqueológico, excluido el arte rupestre, nos hace pensar, en la ausencia de grandes ocupaciones, en el uso de los aleros y cavernas en forma transitoria” (1990:7) ya que resulta sintética e ilustrativa. Las primeras investigaciones priorizaron la descripción de motivos rupestres y su adscripción cultural, especialmente su relación con la “Cultura Aguada”. Los otros tipos de sitios eran prácticamente desconocidos, propiciando una visión de la sierra como prácticamente despoblada (Quesada 2017). Desde los modelos tradicionales como un espacio fronterizo, marginal y límite de un área geográfica y cultural (González 1979; Núñez Regueiro y Tartusi 1990). Los grupos que la habitaban eran dependientes de las sociedades de mayor envergadura ubicadas en los Andes Meridionales y la llanura chaco-santiagueña, y las ocupaciones eran temporales y esporádicas, con una económica de intercambio con las regiones adyacentes (González 1979). Luego, fue caracterizada como una zona de interacción y margen de los señoríos vallistas del NOA. La Sierra de El Alto-Ancasti fue vista como una zona de pastoreo, caza y aprovisionamiento de materias primas exóticas, fuente de recursos con alto valor simbólico, como el cebil (Quesada *et al.* 2012; Gordillo *et al.* 2015).

Las críticas que comenzaron a plantearse en la última década ponían el acento en varios de estos conceptos: despoblado, fronterizo, marginal, límite, dependiente, periferia, esporádico, pastoreo, aprovisionamiento de recursos exóticos. Atrás subyace la idea de complementariedad económica y

ecológica entre microambientes, tierras altas para el pastoreo, el piedemonte como espacio para la agricultura y recolección de recursos y los fondos de valle para la colecta y la caza. Una geografía política que supone la articulación económica entre diferentes zonas (Quesada 2017). Esto vendría acompañado por un grado de centralización política que ejercía un control en las actividades. Las tierras altas funcionarían como una especie de área aledaña con las tierras cumbres especializadas en el pastoreo y el piedemonte oriental de la sierra con sus bosques de cebil, habría tenido un rol fundamental, un lugar donde concurrirían diferentes grupos étnicos entre los cuales se habrían establecido contactos e intercambios (Pérez Gollán 1994). Mientras tanto lo local se encontraba siempre ausente.

Todos los trabajos actuales sintetizados en las páginas anteriores, contribuyeron y contribuyen a cambiar esta orientación, brindando nuevos términos: aldeano, permanente, local, comprometido, comunidad, autosuficiente, agrícola, centro. Contrastando con esta idea de naturaleza ordenada en franjas altitudinales y posicionándose en una noción de paisaje como construcción histórica, desandando la relación centro-periferia que explica la mayoría de las interacciones entre áreas en el NOA y que pone el ojo en los valles (Quesada *et al.* 2012; Miguez y Caria 2015; Gordillo *et al.* 2017a).

Reafirmo y retomo, también para las *Yungas*, la idea de una construcción del espacio social alejada de la idea de “periferia” o de los lugares de tránsito o búsqueda de recursos exóticos. Donde también se observa la presencia de estructuras de producción agrícola, construcción de viviendas, donde también la economía era diversificada y complementaba la producción agrícola con las actividades de caza y pastoreo, utilizando principalmente los recursos locales (Moreno y Quesada 2012). Como mencioné al principio esto implica cambiar el punto de partida, e interpretar los paisajes sociales en en las diversas materialidades, prácticas y procesos que allí tuvieron lugar lo y por consiguiente reformular los procesos regionales e interregionales incorporando las visiones locales. Como propone Quesada *et al.* (2012), lo local no solo como mera cuestión espacial sino como algo primariamente relacional y contextual.

Repensar el lugar de la Sierra de El Alto-Ancasti en los modelos generales no es una idea original de esta tesis, pero sí una a la cual contribuye a profundizar. Sin intención de resultar reiterativa, podemos empezar a alejarnos de la idea de inhóspito y desocupado, para darle lugar a un habitar diferente y contar una historia local, plagada de actividades.

El primer milenio D.C.

No podemos obviar, y retomar, la discusión sobre el Periodo Formativo y/o sobre el primer milenio de la Era que presentaba en los antecedentes, y como estos conceptos y su utilización implícita o explícita hacen a la configuración de las narrativas sobre el pasado. Los fechados de Guayamba II y de muchos de los sitios mencionados *supra* se ubican en este tiempo, aunque no podemos descartar que haya momentos de ocupación más antiguos y/o recientes.

En las secuencias cronológicas del NOA, a pesar de las modificaciones que se han dado en el tiempo, conviven distintas versiones del Formativo. Como identifica Scattolin (2015), el término Formativo incluye tanto unidades de tiempo, como unidades de semejanza cultural y también estrategias adaptativas no temporales. La mayoría de estos esquemas de periodización emplean “unidades de semejanza cultural” a pesar del uso del término periodo (Scattolin 2015), elemento muy presente en el inicio de las investigaciones arqueológicas de la Sierra de Ancasti. En otros casos para permanecer por fuera de estas tensiones se utiliza la frase “primer milenio d.C.”, lo cual permite hablar del período Formativo sin tener la carga de asignarle rasgos culturales o evolutivos (Scattolin 2006). En el caso del Formativo tienen mucho peso la idea del inicio de la producción de alimentos, el establecimiento de comunidades sedentarias en el área andina, previo a la formación de ciudades y estados.

Para el NOA, la agricultura del Primer Milenio de la Era había sido caracterizada como de baja extensión espacial, escaso desarrollo tecnológico y poca inversión de trabajo (Olivera 2001). Sin embargo, Korstanje *et al.* (2015) nos llama la atención sobre que esta preocupación y caracterización por la producción de alimentos no vienen acompañada por un pensar o investigar en profundidad estos tópicos. Los nuevos enfoques, proponen entonces, entender la agricultura en un sentido amplio, que incluye tanto las prácticas ligadas al cultivo de plantas, al terreno preparado, lo que sucede luego de la cosecha, tratamiento, procesamiento, etc., y sobre todo sin separarla de la producción ganadera con la cual estuvo estrechamente ligada (Korstanje *et al.* 2015). La evidencia de producción de alimentos, tanto de cumbres como yungas, nos aporta información valiosa para pensar estos aspectos. Estas áreas pueden contribuir a replantear la aparición de algunos elementos que no se creían posibles desde principios de la Era, como cultivo en terrazas, uso de grandes extensiones de terreno, variedad de cultígenos, entre otras (Korstanje y Quesada 2010). Contradiendo la idea de la baja escala espacial como elemento definitorio de la agricultura del Formativo y desestabilizar ideas neoevolucionista secuenciales en las que la intensificación de la agricultura habría desencadenado en una estratificación social y centralización política.

Vuelvo sobre la idea de abandonar y superar las concepciones de los neoevolucionistas de secuencias cronológicas estáticas que enmascaran concepciones, pero sin dejar de lado las relaciones que puedan establecerse con otras áreas y otros tiempos, por ejemplo interpretando aquellos elementos que consideramos comunes o compartidos, como puede ser la presencia de estilos rupestres o cerámicos asociados a Aguada (Gordillo *et al.* 2017a), pero sin subsumir lo temporal solamente a ello o suponer acríticamente una relación de control o jerarquía. Siempre conservando una visión anclada en la zona que apunte a interpretar los paisajes sociales en las diversas materialidades, prácticas y procesos desde una perspectiva donde nuestro paisaje sea el centro.

CONCLUSIONES

En esta sección voy a retomar algunos de los postulados teóricos propuestos en el capítulo III y relacionarlos con la materialidad de Guayamba II y su entorno.

Paisaje y prácticas domésticas

En el capítulo III, retomé la postura de varios autores que proponen abandonar la noción de paisaje científico “deshumanizado” por un espacio “humanizado”. Este espacio es socialmente producido, es contextual, subjetivo, relacional, temporal. Es un medio para la acción y no existe por fuera de los eventos y actividades que en él hay implicados, ya que adquiere su forma como parte de la *práxis* diaria de las personas en el mundo (Tilley 1994; Thomas 1996; Barret Criado Boado 1999; Ingold 2000, entre otros). El mundo no está “allá afuera”, los seres humanos construyen su entorno, crean el mundo. El paisaje es cualitativo y heterogéneo, es un *plenum*.

Tanto para el arqueólogo como para el habitante nativo, el paisaje cuenta –o más bien es– una historia, que abarca también las vidas y los tiempos de los antecesores (Ingold 2000). El paisaje es el mundo como es conocido para aquellos que habitan en él y toma su carácter de las experiencias y las actividades que allí se desarrollan ¿Qué historia nos cuenta, entonces, el paisaje de Guayamba? Si el paisaje es una red de sitios relacionados mediante interacciones y experiencias (Thomas 2001), en el caso de Guayamba esta red conectan muy diferentes espacios – recintos, pinturas, morteros, terrazas– y los enlazan a través de la cercanía, pero también a través de un *continuum* de prácticas, cultivar, moler, pintar, construir. Estas actividades pudieron darse en distinto orden, sincrónica o diacrónicamente. Lo significativo es que la experiencia en este paisaje, en la vida cotidiana, incluye esta multiplicidad de acciones y actividades, que implican permanencia y un amplio conocimiento

del entorno y sus posibilidades. Esto entra en contradicción con aquello que habitualmente se propone para los modelos generales las tierras bajas como lugar inhóspito y de paso.

Un aspecto que no podemos dejar de mencionar, y que es de suma relevancia para la arqueología, es el de la contemporaneidad o no de estos sitios, sobre lo que no tenemos evidencia suficiente para afirmar o ni descartar. Sin embargo, desde esta perspectiva teórica, los paisajes son temporales porque se construyen sobre otros pasados (Tilley 1994). La formación de un paisaje implica incorporar aquellas otras temporalidades, es una sedimentación de experiencias, entonces la necesidad de determinar su temporalidad cronológica se relativiza. Los paisajes se construyen sobre otros pasados, los incorporan y los interpretan, haciéndolos parte. Aunque toda la variedad de sitios que mencionase en capítulos anteriores no estuviese en “uso” simultáneamente, esto no significa que no están incorporadas en las narrativas que otros habitantes construyeron sobre ese paisaje. En este sentido, el paisaje es el producto de la sedimentación de las diferentes maneras de habitar que se desarrollaron históricamente (Vaquer 2013; Vaquer y Camera 2017).

El registro arqueológico es un palimpsesto de múltiples temporalidades, se encuentra compuesto por los rastros de múltiples actividades superpuestas de diferentes momentos (Lucas 2005). Aunque nos quede claro, a través de las dataciones radiocarbónicas, que podemos hablar de distintos eventos de ocupación la formación de un paisaje implica incorporar aquellas otras temporalidades. Desde la perspectiva del habitar, el paisaje es un testimonio de vidas y trabajos de las generaciones pasadas donde dejaron su huella, aunque la construcción y el “uso” de las estructuras de Guayamba pueda no ser contemporáneo, desde la perspectiva de habitar las personas que vivieron en un segundo momento incorporaron de alguna manera estas construcciones pasadas. El que no hayan sido reutilizadas, por ejemplo, puede ser significativo al momento de pensar esa relación. ¿Porque si tengo disponible a escasos metros estructuras abandonadas y aun útiles no las ocupo y construyo otras diferentes? Esta pregunta puede tener múltiples respuestas, por ejemplo, una cuestión de respeto por aquello que se presenta como ajeno y antiguo.

En relación con las posturas arqueológicas tradicionales, me interesa remarcar que la formación del paisaje no implica transformar un terreno físico, neutral, preexistente, en un patrón de espacio y tiempo históricamente experimentados y constituidos (Vaquer 2013). El paisaje está perpetuamente en construcción. Por este motivo observamos la fuerza que tenía en los antecedentes de investigación la caracterización ambiental de sector de tierras bajas, donde un terreno pleno de recursos vegetales y animales, características que lo hacen benéfico y hostil al mismo tiempo, aparentemente poco

transformado por la acción humana, se interpreta como un lugar de paso esporádico, de búsqueda logística y acotada de recursos. Hoy podemos asegurar que las marcas en el paisaje de Guayamba nos cuenta otra historia.

La historia de Guayamba es de instalación, **re**recurrencia, de compromiso, que se puede observar en la presencia y cuidado que requieren las prácticas de construir, cultivar, y también las de molienda que son repetidas por todo el espacio. Al volver la mirada sobre aquello “ambiental” parece determinar *a priori* las prácticas posibles y cuestionar. ¿Qué significa cultivar? ¿Qué significa utilizar elementos o materias primas exclusivamente locales? Si estamos convencidos de que habitar un paisaje no es transformar un terreno neutro físico para imprimirle un patrón histórico y social, no hay entonces en la *Yungas* un paisaje indomable, que nos imponga lo transitorio, el estar de paso. Desde las narrativas arqueológicas tradicionales, la manera de interpretar ese paisaje es pensarlo inhabitado. El registro de Guayamba nos ofrece un gran ejercicio en ese sentido. Aquí es donde lo doméstico se vuelve un punto fundamental para desarticular estas concepciones, pero no la casa como espacio físico sino como las prácticas que configuran lo doméstico.

Bourdieu (2007) propone que el espacio habitado y, por sobre todo, la casa es el lugar principal donde se incorporan los esquemas sociales, pero esta incorporación se produce a través de la práctica y la cultura material. El espacio doméstico es *axis mundi* que expresa los principios de orden y clasificación propios de cada sociedad, es el primer agente de socialización. Entonces podemos observar que desde la perspectiva de la materialidad las relaciones entre sujetos y objetos comienzan a tener otro carácter, empiezan a ser considerados entidades activas involucradas en la producción del orden social (Preda 1999). Este tópico está íntimamente relacionado con lo doméstico, ambos se implican y complementan, pero no de cualquier manera, sino específicamente en la práctica. ¿De qué materialidades y de que actividades nos habla el registro de Guayamba? Preparación y consumo de alimentos, talla de artefactos líticos, cultivo de plantas, molienda, fabricación de vasijas, hilados, construcciones de recintos, búsqueda de materias primas, caza, recolección, arte rupestre, y otras quizás se nos hayamos podido observar, una vida aldeana, autosuficiente e independiente. Tan sencillo, y complicado, como eso.

Nuestra visión del paisaje de Guayamba, y del espacio doméstico apunta, en ese último sentido. Una ocupaciones u ocupaciones permanentes, autosuficientes, con un conocimiento amplio con el entorno. Que hacían un uso amplio del espacio y que probablemente se movían hacia otros sectores y tenían

contacto con otros grupos, que podían compartir aspectos con comunidades establecidas en otras regiones, pero que nada nos indica que hayan estado subsumidas a otros.

Sobre los objetivos e hipótesis propuestos

En el Capítulo I propuse una serie de objetivos e hipótesis para interpretar Guayamba II. A partir de lo expuesto anteriormente, y de la evidencia presentada en la tesis, voy a retomarlos a continuación.

El **objetivo general** de esta propuesta es caracterizar el espacio de vivienda en el sector de yungas de la ladera este de la sierra de El Alto-Ancasti, focalizando el análisis en el sitio Guayamba II (Dpto. El Alto, Catamarca). Para ello, se proponen también los siguientes objetivos particulares para cada uno de ellos detallaré el grado de avance que se ha obtenido en el transcurso de esta tesis.

- 1- *Definir las propiedades formales y espaciales del asentamiento, caracterizar la estructura de los recintos, su tecnología arquitectónica y el uso particular de los recursos constructivos.*

A partir de las tareas de prospección y excavación hemos registrado diversas estructuras, sus características formales, los recursos y técnicas involucrados en su construcción. Como se detalló ampliamente en los capítulos anteriores, son dos conjuntos de recintos adosados separados por 50 m, que presentan diferencias significativas en cuanto a técnicas constructivas y forma. También hemos detectado otro tipo de elementos, estructuras de cultivo, artefactos de molienda móviles y fijos. Dada los cambios en la vegetación no descartamos que puedan ser más las estructuras de todo tipo.

- 2- *Establecer su cronología y trayectoria temporal. Determinar las dimensiones temporales de la ocupación, en el marco de cronologías relativas y absolutas, y confrontar los resultados con la información procedente de otros sitios vinculados.*

Se realizaron dos fechados radiocarbónicos AMS, uno para la estructura 1 y otro para la 3. Estos fechados ubican estas ocupaciones en el cal 550 a 650 A.D y en el cal 950 - 1030 A.D respectivamente. Esto marca un lapso de 400 a 500 años entre ambos eventos. En cuanto a las cronologías relativas, algunos estilos cerámicos presentes, como el Condorhuasi, son consistentes con una ocupación del Periodo Formativo. Sin embargo, estos fragmentos no

son demasiado abundantes. A diferencia de otros sitios cercanos, no hay fragmentos asociados a estilos cerámicos Aguada.

- 3- *Caracterizar las prácticas sociales que allí tuvieron lugar, describiendo la variabilidad y características de los conjuntos artefactuales, evidencias zooarqueológicas, arqueobotánicas y los espacios arquitectónicos. Definir una lógica del espacio a partir de la organización y estructuración de las actividades realizadas en los recintos y alrededores.*

A partir de la variada composición del conjunto artefactual, y a pesar del carácter fragmentario del mismo y de los procesos posdeposicionales de amplia injerencia, pudimos registrar múltiples actividades que fueron detalladas en los capítulos anteriores y que tienen que ver principalmente con la manufactura de artefactos líticos, la molienda, preparación y consumo de alimentos, el proceso de hilado, el cultivo de plantas. Aunque observamos diferencias significativas entre las estructuras, por ejemplo, en relación a la intensidad de la talla lítica.

- 4- *Contextualizar la problemática particular integrando la información obtenida para otros sitios de diversas características en el área (sitios con arte rupestre, áreas de morteros múltiples, espacios de producción agrícola, sitios del sector de pastizales de altura, etc.). Reconocer nexos de interacción social y relaciones históricas de alcance regional y macrorregional.*

En este capítulo hicimos una revisión minuciosa de las características de los sitios de vivienda cercanos, y también aquellos que se ubican hacia los llanos y en las cumbres. A pesar de ciertas diferencias notorias, en cuanto a técnicas constructivas, presencia de estilos cerámicos, entre otros. Me detuve principalmente en aquellas características que vienen a replantear el carácter especificidad y transitoriedad de estas ocupaciones, focalizando en el componente que indica que estas ocupaciones poseían un grado de permanencia en el área. Por otra parte, la multiplicidad de sitios que componen el entorno cercano de Guayamba nos permiten pensar en un paisaje que integraba a todos ellos a través del recorrido y de las prácticas.

Hipótesis

Dentro del proyecto regional, en el cual se encuentra inserta esta investigación se han propuesto las siguientes **hipótesis generales**:

- 1- Durante el Período de Integración Regional se configuran una variedad de paisajes sociales relativos a la trayectoria propia de cada ámbito, que se posicionan de manera diferencial en la trama de relaciones intersocietarias, dando lugar a distintas trayectorias históricas con diferentes grados de continuidad y ruptura.
- 2- En concordancia con la formulación anterior, la sierra de El Alto-Ancasti fue habitada por poblaciones cuya lógica espacial y materialidades se asocian con Aguada, aunque manifiestan un perfil particular y, en relación con los distintos ambientes que componen el área, una estructuración diferenciada del paisaje que resulta de prácticas y construcciones sociales diversas y/o complementarias.
- 3- Los procesos sociales que tuvieron lugar en el extremo oriente de Catamarca a lo largo de toda la secuencia de ocupación se diferencian claramente de los ocurridos en las áreas aledañas, especialmente de aquellas ubicadas al este y al oeste, pero sin embargo estuvieron signados por una intensa interacción con las mismas.
- 4- El área considerada no constituyó únicamente una zona de tránsito, de fuentes de recursos naturales, de prácticas rituales periódicas ni de algún otro tipo de presencia ocasional, sino que allí tuvo lugar una ocupación continua que sostuvo tradiciones a largo plazo, así como transformaciones y rupturas en su historia desde los modos de vida formativos hasta la conquista hispana.

Tomando como punto de partida las hipótesis antes mencionadas he propuesto para esta Tesis las siguientes **hipótesis específicas**, referidas particularmente Guayamba II y su entorno, a saber:

1. *Las sociedades que habitaron Guayamba II durante el primer milenio d. C. fueron sociedades aldeanas estables con una producción de alimentos establecida de carácter agrícola y pastoril.*
2. *En el sitio Guayamba II se realizaron actividades vinculadas con la producción y reproducción social cotidiana de sus habitantes, como la preparación y consumo de alimentos, producción de artefactos líticos y cerámica, sociabilización y crianza de niños, entre otras.*

3. *El sitio Guayamba II formó parte de un paisaje social integrado por un conjunto de sitios (áreas de morteros fijos múltiples, arte rupestre, etc.) relacionados entre sí por las prácticas de sus habitantes.*

A partir de las interpretaciones sostenidas en esta tesis, las hipótesis propuestas se sostuvieron. Sin embargo, resulta necesario ampliar las excavaciones. Específicamente dirigirlas hacia aquellas estructuras donde la superficie excavada fue mucho menor, o como en el caso de la estructura 4 donde aún no hemos realizado ninguna.

No obstante, la primera hipótesis se corrobora, ya que hemos encontrado evidencia que indica la producción de alimentos en el área, a través de la presencia de estructuras de cultivo y de restos arqueobotánicos de plantas domesticas en vasijas y artefactos de molienda. En el caso del componente pastoril, aunque registramos la presencia de camélidos, no pudimos definir la presencia de especies silvestres o domesticadas. Su incorporación puede ser producto del pastoreo o del intercambio, o también de la actividad de caza. Para la segunda hipótesis, todo el registro arqueológico recuperado apunta en este sentido, con presencia de elementos de toda la secuencia de producción de artefactos líticos, abundantes fragmentos cerámicos, pertenecientes a piezas destinadas a la preparación y consumo de alimentos, algunas con huellas de exposición al fuego y también restos óseos termoalterados y con marcas de corte. En relación a la tercera hipótesis, hemos presentado variada evidencia de todos los sitios de diferentes características que se encuentran en el entorno cercano de Guayamba y que se vinculan a través de múltiples prácticas.

PERSPECTIVAS A FUTURO

Las interpretaciones presentadas en esta tesis no son ideas cerradas y, seguramente, servirán como hipótesis para trabajos futuros. Son muchos los interrogantes que quedan abiertos y sobre los que me interesa continuar trabajando en el futuro. En primer lugar, es fundamental extender y profundizar las prospecciones en la localidad de Guayamba. Año tras año, en estos trabajos de campo, hemos ido registrando nuevos y diversos sitios, seguramente serán cada vez más. A su vez, continuar recorriendo esos caminos nos va a permitir ampliar la visión que tenemos de este paisaje, y de cómo se articulaban sus prácticas. En segundo lugar, en caso de localizar otros sitios de vivienda, ahondar sobre la estructuración del espacio doméstico área. En ese caso, considero necesario realizar relevamientos

exhaustivos y, también, otras excavaciones. Otro aspecto importante a desarrollar, son las prácticas de molienda, actividad de gran recurrencia en la localidad. Sobre todo, aquellas las preguntas en relación a que, como, quienes y cuando molían. Pensar también en la producción y cultivo de alimentos en este entorno y su relación con las viviendas y también con los espacios de molienda. Para Guayamba II en particular, continuar con las prospecciones del entorno cercano, que no cesan de brindarnos nueva información. También nos queda pendiente la continuidad de las excavaciones, especialmente en aquellas estructuras donde todavía no hemos realizado ninguna. A su vez, ampliar aquellas donde la relación entre la superficie excavada y la total del recinto es pequeña. Todavía nos queda por explorar más variables en el análisis de materiales, por ejemplo, en el caso del lítico donde no se pudo terminar de analizar toda la muestra.

-REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS-

Aceñolaza, F., H. Miller y A. Toselli.

1983. Las rocas cristalinas de la sierra de Ancasti en el contexto de las sierras pampeanas septentrionales. En: Geología de la Sierra de Ancasti, editado por F. Aceñolaza, H. Miller y A. Toselli: 13-22. Münstersche Forschungen Zur Geologie und Palaeontologie 59, Münster.

Ahumada, M. N.

2016. Entre paisajes, animales y personas. Una historia desde El Taco 19 (Sierras de El Alto/Ancasti, Catamarca). Trabajo final para optar por el grado de Licenciado en Arqueología. Catamarca, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Ahumada, M. N. y E. Moreno

2015-2016. La escala doméstica y los animales. Tratamiento diferencial de partes esqueléticas y distribución diferencial intra-sitio en El Taco 19 (El Alto-Ancasti, Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 70-71: 105-117

Andrefsky, W. Jr.

1998. *Lithics: Macroscopic Approaches to Analysis*. Nueva York, Cambridge University Press.

Angiorama, C.

1998. Nuevos aportes a la cronología de Condorhuasi-Alamito. *Palimpsesto*, 5, 100-105.

Anschuetz, K; Wilshusen, R. y C. Scheik

2001. An Archaeology of Landscape perspectives and directions. *Journal of Archaeological Research*, 9 (2):157-211.

Allison, P.

1999. Introduction. En P. Allison (eds.), *The Archaeology of Household Activities*: 1-18. Londres y Nueva York, Routledge.

Apodaca, J. A., Crisci, J. V., y Katinas, L.

2015. Las provincias fitogeográficas de la República Argentina: definición y sus principales áreas protegidas. En: R. Casas y G. Albarracín (eds). *El deterioro del suelo y del ambiente en la Argentina*:79-101. Buenos Aires, Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Aschero, C.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe presentado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Apéndice A y B. Cátedra de Ergología y Tecnología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Aschero, C., Podestá, M. M., y García, L.

1991. Pinturas rupestres y asentamientos cerámicos tempranos en la Puna argentina. *Arqueología*, 1, 9-49.

Aschero, C. y S. Hocsman

2004. Revisando cuestiones tipológicas en torno a la clasificación de artefactos bifaciales. Temas de Arqueología. En: M. Ramos, A. Acosta y D. Loponte (eds). *Análisis Lítico*: 7-25. Lujan, Universidad Nacional de Lujan.

Ardissone, R.

1943. Las Pircas de Ancasti. Contribución al conocimiento de los restos de andenes en el Noroeste Argentino. En: F. De Aparicio, M.T. Grondona y E. Wernike (eds.). *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 7: 383-416. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos.

Babot, M. P.

2007. Granos de almidón en contextos arqueológicos: posibilidades y perspectivas a partir de casos del Noroeste Argentino. En: Marconetto, B.; Babot, P. y Oliszewski, N. (eds.) *Paleoetnobotánica del cono Sur. Estudios de caso y propuestas metodológicas*: 95-125.

2009. Procesamiento de tubérculos y raíces por grupos agropastoriles del noroeste argentino prehispánico. Análisis de indicadores en residuos de molienda. En: A. Capparelli, A. Chevallier y R. Pique (eds.) *La alimentación en la América precolombina y colonial. Una aproximación interdisciplinaria. Treballs D'Etnoarqueologia* 7: 67-81.

2011. Cazadores-recolectores de los andes centro-sur y procesamiento vegetal. Una discusión desde la puna meridional argentina (ca. 7.000-3.200 años A.P.). En: Aldenderfer, M. y L. A. Flores Blanco (eds.). *Chúngara* 43(1):413-432.

Babot, M. P.; Oliszewski N. y A. Grau.

2007. Análisis de caracteres macroscópicos y microscópicos de *Phaseolus vulgaris* (Fabaceae, Faboideae) silvestres y cultivados del Noroeste Argentino: Una aplicación en arqueobotánica. *Darwiniana* 45(2):149-162.

Baldini, M., E. Baffi, M T. Salaberry y M. F. Torres.

2013. Candelaria: Una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dpto. Guachipas, Salta, Argentina). En: Ortíz G. y B. Ventura (eds.). *Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, 131:151. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología

Balfet, H., M. F. Fauvet-Berthelot y S. Monzón.

1992. *Normas para la descripción de vasijas cerámicas*. Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA). México.

Balfet, H.; Fauvet, M. y S. Monzón

2014. *Normas para la Descripción de Vasijas Cerámicas*. México, Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines (CEMCA).

Blanton, R.

1994. *Houses and Households a Comparative Study*. Pienum Press, New York.

Baqueiro Vidal, S.

2006. La producción lítica del yacimiento neolítico de O Regueiriño (Moaña, Pontevedra). *Cuadernos de Estudios Gallegos* LIII 119: 55-85.

Barrett, J.

1994. *Fragments from Antiquity. An Archaeology of Social Life in Britain, 2900 – 1200 BC*. Delhi, Indo American Books.

1999. The Mythical Landscapes of the British Iron Age. En: W. Ashmore y B. Knapp (eds.) *Archaeologies of Landscape Contemporary Perspectives*: 253-265. Oxford, Blackwell Publishers.

Barriónuevo, O.

1972. Investigaciones arqueológicas en Nana Huasi, Ancasti. *Cuadernos de Antropología Catamarqueña* 4: 3-17.

Barot, Carlos A.

2017. Las vasijas en la vida diaria. Análisis morfológico – funcional del material cerámico de una casa emplazada en las sierras El Alto-Ancasti (siglos VII y VIII d.C.). Trabajo final para optar por el grado de Licenciado en Arqueología Catamarca, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca

Bailey, G.

2007. Time perspectives, palimpsests and the archaeology of time. *Journal of anthropological archaeology*, 26(2), 198-223.

Berardi, M. H.

2004. Historia ocupacional de Los Amarillos (Quebrada de Yacoraite, Jujuy). Análisis del material arqueológico en superficie mediante SIG. Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2013. Desde la superficie de Los Amarillos: secuencia de ocupación a partir de la evidencia superficial y SYG. En: M. J. Figuerero y A. Izeta. El uso de sistemas de información geográfica (SIG). *Arqueología sudamericana*: 201-224.

Behrensmeier, A.

1978. Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4: 150-162.

Binford, L. R.

1965. Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity* 31(2): 203–210.

1981. *Bones: Ancient Men and Modern Myths*. New York, Academic Press.

1983. Long term land use patterns: some implications for archaeology. *Lulu linear punctated: Essays in honor of George Irving Quimby, (72)*, 27-54.

Bonnin, M. y A. Laguens A.

1996. Evaluación de Series de Fechados Radiocarbónicos del Valle de Ambato. *Publicaciones* 48, *Arqueología*, pp. 65-101. CIFYH. Universidad Nacional de Córdoba.

Bocelli, S.

2016. Motivos para dibujar la roca: un primer acercamiento al arte rupestre de La Aguadita (Tapso, Catamarca). *Comechingonia*, 20(2): 105-126.

Bourdieu, P.

1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

1999. *The Logic of Practice*. Londres, Routledge.

1999. *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona, Anagrama.

2002. Campo de poder. Campo Intelectual: Itinerario de un Concepto, Editorial Monttressor, Madrid.

2007. *El Sentido Práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

- Bradley, R.
2000. *An Archaeology of Natural Places*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Brown, A. D., A. Grau, T. Lomáscolo y N. I. Gasparri.
2002. Una estrategia de conservación para las Selvas subtropicales de Montaña (Yungas) de Argentina. *Ecotrópicos* 15 (2): 147-159.
- Brown, A. D., y L. R. Malizia.
2004. Las selvas pedemontanas de las Yungas. *Ciencia hoy* 14(83): 52-63.
- Brown, A., Martínez Ortiz, U., Acerbi, M., & Corcuera, J. F.
2006. *La situación ambiental argentina*. Fundación Vida Silvestre. Buenos Aires
- Brown, A. D., Moritan, M. G., Ventura, B. N., Hilgert, N. I., Malizia, L. R., y Proyungas, F.
2007. *Finca San Andrés. Un espacio de cambios ambientales y sociales en el Alto Bermejo*. Tucumán, Ediciones del Subtrópico.
- Brown, A. D.; Pacheco, S.
2005. Propuesta de actualización del mapa ecorregional de la Argentina. En: *La situación ambiental Argentina*: 28-31. Fundación Vida Silvestre.
- Brown, A. D., Chalukian, S. C., y Malmierca, L. M.
1985. Estudio florístico—estructural de un sector de selva semidecidua del Noroeste Argentino. I. Composición florística, densidad y diversidad. *Darwiniana*, 27-41.
- Buchli, V.
2008. Material Culture. Current Problems. En L. Meskell & R. Preucel (eds.). *A Companion to Social Archaeology*: 179-194. Blackwell Publishing LTD, Malden.
2010. Households and 'home cultures'. En: D. Hicks y M. Beaudry (eds.), *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*: 502-518. Oxford, Oxford University Press.
- Cabrera, A.
1971. *Fitogeografía de la República Argentina*. Sociedad Argentina de Botánica.
1976. *Enciclopedia Argentina de agricultura y jardinería: regiones fitogeográficas Argentinas*. Buenos Aires, Acme.
- Cabrera, A. L. y A. Willink
1973. Biogeografía de América Latina. *Monografías* 23, Secretaría Gral. de la Organización de Estados Americanos, Washington, USA
- Calderari, M e I. Gordillo
1989. Nuevos aportes al dibujo ceramológico. *Revista de Estudios Regionales* 3: 7-27.
- Calomino, E. A.
2012. El Arte Rupestre en el Área Oriental de Catamarca: El sitio Piedra Pintada (Depto. El Alto). En: N. Kuperszmit, T. Lagos Mármol, L. Mucciolo y M. Sacchi (eds). *Entre Pasados y Presentes III. Estudios Contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 550-565. Buenos Aires, MNEMOSYNE.
2016. Repensando imágenes para el arte rupestre del sector septentrional de la Sierra El Alto-Ancasti (El Alto, Oriente de Catamarca, Argentina). *Sociedades Precapitalistas* 6: 1-18.
- Calomino, E. A., y Eguia, L.

2014. Nuevos acercamientos al espacio semipúblico durante el Período Medio (s. VII-XII DC): Caracterización y estudio de un patio en La Rinconada. *Arqueología* 20.

Carandini, A. 1997. *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Barcelona, Crítica.

Carbonelli, J. P.

2011. "Motivos porque y para" en la tecnología lítica de un sitio formativo en el valle de Yocavil, provincia de Catamarca. *Intersecciones en Antropología* 12: 31-44.

Carma, M.

2009. *Relevamiento de Aves de la Provincia de Catamarca 2007. Colección Flora y Fauna de la Provincia de Catamarca*. Buenos Aires, Consejo Federal de Inversiones-Gobierno de la Provincia de Catamarca.

Carsten, J. y S. Hugh-Jones

1995. Introduction. *About the house: Lévi-Strauss and beyond*. Cambridge, Cambridge University Press.

Cisterna, C. E.

2003. Faja intrusiva La Majada, sierra de Ancasti, Catamarca: caracterización petrológica-estructural. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 58(1): 20-30

Criado Boado, F.

1993. Límites y Posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla*, N°2: 9-55. Sevilla.

1999. *Del Terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. CAPA 6. Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.

Crisci, J. V., Katinas, L., y Posadas, P.

2000. Introducción a la teoría y práctica de la biogeografía histórica (No. 574.98 575). Sociedad Argentina de Botánica.

Crossley, Nick.

1995. Merleau-Ponty, the elusive body and carnal sociology. *Body & Society* 1(1):43-63.

Cruz, P.

2006. Complejidad y heterogeneidad en los Andes Meridionales durante el Periodo de Integración Regional (siglos IV-X d.C). Nuevos datos acerca de la arqueología de la cuenca del río de Los Puestos (dpto. Ambato-Catamarca, Argentina). *Bulletin de l'Institut d'Études Andines*. 35(2):121-148.

2013. Los adoratorios de altura inkaicos: Una mirada desde el cerro Cuzco, departamento de Potosí, Bolivia.

D'Amore, L.

2007. Narrar las prácticas del pasado. El potencial narrativo de la estratigrafía arqueológica como representativa de prácticas sociales. *Intersecciones en Antropología* 8: 101-119.

2013 "... cierra los ojos y narra..." Mediaciones sobre una mirada narrativa de la práctica arqueológica. *Arqueología*, 19, 33-52.

David, B. y J. Thomas

2008. "Landscape Archaeology: Introduction". En B. David y J. Thomas (eds). *Handbook of Landscape Archaeology*: 27 – 43. Left Coast Press. California.

del Puerto, L.

2015. Paleoetnobotánica y subsistencia de los constructores de Cerritos del Holoceno tardío en el Este del Uruguay: análisis fitolítico en sedimentos y artefactos arqueológicos. *Tessituras: Revista de Antropología e Arqueología*, 4(1), 117.

de la Fuente, N.

1969. La Cultura de la Aguada: nuevos aportes para su estudio. En: *Diario La Prensa* 23/11. Buenos Aires.

1979. El arte rupestre de la región de Ancasti, Catamarca. *Revista Ampurias, colección Misceláneas de Arte Rupestre Argentino*. Barcelona: Instituto de Prehistoria.

1990. Nuevas Pinturas Rupestres en la ladera Oriental de la Sierra de Ancasti- Catamarca. Fundación Cers, Tucumán- Catamarca. Tomo VII- N°1-2.

de la Fuente, N. y Díaz Romero, R.

1974. Un conjunto de figuras antropomorfas del yacimiento de La Tunita, Provincia de Catamarca. En: *Revista del Instituto de Antropología*, 5:35 V. Córdoba.

Difrieri, Horacio

1943. Morteros indígenas en Ancasti. *GAEA Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 7 (2): 417-427.

Dlugosz, J. C.

2005. Prospecciones arqueológicas en los sitios Los Pedraza y Los Corpitos, Dpto. El Alto, Pcia. de Catamarca. Trabajo Final de la Carrera de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

2010. Análisis Funcional de un conjunto de piezas alfareras procedentes de Los Corpitos (Depto. El Alto, Catamarca). *Comechingonia Virtual* 9(2): 130-162.

Echenique, M y E. Kulemeyer

2003. La excavación arqueológica de una "mancha blanca", el Sector M43C en el sitio Morality, Departamento San Pedro, Provincia de Jujuy (República Argentina). En: Ortíz G. y B. Ventura (eds.). *Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, 99:130. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Eco, H.

1979. *Lector In Fábula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona, Editorial Lumen.

Egea, D.

2015. Tallando en espacios rupestres. Tecnología lítica en una cueva pintada del este catamarqueño. Trabajo final para optar por el grado de Licenciado en Arqueología, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Eguia, L., C. Prieto e I. Gerola

2016. Guayamba 2: Abordando el espacio doméstico en los bosques orientales de Catamarca. *Comechingonia* 20 (2): 43-72.

Elías, A.

2012. Tecnología Lítica en el Período Tardío (ca. 1100-550 AP) de Antofagasta de la Sierra (Provincia de Catamarca, Puna Meridional, Argentina). *Relaciones de la Sociedad de Antropología* 37 (1): 19-41

Ericson, J.

1984. Toward the analysis of lithic production systems. En: J. Ericson y B. Purdy (eds.). *Prehistoric quarries and lithic production*: 11-22. Cambridge, Cambridge University Press,

Escola, P.

2000. Tecnología Lítica y sociedades agropastoriles tempranas. Tesis Doctoral en Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

2004. Tecnología lítica y sociedades agro-pastoriles tempranas. En: A. Acosta, D. Loponte y M. Ramos (eds.). *Temas de arqueología, Análisis lítico*: 59-100. Buenos Aires, SAA, INAPL.

Fábregas Valcarce, R. y C. Rodríguez Rellán

2008. Gestión del cuarzo y la pizarra en el calcolítico peninsular: el “santuario” de el Pedroso (Trabazos de Aliste, Zamora). *Trabajos de Prehistoria* 65 (1): 125-142.

Feely A. y N. Ratto.

2013. Cálculo del número mínimo de vasijas y recolección superficial: criterios metodológicos y análisis de casos del oeste tinogasteño (Catamarca). *Andes* [online] 24 (2).

Feld, S. y Basoo, K H.

Senses of place. School of American Research Press, 1996.

Fernandez Honaine, M. y Zucol, A. y Osterrieth, M.

2009. Phytolith analysis of Cyperaceae from the Pampean region, Argentina. *Australian Journal of Botany* 57: 512-523.

García Moritán, M.

2008. La cara aborigen del alto Bermejo. *Ciencia hoy*, 18(104), 39-51.

García Moritán M. y B. Ventura

2007. Caracterización sociohistórica. En: Brown, Alejandro; García Moritán, Matilde; Ventura, Beatriz; Hilgert, Norma y Lucio Malizia. Finca San Andrés. Un espacio de cambios ambientales y sociales en el Alto Bermejo. Tucumán: Ediciones del Subtrópico, 67-82.

Gastaldi, M., L. Gheco, E. Moreno, G. Granizo, M. Ahumada, D. Egea y M. Quesada.

2016. Primeros resultados de las excavaciones estratigráficas en Oyola 7 (Sierra de El Alto-Ancasti, Provincia de Catamarca, Argentina). *Comechingonia* 20(2): 73-103.

Gerola, I.

2018. El hábito de tallar el paisaje verde. Tecnología lítica en el sector septentrional de El Alto – Ancasti (Catamarca). Tesis de licenciatura en Cs. Antropológicas, orientación Arqueológica. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. MS.

Gheco, L.

2012. Una Historia en la Pared. Hacia una Visión Diacrónica del Arte Rupestre de Oyola. Tesis de Licenciatura. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca. Catamarca

Gheco, L.

2017. El laberinto de las paredes pintadas. Una historia de los abrigos con arte rupestre de Oyola, Catamarca. Tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Antropológicas. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Gheco, L. y M. Quesada.

2012. El arte rupestre de Oyola: Un caso de narrativas superpuestas. *Aportes Científicos desde Humanidades* 9: 228-244.

Gheco, L.; Quesada, M.; G. Ybarra; A. Poliszuk y O. Burgos.

2013. Espacios rupestres como “obras abiertas”: una mirada a los procesos de confección y transformación de los abrigos con arte rupestre del este de Catamarca (Argentina). *Revista española de antropología americana* 43 (2): 353-368.

Gheco, L., A. S. Meléndez, M. N. Quesada, M. G. Granizo y M. R. Gastaldi

2015. Arqueología e Historia de los paisajes culturales de las serranías de El Alto-Ancasti. En: R. Del Valle Rodríguez (ed.). *Arqueología y Paleontología de la Provincia de Catamarca*: 153-163. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara.

Giddens, A.

1995. Elementos de la teoría de la estructuración. La constitución de la sociedad, 39-75.

1998. *La Constitución de la Sociedad. Bases para la Teoría de la Estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

2001. *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico. Crítica Positiva de las Sociologías comprensivas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Gil Montero, R.

2009. Mountain pastoralism in the Andes during colonial times. *Nomadic Peoples*, 13(2), 36-50.

Gómez, R. M.

2009 (1966). Arqueología Santiagueña: un diseño de investigación para el Formativo Inferior. Fase explorativa. *Revista del Museo de Antropología* 2: 53- 66.

González, A. R.

1961-64. *La Cultura de La Aguada del N.O.A. Revista del Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía y Humanidades. Tomo II*: 22 1. Córdoba

1977. *Arte Precolombino de la Argentina*. Introducción a su Historia Cultural. Ed. Valero. Buenos Aires.

1979. Dinámica cultural del Noroeste Argentino. Evolución histórica en las culturas del Noroeste Argentino. *Antiquitas* 28-29: 1-15.

1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

González, A. R. y J. A. Pérez

1966. *El Area Andina Meridional. Actas y Memorias del 36 Congreso internacional de Americanistas. Vol. 1*: 33-48. Sevilla.

Gonzalo, A. H.

1999. El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio ya sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria. *Arqueología espacial*, (21), 7-28.

Gordillo, I.

2004. El sitio ceremonial de La Rinconada. Organización socioespacial y religión en Ambato, Catamarca. Tesis de doctorado, UBA.

2007. Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca). En: Axel E. Nielsen, M. Clara Rivolta, Verónica Seldes, María M. Vázquez y Pablo H. Mercolli (comps.), *Procesos Sociales Prehispánicos en los Andes Meridionales: Perspectivas desde la casa, la comunidad y el territorio*: 65-98. Córdoba, Editorial Brujas.

2009. Dominios y recursos de la imagen. Iconografía cerámica del valle de Ambato (Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas* 37: 99-121.

Gordillo, I., M. Baldini y M. F. Kusch

2000. Entre objetos, rocas y cuevas: significado y relaciones entre la iconografía rupestre y mobiliario de Aguada. En: M. Podestá y María de Hoyos (eds.) *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*: 101-112. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Gordillo, I. y L. Ares

2005. Ingresando a los patios de La Rinconada, Ambato, Catamarca. En: *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*, pp. 211-225. La Rioja, Ed. Edular.

Gordillo, I. y E. Calomino

2010. Arte rupestre en el sector septentrional de la Sierra El Alto- Ancasti (dpto. El Alto, Catamarca). *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte rupestre*: 251- 255 (formato digital).

Gordillo I., E. Calomino y V. Zuccarelli

2010. En el cercano Oriente: el borde como centro. Arqueología en el Dto. El Alto, Catamarca. Trabajo Presentado al XVII Congreso Nacional de Arqueología. Mendoza.

Gordillo, I., Eguia, L. y J. M. Vaquer.

2013. Primera aproximación a las representaciones rupestres en la jurisdicción de Tapso, Catamarca. Ponencia presentada en el I Taller de Arqueología de la Sierra de Ancasti y zonas aledañas. TASA 2013. Tapso

Gordillo, I.; Vaquer, J. M.; Buono, H.; Calomino, E.; Eguia, L.; Zuccarelli, V.; Milani, L.; Vindrola, B.; Prieto, C., S. Bocelli y L. Pey.

2015. De Valles, Cumbres y Yungas. Investigaciones arqueológicas en los departamentos de Ambato y El Alto, Catamarca. En: R. del Valle Rodríguez (ed.). *Arqueología y Paleontología de la Provincia de Catamarca*: 119-126. Buenos Aires, Fundación de Historia Natural Félix de Azara.

Gordillo, I., y Vaquer, J. M.

2013. Introducción. La espacialidad en arqueología: enfoques, métodos y aplicación. Abya Yala.

Gordillo, I. y D. Leiton

2015. El abandono en las sociedades formativas del Noroeste argentino. Casos y discusión. *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*: 635-662. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Gordillo I., V. Zuccarelli y L. Eguia

2017(a). Las casas del sol naciente. En: G. Ortiz, B. Ventura y B. Cremonte (eds.). *Arqueología de la Vertiente Oriental del Alto-Ancasti*: 131-171. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2017 (b). De cumbres a llanos. Presentación al 3° Taller de Arqueología de Ancasti y Zonas aledañas (TASA). Cerro Colorado, Cordoba

Gosden, C.

1994. *Social Being and Time*. Oxford, Blackwell Publishers.

Gramajo de Martínez Moreno, A.

2001. *Solar de Mis Mayores. La Concepción del Alto*. Santiago del Estero, Ed. V Centenario.

Gramajo de Martínez Moreno, A. y H. Martínez Moreno.

1978. Otros aportes al arte rupestre del este catamarqueño. *Antiquitas* 26-27: 12-17.

1982. Otros aportes al arte rupestre del este catamarqueño. *Estudios* 3: 77-88

Granizo, M.G.

2012. Arqueología de la escala social doméstica en las Serranías de Ancasti (primer milenio d.C.). *Aportes Científicos desde Humanidades* 9: 245-258.

Grau, H. R.

2005. Dinámica de bosques en el gradiente altitudinal de las Yungas Argentinas. En: Arturi, M. Frangi, J. y J. Goya (eds.). *Ecología y Manejo de los Bosques Argentinos*, 181-188.

Hamilakis, Y.

2011. Archaeologies of the senses. En: T. Insoll (ed.). *The Oxford Handbook of the Archaeology of Ritual and Religion*: 208-225. Oxford, OUP.

2013. Eleven theses on the archaeology of the senses. En: Jo Day (ed.). *Making Senses of the Past: Toward a Sensory Archaeology*: 409-419. Carbondale, Southern Illinois University Press.

Hamilton, S., R. Whitehouse, K. Brown, P. Combes, E. Herring y M. Thomas

2006. Phenomenology in Practice: Towards a Methodology for a “Subjective” Approach. *European Journal of Archaeology* 9 (1): 31-71.

Harris, Edward.

1991. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona, Editorial Crítica.

Heidegger, M.

1993. Ser y tiempo, tr. Rivera JE, Editorial universitaria.

2000 [1962]. Tiempo y Ser. Traducción y notas de Manuel Garrido. Editorial Tecnos, Madrid.

Hicks, D.

2010. The Material Culture turn: event and effect. En: Hicks, D. and M. Beaudry (eds.). *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*: 25-98. Oxford, Oxford University Press.

Hicks, D. y M. Beaudry

2010. Introduction: Material culture studies: a reactionary view. En Hicks, D. and M. Beaudry (eds.). *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*: 25-97. Oxford, Oxford University Press.

Hillier, B. y J. Hanson.

1984. *The Social Logic of Space*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hodder, I.

1982. *Symbols in Action: ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge, Cambridge University Press (New Studies in Archaeology).
1990. *The Domestication of Europe. Structure and Contingency in Neolithic Societies*. Oxford, Basil Blackwell.
1992. *Reading the past. Current approaches to interpretation in archaeology*. Segunda Edición. Cambridge, Cambridge University Press.
- Husserl, E. 2002 [1928]. Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo. Traducción, presentación y notas de Agustín Serrano de Haro. Editorial Trotta, Madrid.
- ICSN
2011. The International Code for Starch Nomenclature. <http://www.fossilfarm.org/ICSN/Code.html> (consulta 30- IX- 2011).
- Ingold, T.
2000. *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skills*. Londres y Nueva York, Routledge
- IPCNWG
2005. International Code for Phytolith Nomenclature 1.0. *Annals of Botany* 96 (2):253-260; doi:10.1093/aob/mci172
- Jones, A
2007. *Memory and Material Culture*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Kent, S.
1990. "A cross – cultural study of segmentation, architecture and the use of space". En: S. Kent (ed.). *Domestic Architecture and the use of Space. An interdisciplinary cross – cultural study*: 127 – 152. Cambridge, Cambridge University Press.
- Korstanje, M. A. y M. Del P. Babot
2007. Microfossils characterization from south Andean economic plants. En: Madella, M. y Zurro, D. (eds.) *Plants, people and places. Recent studies in phytolith analysis. Oxbow books*:41-72.
- Korstanje, M. A. y M. Quesada (editores).
2010. *Arqueología de la Agricultura. Casos de Estudio en la Región Andina Argentina*. Magna ediciones, San Miguel de Tucumán.
- Korstanje M. A., M. Quesada, V. Franco Salvi., V. Lema y M. Maloberti.
2015. Gente, tierra, agua y cultivos: los primeros paisajes agrarios del noroeste argentino. *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*: 721-750. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Kriscautzky, N.
- 1996-1997. Sistemas productivos y estructuras arqueológicas relacionadas con la producción agropecuaria en el Valle de Catamarca. *Shincal*. N° 6, Volumen dedicado a la 111 Mesa Redonda sobre la cultura de La Aguada y su dispersión: 65-71. Catamarca.
- Laguens, A.

2002. Desigualdad social y cultura material en contextos arqueológicos. El caso del Valle de Ambato, Catamarca. Actas de las III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales, <http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/IIIjor.htm>, CIFFyH, UNC, Córdoba.

2006. Continuidad y ruptura en los procesos de diferenciación social de las comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s IV a X D.C.), *Chungara* 38: 211-222.

Letelier, J. e I. Gerola.

2018. Los paisajes de la molienda. Presentado en *Jornadas de Actualización del Instituto de Arqueología*. Buenos Aires, Instituto de Arqueología.

Llamazares, A.

1993. *El arte rupestre de los parajes La Tunita y La Toma, ladera oriental de la Sierra de Ancasti, Catamarca*. Versión On-Line disponible en: www.desdeamerica.org.ar/textos_arte.html. Fecha 9-8-2011.

1997/98. Arte rupestre en la cueva de La Candelaria, provincia de Catamarca. *Publicaciones Arqueología* 50: 1- 26.

Lema, V. S., Andreoni, D., Capparelli, A., Ortiz, G., Spano, R., Quesada, M., & Zorzi, F.

2015. Protocolos y avances en el estudio de residuos de pipas arqueológicas de Argentina: Aportes para el entendimiento de metodologías actuales y prácticas pasadas. *Estudios atacameños*, (51), 77-97.

Lomáscolo, T., Brown, A. D. y Malizia, L. R.

2010. *Reserva de Biosfera de las Yungas*. Buenos Aires, Ediciones del Subtrópico.

Loren, D.

2001. Social skins: Orthodoxies and practices of dressing in the early colonial lower MissiArgent, Gala. 2013. Inked: Human-Horse Apprenticeship, Tattoos, and Time in the Pazyryk World. *Society & Animals* 21: 178-193

Lucas, G.

2005. *The Archaeology of Time*. Londres y Nueva York, Routledge.

Lyman, L. R.

1994. *Vertebrate Taphonomy*. New York, Cambridge University Press.

Mañana Borrazas, P., R. Blanco y X. Ayán

2002. *Arqueotectura I: Bases teórico – metodológicas para una Arqueología de la Arquitectura*. TAPA 25. Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.

Menacho. K. 2007. Etnoarqueología y estudios sobre funcionalidad cerámica: aportes a partir de un caso de estudio”. *Intersecciones en Antropología* 8: 149 – 161.

Mengoni Goñalons, G. L.

1988. Análisis de los materiales faunísticos de sitios arqueológicos. *Xama* 1: 71-120.

1999. *Cazadores de guanacos en la estepa patagónica*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Merleau-Ponty, M.

1993 [1945]. *Fenomenología de la Percepción*. Buenos Aires, Planeta Agostini.

- Mercolli, P. H., y Taboada, C.
2016. Análisis de la fauna del sitio arqueológico "El poblado de Ampolla"(Piedemonte de Catamarca, Argentina). *Comechingonia* 20 (2).
- Míguez, G. y Caria, M.
2015. Paisajes y prácticas sociales en las Selvas Meridionales de la Provincia de Tucumán (1 Milenio d.C). En: M. A. Korstanje, M. Lazzari, M. Basile, F. Bugliani, V. Lema, L. Pereyra Domingorena y M. Quesada (eds.). *Crónicas Materiales Precolombinas Arqueología de los Primeros Poblados del Noroeste Argentino*: 111-148. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Miller, D.
1987. *Material Culture and Mass Consumption*. Oxford, Blackwell (Studies in Social Archaeology)
2005. Materiality. An Introduction. En: D. Miller. *Materiality*: 1 –50. Durham y Londres, Duke University Press.
- M.O.L.A.S. 1994. Archaeological Site Manual. Museum of London Archaeology Service. Londres. Inglaterra.
- Morello, J. y Adámoli, J.
1974. Las grandes unidades de vegetación y ambiente del Chaco argentino. Segunda Parte: Vegetación y ambiente de la Provincia del Chaco. *INTA Serie fitogeográfica*, 13.
- Moreno, E.
2014. Materias primas, instrumentos líticos y prácticas domésticas en las sierras de El Alto-Ancasti, Catamarca. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano – Series especiales*: 141-160.
- Moreno, E. y D. Egea
2014. Visitas en el tiempo. Tecnología lítica de una cueva con arte rupestre en el este catamarqueño. *Arqueología* 22 (1): 223-232.
- Moreno, E. y Quesada, M.
2012. Análisis preliminar del conjunto arqueofaunístico de El Taco 19, Sierras de El Alto-Ancasti, Catamarca. *Comechingonia* 16(2): 155-162.
- Moreno, E. y N. Sentinelli
2014. Tecnología lítica en las sierras de El Alto-Ancasti, Catamarca. *Cuadernos UNJU* 39: 95-115.
- Morlans, M. C.
1995. Regiones Naturales de Catamarca. Provincias Geológicas y Provincias Fitogeográficas. *Área Ecología*: 1-36.
- Mulvany, E.
1978. *Investigaciones Arqueológicas en el Este de la Provincia de Catamarca*. Beca de Perfeccionamiento (U.N.L.P.). Informe Inédito.
1996-1997. Aguada en las laderas orientales del Alto-Ancasti. *Shincal* 6: 153-171
- Nami, H.
1992. El subsistema tecnológico de la confección de instrumentos líticos y la explotación de los recursos del ambiente: Una nueva vía de aproximación. *Shincal* 2: 33-53.

Navarro, H.

2002. Aspecto geográfico de la Provincia de Catamarca. En: www.catamarcaguia.com.ar

Nazar, C.

2003a. Parque Arqueológico La Tunita. Puesta en valor integral del arte rupestre de la vertiente Oriental de la Sierra de Ancasti, Catamarca, República Argentina. Tesis de Maestría. Sede Santa María de la Rábida, Universidad Internacional de Andalucía

2003b. Relevamiento arqueológico de la zona Austral de la Sierra de Ancasti (Provincia de Catamarca). CENEDIT. Universidad Nacional de Catamarca.

Nelson, M.

1991. El estudio de la organización tecnológica. *Archaeological Method and Theory* 3:57-100.

Núñez Regueiro, V.

1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V: 169-191. Córdoba

1975. El problema de la periodificación en arqueología. En: *Actualidad antropológica. Suplemento de Etnia*, nº16.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi.

1987. Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología* 12: 130-159.

1990. Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 125-160.

2003. Los mecanismos de control y la organización del espacio durante los periodos Formativo y de Integración Regional, *Cuadernos* 20: 37-50.

Olivera, D. E.

1988. La Opción Productiva: Apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del P. Tchilinguirian y D. E. Olivera-De aguas y tierras.

2001. Sociedades agropastoriles tempranas: el Formativo Inferior del noroeste argentino. *Historia Argentina Prehispánica* 1: 83-125.

Oliveto y Ventura

2009. Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y Norte de Argentina, siglos XV-XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos. *Población y sociedad* Nº 16: 119-150

Oliszewski, N., & Arreguez, G. A.

2015. Manejo de recursos vegetales alimenticios en la Quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (2100-1550 años AP).

Ortiz, G.

2003. Estado actual del conocimiento del denominado complejo o tradición cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En: Ortiz G. y B. Ventura (eds.). *Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, 23:72. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Ortiz, G. y Ventura, B.

2003. La mitad verde del mundo andino. En: Ortiz G. y B. Ventura (eds.). *Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las tierras bajas de Bolivia y Argentina*, 153-177. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

- Orton, C.; Tyers, P. y A. Vince
1997. *La Cerámica en Arqueología*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Páez, R., Togo, J.A. y Villar Benitez, P.
2009. Primera aproximación al sitio de Maquijata, sierra de Guasayan, Departamento de Choya, Santiago del Estero. En: T. Burlot, D. Bozzuto, C. Crespo, A. C. Hecht y N. Kuperszmit (eds.) *Entre Pasados y Presentes II: Estudios contemporáneos en Ciencias Antropológicas*: 289-304. Buenos Aires, Editorial Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Pantorrilla, M. y Núñez Regueiro, V.A.
2006. Investigaciones arqueológicas en la zona de Escaba, provincia de Tucumán: Asentamientos Condorhuasi y Aguada en las Yungas. *Intersecciones en Antropología* 7: 235-245.
- Parker Pearson, M. y C. Richards
1994. Ordering the world: perceptions of architecture, space and time. En: M. Parker Pearson y C. Richards (eds.). *Architecture and Order. Approaches to Social Space*: 1 - 37. Londres, Routledge.
- Paulides, L. S.
2006. El núcleo de la cuestión. El análisis de los núcleos en los conjuntos líticos. En: C. Pérez de Micou (eds.), *El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en arqueología*: 67-101. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Pautassi, E. y G. Sario
2014. La talla de reducción: aproximaciones experimentales para el estudio del cuarzo. *ArqueoWeb* 15: 3-17. Madrid, Universidad Complutense de Madrid
- Pauketat, T.
2001. Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm. *Anthropological Theory* 1 (1): 73-98.
- Perea M., G. Pedraza y J. Luceros
2007. Relevamiento de la flora arbórea autóctona en la provincia de Catamarca. Buenos Aires, Consejo Federal de Inversiones.
- Pérez Gollán, J. A.
1994. El proceso de integración en el Valle de Ambato: Complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacana, Alio 1, N°. 1*:33-38, Catamarca.
2000. El jaguar en llamas. La religión en el antiguo Noroeste Argentino. *Nueva Historia Argentina. Tomo: Los pueblos originarios y la conquista*: 229-256. Barcelona, Sudamericana.
- Pérez Gollán, J. A. e I. Gordillo
1994. Vilca/Uturuncu. Hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur. *Cuicuilco*, 1(1), 99-140.
- Pérez Gollán, J. A. y O. R. Heredia
1990. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178.
2011. Modalidades espaciales y formas rituales. Los paisajes rupestres de El Alto-Ancastí. En: *Comechingonia*: 63-83. Córdoba.

- Prous, A.
2004. Apuntes para análisis de industrias líticas. Ortegalia. *Monografías de Arqueología, Historia e Patrimonio* 2. Origueira, Fundación Federico Maciñeira.
- Quesada, M.
2017. La periferia desde la periferia. Arqueología de las Sierras de El Alto- Ancasti. En: G. Ortiz, B. Ventura y B. Cremonte (eds.). *Arqueología de la Vertiente Oriental del Alto-Ancasti*: 79-99. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Quesada, M. Gastaldi, M. y Granizo, M.G.
2012. Construcción de las Periferias y Producción de lo local en las cumbres de El Alto- Ancasti. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 37: 435- 456.
- Quesada, M. y L. Gheco
2010. Estructura y práctica del arte rupestre de las Sierras de El Alto- Ancasti. En: *Actas VIII SIAR*: 30-33. Tucumán.
2011. Modalidades espaciales y formas rituales. Los paisajes rupestres de El Alto-Ancasti. *Comechingonia* 15:63-83.
2015. Tiempos, cuevas y pinturas. Reflexiones sobre la policromía del arte rupestre de Oyola (Provincia de Catamarca, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 40 (2): 455-476.
- Quesada, M., V. Zuccarelli Freire, L. Gheco, M. Gastaldi, S. Boscatto y E. Moreno.
2016. Paisaje y experiencia en Oyola a finales del primer milenio d.C. (Dpto. El Alto, Catamarca). *Comechingonia* 20 (2): 13-41.
- Raffino, R.
1988. *Poblaciones indígenas en Argentina*. Ed. TEA, Buenos Aires.
- Rapoport, A.
1990. Systems of activities and systems of settings. *Domestic architecture and the use of space: An interdisciplinary cross-cultural study*: 9-20.
- Raczka, M.F., Bush, M.B., Folcik, A.M., McMichael, C.H.
2016. Sporormiella as a tool for detecting the presence of large herbivores in the Neotropics. *Biota Neotropica* 16(1): [http://dx. doi.org/10.1590/1676-0611-BN-2015-0090](http://dx.doi.org/10.1590/1676-0611-BN-2015-0090)
- Recalde, A. y Pastor, S.
2011. Variabilidad y dispersión de los diseños de camélidos en el occidente de Córdoba (Argentina). Circulación de información, reproducción social y construcciones territoriales prehispánicas. *Comechingonia* 15: 93-114.
- Reichlen, H.
1940. Recherches Archeologiques dans La Province de Santiago del Estero (República Argentina). *Journal de la Societé des Americanistes* XXXII: 133- 225. Paris, Francia.
- Richards, C.
1993. Monumental choreography: architecture and spatial representation in late Neolithic Orkney. En C. Tilley (ed.). *Interpretative Archaeology*: 143-178. Oxford, Berg.
- Rivero D. y Pastor, S.

2004. Sistemas de producción lítica de las comunidades productoras de alimentos de las sierras de Córdoba. Análisis de tres conjuntos de la pampa de Achala. Terceras Jornadas de Arqueología Histórica y de Contacto del Centro Oeste de la Argentina y Seminario de Etnohistoria. Cuartas Jornadas de Arqueología y Etnohistoria del Centro Oeste del país. 2: 67-80.

Rodríguez Curletto, S.

2008. Procesos de construcción de identidades locales en torno al pasado prehispánico y estrategias de conservación para las representaciones rupestres del sitio arqueológico Ampolla 1 (Dpto. Santa Rosa, Catamarca). Pasantía Institucional de la Carrera inédita para optar por el grado de Técnico Universitario en Documentación y Museología Arqueológica. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán.

Rye, O.

1981. Pottery Technology. Principles and Reconstruction. Manuals on archaeology nº 4. Australian National University. Washington, Taraxacum.

Saignes, T

1985. Los Andes Orientales: la historia de un olvido. Cochabamba: CERES. Renard-Casevitz, France-Marie; Thierry Saignes y Anne-Christine Taylor-Descola: Al este de los Andes. Relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII, Tomo I, Lima y Ecuador, Instituto Francés de Estudios Andinos y Editorial Abya-Yala, 1988.

San Agustín

2007. Confesiones. Traducción de Gustavo Piemonte. Editorial Colihue, Buenos Aires.

Salazar, J. y V. Franco Salvi

2015. Producción y reproducción social durante el primer milenio en el valle de Taffi. En: M. A. Korstanje (eds.). *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noreoeste Argentino*: 81-110. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Salazar, J., y Molar, R.

2017. Estudio comparativo de dos sitios aldeanos del Primer Milenio D.C. en Tucumán, Argentina. *Comechingonia* 21(1): 1-10.

Salih, Sarah.

2006. On Judith Butler and performativity. En *Sexualities and Communication in Everyday Life: A Reader*, editado por Karen Lovaas y Mercilee Jenkins: 55-68. Sage, USA.

Scattolin, M. C.

2006. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chúngara* 38(2):185-196.

2015. Formativo: El nombre y la cosa. En: M. A. Korstanje (eds.). *Crónicas Materiales Precolombinas. Arqueología de los Primeros Poblados del Noreoeste Argentino*: 34-48. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Shanks, M. y C. Tilley

1987. Abstract and substantial time. *Archaeological Review from Cambridge* 6: 32-41.

Segura, A. B.

1970. Pictografías de Catamarca. *Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca* 1960-1968: 11-33.

1971. Pictografías de Catamarca. En: Separata de la Revista de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca. Años 1962-68. Catamarca.
1988. El Arte Rupestre del Este de Catamarca. Las Pictografías de la Candelaria. Dpto. Ancasti, Provincia de Catamarca. Editorial Universitaria. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Catamarca.
- Sendón, P.
2010. Los límites de la humanidad. El mito de los ch'ullpa en Marcapata (Quispicanchi), Perú. *Journal de la Société des Américanistes*, 96(96-2), 133-179.
- Sentinelli, N.
2012. Tecnología lítica en una 'cocina' del Valle del Cajón (Dpto Santa María, Pcia. de Catamarca). Una perspectiva microescalar. Tesis de licenciatura en Arqueología. Catamarca, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Serrano, A.
- 1976 [1958]. *Manual de cerámica indígena*. Córdoba: Ed. Assandri.
1967. Historia cultural del Tucumán prehispánico. Diputación Provincial de Barcelona, Instituto de Prehistoria y Arqueología. Barcelona, España.
- Serres, M.
2008. *The five senses: A philosophy of mingled bodies*. Bloomsbury Publishing.
- Soja, E.
2003. *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Octava Edición. Londres y Nueva York, Verso.
- Sullivan, A. y K. Rozen
1985. Debitage analysis and archaeological interpretation. *American antiquity* 50(4): 755- 779.
- Taboada, C.
2011. Repensando la Arqueología de Santiago del Estero. Construcción y Análisis de una problemática. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36: 197- 219.
2012. El Temprano en Santiago del Estero y las tierras bajas de Catamarca. Trabajo presentado en el Encuentro Arqueología del Período Formativo en Argentina, Tafí del Valle. Precirculado: <http://www.ises.org.ar/arqueologia/pdf/2012319227192539.pdf>.
2017. Montículos arqueológicos, actividades y modos de habitar. Vivienda y uso del espacio doméstico en Santiago del Estero (tierras bajas de Argentina). *Arqueología de la Arquitectura*, (13), 040.
- Taboada, C, Medina Cueca, j., C. Angiorama, A. T. Martínez, S. Rodríguez Curletto, P. Mercolli, O. Díaz, J. Pérez Pieroni, F. Becerra, B. Salvatore, L. Torres Vega y D. Argañaraz Fochi.
2012. ¿Qué nos dice la arqueología sobre los antiguos habitantes de Ampolla, Salauca y alrededores? Investigación, Preservación y Gestión del patrimonio cultural del Departamento Santa Rosa (Catamarca). Yerba Buena, Tucumán.
- Taboada, C. y S. Rodriguez Curletto.
2014. *Arte rupestre de Ampolla (Sierra de Ancasti, Catamarca, Argentina): Primer fechado y contextualización*. Ponencia presentada en el I Congreso Nacional de Arte Rupestre. CONAR 2014.
- Rosario

Tarlow, Sarah. 2000. Emotion in archaeology. *Current Anthropology* 41 (5): 713-746

Tartusi, M. y Núñez Regueiro V.

1993. Los Centros Ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5: 1-49.

Thomas, J. S.

1993. The Hermeneutics of Megalithic Space. En: C. Tilley (ed.). *Interpretive Archaeology*: 73-97. Oxford, Berg.

1996. *Time, Culture and Identity. An interpretive archaeology*. Londres y Nueva York, Routledge.

2001. Archaeologies of Place and Landscape. En: I. Hodder (ed.) *Archaeological Theory Today*: 165-186. Cambridge, Polity Press.

2002. Archaeology's humanism and the materiality of the body. En: Y. Hamilakis, M. Pluciennik y S. Tarlow (eds.). *Thinking through the Body. Archaeologies of Corporeality*: 29-46. New York, Kluwer/Plenum.

Tilley, C.

1994. *A Phenomenology of Landscape. Place, Paths and Monuments*. Berg. Oxford.

2004. *The Materiality of Stone. Explorations in Landscape Phenomenology: I*. Londres y Nueva York, Berg.

2008. Phenomenological Approaches to Landscape Archaeology. En: B. David y J. Thomas (eds.) *Handbook of Landscape Archaeology*: 271 – 276. California, Left Coast Press.

Twiss, P. C., E. Suess y R. Smith

1969 Morphological classification of grass phytoliths. Soil Science Society of America.

Proceedings 33(1):109-115.

Tuan, Y.

2003. *Space and Place. The Perspective of Experience*. Tercera Edición. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Vaquer, J. M.

2007. De vuelta a la casa. Algunas consideraciones sobre el espacio doméstico desde la arqueología de la práctica. En: A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli (eds.). *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*: 11-35. Córdoba, Brujas.

2010. Personas corporativas, sociedades corporativas: conflicto, prácticas sociales e incorporación en Cruz Vinto (Norte de Lípez, Potosí, Bolivia) durante el Periodo de Desarrollos Regionales Tardío (1200 – 1450 DC)". *Intersecciones en Antropología* 11: 199– 213.

2011. "Apuntes para una semiótica de la materialidad". *Comechingonia* 16: 161–177

2013. La tradición como límite de la interpretación. Un ejemplo desde Cruz Vinto (Norte de Lípez, Bolivia). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 38.

2014. "El Tiempo de los Ancestros. Temporalidad, Ideología Semiótica y Poder en Cruz Vinto (Norte de Lípez, Bolivia) durante el Periodo de Desarrollos Regionales Tardío (1200 – 1450 DC)". *Arqueología Sudamericana* 6 (1, 2): 57-86.

2015. "La Arqueología como Ciencia del Espíritu: relaciones entre la Arqueología, la Hermenéutica Filosófica y las consecuencias prácticas de las interpretaciones". *Estudios Atacameños* 51: 15-32.

2017. Arqueología, hermenéutica y la pregunta sobre el pasado. Apuntes para una mirada interdisciplinaria Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana Mendoza

Vaquer, J.M. y Y. Camera

2017. Las relaciones entre el paisaje, las narrativas y la praxis arqueológica en Cusi Cusi (Rinconada, Jujuy): una mirada hermenéutica. *Revista del Museo de La Plata*. Volumen 3, Número 1: 38-56.

Vargas Gil, J. R.

1985. Mapa de suelos de la Provincia de Catamarca. INTA SAGPYA Proyecto Arg 85/019.

Ventura, B.

1979. Aportes para la arqueología de San Andrés.

1999. Arqueología de los valles orientales a las serranías de Zenta y Santa Victoria, Salta, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Wilk, R. y W. Ashmore

1988. *Household and Community in the Mesoamerican Past*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

Wilk, R. y W. Rathje

1982. Household Archaeology. *American Behavioral Scientist* 25 (6): 617-639.

Willey, G. R. y P. Phillips

1958 *Method and Theory in American Archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Willey, G. and J. Sabloff.

1974. *A History of American Archaeology* Thames and Hudson (Eds). London

Williams, V., Korstanje, M. A., Cuenya, P., y Villegas, M. P.

2010. La dimensión social de la producción agrícola en un sector del Valle Calchaquí Medio. Arqueología de la agricultura, 178-201.

Zhao, Z., Pearsall, D. M., Benfer, R. A., & Piperno, D. R

1998. Distinguishing rice (*Oryza sativa* poaceae) from wild *Oryza* species through phytolith analysis, II Finalized method. *Economic Botany*, 52(2), 134-145.

Zuccarelli, V. N.

2012. Paisajes de producción y reproducción en el Dpto. El Alto-Ancasti, Catamarca, durante el Período de Integración Regional (ca. 600-1100/1200 D.C): usos del GIS en la Arqueología de los paisajes agrarios. Tesis de licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. MS.

2014. Primeras aproximaciones al paisaje agrario del norte de la sierra El Alto Ancasti: un análisis multi-escalar. *Arqueología* 20 (1): 115-141.

Zuccarelli, V. y Gordillo, I.

2016. Primeras evidencias arqueobotánicas del norte de la sierra El Alto-Ancasti durante el primer milenio d.C.: Análisis de una vasija del sitio rodeo de los indios (Departamento El Alto, Catamarca). II Taller Micropaleoetnobotánica Relevancia de una Red Interdisciplinaria de Investigaciones en Fitólitos y Almidones". Libro de Resúmenes: 139-141. Diamante. Entre Ríos.

Zucol, A. F., Figueroa, G. y M. M. Colobig.

2012 Estudio de microrrestos silíceos en sistemas de aterrazamiento del primer milenio d.C. en el Valle de Ambato (Andes del sur), Catamarca, Argentina. *Intersecciones en Antropología* 13

Zucol, A. F., & Osterrieth, M. (2002). Técnicas de preparación de muestras sedimentarias para la extracción de fitolitos. *Ameghiniana*, 39(3), 379-382.

Zuidema, R. T

1989. Reyes y guerreros: ensayos de cultura andina. fomciencias.

